COLECCIÓN LABOR

SOCIALISMO

J. RAMSAY MACDONALD

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL LABOR, S. A.

Como una viva proyección de las civilizaciones del pasado y de las obras más selectas y características de la época presente, los Manuales de orientación altamente educadora que forman la

COLECCIÓN LABOR

pretenden divulgar con la máxima amplitud el conocimiento de los tesoros naturales, el fruto del trabajo de los sabios y los grandes ideales de los pueblos, dedicando un estudio sobrio, pero completo, a cada tema, e integrando con ellos una acabada descripción de la cultura actual.

Con claridad y sencillez, pero, al mismo tiempo, con absoluto rigor científico, procuran estos volúmenes el instrumento cultural necesario para satisfacer el natural afán de saber, propio del hombre, sistematizando las ideas dispersas para que, de este modo, produzcan los apetecidos frutos.

Los autores de estos manuales se han seleccionado entre las más prestigiosas figuras de la Ciencia, en el mundo actual; el reducido volumen de tales estudios asegura la gran amplitud de su difusión, siendo cada manual un verdadero maestro que en cualquier momento puede ofrecer una lección breve, agradable y provechosa: el conjunto de dichos volúmenes constituye una completísima

Biblioteca de iniciación cultural

cuyos manuales, igualmente útiles para el estudiante y el especialista, son de un valor inestimable para la generalidad del público, que podrá adquirir en ellos ideas precisas de todas las ciencias y artes.

PALACIO DEL LIBRO
25 DE MAYO. 577
MONTEVIDEO

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACION CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

Sección I **Ciencias filosóficas**	Sección VII **Geografía**
Sección II **Educación**	Sección VIII **Ciencias jurídicas**
Sección III **Ciencias literarias**	Sección IX **Política**
Sección IV **Artes plásticas**	Sección X **Economía**
Sección V **Música**	Sección XI **Ciencias exactas, físicas y químicas**
Sección VI **Ciencias históricas**	Sección XII **Ciencias naturales**

SECCIÓN IX :: POLÍTICA

Política agraria - Política industrial - Política mercantil - Política social - Tendencias políticas actuales - Historia de los partidos políticos

VOLÚMENES PUBLICADOS

El Parlamento (Su historia, constitución y práctica), por Sir COURTENAY P. ILBERT, Actuario de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, traducción de JULIO CALVO ALVARO. Con 16 láminas y 4 gráficos en color.

Orientación de la clase media, por el Dr. L. MÜFFELMANN, traducción y notas de MANUEL SÁNCHEZ SARTO, Licenciado en Derecho.

Tendencias políticas en Europa durante el siglo XIX, por los Profesores HEIGEL y ENDRESS, traducción de MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Con 14 grabados, 10 láminas y 4 mapas.

Socialismo, por J. RAMSAY MACDONALD, traducción de MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Con 6 láminas y 16 gráficos en color. (Segunda edición).

Política económica, por el Prof. R. VAN DER BORGHT, de la Universidad de Colonia, traducción de MANUEL SÁNCHEZ SARTO. Con 12 grabados y 5 gráficos en color.

Liberalismo, por el Prof. F. J. HOBHOUSE, de la Universidad de Londres, traducción de J. CALVO ALFARO.

El Estado de los Soviets, por L. SCHLESINGER, traducción del Profesor M. PEDROSO, de la Universidad de Sevilla.

VOLÚMENES EN PRENSA

Orígenes del Constitucionalismo en España, por MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.

Conservatismo, por Lord HUGH CECIL, traducción del Prof. DANIEL MARTÍNEZ FERRANDO.

Política agraria, por el Prof. R. VAN DER BORGHT, de la Universidad de Colonia, traducción de M. SÁNCHEZ SARTO.

VOLÚMENES EN PREPARACIÓN

Historia de las ideas políticas, por el Prof. A. GETTELL, traducción del Prof. T. GONZÁLEZ GARCÍA, Catedrático de la Universidad de Murcia.

Colonización interior, por el Prof. A. BRENNIG, de Berlín.

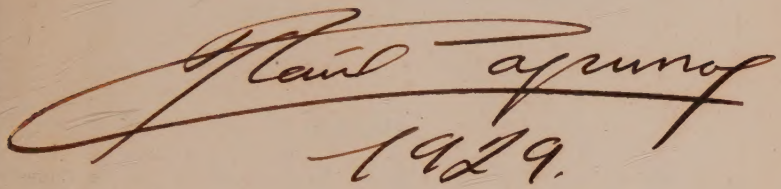
Historia de la colonización (volumen doble), por el Prof. DIETRICH SCHÄFER. Con 24 croquis y 6 mapas en color.

Política social.

Política industrial.

Política mercantil.

El Fascismo.



SOCIALISMO

COLECCIÓN LABOR

SECCIÓN IX

POLÍTICA

N.º 67

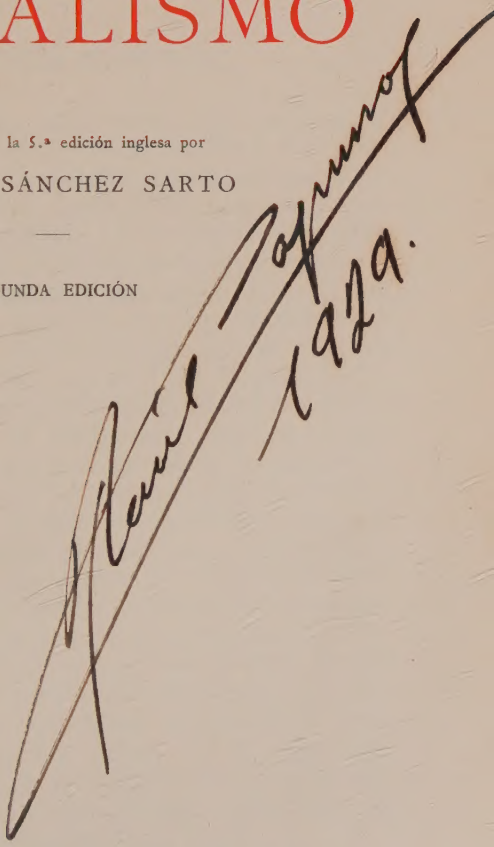
BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

J. RAMSAY MACDONALD
Miembro del Parlamento británico

SOCIALISMO

Traducido de la 5.ª edición inglesa por
MANUEL SÁNCHEZ SARTO

SEGUNDA EDICIÓN



EDITORIAL LABOR, S. A. : BARCELONA - BUENOS AIRES

Con 8 láminas y 17 gráficos en color

1928

ES PROPIEDAD

Talleres Tipográficos de EDITORIAL LABOR, S. A. : Provenza, 88, BARCELONA

Advertencia preliminar

Precisan en nuestro país, ahora más que nunca, publicaciones breves cuya primera finalidad sea exponer, sin otro propósito que el cultural, la esencia y límites precisos de las tendencias políticas actuales. Un rótulo político no es una convicción, y sólo cuando ésta existe cabe esperar una eficaz actuación en la vida cívica.

Colección Labor inicia dicha misión cultural con el opúsculo del leader inglés J. Ramsay MacDonald: publicada la primera edición inglesa de esta obra en 1911, reeditada por última vez en 1924, la parte histórica no recoge las interesantes modalidades del Socialismo en la Guerra y la Postguerra. Pero el núcleo doctrinal es tan sólido, los principios se hallan tan precisamente expuestos, que el objetivo principal de la obra está logrado: leyendo el libro de MacDonald adquirimos una visión substancial del Socialismo. El ex-Primer ministro inglés ha sabido prescindir de lo accidental, rechazar con acierto principios erróneamente incorporados a la substancia de este ideario político, y, sobre todo, señalar un firme criterio para que el lector juzgue después, por su propia cuenta, cuanto en pro o en contra se ha escrito sobre Socialismo, adoptando la posición que sus convicciones le dicten. No es, pues, una serie de anécdotas sin vida lo que ganamos leyendo este manual, sino un órgano metodológico cuyo valor es inmenso, porque su trascendencia es social.

Hundidas sus raíces en la antigüedad más distante, el Socialismo mantiene viva su energía verbal y activa. Con una riqueza igual, por lo menos, a la del ideario político más fecundo, avanza el Socialismo, más discutido que nunca : el sindicalismo, primero, el bolchevismo y el fascismo, después, azotan duramente sus flancos, pero el vigor de las ideas socialistas ha crecido en proporción a los ataques de que ha sido objeto.

De propósito hemos renunciado a prolongar el manual de MacDonald hasta la fecha, en un período tan fácil de estudiar con amplitud como difícil de juzgar con serenidad, o por lo menos sin apasionamiento. Interesa más, a juicio nuestro, abrir amplios cauces de información para el lector que los desee : por eso hemos consignado al final de la obra una tabla cronológica, con las principales fitas de la historia del Socialismo; un apéndice bibliográfico, extenso, aunque forzosamente incompleto, que ofrecerá una idea de la frondosa producción literaria del Socialismo, siempre ágil para aplicar su contundente criterio a cualquier cuestión que se suscite ; finalmente, una serie de gráficos que pondrá en evidencia el vigor de los grupos socialistas en los principales países.

Por no hacer desmesuradamente extenso este volumen omitimos el estudio del Socialismo español. No llega éste, ni con mucho, al nivel de producción literaria y de eficacia política que esta tendencia ha alcanzado en otras naciones, pero en cambio ha aportado a su historia una peculiar idealidad y un entusiasmo agresivo : las figuras de Vera, Iglesias y Meabe entre otras muchas, caracterizan y ensalzan el Socialismo español.

M. S. S.

ÍNDICE

	Págs.
Advertencia preliminar	5
Introducción	7
I. Política	13
1. Ayuda mutua	13
2. El individuo en la colectividad	15
3. La Revolución francesa	19
4. El siglo del individualismo	22
II. Aspectos económico e industrial	25
1. El presente	25
2. Protestas contra la pobreza	31
3. El desarrollo del capitalismo	36
4. La realización del capitalismo	41
5. El pequeño capitalista	45
6. Sumario	47
III. El fracaso económico del capitalismo	49
1. Renta	49
2. Interés	53
3. Pérdida de capital	56
4. Pérdida de trabajo	58
5. Pobreza	62
IV. El intelecto bajo el capitalismo	69
1. Religión	69
2. Literatura	72
3. Ciencia	78
4. Bienestar	78
V. Sumario	80
VI. El método socialista	83
1. Utopismo	88
2. Revolución	91
3. El método experimental	92
4. El método parlamentario	95
5. El método científico	101

Págs.

VII. Lo que no es el Socialismo 108
1. Anarquismo y comunismo 108
2. La abolición de la propiedad privada 111
3. La negación de libertad 117
4. Igualdad 121
5. Determinismo económico 124
6. Guerra de clases 128

VIII. Las demandas inmediatas del Socialismo 131
1. Democracia 131
2. Paliativos 134
3. Legislación constructiva 137
4. Derecho a trabajar 142

IX. En el Estado socialista 148
1. Aptitudes 149
2. Genio artístico 155
3. Derechos de las minorías 161
4. Organización fabril 164

X. El movimiento socialista 169
1. Saint-Simon y Fourier 170
2. Roberto Owen y el Cartismo 175
3. Marx y Engels 178
4. Marxismo y Revisionismo 182
5. Lassalle y el partido alemán 184
6. El partido francés 188
7. El partido italiano 192
8. El partido belga 193
9. El partido socialista en América y en otros países 194

XI. El movimiento socialista (*continuación*) 199
1. El partido inglés 199
2. La Internacional 204

Conclusión 211
«Si la humanidad continúa progresando» 211

Cuadro cronológico 217

Bibliografía 221

Índice alfabético 229

Introducción

Uno de los mayores obstáculos que el socialista encuentra en su camino es la resistencia que sus adversarios le oponen por la dificultad de dar una definición precisa de lo que el Socialismo significa y de cuáles son sus propósitos. Objeto principal de este libro es exponer ambos extremos. Los editores han solicitado la colaboración de un conservador para hablar de conservatismo, y la de un liberal para interpretar el liberalismo; siguiendo el mismo principio se han dirigido a mí para que escribiera sobre Socialismo. En efecto: acaso sea preferible que aquellas doctrinas que están expuestas a violentos ataques sean desarrolladas por escritores afiliados a ellas, pues la influencia más o menos profunda de estas teorías no depende del éxito con que sus realizaciones prácticas son atacadas por críticos sagaces, ni tampoco del cúmulo de errores que en su divulgación se deslizan, sino de la proporción de verdad que realmente contienen: y ésta es más familiar al amigo que al enemigo.

Al movimiento socialista, como a toda gran tendencia idealista y utópica, le han sido atribuídos ciertos propósitos que en realidad no abrigaba, pero que han nacido y se han desarrollado con él. Y es que el progreso suele dar a luz diversas criaturas a un mismo tiempo.

Los primeros partidarios del Socialismo figuraban en los campos extremos del pensamiento liberal de sus días. Con desusado entusiasmo defendían las conquis-

tas efectuadas por la ciencia en el terreno de la fe, y eran propensos, por naturaleza, a otorgar cordial acogida a cuanto pudiera significar un destello de luz en el horizonte. En su época, la Religión era el credo de los potentados : una mayoría reaccionaria votaba en el Parlamento inglés cantidades para ayudar a la Iglesia en su propósito de contener la ola creciente de la democracia radical. El propagandista del Socialismo avanzó decididamente y se opuso a estos designios. Agrupó a todos sus enemigos en una categoría, todas las creencias de éstos en un haz, y los condenó en masa. Igualmente sucedió en otros aspectos, resultando como consecuencia que, en la actualidad, los adversarios del Socialismo tienden a hacer a éste responsable de todas las extravagancias, opiniones privadas y entusiasmos de cada uno de sus partidarios. Los detractores del Socialismo desarrollan su argumentación en estos términos : Mr. Smith ha escrito que la familia es, solamente, una forma transitoria de organización ; Mr. Smith es socialista, luego todos los socialistas opinan que la familia es una forma transitoria de organización. Tal método de controversia puede tener cierta justificación cuando se persigue una finalidad política agresiva, en la que el adversario no se propone alcanzar la verdad, sino captar votos : pero semejante lógica no puede encontrar defensa en razones más elevadas, y basta una somera idea de la historia de la opinión en este sector para apreciar qué abominaciones podrían predicarse de nuestros críticos si aplicáramos una lógica tan corrompida a ellos y a sus doctrinas.

El Socialismo es el credo de quienes, reconociendo que la colectividad existe para realizar el progreso del individuo y el mantenimiento de la libertad, y que el control de los factores económicos de la vida significa el control de la vida misma, tratan de erigir una organización social que incluya entre sus actividades el régi-

men de ciertos instrumentos económicos que, como el capital agrícola y el industrial, no pueden ser equitativamente utilizados cuando se encuentran en manos de particulares. En esto consiste el Socialismo. Es una proyección de la ayuda mutua en los aspectos económico y político. La meta del socialista es la libertad, aquella libertad a que Kant se refería cuando proclamó que cada hombre debe ser estimado como un fin de sí mismo, y no como un medio para el fin de otro hombre. Medios y fines son imposibles de separar. El Socialismo propone un cambio en el mecanismo social, pero lo justifica como un medio de dar mayor extensión a la libertad humana. La organización social es la condicion, no la antítesis, de la libertad individual.

En torno a esta concepción del Estado y de la colectividad, de la ayuda mutua y de la evolución social, se agrupan muy diversos intereses. Es como una ciudad a la cual afluyen vías procedentes de todos los puntos del Globo — un camino de peregrinación para el devoto, una ruta mercantil para el comerciante, una senda para el filósofo —. Y así tenemos diversas modalidades del Socialismo: por ejemplo, el Partido laborista independiente, que se aproxima al Socialismo por senderos políticos ; la Agrupación socialista cristiana y la Liga socialista eclesiástica, que acuden procedentes de sectores religiosos ; los grupos científicos socialistas, que afluyen por la ruta biológica o por cualquier otro camino de la ciencia, y así sucesivamente. Entretanto, como el tiempo avanza y nuestra experiencia adquiere mayor plenitud y más refinados matices, ciertos principios asentados por los primeros socialistas, y algunas de las formas en que vaciaban sus teorías, precisan una modificación. El progreso en una dirección descubre otras rutas hasta entonces ocultas, y los métodos se transforman. Por ejemplo, los socialistas de hace cincuenta años vivían en una época en que la idea revolucionaria flotaba en el

gable contacto con el primero para crear una relación de trueque, un mercado, cierta división del trabajo, una alianza, un interés mutuo : algunos de estos objetivos hace girar la rueda del progreso. Construyense setos y se excavan fosos, pero para el poblado, no para el individuo : es elegido un rey, pero ante todo destaca como supremo representante de su pueblo, pues el poder personal es representativo : es el centro del poder. Las leyes son promulgadas y obedecidas para el bienestar de la colectividad, para sujetar al fuerte y proteger al débil, para castigar al delincuente y procurar recompensa al hombre honrado, y todo ello no con el propósito inmediato de hacer justicia a los individuos, sino para que la colectividad exista y florezca. Los conceptos de derechos individuales y de justicia surgen mucho más tarde. El conflicto de naciones y clases suscita el Feudalismo — la organización de un grupo cuya existencia está amenazada, y amenaza, a su vez, la existencia de otros grupos —. Las subdivisiones de trabajo y responsabilidad, poder y honor ; las relaciones entre vasallo y jefe, barón y rey ; la estructura económica de esclavo, siervo de la gleba y señor feudal no son creaciones de la voluntad y de los prejuicios individuales, sino la respuesta a una ley de ayuda mutua, tan imperativa como la ley que determina que la abeja debe construir sus panales en octaedros y no en cubos.

La concepción de los derechos individuales solamente viene a desempeñar un papel en la Historia después de garantizada la solidaridad social. Atisbos de la existencia de tales derechos atraviesan la Historia, semejantes a cometas, mucho antes de que constituyan un sistema de política práctica, pero son simplemente los ensueños de una perfección venidera, que turban a la sociedad, conduciéndola al derramamiento de sangre o a la realización de actos de venganza por los poderes constituídos. Ni siquiera fueron comprendidos hasta

algunas generaciones más tarde, a pesar de que sus caudillos murieron o sufrieron persecuciones, viéndose arrojados, como otras cosas preciadas, en el montón de los escombros (1). La organización social se constituye para proteger la colectividad, pero inicialmente suele ser captada por el fuerte y explotada por él. Este doble aspecto de explotación y protesta contra la explotación se perpetúa a través de la Historia.

2. El individuo en la colectividad

La afirmación de que estas protestas de los oprimidos vinieron solamente a expresar el antagonismo de una clase subyugada y explotada contra una clase imperante y opresora carece de fundamento histórico y es, por consiguiente, inadecuada. La clase explotadora tuvo que realizar una misión necesaria. Si puso un yugo de esclavitud en el cuello de otras clases, fué porque la organización que la sociedad exigía como condición de su existencia implicaba esta diferenciación de clases, con desigualdades políticas y económicas, y, consiguientemente, con posibilidad de aplicar la ley y el uso de la fuerza para el medro personal. Superficialmente considerada, la historia integral del progreso humano en colectividades y naciones es una serie de luchas de clases. La libertad «paulatinamente difundida» a otras clases, que así van conquistando su emancipación, tiende a constituirse en patrimonio de la nación entera. En las primitivas etapas de la sociedad, la tutela de las funciones nacionales debe residir en manos de unos pocos, porque el caudillo militar encarna al mismo

(1) Ha sido preciso llegar a la época actual para que se hiciera justicia a hombres como John Ball, Jack Cade y Wat Tyler: igualmente, la verdad se ha abierto paso respecto a algunas sublevaciones como la de los campesinos en Inglaterra y y la de los husitas en Alemania.

tiempo la autoridad política. Pero cuando la fábrica pasa a ser campo de batalla de carácter nacional, la salvaguardia de los intereses nacionales recae en mayor número de individuos : la clase propietaria y la clase media quedan emancipadas, y sus intereses económicos requieren una especial atención. Finalmente, cuando el Estado llega a ser una organización democrática y coopera con el individuo en todas las esferas de la actividad, el movimiento propicio a la democracia política ha brotado, produciendo sus frutos sociales.

Por naturaleza, el poder político debe ser usado para fines económicos, con preferencia a otros cualesquiera. Pues mientras que la aspiración política de una clase puede ser poder, honores, riqueza, la masa del pueblo sólo abriga un deseo : el de alcanzar un decoroso nivel de subsistencia. Se ha solido, especialmente desde la época de Maine, considerar la democracia tan sólo como una *forma* de gobierno. Esta idea es totalmente falsa. La democracia es una *especie* de gobierno. En una época de democracia social, la política se hace nacional por vez primera, y la conciencia colectiva ocupa el lugar de la conciencia de clase.

Desde este punto de vista, la evolución histórica asume una significación y un interés de especial importancia. Examinemos el grupo, originariamente una familia. El individuo solitario debió ser más brutal que el hombre : en otras palabras, el ser, al convertirse en hombre, dejó de ser solitario. El grupo humano no es una creación de la inteligencia sino del instinto y de la costumbre. El amor es, históricamente, anterior al raciocinio. Pero, a medida que el grupo envejece, haciéndose más sedentario y mejor organizado, tiene una vida, una función doble. Protégese a sí mismo como grupo, y por este conducto desarrolla un sistema de gobierno, de ética, de religión, de defensa : el grupo defiende, además, al individuo. Aristóteles, invocado en ocasiones

como padre del individualismo, como Platón lo es del socialismo, manifestaba que «el Estado se constituyó para hacer posible la vida, y subsiste para hacer la vida buena». Estos dos fines informan la Historia, unas veces laborando en armonía, apareciendo, otras veces, en contraposición.

En la antigua comunidad rural de la India y en algunos pueblos franceses anteriores a la Revolución, vivía el grupo en posesión de su más perfecta etapa de desarrollo. En la India, la casta reducía el individuo a un estado de completa sumisión a la vida comunal. Desde su nacimiento tenía asignada una misión privativa : los hijos de los carpinteros seguían siendo carpinteros ; los de los barberos, barberos. No eran trabajadores aislados, sino funcionarios municipales con cierta participación en la riqueza comunal, del mismo modo que un órgano del cuerpo tiene cierta participación en la nutrición y en la vida del mismo. Dichos operarios no percibían salarios, sino que poseían un cierto derecho a la riqueza comunal, derecho realizable por vía comunista. En el otro extremo, tenemos nuestra propia ciudad moderna, donde el individuo, con ciertos nexos que varían según la posición económica, en cuanto obedece a los códigos de carácter social, queda en libertad de acción, pudiendo ofrecer o aceptar servicios en la medida de su voluntad.

Entre estos dos polos existen diversas gradaciones que marcan una evolución histórica bien definida. Acaso ningún código de ley y costumbre nacional haya mantenido el equilibrio entre vida colectiva y vida individual como el del pueblo israelita. Era éste una raza escogida, pero su religión fué tan individualista como racial : el judío, en oposición al indio, nunca quedó absorbido por su raza, sino que mantuvo los derechos de la individualidad. Así se explica que en la ley mosaica y en sus derivaciones observemos una amplia tutela

2. MACDONALD : Socialismo. 67. — 2.ª ed.

contra la esclavitud y la miseria. Cada siete años devolvíase la libertad a los esclavos judíos : los vestidos cedidos en prenda debían ser remendados al terminar el día ; el séptimo año es año de barbecho para los campos, tiempo en que pasan a ser propiedad colectiva ; los derechos del pueblo a la tierra están protegidos con penalidades legales y religiosas. Frecuentemente se ha argüido que este Código adolece de ciertas cualidades de la legislación moderna, más integral en el papel que en el orden práctico. Pero sea como quiera, el Código israelita es una expresión del sentido de justicia y un índice de los ideales económicos que animaban a los jefes religiosos de este pueblo. A medida que la nación prosperaba, los factores económicos fueron creando una clase poderosa y aficionada al lujo, de una parte, y una clase menesterosa, de otra. La protesta contra esta división late ya en los escritos de los profetas, que claman indignados contra la corrupción económica del antiguo gobierno religioso : allí se denuncia al rico, al hombre que va incorporando a su hacienda un campo tras otro, a los usureros, en un lenguaje que sonaría rudamente en nuestros oídos si se aplicara a censurar hechos semejante en nuestros tiempos. La colectividad israelita, en su equilibrio de derechos sociales e individuales y con sus restricciones de orden moral impuestas al proceso económico, cedió ante una civilización capitalista, del mismo modo que, en la actualidad, la comunidad rural de la India decae ante el progreso de la civilización económica de Occidente. Argúyese que una sociedad organizada como Israel nunca puede resistir los ataques de un pueblo como los actuales ; mas la respuesta del socialismo es que aunque la organización de Israel no pudiera oponerse a la presión del ambiente de su época, sus características espirituales y morales han perdurado como alentadores ideales en el pensamiento de los hombres, y ello no sólo suministra una prueba de que siem-

pre están dispuestos a encontrar una oportunidad de expresión en la sociedad, sino, ante todo, de que la presión del mundo se orientará más bien a propulsar que a impedir el advenimiento de esta oportunidad. En otras palabras, el Socialismo estudia la Historia en el espíritu histórico.

3. La Revolución francesa

El punto crítico en la historia de Europa, el momento en que los derechos del individuo se afirman, en los tiempos modernos, contra una forma opresora de organización social, opresora porque carece de vida, es la Revolución francesa. El Feudalismo había causado su propia muerte. La organización del Estado, por razón de sus propios éxitos, logró suscitar nuevas formas de actividad comunal que prosperaron bajo su tutela. Pero la vida de la colectividad cambió su carácter, y así llegó un momento en que se evidenció la necesidad de una nueva organización colectiva. La Revolución no afectó solamente a Francia, pues no sólo era Francia el receptáculo de los elementos que allí se manifestaron con violencia ; pero Francia fué el lugar donde la nueva vida adquirió una expresión más dramática. Como precedente de este acontecimiento aparece el Protestantismo, que significa la protesta de la razón individual contra las trabas que le había impuesto la autoridad eclesiástica. Anteriormente al Protestantismo había existido el Renacimiento, movimiento en el que la inteligencia occidental pretendió contemplar al mundo con los ojos de la realidad. Pero el Protestantismo sólo procuró libertad en ciertos aspectos. Cierto es que la idea protestante fué acompañada de un despertar del pensamiento y de la acción política, porque la razón no puede ser exaltada en un aspecto sin que su efecto trascienda a todas las actividades. Lutero fué atacado por

sus enemigos en la Dieta de Worms por fomentar el desorden social; en cambio Carlstadt y Münzer le acusaban de no ser bastante revolucionario. El Reino de Dios fué fundado en Münster « por la espada y la palabra » (1). Otro tanto sucedió con el puritanismo inglés.

La doctrina democrática brotó de la misma fuente que el renacimiento religioso; pero esto no sucedió hasta que la Revolución francesa, dos siglos y medio más tarde, hizo que el vino nuevo rompiera los odres viejos. Las reformas protestantes, los descubrimientos geográficos, la apertura de rutas y la extensión del comercio, el triunfo de las Ciencias naturales, la creación de una acaudalada clase mercantil, todo ello contribuyó a producirla: las circunstancias especiales de Francia sólo determinaron la escena sobre la cual había de correr la sangre, y donde la crisis del antiguo régimen fué verdaderamente terrible.

La Revolución francesa paralizó el organismo social para que el principio racional abstracto « Todos los hombres han nacido igualmente libres e iguales por naturaleza » pudiera ser paladinamente proclamado. Durante algún tiempo, Europa quedó sumida en un período de guerras: las colectividades europeas fueron recortadas a capricho de soldados y diplomáticos; hubieron de pasar varias generaciones antes de que las naciones crearan las alianzas, y sus ciudadanos los grupos que eran connaturales a ellos y condición esencial de su desarrollo. Europa tardó una centuria en reponerse del trastorno que padeció, cuando Francia, erguida, barrió los viejos poderes entre torrentes de sangre y por la fuerza bruta de las armas.

En Inglaterra, donde el cambio se operó sin conmoción, podemos trazar la trayectoria del progreso de un

(1) *Sword and « Word »*, dice el original inglés: en castellano no puede expresarse el matiz prosódico de este *kenningar* inglés, del cual no ofrecemos sino la traducción literal. — *N. del T.*

modo más simplista que en ninguna otra parte. Los hombres que habían de nacer « libres e iguales » eran los propietarios, los individuos pertenecientes a la clase media. Los miembros acaudalados de esta clase usaron en particular su poder durante el siglo XVIII para fines políticamente censurables. « Adquirir poder político a expensas de los campesinos fué la primera y una de las principales causas de aquella corrupción política que pronto contaminó a todo el sistema del gobierno parlamentario » (1). El rico fué emancipado en 1832, e inmediatamente procedió a estructurar la política del Estado como un ciudadano honrado ; sus miras religiosas fueron aceptadas, y así ganó su libertad religiosa : sus intereses económicos lograron la hegemonía. Para su protección requirió solamente la forma más rudimentaria de organización social : un ejército y una escuadra para los asuntos de gran envergadura, una policía para los de poca monta. Después, sólo aspiró a mantener su privilegio, pues poseía propiedades suficientes para asegurarse todas cuantas libertades necesitaba. Los mercados fueron favorables, los beneficios cuantiosos, y dispuso de pingües capitales en el Banco. En estas circunstancias sólo anheló remover ciertas antiguas restricciones comunales, para convertirse en « un fin en sí mismo ». Tal es la época liberal, la del gobierno de aquellos hombres que ejerciendo el control de las fuerzas económicas de su sociedad, encuentran la libertad propia : es la época del individualismo político e intelectual de tipo mecánico, no de tipo orgánico. Señálase este período por la extensión del comercio, las amplias acumulaciones de riqueza, la creación de Estados mercantiles, el curso rápido de los inventos científicos, el perfeccionamiento de los medios de producción y la concentración del capital industrial. Pero, sobre todo, se distingue por el desarrollo de la democracia política.

(1) *History of the Eighteenth Century*, Lecky, I, 202.

El programa actuante de la Revolución francesa no atendía a la democracia. La teórica soberanía del pueblo, ideada por Rousseau, fué objeto de importantes limitaciones, y únicamente ejerció un cierto control sobre la política práctica en contados momentos de sentimental exaltación. Los padres de la Constitución americana hallaron más dificultades para limitar la democracia que para proclamarla. En Inglaterra, el Acta de reforma de 1832 nunca fué interpretada, y menos por sus promotores en el Parlamento, como una medida democrática. Aquel acuerdo emanaba de la aristocracia y era, al mismo tiempo, consubstancial con el gobierno aristocrático. Pero con esta norma sucedió lo que tenía que suceder: dictáronse leyes encaminadas al propio bienestar y se tendió a darles eficacia, pero sus consecuencias se volvieron contra la intención de los hombres que habían dado vida a aquellas normas. El hombre obra: la ley natural realiza plenamente su acción. Así vemos que el liberalismo no es sino un descendiente del « whiggismo », y que la democracia es hija de una aristocracia reformista. Existiendo la organización social para el bienestar de la colectividad, la voluntad a que debe obedecer en sus acciones ha de ser, en definitiva, la voluntad del pueblo entero, directamente expresada por mayoría. La soberanía política, único medio de que la organización pueda actuar, tiende a ser democrática.

4. El siglo del individualismo

La pasada centuria se considera en Inglaterra como siglo del individualismo, porque durante sus dos cuartos intermedios, en particular, el péndulo osciló ampliamente hacia el extremo de la libertad individual, representado por la especie atómica o mecánica de la libertad. La colectividad como una unidad orgánica,

como un medio en virtud del cual ha de expresarse la libertad individual, se convirtió en una ficción. El péndulo pasó desde la organización severa del Feudalismo a la desoladora anarquía del *laissez-faire*.

Mas durante el siglo XIX la acción colectiva nunca llegó a extinguirse, y, a fines de la centuria, tal actividad adquirió una gran robustez. El Estado hubo de proteger al niño en el taller, después a las mujeres, posteriormente a los jóvenes; procurar la debida instrucción; imponer responsabilidades tales como las « obligaciones patronales » y las compensaciones al obrero en relación con los patronos libres; regular horarios y condiciones de trabajo; legislar en materia de viviendas y de salubridad pública. Al mismo tiempo, los municipios tuvieron que suministrarse el agua necesaria, el gas y los servicios tranviarios, sus propias casas, sus propias oficinas de colocación, y, dedicando su atención a otras misiones, abrieron bibliotecas, museos, galerías de arte, y organizaron conciertos y recreos para sus ciudadanos, quienes en virtud de esta acción comunal quedaron totalmente incorporados a la cultura. Así, en el momento en que el individualismo anarquista celebraba su máximo triunfo, se evidenció la idea de que el hombre es un ente social, y la ayuda mutua en una colectividad, factor necesario para la libertad y progreso del individuo.

El individualismo del siglo XIX fué, en efecto, una mera reacción contra el Feudalismo. En ningún momento se sintió por sí solo capaz de establecer un régimen. Cuando actuó sin control causó terribles estragos, como lo demuestran los períodos iniciales de la vida fabril. Nos hallamos ya en el momento en que estas experiencias van sistematizándose. No hace mucho que se las estimaba como excepciones rarísimas a la actuación de otra política: ahora van constituyéndose en núcleo capital de la política. Nos vamos habituando a la idea

de que el individualismo (1) requiere para su sostenimiento y desarrollo un Estado bien organizado y activo, en forma de personalidad colectiva que posee propiedad, educa y controla al individuo, salvaguarda sus libertades, previene el desarrollo de intereses económicos antagónicos a él, coordina las actividades cooperativas en las cuales participa, haciendo que sea el hombre libre y disponga de campo más vasto para el ejercicio de su libertad. No podemos retroceder al Feudalismo o a la comunidad rural: todos los intentos de invertir los procesos de la Historia están lejos de nosotros. Ha pasado ya la época de las castas, de los estatutos, de las clases subordinadas y sin representación. En posesión de la igualdad que deriva del precepto ético kantiano según el cual cada hombre es un fin en sí mismo, ha surgido el «individuo». Y hemos de construir para él un sistema social, porque el individuo siente la grey, no es solitario: posee una personalidad colectiva, a la vez que una personalidad individual. Así, la Revolución francesa y el movimiento general del espíritu humano al cual sirvió de expresión, nos han legado la tarea de conciliar el derecho individual y la actividad colectiva, la libertad del individuo y la organización social, la democracia y la diferenciación de las funciones políticas.

En dicho momento histórico ha nacido el Socialismo, y su tarea es efectuar la reconciliación.

---

(1) La palabra «individualismo» se presta a confusiones, y por tal razón precisa usarla con parsimonia. Empleada como antítesis de «socialismo», significa individualismo mecánico o anarquista; pero también el socialismo es una teoría individualista, pues los socialistas proclaman que el hombre sólo será libre al advenimiento del socialismo. No obstante, por razones de oportunidad, utilizo la palabra «individualismo» en su acepción llana y vulgar como opuesta al término «socialismo», por no existir otro vocablo usual que pueda responder exactamente al objeto que nos proponemos.

Roberto Owen (1771-1858)
(Fot. Mansell)

Capítulo II

Aspectos económico e industrial

En ocasiones, preséntase al Socialismo como si no fuese otra cosa que el intento de efectuar en la estructura social las transformaciones conducentes a la supresión de la pobreza. Pero éste no es más que uno de los propósitos de la doctrina socialista, si bien es indudable que la coexistencia del exceso de riqueza y de la pobreza extremada es una de las principales causas del éxito alcanzado por la propaganda socialista.

1. El presente

Cualquier localidad rural nos procura ejemplos adecuados de este contraste : cualquier distrito comercial del mundo viene a añadir detalles a la descripción. Los apologistas del orden existente lo justifican, a veces, diciendo que las censuras recaen sobre ciertos individuos, y afirmando, en otras ocasiones, que la situación tiende a mejorar en este orden de cosas. Mr. Mallock ha efectuado recientemente algunas indagaciones respecto a la renta familiar, con el propósito de demostrar que actualmente es bastante cuantiosa y que todavía aumenta (1). Si al hablar de renta familiar no se refiere únicamente a la del jornalero, efectivamente se acusa una apreciable base de progreso. Pero aun admitiendo

(1) *The Nation as a Business Firm.*

una base semejante y apurando los datos hasta lo inconcebible, mediante generosas estimaciones e inadmisibles métodos estadísticos, Mr. Mallock se ve precisado a admitir que 350,000 familias con un total de 1.750,000 individuos, disponen de una renta de 30 libras por año, suma que equivale a una fracción de 2 chelines 3 peniques por cabeza y por semana, de cuya cantidad han de satisfacerse todos los gastos. En la suma figuran 1.200,000 familias con una renta familiar media de 94 libras anuales. En esta cantidad incluye Mr. Mallock las rentas de los miembros de estas familias que viven como sirvientes domésticos. Descontando estas últimas, la renta es de 71 libras o 6 chelines por cabeza y semana, cantidad nada satisfactoria, y aun miserable para el caso en que se tratara de un simple jornalero : tanto más inadecuada, por consiguiente, para sostener una familia. No deja margen alguno para los casos de enfermedad y paro obrero, y de dicha cantidad difícilmente puede distraerse una renta suficiente para procurar una casa confortable a la familia. Es, además, notoriamente incapaz para subvenir al costo de aquellos simples recreos y comodidades inocentes que perfeccionan el régimen de vida. Mr. Mallock es un apologista, y sus estimaciones deben admitirse con especial cautela, pues no ha suministrado una contraprueba al aserto de que un porcentaje muy elevado, esencial, del pueblo inglés, dispone de rentas inadecuadas para atender satisfactoriamente a sus necesidades físicas, y que una gran parte de esta pobreza no deriva de la escasa economicidad de los gastos, sino de la insuficiencia de las rentas.

Afortunadamente poseemos datos de mayor autoridad científica que los de Mr. Mallock. Las investigaciones de Mr. Booth y Mr. Rowntree se han hecho tan familiares que no necesitan presentación. Mr. Booth averiguó que 35'2 % de la población que habita al norte y este de Londres disfruta de una renta familiar

inferior a una guinea por semana; Mr. Rowntree demostró que de la población de York, un 30 % próximamente « vive en la indigencia ». Investigaciones realizadas en West Ham han evidenciado que sólo en un reducido porcentaje de casos desarrolla la mujer casada una actividad económica en el hogar cuando el marido gana lo suficiente para el mantenimiento de la familia (1). Encuestas llevadas a cabo en Dundee (2), Norwich (3) y otras localidades ofrecen substancialmente las mismas conclusiones. Otros muchos núcleos de datos compilados por diferentes métodos pueden aducirse con provecho, y su importancia es incuestionable. Por ejemplo, una investigación efectuada por el delegado Cadman, del Ejército de Salvación, puso de relieve que entre los individuos más afortunados de su *clientela*, un 55'8 % habían sucumbido a consecuencia de crisis mercantiles, y un 11'6 % porque no lograron soportar las consecuencias económicas de los períodos de enfermedad.

Estos hechos son igualmente predicables de cualquier distrito industrial. Grandes masas de población se ven obligadas a vivir de rentas que son insuficientes para satisfacer cumplidamente sus necesidades fisiológicas diarias, y para prevenir los accidentes habituales de la existencia, como son las enfermedades y el paro obrero.

Pero contemplemos otro grupo de hechos, para procurar una nueva base de evidencia a nuestro aserto. Los salarios de los operarios del algodón en Yorkshire han progresado, aunque en pequeña escala, desde 1871, pero en algunos centros importantes como Bradford, Leeds, Batley y Dewsbury son inferiores a los de 1874 (4).

---

(1) *West Ham: A Study*, por E. G. Howarth y Mona Wilson.
(2) *Report on Housing*, de Dundee.
(3) *Norwich: A Social Study*, por C. B. Hawkins.
(4) Véase un interesante artículo sobre esta materia en la *Socialist Review*. Nov. 1910, por Henry Willmott.

Mr. Wood ha evidenciado que durante la segunda mitad del siglo XIX los salarios se mantuvieron estacionarios en las industrias siguientes: fundidores de acero en Warrington, Nottingham, Londres, Birmingham; ingenieros en Wolverhampton; cajistas de imprenta en Huddersfield, Manchester, Reading; albañiles, pintores de buques en Hull, y, así, sucesivamente (1). Si examinamos ahora los datos publicados por el *Board of Trade*, año por año (2), se aprecia que a fines de 1909, entre numerosos grupos de obreros, excluyendo los agricultores, marinos y ferroviarios, se pagaban unas 100,000 libras menos por semana que en 1900, mientras que el aumento en 1910 solamente elevó las cifras de 1909 en 14,000 libras, de manera que, en la actualidad, los obreros siguen percibiendo en conjunto unas 80,000 libras menos por semana que en el año 1900, en materia de salarios.

Toda investigación fidedigna realizada en nuestras condiciones sociales revela una aterradora proporción de pobreza y un encono todavía más pavoroso en la lucha por la existencia, reñida en sórdidas y crueles condiciones. Prácticamente, el conjunto de la energía vital de más de la mitad de los habitantes se consume en proveer pan y manteca para sus estómagos y un albergue para sus cabezas; y aun esto, no siempre se consigue (3).

---

(1) *Economic Journal*, XI, págs. 151-6.

(2) *Report on the Changes in Rates of Wages and Hours of Labour.*

(3) Las circunstancias en América, pese a la novedad del país y a la vasta extensión de su territorio, reflejan el mismo estado de cosas. Una octava parte de las familias de los Estados Unidos reúnen las siete octavas partes de la riqueza nacional: de informaciones dirigidas por la Conferencia de Caridad y Corrección del Estado de Nueva-York en 1906-7, por la Oficina de Estadística de Massachussetts y por investigadores particulares en otros Estados, se deduce que grandes masas de obreros urbanos de América poseen rentas considerablemente inferiores al mínimum eficiente de subsistencia.

Tampoco posee fuerza probatoria alguna la especie de que la pobreza es un castigo merecido. Cierto es que la bebida acarrea la miseria del individuo, y que el hombre pródigo acaba por hallarse en una apurada situación, sea pobre o rico. Pero la intemperancia — refiriéndonos concretamente a la fuente de pobreza individual más frecuentemente discutida — no es la causa de la pobreza social. Su efecto principal es seleccionar las víctimas de la pobreza. Por ella se llega a la indolencia en el trabajo y a las desgracias de todo género, y lo más que hacen los gastos desenfrenados es determinar quién sucumbe totalmente y quién atraviesa períodos parciales de tribulación en los tiempos desgraciados. Dícese que si cada penique que penetra en el bolsillo del rico y del pobre fuera bien gastado, todos los hombres podrían arrostrar los días de lluvia con un paraguas sobre su cabeza, y los tiempos calamitosos con alguna reserva en la Caja de ahorros. Esta afirmación sólo es parcialmente exacta. La mejor forma de ahorro que puede practicar la mayoría de los obreros es la de efectuar gastos útiles para sí y para su familia. Sus rentas son demasiado reducidas para intentar cualquier otra especie de ahorro. La razón por la cual muchos de los que practican el ahorro son poco atrayentes y hasta repulsivos, radica en que no han gastado en sí mismos lo necesario para hacer prosperar su propia personalidad. Las cantidades acumuladas no son ahorros efectivos, sino porciones del capital que debían haber gastado para su desenvolvimiento personal. Estos seres han malogrado su prosperidad, prefiriendo quedar en ese estado de nutrición insuficiente — sobre todo en el orden intelectual —. La verdadera práctica del ahorro para un hombre con familia y 30 chelines semanales de renta no consiste en atesorar neciamente, sino en gastar con discreción. Tales gastos aumentarán el volumen de la demanda de trabajo productivo, pero no

pondrán fin a la falta de trabajo, a la enfermedad o a la miseria. Durante este tiempo el pródigo sufrirá más porque habrá destruído probablemente su energía y su habilidad, quedando incapaz para ponerse a flote, y porque, en lo sucesivo, estará más indefenso frente al viento lacerante de la adversidad. Entretanto, el hombre prudente se hallará exento de estos cuidados, y si el azar le coloca entre las filas de los sin trabajo, será de aquellos que logran encontrarlo antes de padecer el contacto con la reja de una prisión o la angustia de la casa vacía. La causa de la pobreza es social : la conducta personal determina frecuentemente el hombre que ha de ser la víctima, y el grado de profundidad a que alcanza su miseria.

Difíciles de compilar son las estadísticas referentes a la acción recíproca de las causas personales y sociales. No obstante, diversos investigadores autorizados han procurado resolver esta dificultad. El delegado Cadman afirma que el 26'6 % de los acogidos a las Casas del Ejército de Salvación se arruinaron en la bebida o en el juego. Mr. Rowntree no aduce datos a este respecto en sus estudios relativos a York, pero señala la bebida y el juego, juntamente con el desorden en la contabilidad, como las causas primeras que producen de un modo accesorio la pobreza que afecta a 13,000 personas de un total de 20,000 individuos de población menesterosa. Mr. Charles Booth manifiesta, con referencia a un cierto número de familias investigadas, que en el 14 % de las clases *A* y *B*, la pobreza fué causada por hábitos personales, y el 13 %, en las clases *C* y *D*, se debió a las mismas causas, mientras que « las condiciones del empleo » produjeron el 55 y el 68 % de casos en los mencionados grupos de clases. No caeremos en la aberración de restar importancia a la plaga de la embriaguez, pero es preciso reducir sus proporciones.

El movimiento socialista ha combatido el alcoholismo en todas las comarcas del Globo, y el problema fué estudiado en el Congreso de Stuttgart. Tampoco debe olvidarse que el efecto de la presión social es el de aumentar la potencia de estos estímulos y apetitos que reducen la eficiencia individual, creado la miseria del individuo. Ya lo afirmó el sapientísimo autor de los Proverbios : « Que beba y olvide su pobreza, y no se acuerde más de su miseria. »

Del mismo modo que hemos trazado la curva del progreso en el estado democrático, vamos a describir el desarrollo del moderno estado industrial, del cual es consecuencia esta pobreza, y en el cual se abre la ruta del Socialismo.

2. Protestas contra la pobreza

Así como hemos visto que la demanda de libertad individual trastornaba la colectividad feudal, igualmente observamos que la persistencia de la pobreza da lugar a protestas contra la organización económica, que unas veces terminan en tumultos, y en otras ocasiones se traducen en utopías. Mientras el hombre fué un siervo o una carga sobre el suelo, su pobreza fué fatalmente aceptada, porque raras veces llegó a ser tan opresiva que se hiciera intolerable. Su situación era ésta : poseía un lecho, alimentos y vestidos, y no esperaba nada más. Pero el estado económico de la villanía tenía que pasar. El comercio surgió entre mercado y mercado, entre región y región. Banqueros, manufactureros y comerciantes realizaron beneficios. La aristocracia, asentada en el campo, comenzó a decaer a causa de las nuevas condiciones económicas y políticas, y del consiguiente desarrollo del poder de la plutocracia ; las relaciones personales entre el señor y el colono tendieron a desaparecer cuando se ofrecieron a aquél nuevas rutas,

más provechosas que las antiguas. Como decía entonces un escritor : « La agricultura, que era un simple medio de ganarse la vida, se convirtió en un medio de realizar beneficios. » Por añadidura, cuando la paz comenzó a asentarse en las comarcas, la aristocracia antigua empezó a hacer gastos extravagantes para cubrir las apariencias. Su misión estaba realizada, y hubo de lanzarse a valorar los límites de la jurisdicción, símbolo de su autoridad. Esto representaba dinero, mientras que el disfrute de su antigua posición económica significaba ya rentas personales relativamente limitadas. Naturalmente, los nobles procuraron emplear sus tierras de manera que les rindieran rentas más elevadas. Así, aunque aparentemente conservaron sus privilegios y se mantuvo la estructura política y social del feudalismo, las clases agrarias abandonaron sus relaciones sociales y siguieron de un modo cada vez más decidido las rutas lucrativas del capitalismo, que imponía sus leyes sobre el país.

La primera rebelión de los desheredados en Inglaterra fué producida por el hambre y la predicación. Mientras Eduardo III satisfacía sus vergonzosas extravagancias y locuras, la sombra de la peste cerníase sobre el occidente de Europa. A fines de 1348, la plaga descargó sobre Inglaterra : la mitad de la población pereció, y la vida social quedó paralizada. Los campos volvieron a su primitiva incultura : los mejores animales de labor enfermaron y murieron pronto. Después del horror, vino la reacción. Durante largo tiempo el obrero había tendido a convertirse en un arrendatario rural, pero fué reducido a la situación de un hombre sin tierras, sin propiedad y sin defensa. Después de la peste se encontró en una ventajosa posición, porque era un hombre cuyos servicios eran requeridos, y no un ser que había de esforzarse por encontrar quién le diera trabajo. Así logró elevar sus salarios, pero con su hábito de inde-

pendencia exagerada o de inconsciente holganza llegó a convertirse en un « tenaz indigente ». Además no se hallaba preparado para hacer fructíferas las ventajas de su posición económica por largo tiempo ; la legislación, concretada en el *Statut of Labourers*, reintegró estos obreros a su primitiva condición subordinada y servil. Su impotencia política hizo estéril todo su vigor económico. Sucedió a esto la guerra civil, y agravios numerosos vinieron a agregar leña a la hoguera. El recuerdo de generaciones oprimidas, como las que describen los autores de *Piers Plowmann*, suscitó la protesta en las masas, y entonces acaecieron los disturbios conocidos bajo la denominación de Revolución de los labriegos.

Un estado de cosas similar encontramos siglo y medio más tarde, en la época de Enrique VIII. La propiedad eclesiástica había sido secularizada y no pudo resistir durante largo tiempo su pesada carga caritativa. Como en los días de la Revolución de los labriegos, la religión sirvió de pábulo a las protestas e hizo más patente la injusticia. El obrero del campo había logrado su libertad, pero se dió cuenta de que ésta no significaba otra cosa que la potestad de errar por los caminos y de morir de hambre. Carecía de rentas : los campos destinábanse a servir de pasto a las ovejas ; los terrenos del procomún eran acotados ; las roturaciones se hacían cada vez más escasas. En una comunicación elevada al rey y al Parlamento a mediados del siglo XVI se manifestaba que antaño existían « unos cuarenta arados en Oxfordshire. Cada arado mantenía antes seis personas. Ahora no hay más que ovejas. Estas doscientas cuarenta personas tienen que vivir : pero ¿de qué? Algunas de ellas se lanzan a la mendicidad, otras al robo ». Entonces se produjo una revolución más importante que la última, transformación conocida bajo el nombre de Revolución industrial. « La producción de riqueza, en lugar de ser

3. MACDONALD : Socialismo. 67. — 2.ª ed.

simplemente un medio de subsistencia, se convirtió en un fin para sí misma o en un medio de lograr influencia política. » El espíritu del comercialismo encontró una sólida base en Inglaterra. Los señores territoriales extendieron su mano sobre todas las parcelas de terreno que existían a su alcance, e impusieron sobre ellas censos tan elevados como pudieron. Los patronos crearon toda clase de impedimentos a la emancipación industrial de sus oficiales ; sustituyéronlos con jóvenes, y concentraron toda su atención en los balances bancarios. Las rentas aumentaban, los salarios se reducían, los privilegios iban restringiéndose. En la introducción a su *Utopía*, describe Sir Tomás Moro el estado de su pueblo. El rico se rodea de un grupo de hombres hábiles, y despide a los desgraciados que enferman o envejecen, por no mantener a éstos. Esta razón hace que aumente el número de robos. El pobre se presenta harapiento y demacrado en solicitud de trabajo, y nadie quiere darle un empleo. Los párrafos que dedica a este tema son maravillosamente modernos por el planteamiento de la cuestión y por la réplica de ésta. Pero el reproche mayor era el siguiente : « Vuestras ovejas, que se habían acostumbrado a ser tan dóciles y mansas, y tan frugales, ahora, según oigo decir, se han hecho tan voraces y selváticas que son capaces de engullir a los mismos hombres. Ellas consumen, destruyen y devoran campos, casas y ciudades enteras ; y, en efecto, en aquellas regiones del país donde se obtiene la lana más fina, y por consiguiente la más preciada, los nobles y caballeros, y algunos abates, santos hombres sin duda, no contentos con las rentas y beneficios anuales que sus antepasados habían logrado sacar de sus tierras, no contentos tampoco con vivir holgada y placenteramente, sin extraer provecho de nada, se lanzan a perjudicar al interés público, no dejando lugar a nuevas roturaciones ; todo lo reducen a pastos : derriban las casas, destruyen las

ciudades y nada dejan en pie, más que la iglesia, para convertirla en establo. » El número creciente de ovejas no ha causado, sin embargo, una reducción en el precio de la lana de estas reses, porque « toda ella se concentra en las manos de unos pocos ricos ». Era mucho más lucrativo adquirir artículos de subsistencia fuera del país y medrar en Inglaterra, aunque esto significara falta de trabajo y despoblación de los campos. « Así, la irracional codicia de unos pocos ha arruinado en nuestra Isla aquella riqueza en la cual radicaba la felicidad de nuestro país. » Refiérese con estas palabras a la hospitalidad, que el pueblo no puede seguir otorgando, y el rico ha convertido en un ejercicio de prodigalidad y de vicio.

Esto constituye la iniciación de una nueva época en la historia de la pobreza inglesa. El hombre sin tierras aparece ya con caracteres imborrables. El propietario del terreno no quiere soportar por más tiempo la pesada carga social de mantener a los hombres sobre dichas tierras. El labriego pasa a ser un instrumento para obtener beneficios, siendo empleado cuando así conviene a los intereses del señor y del colono, o lanzado a la calle cuando su trabajo ya no es útil.

Por añadidura, la protesta causada por la falta de trabajo en las ciudades se dejó sentir en las dos épocas: la que precedió a la peste negra y la de Sir Tomás Moro. El Parlamento hubo de ocuparse de este problema, y en los días de Moro existió una agitación que nos recuerda a la de nuestros días, debida a que los ingleses fueron suplantados por extranjeros ; incluso, para hacer más patente el paralelo con las circunstancias actuales, ocurrieron en Londres algaradas en la conmemoración del « día de mayo ».

Pero todavía acaeció un nuevo cambio transcendental en Inglaterra antes de la aparición del Socialismo. Inglaterra tenía que vivir la Revolución industrial. El

mundo había de convertirse en mercado para las mercancías inglesas y en manantial de las necesidades de este pueblo respecto a artículos alimenticios y materias primas. Las fuerzas de la Naturaleza serían aplicadas a la producción, y la invención mecánica vendría a suplir al trabajo manual. La población había de acumularse en grandes centros, y su trabajo sería subdividido y coordinado en grandes fábricas. El capital tenía que concentrarse, y llegar el día de la gran industria, antes de que fuera posible el Socialismo como una esperanza científica y una guía en la realidad.

3. El desarrollo del capitalismo

La Revolución industrial es la denominación aplicada al cambio que se operó en la industria cuando las aplicaciones mecánicas condujeron al sistema fabril y a la especialización del trabajo de fábrica. Existían ya hombres ricos antes de que esto sucediera, pero pertenecían a la clase mercantil y financiera más que a la manufacturera. Cuando la Revolución sobrevino, el industrial no era considerablemente rico. Vivía, por lo común, como un productor, gozando de una renta capaz de subvenir a sus necesidades. Pero la riqueza se acumuló rápidamente en sus manos; por su rango social y por sus ideales se apartó decididamente del pueblo de donde procedía, y formó con sus homólogos una clase independiente. La influencia del cambio fué extraordinaria. La aristocracia abrió sus puertas al nuevo rico, porque necesitaba dinero. Los explotadores de las tierras vírgenes de América, los especuladores, los financieros proporcionaron los capitales que la aristocracia inglesa necesitaba; a su vez, las familias ricas adquirieron títulos de nobleza.

Nominalmente, el nacimiento era estimado como el más preclaro origen de aristocracia, pero la riqueza fué,

en realidad, su fundamento. Así resultó que el principal efecto de la Revolución industrial fué el establecimiento de costumbres y distinciones que sólo dependían de la posesión de riquezas, y que han dado ocasión a usar de esta riqueza en direcciones egoístas y antisociales. La riqueza se divorció de toda responsabilidad social, y fué meramente usada como una posesión personal, como si la sociedad estuviera diferenciada en dos grandes reinos antagónicos de ricos y pobres, viviendo cada grupo su vida y entrando raras veces en contacto con el otro. Visitas, actuaciones caritativas, interferencias patronales han ocupado el lugar de aquellas relaciones personales que solían existir entre la cabaña y el palacio antes de que el sentimiento de la solidaridad social quedara destruído por enormes fábricas y aglomeraciones urbanas, extrañado el pueblo del suelo y suprimidas las diferencias de clase que constituían la aspiración principal del rico plebeyo. El espíritu y la responsabilidad pública fueron debilitándose, y existieron menos garantías que nunca de que el control de la riqueza fuera cosa distinta del puro egoísmo. Además, mientras que las relaciones morales entre pobre y rico han ido relajándose, el poder de la riqueza ha aumentado mediante el progreso y la asociación. Describiremos este desarrollo, que es uno de los eslabones importantes en la cadena de la evolución socialista.

Aunque el conflicto entre capital y trabajo comenzó muy pronto en la historia industrial de Inglaterra, y aunque el patrono llegó a elevar en ocasiones los salarios hasta un cierto nivel, con fines de competencia (1),

(1) Por ejemplo, MACAULAY se refiere en su *Historia de Inglaterra* a una balada que se cantaba en las calles de Leeds y Norwich, y que ahora se conserva en el British Museum, señalándola como « la vehemente y amarga protesta del trabajo contra el capital. Describense en ella los venturosos tiempos pretéritos en que el artesano, empleado en las manufacturas de algodón, vivía tan bien como un colono. Pero estos tiempos han pasado.

las dos clases de capitalistas y obreros no quedaron separadas hasta fines del siglo XVIII ; fué entonces también cuando el oficial empezó a perder importancia, y cuando tendieron a desaparecer las posibilidades de que una proporción notable de asalariados llegara a convertirse en patronos. Las invenciones mecánicas elevaron la cantidad de capital exigida en la industria ; la extensión del mercado intensificó la competencia y condujo a la organización de un enorme y complicado sistema de cambio ; los métodos de trabajo fabril redujeron las exigencias de habilidad y los auspicios de los asalariados : de este modo, la separación entre las dos clases económicas se hizo permanente y bien definida. En los días del telar de mano y de la rueda de hilar existía la miseria, el trabajo de los niños y la desolación social ; pero las condiciones en que esto acontecía no eran tan oprimentes, y no lanzaban una sombra tan negra y prolongada sobre extensos períodos de la existencia, como había de suceder posteriormente.

La historia de este movimiento de separación de las clases sociales es, ante todo, una historia de la *guilda*. Siendo ésta originariamente una agrupación comercial con sentimientos religiosos y con cierto poder político, la división de funciones surgida entre capital y trabajo destruyó la catolicidad industrial del primer tipo de guilda, la guilda mercantil, y suscitó la enemiga de los artesanos contra ella. En un principio, los artesanos salieron beneficiados, pero el abismo entre el capitalista, que poseía dinero, y el artesano, que sólo disponía de habilidad, se ensanchó rápidamente, y pronto las guildas tendieron a ocupar posiciones económicamente privilegiadas, y mostraron su hostilidad contra los

---

Seis peniques diarios constituyen todo el salario que puede devengarse mediante un ímprobo trabajo en el telar. Si el pobre se queja de que no puede vivir con tan mezquino sueldo, le dicen que en libertad está para cogerlo o dejarlo ».

trabajadores más necesitados. La guilda mercantil había cedido su puesto a la guilda artesana, que para otorgar derecho a formar parte de sus miembros exigía haber realizado un aprendizaje en determinada industria artística u oficio. La función de la guilda era regular el mercado en interés del artesano. Pero todas las organizaciones de este género tienen una evolución : surgen para satisfacer una necesidad, logran triunfar, y decaen, después de un período de abuso. Así sucedió que la guilda de artesanos se convirtió pronto en una corporación cerrada, y sus poderes reguladores del comercio fueron empleados para asegurar monopolios, movimiento exactamente paralelo al del moderno capitalismo, aunque los métodos difieren. En el período de dos siglos, cuyo término está a mediados del XVI, la guilda artesana floreció y vino a tierra. Fuera de ella dió lugar a una nueva clase de personas que dependían del salario y no eran una aristocracia artesana, que no podían ni acumular dinero ni unirse unos a otros, que carecían de tierras, y trabajaban muchas veces con capital prestado. Las guildas interfirieron con esta clase, no con propósito de ayudarla, sino de suprimirla. Exigiéronse honorarios o cuotas de ingreso. En las postrimerías del siglo XIV, el jornalero, admitiendo su estado como final posible de una evolución, y reconociendo que el artesanado no era ya accesible para él, fraternizó con otros individuos de su misma condicion (1). A mediados del siglo XVI, la guilda quedó quebrantada y la legislación se aplicó a ocupar el lugar que dejaban vacío los estatutos de aquélla. Pero la situación del asalariado sin tierras y sin propiedad se generalizó, y a su vez, estos individuos cons-

(1) En 1387 los « cordeleros asalariados de Londres » fueron acusados por su tentativa de constituir una hermandad independiente, y acusaciones semejantes se hacen contra los guarnicioneros, en 1396, y en 1415 contra los sastres (WEBB, *History of Trade unionism*, págs. 2 y 3).

tituyeron su guilda en forma de *Trade Union* cuando el sistema fabril y el sistema urbano le ofrecieron probabilidad para ello ; después, la separación definitiva entre la clase trabajadora y el capitalismo le compelió a abandonar toda esperanza de redimirse por medio de la industria. El patrono se había trasladado a otro estado social, y el lema « naciste obrero, morirás obrero » se erigió en pricipio normativo de la vida del trabajador.

Hasta la época de la Revolución industrial, la clase productora capitalista no era una clase adinerada. El sistema industrial era entonces doméstico, y el artesano, por lo común, era propietario de sus herramientas, como el carpintero, en la actualidad, lo es de las suyas. La competencia del telar mecánico al telar de mano, en la manufactura del algodón, no fué seria hasta 1812, y todavía en 1834 existían solamente 733 obreros de telares mecánicos para 7 u 8,000 operarios de telares manuales. En la industria de la lana y del lino los telares mecánicos fueron muy poco usados hasta 1840. En la hilatura, el empleo mecánico del vapor y la organización fabril se implantaron más temprano. En 1833 existían tres hilaturas en Manchester, que empleaban 1,400 obreros cada una, ocho de 500 a 900, ocho de 300 a 500, y diecisiete de 100 a 300 (1).

El profesor Marshall ilustra este aspecto de la cuestión comparando el valor relativo de herramientas y salarios en la actualidad y en épocas pasadas. El operario textil usaba antaño para procurarse herramientas el equivalente de algunos meses de su trabajo, mientras que en la época moderna se destina a este objeto un capital de unas 200 libras esterlinas por cada obrero, mujer o niño, en una fábrica textil. El costo de un vapor es equivalente al precio del trabajo de diez años de los individuos que trabajan en él, mientras que los emplea-

(1) Butterworth, *History of Oldham*, pág. 118.

Claudio Enrique, conde de Saint-Simon (1760-1825).
(Fot. Bruckmann)

dos de ferrocarriles operan con capital evaluado en veinte años de sus salarios, aproximadamente (1). En 1845, Mc. Culloch estimaba que el capital fijo en los molinos de algodón no excedía del valor de dos años de salario de un operario; los datos de Marshall dan ya un valor de cuatro años de salario para los materiales empleados en el caso en cuestión.

Todo esto nos conduce a una nueva etapa.

4. La realización del capitalismo

El aumento en la cantidad de capital necesario, dió lugar a una revolución en la propiedad del mismo. El capital industrial suele ser apropiado por aquel que lo usa. El patrono era el capitalista. Pero, naturalmente, un hombre no puede poseer por sí solo uno de los gigantescos consorcios modernos de la ingeniería. Así sucedió inevitablemente que el capital requerido por estas colosales empresas fué procurado por un numeroso grupo de capitalistas. De este modo la sociedad con responsabilidad limitada, o sociedad anónima, vino a constituir una etapa en la evolución capitalista.

La constitución de estas compañías es de sobra conocida. Su capital se acumula en forma de acciones, es controlado por una oficina directora, generalmente por un director-gerente, y aquellos que han aportado su capital no poseen prácticamente voz ni voto en la organización del negocio. Eventualmente se celebran juntas de accionistas, pero aparte del hecho de que estos accionistas no esperan nunca esta clase de reuniones, la facultad de aquéllos no alcanza a mucho más que a expresar su gratitud o su protesta. Si se exceptúa una situación crítica, los directores, trabajando con sujeción a los estatutos de la sociedad, poseen una autoridad absoluta.

(1) *Principles of Economics*, págs. 302-3, 4.ª edición.

Así, uno de los principales resultados de la concentración de capitales en las empresas industriales ha sido la suplantación del capitalista individual y responsable por el agente oficial que representa a varios capitalistas. El « jefe de industria » no es, por consiguiente, un hombre que trabaja con su propio capital, sino un agente que labora con el capital de otras personas ; el capitalista ha dejado de ser un hombre de negocios para convertirse en un simple financiero. Este cambio del capitalismo personal al impersonal, del control del propietario al control del agente, es otro de los eslabones importantes en la cadena de la evolución y de la argumentación socialista.

En ocasiones suele hacerse de este cambio una deducción errónea. Preténdese que bajo un sistema de compañías anónimas los dividendos y beneficios, que antiguamente eran realizados por una reducida clase de capitalistas industriales, se amplían a un campo más vasto, asegurándose de este modo una mejor distribución nacional. Ancianas con escasos recursos perciben rentas de las sociedades de construcción ; algunos clérigos disfrutan de modestas rentas que emanan de su participación en los beneficios de fábricas de cerveza ; ciertos empleados participan igualmente en los beneficios de las compañías de caucho, y así sucesivamente. Esto, sin embargo, no tiene en el fondo la significación que aparentemente posee. La lista de accionistas en las compañías públicas es larga, pero los subterfugios son enormes. Nunca se ha hecho una tentativa seria para eliminarlos, de manera que aunque podemos saber qué número de individuos aislados han invertido su dinero en estas compañías, a juzgar por nuestra experiencia personal, el número neto de accionistas debe ser esencialmente más reducido que el número bruto. El accionista financiero se convierte a su vez en una clase, con un sólido núcleo de magnates que todo lo

controlan, y una fracción, más o menos insignificante, de individuos relativamente pobres.

Además, está evidentemente comprobado por publicaciones oficiales y fidedignas que la riqueza continúa acumulándose en un extremo de la sociedad, y que, mientras el centro se desarrolla lentamente, el otro extremo permanece estacionario o se precipita en el abismo. Así, en una estimación relativa a los cuatro años siguientes al de 1903-4 (1) el valor neto de los bienes imponibles por transferencia hereditaria era de 276 millones de libras esterlinas; de entre estas transferencias, las de sumas inferiores a 100 libras no sumaban más que un total de 17,000 libras esterlinas. Para el año 1909-10 el valor neto de estas fortunas era de 283.660,000 libras, y el total de las 71 fortunas de un cuarto de millón y más, no era menor de 59.160,000. Aunque es cierto que respecto de largos períodos mejora la condición de las clases superiores de artesanos y de la clase media inferior, el proceso está sujeto a considerables fluctuaciones debidas a épocas de falta de trabajo y de malos negocios, y al aumento en el costo de la vida. A fines de 1910, estos estratos de la clase media no gozaban de una posición tan favorable como a fines del pasado siglo. Habíanse acusado descensos de salarios y alzas de precios, en el ínterin, y los ingresos iban desapareciendo de los bolsillos de la clase obrera. En relación con las modernas combinaciones del capital, fueron debilitándose las del trabajo, y la presión ascensional que el obrero pudo imprimir a su clase, en el orden económico, es actualmente menos efectiva que antes.

Tampoco debe olvidarse que en la compañía anónima todo progreso industrial está capitalizado, y, en consecuencia, la suma de capital soportado por la in-

(1) *Riches and Poverty*, pág. 48. Chiozza-Money.

dustria tiende a aumentar con los beneficios, de modo que el trabajo encuentra enorme dificultades para asegurarse una beneficiosa participación en la riqueza nacional. Algunas florecientes sociedades con garantía limitada nos procurarán la comprobación de este principio. Supongamos que una compañía posee un capital de 20,000 libras esterlinas y que paga un dividendo de un 10 %. Bajo el antiguo sistema del empresario capitalista, una porción de este 10 % se destinaba a aumentar los salarios. Pero bajo el sistema de compañías a que hacemos referencia, un accionista vende sus acciones por un precio casi doble del que pagó por ellas. Así, aunque el negocio nunca ha absorbido más que un capital de 20,000 libras, soporta en realidad una carga de 40,000 ; nominalmente paga el 10 %, pero de un modo efectivo no paga a los nuevos accionistas más que un 5 %. El margen de beneficios es inmediatamente capitalizado ; los beneficios no se aplican a engrandecer el negocio, ni a aumentar los salarios de sus empleados ; la inmediata capitalización actúa como una esponja y absorbe la savia vital de la empresa. Tal puede apreciarse leyendo alguno de los tratados que estudian las compañías mercantiles : el dividendo actual está pagado al precio corriente del capital. Los datos ponen de manifiesto un interés escasamente superior al 4 %.

La supercapitalización es el resultado directo de la fase anónima del control capitalista. Se ha estimado que la supercapitalización de los ferrocarriles americanos es del 50 al 200 % de su valor actual. Las más importantes compañías inglesas no están tan contaminadas por la supercapitalización como las americanas, gracias al sistema inglés del libre-cambio, pero los ferrocarriles, compañías navieras, almacenes de depósito, algunos de los *trusts* manufactureros, van acumulando sobre sí responsabilidades financieras excesivamente gravosas, cuyas consecuencias perjudican al público.

Por esta razón, el peso del capital sobre la industria resulta excesivo, el capitalista de la explotación se hace omnipotente, y aunque la estadística de la renta acuse un aparente progreso, establécese un sistema de distribución que, en definitiva, determina la depauperación de todos los elementos creadores de la prosperidad nacional.

5. El pequeño capitalista

En esta trayectoria aparece el *trust* y se inicia otra etapa. El capital es carnívoro y hace presa en sí mismo : la competencia es auto-destructora (1). En la concentración de capital se alcanza un punto en que la guerra entre dos entidades rivales causa tales pérdidas y tales peligros que la paz se firma entre ellas. Estas sociedades mercantiles se señalan los límites de sus actividades, a la manera como una entidad bien conocida ha distribuído entre sus diversas secciones los grandes mercados del mundo, o acumulan sus beneficios o llegan a cualquier otro arreglo mutuo relativo a sus disponibilidades, o se amalgaman bajo una gerencia, como el *American Steel Trust*. También recurren al procedimiento de con-

(1) Acaso la prueba más concluyente acerca de este argumento ha sido suministrada por Mr. Mallock en un libro escrito con intención de rebatir dicha afirmación. En *The Nation as a Business Firm*, analiza Mr. Mallock la renta nacional, con objeto de patentizar que está mejor distribuída que antaño, y que yerran quienes afirman que está muy desigualmente repartida. Dicho autor se refiere exclusivamente a las rentas familiares. Este criterio, en sí mismo, está ya expuesto a graves objeciones desde un punto de vista científico, pero, además, los datos y argumentos se extienden con objeto de presentar como afortunadas gran número de familias. Pero, ¿cuáles son sus conclusiones? Que 855,000 personas acaudaladas perciben 400.000,000 de libras anuales ; que 12.150,000 personas regularmente acomodadas reúnen 571.000,000 de libras, y que 29.895,000 recaudan 773.000,000 de libras anuales. Esta apología del orden actual es más elocuente que una confesión de la razón que asiste a las condenaciones de que ha sido objeto.

trolar industrias complementarias, como el *Steel Trust* controla no sólo molinos y hornos sino yacimientos metálicos, y líneas navieras y ferroviarias requeridas para el transporte de su material. De este modo va apretándose la garra del capital sobre la industria, y extendiéndose el imperio de las finanzas.

Ya hemos indicado anteriormente que, paralelamente a esta concentración, se aprecia también un incremento de la pequeña industria. Pero es preciso hacer dos advertencias a este respecto. Una gran cantidad de negocios de esta clase son eventuales. Establécense en atención a consumidores que poseen necesidades especiales : pequeñas tiendas que tienen abiertas sus puertas hasta muy tarde, comercios que venden a crédito, o que se dedican a determinadas operaciones, pequeñas manufacturas que por alguna razón producen a precios económicos, o que se dedican a una labor que no requiere gran capital, o que no depende de maquinaria, o que es artística y, por consiguiente, de naturaleza individual y no mecánica. La segunda observación es que el pequeño capitalista, aun cuando vaya aumentando en número, disminuye en importancia industrial. Cada vez va haciéndose más absoluta, en la industria y en el comercio, la regla de que dominen el gran capitalista, el sindicato, el *trust* y el proveedor en gran escala. En efecto, cabe suponer que perfeccionándose el gusto y robusteciéndose la individualidad, la producción mecánica de artículos de uso personal disminuirá en lugar de aumentarse ; pero, incluso entonces, las facilidades para el transporte y la conveniencia de grandes almacenes centrales, como los modernos de Whiteley, producirán el surgimiento de la concentración capitalista en la distribución de estos artículos de fantasía, y un sistema concentrado de distribución determinará un sistema concentrado de producción. Por ejemplo, las producciones « artísticas » del ramo de ebanistería, que se

venden en algunas tiendas de provincias, se alaboran en talleres reducidos, cuya existencia depende de un modo exclusivo del patronato de dichas tiendas. El sistema de hoteles de venta en el ramo de zapatería es de la misma naturaleza. Cientos de operarios de pequeña importancia llevan sus productos una o más veces por semana a dichos comercios conectados con millares de tiendas sujetas a un control central y abiertas en todo el país. El operario sigue siendo un hombre « pequeño » : su existencia depende de los hoteles de venta, que generalmente le hacen adelantos pecuniarios ; sus provechos se limitan, por lo común, a los salarios ; prácticamente ocupan la posición de un empleado, y sus beneficios quedan fijados por la actuación de una ley económica que, con respecto a él, es mucho más rígida que con relación a un simple obrero fabril, ya que éste es miembro de una *Trade union*. Por esta razón, las estadísticas referentes a capitalistas y patronos independientes deben ser examinadas con reserva, pues de lo contrario suscitarán opiniones erróneas.

6. Sumario

Estamos ya en condiciones de resumir el proceso de la evolución del capitalismo durante la revolución industrial, y de estatuir la ley de esta evolución.

La industria capitalista principia con la competencia, comenzando inmediatamente a regir la ley de la supervivencia de los mejor dotados. De aquí emerge la ley de la concentración y de la coordinación. La competencia conduce al dominio ejercido por unos pocos, y a la expansión de la esfera de control de la unidad capitalista. Las industrias que dependen unas de otras tienden a organizarse juntas y a ser controladas como una unidad.

Pero, mientras que esta concentración de control va avanzando, el patrono que trabaja con su propio capital tiende a desaparecer ; el accionista sale a escena, el capital industrial se acumula, no como aportación de un Banco sino de varios Bancos, y el control del capital industrial, y hasta el de la industria, pasa a manos de los agentes. El mecanismo industrial cesa de ser personal y se hace impersonal. Es una jerarquía de gerentes y directores.

Esta es la ley de la evolución capitalista, y en este punto nos hallamos nosotros mismos. El problema frente al cual estamos situados no es cómo mantener la competencia, sino cómo controlar el monopolio

Capítulo III

El fracaso económico del capitalismo

Nos hallamos ahora en condiciones de discutir la obra práctica de la industria capitalista. Partimos del aserto de que los procesos de la producción son emprendidos con objeto de subvenir a las necesidades de la población. Los vestidos se hacen para vestirse, las casas para habitarlas, los preparados alimenticios para conseguir la nutrición ; los productos de países extranjeros son importados para aumentar nuestro confort. La prueba a que debe someterse todo sistema de producción es ésta : ¿Realiza este sistema sus fines? Y como prueba suplementaria, esta otra : El sistema en cuestión ¿efectúa su misión económicamente o de un modo oneroso? Examinemos esta segunda prueba en primer lugar.

1. Renta

Llegaremos a poseer ideas claras sobre este extremo con mayor sencillez y exactitud si consideramos cómo adquieren sus rentas las diferentes clases económicas. En primer término nos ocuparemos del propietario de la tierra, como perceptor de la renta.

La renta de la tierra no es de la misma naturaleza que la recompensa otorgada a determinados servicios.

4. Macdonald : Socialismo, 67. — 2.ª ed.

Así lo fué en tiempos : la tierra era concedida por el soberano a sus caudillos, quienes, en reciprocidad a la posesión, prestaban servicios militares al Estado, y, por añadidura, pagaban ciertas tasas para subvenir a los gastos del rey, que era la encarnación del Estado. El país se poseía, pues, como depósito, en nombre del Estado, y a esta teoría estuvieron sometidas la legislación y la tasación de las tierras en épocas remotas. Pero, a medida que el carácter del Estado iba cambiando, el depositario de la tierra fué transformado — mejor dicho, se transformó él mismo — en un propietario habitual. Sus obligaciones fueron disminuyendo y desaparecieron, las tasas especiales llegaron a suprimirse, y aunque en teoría se mantuvieron las atribuciones legal y judicial, en la práctica comenzó a tratarse la tierra como sujeto de posesión privada ordinaria.

Ahora bien ; es de la tierra de donde extraemos todas las primeras materias en bruto. Es el terreno que necesita el agricultor ; contiene los minerales de todas nuestras industrias extractivas; sobre ella han de construirse nuestras fábricas, nuestros comercios, nuestras casas ; es, además, con excepción del mar, el fundamento de nuestra industria de transportes. Si su uso nos estuviera prohibido, toda la industria del país quedaría paralizada, y nosotros moriríamos. De estos hechos depende la renta de la tierra. « Yo puedo impediros trabajar, construir, extraer minerales y vivir, en una palabra » — dice el propietario de la tierra —. « Del producto de nuestro trabajo y de nuestra destreza — replica el resto de la colectividad — estamos dispuestos a pagaros la autorización que nos dais para que trabajemos, construyamos, explotemos minas y podamos vivir. » Y de esta manera se paga la renta al propietario de la tierra. Fué Adam Smith quien escribió : « La renta no está en modo alguno proporcionada a lo que el propietario de la tierra pueda haber hecho por su cuenta para la mejora

de la misma, ni a lo que puede llegar a producir, sino al rendimiento que de ella puede extraer el colono » (1).

Así, las diferencias en la cualidad de la tierra y en sus naturales ventajas determinan dónde han de erigirse las ciudades, dónde se cultivarán las diversas especies de productos agrícolas, dónde habrá fábricas, dónde minas, dónde verdes campiñas, dónde una región hullera. Este hecho, a su vez, determina la variedad de las rentas. Pero, sean éstas tan diversas como quieran, todas son de la misma naturaleza económica : son el precio pagado al propietario de la tierra por la colectividad — porque, en realidad, es la colectividad de consumidores la que paga, y no el individuo — para conseguir que aquél autorice el uso de su tierra.

Hállase el propietario de la tierra, por consiguiente, en la posición de un hombre que detenta las llaves de la existencia, y que por tal razón puede exigir una cantidad máxima como precio de ellas. Y así lo hace. La renta, como consecuencia, tiende a absorber todo el incremento social que pudiera transformarse en una ventaja dentro del mercado de cambio. Un terreno pantanoso próximo a la ciudad es drenado, y la renta sube ; constrúyese una línea de tranvía en torno a una población, y la renta sube : se excava un pozo de mina y se descubre un filón de hulla especialmente aprovechable, y la renta sube ; aumenta la prosperidad industrial de una ciudad, y la renta sube ; la población de una capital adquiere el hábito de comprar en determinadas calles, y la renta sube ; el cultivo intensivo tiende a obtener resultados provechosos en determinadas direcciones, y la renta sube ; otórgase la libertad de educación, y la renta sube.

La cuantía de la renta está determinada por la capacidad adquisitiva de la colectividad, no por el valor de los sercivios prestados por los propietarios. Es simple-

(1) *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nations*, cap. XI.

mente una medida del monopolio. Que una colectividad que ha ampliado sus calles y educado a su pueblo otorgue a los poseedores de su tierra el aseguramiento de la equivalencia financiera de estos beneficios no puede tener justificación racional ni moral, pues, desde el punto de vista de la economía, ello significa un despojo.

Conviene observar, sin embargo, que el Socialismo no se opone a la renta, sino que simplemente censura la renta correspondiente a personas privadas. Dichos valores son reales. Una tienda en un barrio frecuentado tiene un valor económico más elevado que otra situada en una calle estrecha; los finos aluviones fluviales poseen una utilidad agrícola mayor que una tierra caliza y compacta; cuando el margen de cultivo se ensancha, el valor del antiguo terreno cultivado aumenta. Alguien debe beneficiar la renta económica. Si éste es el afortunado tendero, como suelen proclamar los abogados de la libertad del arrendamiento, dicha persona recibe una utilidad que no ha sido creada ni por su trabajo ni por su destreza; si beneficia al propietario del campo, recibe éste un provecho que no ha merecido. El origen de este beneficio finca en la naturaleza de las cosas. Incluso cuando se produce a consecuencia de una inversión de capital, por ejemplo, por el ensanche de una calle o la construcción de una línea de tranvía, representa algo más que el interés del capital. Cuando Moisés golpeó la roca, el agua que surgió de ella y las corrientes que siguieron fueron para el pueblo algo más que la recompensa de su trabajo, y no pudieron en justicia estar sujetas a las leyes económicas de la propiedad privada. Cuando una compañía ferroviaria londinense trazó sus líneas a través de Buckingham, y abrió anchos campos sobre los cuales había de circular parte de la población de Londres, dicha sociedad llevó fortunas y fortunas a los bolsillos de propietarios y especuladores. Esto no era consecuencia de las inversiones de capital

efectuadas por dicha compañía, porque ésta podía haber practicado sus túneles por otra región, y en tal caso no hubiera creado en ella nuevos valores. Fué causado dicho beneficio por el hecho de que existía una colectividad dispuesta a usar del ferrocarril, y que se colocó a la merced de los propietarios que esperaban el éxodo. El único perceptor legítimo de estos beneficios es el erario público. Dichos beneficios son la fuente natural con la cual debe atenderse a los gastos del gobierno y al desarrollo de la acción comunal. Cualquier razón válida que pueda aducirse en favor de la propiedad individual puede invocarse también en pro de la propiedad colectiva.

La colectividad ha creado los valores, y los necesita para poder desarrollar una existencia libre. Pero, en la actualidad, están en manos de individuos privados que son parasitarios copartícipes de la riqueza nacional.

2. Interés

Las rentas derivadas del capital invertido no son tan fáciles de clasificar. El principio ricardiano de que toda la riqueza está creada por el trabajo no es exactamente verdadero. La verdad reside en el principio de que ninguna riqueza puede ser creada sin utilizar los servicios del trabajo (1). Pero existen muchas riquezas que el trabajo no logra crear sin ayuda del capital. Puede un hombre ir al bosque y arrancar con sus manos, de los árboles, ramas para hacer fuego, pero no puede derribar los árboles sin una herramienta de alguna

(1) Una buena parte de los estériles ataques hechos contra la teoría económica socialista, ha girado en torno de este tema. La doctrina de que toda la riqueza está creada por el trabajo fué expresada por Ricardo, pero no por él en primer término. Sin embargo, así se estimó, en una de tantas abstracciones que los liberales economistas admiten para simplificar sus argumentos. Marx la tomó de Ricardo, aunque no en la forma habitualmente

clase, y esto ya es capital. El capital, por consiguiente, posee su valor, afirmación sencilla que significa que incluso en las condiciones económicas más liberales debe ser pagado un interés. Este puede ser de 5, de 10 %, pero la utilidad del capital en la producción tendrá siempre un valor prudencial que el obrero que lo usa convendrá en pagar sin sentirse víctima de explotación o de injusticia. El interés no es, por consiguiente, de la misma naturaleza que un derecho de monopolio. Es el pago por el servicio prestado, y puede ser denominado interés simple. El riesgo determina su cuantía, pero ninguna otra consideración, sino ésta, puede justificar su existencia.

Ahora bien ; no todo cuanto se denomina interés es de esta naturaleza, como cabe apreciar examinando algunos negocios. El préstamo monetario ha adquirido una mala reputación porque algunas de sus transacciones son de la misma naturaleza que las operaciones ilícitas. Realízanse con gran riesgo ; sus víctimas se hallan en inusitados apuros, y por esta razón el préstamo adquiere los caracteres de un monopolio, pues las probabilidades de asistencia son muy pequeñas ; afecta a una clase de deudores desordenados, dispuestos a sacrificar la totalidad del mañana por gozar un momento

---

supuesta. Mr. Mallock, por ejemplo, aplica a la interpretación marxista todo su profundo desprecio : pero convendrá comparar las respectivas afirmaciones de Marx y de su comentarista.

Cómo establece Marx su teoría :

« Entiéndese por poder o capacidad para el trabajo el conjunto de las aptitudes físicas y morales que existen en un ser humano, y que ejercita cuando produce un cierto valor de uso. »

Capital, I, pág. 136.

Cómo es la versión de mister Mallock :

« Marx afirma que la medida del cambio entre una clase de mercancía y otra... es la cantidad expresiva del trabajo manual, estimada en el espacio de tiempo que es necesario para su producción. »

Critical examination of Socialism, pág. 12.

de placer en el día de hoy ; el préstamo es, con frecuencia, deshonesto. Cuando se estipula un interés elevado para cubrir riesgos, la renta es ya excesiva y significa una explotación.

Si consideramos algunos de los *trusts* recientemente fundados, pronto descubriremos rentas que no pueden justificarse por razones de interés público. El capital de 34.000,000 de libras que posee la *Mercantile Marine Company* es generalmente estimado como excesivo. Si de él fueran pagados intereses, la sociedad tendría que recaudar fletes muy altos ; si el interés no se paga con dicho capital, el dinero de alguien ha sido transferido a la bolsa de algún otro. El empréstito de tal capital no es una asistencia sino un estorbo para la empresa. Es una mengua para el capital, del mismo modo que lo era la antigua costumbre de conservar el dinero en una media, y es más bien un detrimento para la industria. Otro manantial de la renta capitalista ha sido la elevación de los precios por encima del nivel económico. Así, el precio del azúcar en América ha sido elevado por el *trust* a pesar de las grandes mejoras que podrían haber reducido los precios. Otro tanto puede afirmarse del aceite, y el mundo entero protesta contra el *Meat Trust*. La política de protección favorece considerablemente estas rentas, todas las cuales revelan caracteres de explotación.

Análogamente, una proporción esencial de rentas hechas en la Bolsa comercial no tienen justificación de ningún género. La Bolsa, en sí misma, es una institución necesaria y continuará siéndolo durante mucho tiempo. Es una organización para el comercio de capitales, un mercado para las inversiones de los mismos. Pero en lugar de ser uno de los órganos del sistema industrial, la Bolsa es manipulada y controlada por financieros que influyen sobre los precios y los cambios con ánimo de favorecer sus propios intereses. La manipulación

bolsística de capitales se ha convertido en un negocio parasitario de la industria, aunque la institución que realiza estas operaciones sea necesaria para ella. La crisis del caucho, que acaeció en 1910, es un ejemplo típico de tales actividades, y se tradujo en tres perjuicios para el negocio : una importante industria fué desarraigada por la especulación fabril ; sobre ella pesó un capital innecesario ; finalmente se elevó el precio de sus productos. De este modo, las rentas derivadas de tales transacciones representaron más bien una medida de la pérdida industrial que de beneficio para la industria.

Son éstos, ejemplos que no llegan a agotar el catálogo de los orígenes antisociales del interés, y de las transacciones mercantiles, de éxito feliz, que representan un dispendio y una explotación. Un catálogo completo especificaría cientos de recursos para crear una renta, desde el comercio sobre la base de onerosos arrendamientos, hasta aquel otro que se efectúa con artículos procedentes de quiebras, o los que tienen como punto de apoyo salarios miserables.

3. Pérdida de capital

Para completar el estudio que hemos hecho de los casos particulares que son otros tantos orígenes de renta antisocial, comentaremos el efecto ruinoso general que el sistema produce en su conjunto. Una de las principales características de la competencia comercial es su estado caótico : el sistema no se ve por ninguna parte. *A*, *B* y *C* inician mutuamente una competencia. Sus actividades no están limitadas más que por su acometividad individual o por el peligro de bancarrota. Inundan con sus mercancías los mercados, manufacturan sus primeras materias en expectativa de pedidos que pueden venir o no venir, toman obreros de otros patronos y profesiones, y pueden despedirlos al finalizar

P. J. Proudhon (1809-1865)
(Fot. Bruckmann)

la semana. La producción tiende teóricamente a procurar a los habitantes de un país sustento y vestidos, pero tal como está orientada actualmente por rivales que se ensañan con sus víctimas, y que sólo detienen sus locos propósitos cuando los mercados se cierran y cuando la paralización de la industria les advierte con inconfundible elocuencia que aquéllo no puede continuar, la producción se traduce en desorden industrial, incertidumbre y pobreza.

Así, pues, no sólo es cierto que la producción soporta una carga demasiado pesada en el caso de *trusts* supercapitalizados, sino que tal afirmación es verdadera respecto de la industria en general. En ella se usa más capital del que es necesario para una producción eficiente, y por esta razón es justo censurar al comercialismo, basado en la competencia. Un ejemplo muy usado para explicar este hecho es una comparación entre los carretones de expendición de leche que llenan nuestras calles por las mañanas, y el sistema organizado y sin competencia de la venta de sellos de correos. Un trust lechero bien organizado que trabajara en beneficio del consumidor, reduciría el precio de la leche, disminuiría la posibilidad de adulteraciones, no sólo por eliminar a los mercaderes deshonestos, sino porque ello supondría economías substanciales y efectivas. Nosotros podríamos prescindir de todos los intermediarios superfluos y, sin embargo, la sociedad no resultaría perjudicada sino favorecida. Y así sucede porque es indudable que los trusts pueden economizar aun soportando la carga de un elevado capital.

Cuando se formó la *American Wire Nail Association*, en 1895, se calculó que la maquinaria de la región podía producir cuatro veces la cantidad de clavos demandada. Cuando se formó el Grupo del whisky en América adquirió ochenta instalaciones, pero pronto se convenció de que con doce podía satisfacer las demandas. El trust

del azúcar se constituyó después de que dieciocho de las cuarenta refinerías de los Estados Unidos se habían declarado en quiebra. Dieciocho de las « supervivientes » formaron el trust, once de sus refinerías fueron cerradas, y la producción necesaria fué mantenida por siete. Cuando en nuestro país se efectúan combinaciones de esta índole, se observa un proceso semejante. Antiguos talleres cierran, la producción es regulada y se organiza; siguen garantizándose beneficios aunque el trabajo falte, se hacen economías en la administración, y se especializan y diferencian los procesos de la manufactura. La pérdida que arrastra la competencia industrial es enorme, y la fuerza irreductible de las circunstancias tiende a eliminar esa pérdida.

4. Pérdida de trabajo

Una nueva consideración debe ser tenida en cuenta. Hemos visto que el propietario privado, de la tierra y del capital, es un serio obstáculo para la riqueza nacional y una pesada carga sobre la producción. Aproximémonos ahora al tema desde el punto de vista de la pérdida de trabajo que representa.

Una constante protesta contra la amalgama de entidades ferroviarias que está acaeciendo en la actualidad es la fundada en el efecto que produce sobre los empleados (1). En tanto que la producción haya de orientarse principalmente a beneficiar a los propietarios del capital, el trabajo no dará el máximo rendimiento económico. No existe cooperación entre capital y trabajo

(1) La *Pennsylvania Railroad* se jactaba de que en un año había prescindido de 30,000 hombres para hacer economías, y en 1907 la Central de New York despidió el 10 % de su personal por la misma razón. Las diversas tentativas que se han efectuado para amalgamar los ferrocarriles británicos han sido rechazadas por personas que se han asustado ante las reducciones de personal que el hecho traería como consecuencia, y han proporcionado ocasión para solicitar la reducción de la jornada de trabajo.

para el uso más económico de ambos. El trabajo tiene que mirar detrás de sí mismo. Una mayor economía — por ejemplo, mediante la introducción de la maquinaria — puede significar una disminución del precio de producción y como consecuencia un descenso de los precios. Pero los asalariados no pueden detenerse a pensar esto, porque el único efecto inmediato que aprecian de este cambio es que existe menos demanda de sus servicios, que son despedidos, y que sus rentas cesan, como consecuencia. La primera misión de un obrero es procurarse un salario para la presente semana; todo cuanto le impide hacer esto es desfavorablemente acogido por él, y no podríamos exigirle que obrara de otro modo. Esta es la razón por la cual algunas *Trade Unions* se han decidido a limitar la producción en determinadas épocas, adoptando el procedimiento llamado del *ca'canny* (1). En una economía sana no existe justificación alguna para este proceder, pero puede ser excusado como un incidente en las tentativas del capital para efectuar economías a expensas del trabajo.

Una fuente mucho más prolífica de despilfarro es la organización requerida por los capitalistas para asegurar la colocación de sus bienes. Esta es la causa de enormes gastos de propaganda y de que un verdadero ejército de viajantes sean lanzados en todas las direcciones. Cuando se constituyó el consorcio jabonero británico, suscitó el *Daily Mail* algunas objeciones contra él basándolas en que significaría para los periódicos una pérdida de 200,000 libras en la partida de la propaganda, y hechas las investigaciones oportunas, el director de una sociedad anunciante elevó la pérdida a una cantidad «más próxima a 500,000 libras que a 200,000». La

(1) Limitación voluntaria del rendimiento por parte del obrero, para evitar despidos por falta de trabajo. Adviértase que esta misma política ha sido propugnada por las organizaciones capitalistas para elevar los precios.

formación del *trust* del tabaco dió lugar a un resultado semejante. Los almacenistas hicieron notar este hecho, y el lector habitual de periódicos, que inquiría las columnas de anuncios, no pudo encontrar los de manufactureros de tabaco. Antes de que la *Standard Oil Company* creara su monopolio para proveer de parafina a América, los anuncios de esta mercancía aparecían en las páginas de cualquier publicación, mientras que en la actualidad han desaparecido.

Lo que con razón se ha denominado « el ejército permanente del comercio », los viajantes mercantiles, son responsables de cuantiosos gastos. Mr. Bradley, en su discurso ante la Comisión industrial de los Estados Unidos, respecto al costo de llevar whisky al mercado afirmó que a este objeto se gastaban 40 millones de dólares cada año. El presidente de la Liga nacional de comisionistas mercantiles afirmó que 35,000 de sus miembros habían perdido su empleo por la organización de los *trusts*, y que otros 25,000 tuvieron que sufrir reducciones en sus salarios. Él estimaba que esta reducción en el número de viajantes de comercio significa una pérdida para los ferrocarriles de 50 libras diarias por 240 días al año, o sea, en total, 5 millones de libras; y los hoteles vienen a perder aproximadamente una cantidad parecida.

Esta dislocación del trabajo tiene una justificación económica, pero el hecho de que haya tenido realidad patentiza qué número de impresores, anunciadores, periodistas y viajantes tienen que ser mantenidos a expensas de la industria general. Porque, y este hecho debe ser recalcado, pocos de ellos son productores en el sentido estricto de la palabra. La inmensa mayoría de ellos están ocupados en transferir la riqueza de una entidad a otra. Toman de Pedro para dar a Pablo, sin agregar un céntimo a la riqueza de la colectividad, que radica en Pedro y en Pablo. No debe entenderse con

esto que toda propaganda o toda comisión mercantil signifique un gasto. Una de las funciones del anuncio es ofrecer información a consumidores y usuarios ; una de las funciones del comercio es facilitar el cambio de bienes entre el que produce y el que distribuye. Estas funciones son necesarias y poseen la misma naturaleza de servicio real que la que crea o añade facilidades para el uso de la riqueza nacional. Tampoco necesito esforzarme para reconocer que los comisionistas son actualmente necesarios. Forman parte del uso antieconómico ocasionado por nuestro presente sistema ; pero en una organización más perfecta serían absorbidos por otras ocupaciones más productivas.

El hecho es que nuestros actuales modos de producción y distribución son complicados, costosos y significan una pesada carga, hasta un extremo que pocos han sospechado, porque una gran cantidad de estos dispendios se oculta bajo las apariencias de un trabajo utilísimo. Contemplando a un impresor en su trabajo, cualquiera que piense a la ligera puede afirmar que esta persona es un obrero productivo. Sin embargo, si está imprimiendo anuncios cuyo único objeto es transferir artículos de una entidad mercantil a otra, no puede considerarse en modo alguno como un trabajador. Es simplemente una persona que absorbe una porción de los numerosos gastos que lleva consigo la competencia capitalista. Ningún patrono prudente emplearía dos hombres para realizar el trabajo que puede hacer uno solo, pero nuestro actual sistema de producción y distribución emplea un ejército de personas que no penetran en el mecanismo de la producción real de la riqueza.

En una palabra, nuestro sistema presente no resiste la prueba de la economicidad.

5. Pobreza

Examinemos ahora la otra prueba : nuestro sistema actual ¿puede realizar los fines de la industria, es decir, procurar una vida confortable a la población de un país? La contestación debe ser forzosamente negativa.

Bajo el dominio del comercialismo, la riqueza nacional aumenta, indudablemente. En 1812, Colquhoun estimaba la riqueza del Reino Unido en 2,736 millones de libras ; en 1855, Edleston la estimaba en 3,760 millones ; en 1865, Giffen, en 6,113 millones ; en 1875, en 8,548 millones ; en 1885, en 10,037 millones ; actualmente se estima en 13,500 millones de libras. Análogamente, la renta del Reino Unido era estimada en 1840, en 304 millones de libras ; en 1860, en 760 millones ; en 1889, en 1,285 millones ; en 1895, en 1,421 millones; en 1904, en 1,700 millones ; actualmente, en 1,800 millones de libras. La cuota del asalariado en 1850 era de unas 15 libras por individuo al año, en 1888 se elevó hasta 25 libras, en 1905 hasta 29, manteniéndose en este nivel hasta la actualidad. Así, la renta del asalariado no ha progresado en la misma proporción que la renta nacional. Ya he citado repetidas veces los datos de Mr. Mallock relativos a la renta familiar, datos que compulsados con las cifras que acabamos de transcribir y con las descripciones de la miseria reinante efectuadas en las investigaciones de Mr. Booth, Mr. Rowntree, y por la Unión Social de Dundee, revelan una considerable proporción de pobreza que en parte constituye un castigo a los errores personales, pero cuyo núcleo esencial es el producto de nuestro sistema.

Examinemos el manantial más copioso de la miseria: la falta de trabajo. El obrero parado no solamente suele ser recriminado como perezoso. Pierde su acometividad, desaparecen sus ahorros, relájase la relación que le unía a los clubs de abstinencia, adquiere malas costumbres,

su habilidad se desquicia, y llega a ser un « habitual ». Aun en el caso de que resista los perniciosos efectos de la falta de trabajo, sale de esta situación con una pesada carga de débitos y desaliento, llegando a ser imposible para él substraerse a este ambiente de degradación al que es arrojado por el reflujo de la ola industrial. Ahora bien, la industria competidora requiere siempre un margen de hombres sin trabajo. La ola está siempre en acción, y las estadísticas demuestran que en los tiempos mejores están parados un 2 o un 3 % de los hombres hábiles. Esto equivale a decir que en una población activa de 14.000,000 de habitantes unos 280,000 obreros carecen de trabajo incluso en períodos de prosperidad para la industria. Esta cifra crece de un modo desesperado en épocas de malos negocios, y si a ello agregamos las consecuencias, podremos formarnos idea del efecto desastroso de esta simple falta en la industria actual que tiene como base la competencia.

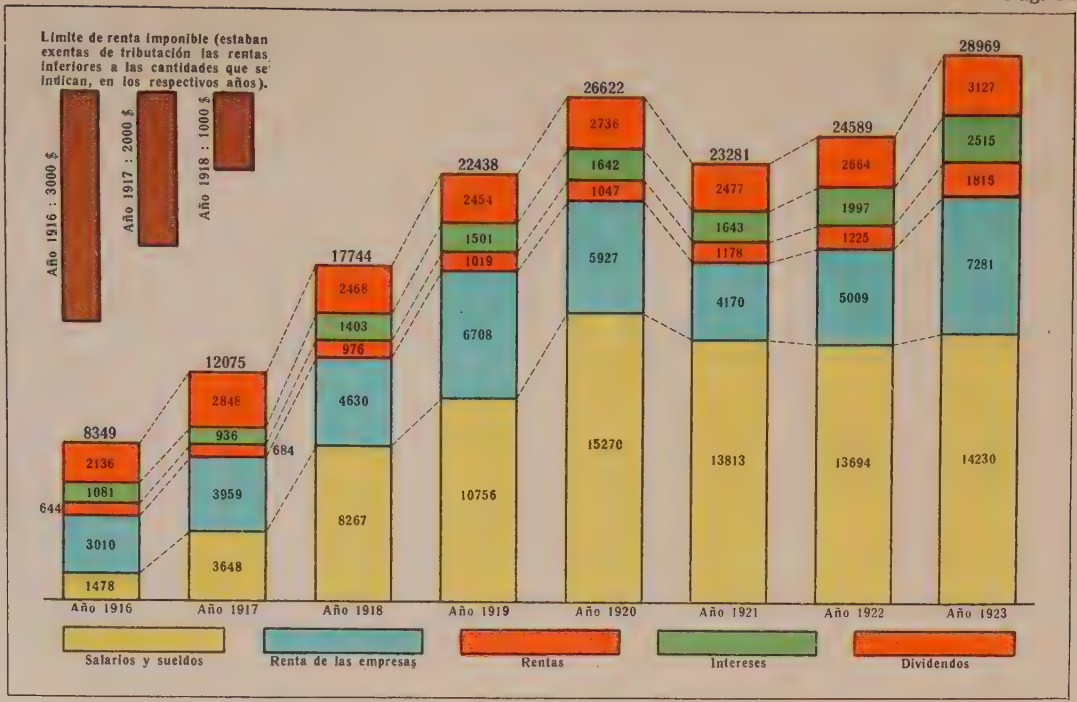
Ahora bien ; no solamente sucede que nuestro sistema moderno requiere un constante margen de obreros parados, sino también una alternancia constante de prosperidad y depresión. El sistema no puede permanecer estacionario, sino que procede por avances y retrocesos. Es algo así como un vapor desprovisto de reguladores. El mercado es bueno si la demanda es ávida. La máquina productiva funciona rápidamente en el país, y todos encaminan sus bienes al mercado sin parar mientes en el día de mañana. No se hace tentativa alguna para encauzar la capacidad de consumo ni se desarrollan esfuerzos para dilucidar dónde se fija el balance entre la oferta y la demanda. El resultado es una congestión del mercado, una depresión de los negocios, la falta de trabajo, la pérdida financiera y la bancarrota. La sociedad actual es tan incompetente para manejar las mercancías y distribuirlas, que cuando

la Naturaleza se muestra generosa y entrega sus más ricos dones, la miseria viene como consecuencia, con más rapidez que la prosperidad. En 1905 los periódicos norteamericanos anunciaron que debido a una superabundante cosecha el algodón tendría que ser quemado en los Estados del Sur para prevenir serias pérdidas a los cultivadores. Y en efecto : mientras cada productor trabaje solamente para sí mismo con sus informes, sus viajantes y sus agentes, existirán el caos, la falta de trabajo y la miseria.

Y para empeorar todavía la cuestión, toda esta falta de trabajo acaece cuando la riqueza se acumula en mayores cantidades y está esperando quién la consuma. Cuando el zapatero está sin trabajo en la calle, el capital está barato, el cuero también y las botas llenan los almacenes.

Las circunstancias son pésimas en atención a un hecho del cual, por otras razones, solemos enorgullecernos. Pensamos que somos libres y que nadie controla nuestras idas y venidas ; y cuando el socialista habla del presente como de un sistema de esclavitud al salario, protestamos con enojo. Esta libertad, sin embargo, « tiene una mosca en su miel ». El hombre que es propiedad de otro hombre posee valor para este hombre y no está condenado a morir de necesidad o a degradarse tanto que carezca de valor. Un hombre que posee caballos suele tener más razones para cuidar de ellos que para atender a los hombres que emplea como mozos de cuadra de los caballos en cuestión. Si un hombre perece o queda desprovisto de utilidad, otros muchos hay para ocupar su sitio. El margen permanente de obreros sin trabajo provee el necesario material.

Esta aseveración está bien comprobada por el caso de Pittsburg. Las máquinas son útiles y valorables para la *Steel Corporation* · las « manos » no. Consérvanse las máquinas en orden perfecto sin reparar en gastos, pues



Distribución de la renta en los Estados Unidos de Norteamérica (en millones de dólares).
(Datos de la obra de Ingall, *Wealth and Income of the American people*. York. Penns. 2.ª ed., 1923)

los medios de producción son lo primero. Fijémonos en el pueblo obrero. La *Russell Sage Fund Investigation* ha revelado una temeraria y evidente despreocupación por el pudor, la salud, el confort y la educación en Pittsburg, hasta el punto de que aunque los detalles no se aducen con precisión científica su elocuencia nos hace creerlos a ojos cerrados.

Otro tanto se aprecia si consideramos el efecto de la legislación industrial. Cuando, por ejemplo, fué promulgada la ley de indemnización al obrero por causa de accidente, los patronos que hasta entonces habían puesto escasa atención en las peligrosas máquinas con que trabajaban sus operarios, comenzaron a interesarse por su debido aislamiento. Las compañías de seguros principiaron a imponer condiciones a las cuales habían de someterse las empresas. Dichas sociedades organizaron un cuerpo de inspectores para investigar si las fábricas contenían más puntos de posible accidente que los absolutamente necesarios; esta ley, además de la compensación que procuró a los obreros no cualificados, convirtió a los hombres en seres de un cierto valor para sus patronos. Las compañías de seguros de vida establecieron un grupo de enfermeras para asistir a sus clientes, y la consecuencia más satisfactoria del seguro de enfermedad en Inglaterra fué el sistema elaborado de esfuerzos preventivos a que dió lugar dicho seguro. Cuando la miseria y la muerte constituyen una pesada carga, la salud y la vida se convierten en objetos de valor.

Parece también como si las energías que hubieran de capacitar al trabajo para procurarse a sí mismo mejores condiciones, se hubieran debilitado. Las asociaciones industriales del capital han restado efectividad a las asociaciones del trabajo, e incluso aunque la legislación comience a hacer lo que las *Trade Unions* hicieron años atrás, a imponer ciertas normas de horas, condi-

5. MACDONALD: Socialismo. 67. — 2.ª ed.

ciones y, en ciertas industrias, salarios, recientemente se han concretado convenios defensivos entre patronos para restaurar las ventajas económicas que el capital tenía cuando luchaba con los obreros desorganizados. En el estado económico natural no existe libertad de contrato entre el capital y el trabajo, por ser muy desigual la posición de ambos factores. Las combinaciones del trabajo necesitan orientarse bien para lograr cierta igualdad, capacitándose para pactos y manteniendo sus privilegios de declarar la guerra y sostenerla. Pero el capital puede siempre restaurar la desigualdad siguiendo el camino de la agrupación, procedimiento que ahora vuelve a ponerse en práctica. La única réplica que el trabajo puede efectuar es la de la intervención política. Cuando así procedió, sin embargo, se encontró inmediatamente con la censura de los tribunales (1), y el capital pudo recuperar pronto su posición privilegiada.

A nadie se le exige responsabilidad alguna por haber causado una baja de valores en la industria. La alternativa de tiempos prósperos y falta de trabajo se considera tan natural como la de día y noche. Los obreros tienen que soportar la carga del sistema bajo el cual viven, y como ellos no son responsables de su control, no se pone en práctica remedio alguno (2). La cronicidad de los salarios ínfimos de los obreros se agrega a nuestro

(1) Refiérese a lo que se conoce bajo la denominación de « sentencia Osborne », en virtud de la cual los tribunales ingleses decidieron que era extraña a las funciones autorizadas a las *Trade Unions* el embargo de los bienes de sus miembros y la inversión de los fondos sociales en el sostenimiento de un partido político.

(2) Incluso en este aspecto comienza a notarse un cambio. La organización política del trabajo llevó este problema al área de los intereses políticos apremiantes. Los obreros han adquirido, hasta cierto punto, una responsabilidad de sus propios actos, y en consecuencia, el Bill del derecho al trabajo ha sido discutido en el Parlamento, y como resultado de ello el gobierno ha prometido estatuir el seguro contra la enfermedad y el paro obrero.

método caótico de producción en los períodos intensivos de superproducción aparente y depresión del negocio.

Aunque algunas de las empresas que llegan a la bancarrota son de tan especial naturaleza que sucumbirían bajo cualquier sistema, y otras son propiamente fraudulentas, la masa de ellas son puras y simples quiebras que deben ser cargadas en cuenta al comercio de competencia.

Además de las quiebras, existe una lucha por la existencia, diariamente desarrollada, y en la cual numerosos competidores sucumben. Solamente se defienden después de un esfuerzo continuado e incesante : sólo logran salir a flote a costa de un verdadero desgaste físico y mental que, en definitiva, es para ellos causa de miseria. El aumento de la morbosidad, de la parálisis, de la consunción, de enfermedades como la diabetes y el mal de Bright, que se suponen relacionadas con las preocupaciones mentales, es uno de los problemas con que en vano lucha la medicina moderna.

En resumen, nuestro sistema actual fracasa absolutamente en la satisfacción de las necesidades más primitivas en materia de alimentación, indumentaria y albergue para un gran número de individuos ; impone una lucha encarnizada a otras para subvenir a sus necesidades, y suscita tales obstáculos en la ruta de otras individualidades que éstas no pueden ya entusiasmarse con la vida cuando llega el momento en que sus necesidades están ya satisfechas ; hace precario en extremo el esfuerzo que la inmensa mayoría de los hombres desarrolla para lograr un nivel de existencia nada más que moderado ; asegura rentas a quienes no prestan servicio alguno, y al permitir el desarrollo de los monopolios tiende a fomentar el poder de aquellos que disfrutan de las ventajas económicas, favoreciendo de este modo la explotación.

El presente sistema no resiste ninguna de las dos pruebas a que lo hemos sometido al comienzo de este capítulo. Para terminar, afirmaremos que el socialista censura el capitalismo como un método de explotación que al desarrollarse produce condiciones que imposibilitan su propia existencia.

Capítulo IV

El intelecto bajo el capitalismo

1. Religión

La protesta contra el capitalismo y contra el dominio ejercido por la propiedad sobre los hombres, ha despertado los sentimientos intelectuales y artísticos, lo mismo que los económicos. Sir Thomas Moro no escribió como una víctima, sino como un sensible espectador; los precursores del moderno Socialismo eran, por regla general, personas de calidad, con más preocupaciones espirituales que monetarias. Sin embargo, no es extraño que tales protestas se hayan concretado, porque el comercialismo ha agostado todo cuanto entró en contacto con él: su inspiración es decididamente materialista: su evangelio es la ley terrenal de *adquirir*, y, naturalmente, debe estar en constante conflicto con cualesquiera otros evangelios que encarnen la ley espiritual de *existir*.

Como era de esperar, la ética cristiana ha manifestado con frecuencia su opinión contraria al orden industrial del comercialismo. Las ideas económicas y políticas de los Profetas y el espíritu de los Evangelios constituyen serias admoniciones contra la organización presente, y serían revolucionarias si no sólo fueran predicadas en los templos, sino llevadas a la práctica en la vida. Así resulta siempre que una ráfaga bienhechora

impulsa nuestra fe y trasciende como un motivo dinámico a la conducta diaria ; la significación social del Cristianismo adquiere relieve, la idea de la igualdad humana, que es inseparable de él, se hace activa, y las reminiscencias de los experimentos comunistas con que se inició su historia resucitan nuevamente en él e incitan al hombre a seguir las orientaciones socialistas para el logro de sus ideas. Un renacimiento cristiano robustece, por regla general, el núcleo activo de la ética social. Así, por ejemplo, el desarrollo del Disconformismo (1), aunque aparentemente es el resultado de una mera propaganda llevada a cabo con evangélico fervor, progresó a la vez como una afirmación de la igualdad humana y del derecho social, y como consecuencia el fruto de la agitación religiosa fué la reforma política y social.

La primera sociedad fundada por los socialistas cristianos fué el producto de esta vigorización de la vida de la Iglesia, y de la renovación del interés por los asuntos religiosos que comenzó por el llamado movimiento *tractariano* (2). Estos socialistas de hace cerca de setenta años explican de la manera más clara posible la necesidad de que la ferviente fe cristiana se oriente, como la aguja de una brújula, en direcciones socialistas.

(1) Bajo esta denominación en su más amplio sentido se comprenden en Inglaterra todas las religiones distintas de la oficial (incluso la católica), y en sentido estricto algunas sectas protestantes como los independientes, metodistas, cuáqueros, irvinguianos, unitarios, etc. Su actuación fué consentida por el Acta de tolerancia de 1689, y en 1836 fueron equiparados civilmente a los demás ingleses, declarándolos exentos de tributación religiosa desde 1868. Finalmente, en 1871 los estudiantes de estas sectas quedaron equiparados a los demás en las Universidades de Oxford y Cambridge. — *N. del T.*

(2) Representa este movimiento una tendencia hacia la unión de la Iglesia anglicana y la católica. Sus directores fueron E. B. Pusey y J. H. Newmann, recibiendo el nombre de tractarianismo de los « *Tracts for the times* » publicados por Pusey. Declarado herético este movimiento en 1843, numerosos estudiantes y clérigos jóvenes de Oxford lo apoyaron con decisión. Pusey no llegó, finalmente, a separarse de la Iglesia anglicana.— *N. del T.*

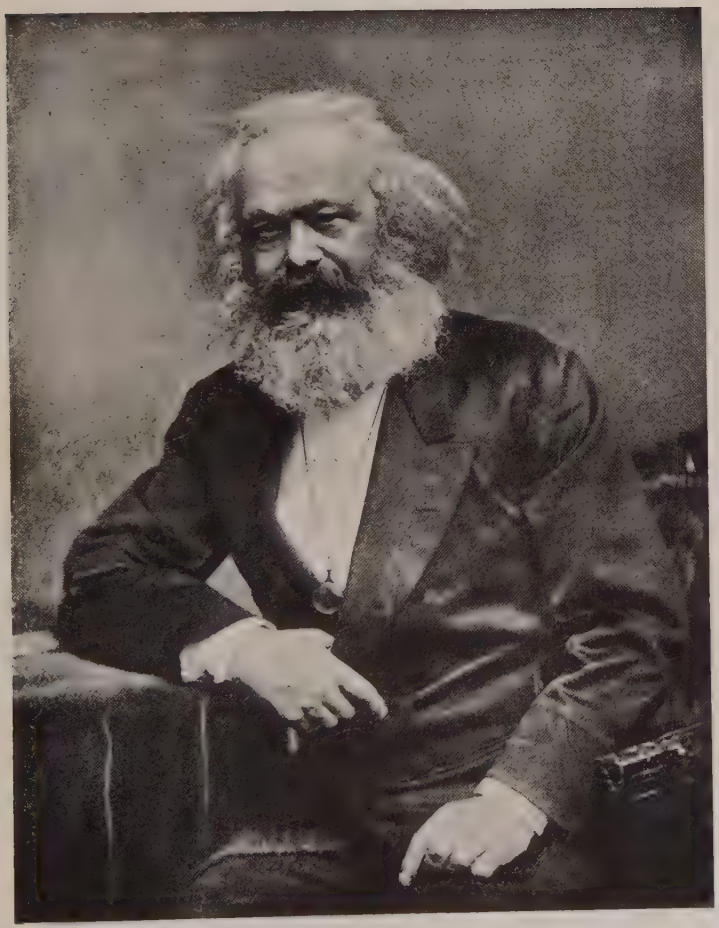
En su aspecto crítico, no obstante, el movimiento era perfectamente sólido. Sus afinidades políticas podrán aparecer en la actualidad con caracteres muy poco atractivos, pero sus repulsiones económicas y sociales eran de buena fe. Aborrecía el manchesterismo, con su filosofía individualista y con el empobrecimiento que traía como resultado ; censuraba la competencia como creación de Satán, y argüía que el mejor género de vida para la colectividad radicaba en la cooperación ; tenía una firme creencia en la colectividad organizada, actuando conscientemente, guardando y promoviendo el bienestar humano. Solamente por este procedimiento podía ser mantenida la moralidad y convertida la virtud en sendero de salvación. De este modo resultó que el socialismo era un producto del Cristianismo. La cooperación, en sus manifestaciones más amplias y concretas, era el único mecanismo social por conducto del cual podía actuar el Cristianismo. Ludlow, uno de sus fundadores y, al mismo tiempo, uno de los hombres más perfectos, estuvo en Francia y se entusiasmó por la doctrina de Proudhon. Volvió a Inglaterra ganado por las ideas del « mutualismo », y, como consecuencia, el Socialismo cristiano irá siempre asociado con la producción cooperativa y con la organización autónoma del taller.

Posteriormente, cuando el movimiento socialista ganó importancia de nuevo, y la conciencia socialista se robusteció, el Socialismo cristiano renovó esta tradición. Algunos de los directores de la Iglesia libre, sin constituir una organización separada, se asociaron abiertamente con el socialismo, y algunos de los clérigos más jóvenes se agruparon a su vez bajo la misma bandera. En 1905 fué fundada una « Asociación de clérigos socialistas de la Iglesia nueva », y en 1904 la « Liga socialista católica ». En una palabra, la Iglesia en todas sus secciones admite el Socialismo.

El sistema de la competencia es inconciliable con el Cristianismo. Representa una lucha para la subsistencia de aquellos cuya única virtud es que son los más adaptables; la Religión nunca puede cejar en su empeño de sustituir semejante lucha por un método de selección que garantice la supervivencia de las gracias y virtudes. Aquel sistema se traduce frecuentemente en ejemplos indignantes de triunfo de los injustos y de los miserables; la Religión debe considerar siempre tales resultados como prueba de que las condiciones que los producen son ajenas a ella. Trátase de un reino de la riqueza; pero aunque la Religión reconozca la autoridad de una dorada aristocracia — derecho divino — o de una democracia sana — igualdad divina — nunca puede justificar en su seno una soberanía del dinero, un imperio de la plutocracia. Por encima de todo, la Religión debe resentirse de las tentativas hechas por el comercialismo para medir las virtudes en razón de sus ventajas económicas, y apreciar — o despreciar — a los santos según fueran o no propicios a los negocios mercantiles. Aunque las necesidades económicas de las iglesias y capillas induzcan a proclamar la paz entre estos dos sistemas éticos esencialmente antagonistas, la paz así convenida debe ser siempre infausta para ambas partes, y la discordia ha de estallar forzosamente con frecuencia. Del mismo modo que, en tiempos pasados, el Cristianismo tuvo que combatir y transformar la vida de Roma, así más tarde el Cristianismo luchará y transformará un día la vida de la moderna sociedad capitalista.

2. Literatura

Esta oposición no ha derivado solamente de los sentimientos religiosos sino de todas las actividades intelectuales. El renacimiento religioso que produjo el



Carlos Marx (1818-1883)
(Fot. Bruckmann)

Socialismo cristiano, fué, a su vez, resultado de un movimiento literario.

El prolongado imperio de la forma y del clasicismo durante el cual, como decía Taine, los hombres de letras adoptaban un estilo y en él se mantenían « como en sus vestidos », quedó terminado a fines del siglo XVIII, y los hombres comenzaron a tornar a la Naturaleza para restaurar sus energías, y a la Historia para vigorizar sus ideas. Este cambio de opiniones e inspiraciones hizo que el poeta se familiarizara con el hombre lo mismo que con la Naturaleza, y entonces pudo escribirse el *Cottar's Saturday Night*, y Shelley entonó sus magníficos cantos de democracia y libertad. Wordsworth atribuyó al hombre sencillo una elevada dignidad, y Coleridge hizo trascender a toda la vida una onda de espiritual igualdad. El nuevo movimiento literario se dividió: la corriente principal pareció retroceder hacia el medioevalismo y a la época de los romances, saturando el sistema político con las auras de la revolución; la otra, cuyas aguas se mezclaron frecuentemente con las de la primera, representada por Carlyle, Ruskin, Morris, Swinburne, avanzó de un modo vacilante y sinuoso en dirección a la social-democracia. Pero ninguna de estas dos tendencias se avino con el comercialismo. El orden industrial era censurado por ambas. El nexo plutocrático, el hombre rico, la falta de buen gusto que caracterizaba a la plutocracia, los malos tratos a las clases menesterosas, la destrucción de la belleza en la Naturaleza, la religión de la utilidad — en una palabra, el manchesterismo — fueron atacados, satirizados y escarnecidos (a veces, digámoslo todo, objeto de falsas representaciones, pero este mismo hecho es ya bastante representativo) por las dos escuelas literarias, la romántica y la humanista.

Existen hombres que viven allí donde se crea la riqueza. Todo el día escuchan el rumor de las ruedas;

todo el día vagan sus ojos por los almacenes o por las páginas del libro mayor. Pero es difícil para ellos usar de la riqueza. Acaso se revistan con todas las apariencias de la abundancia, pero los vestidos se adaptan mal a sus cuerpos, y nadie se dejará engañar por su exterior.

Cuando llega una época productora de riqueza, y los beneficios se derraman en abundancia sobre el pueblo, prodúcese una especie de hombres ricos. La Economía política está escrita para explicarlos y justificarlos; constrúyense sistemas éticos exclusivamente basados en sus virtudes; su éxito es canonizado. Pero el elogio es solamente temporal, pues el mundo no puede continuar viviendo de esa forma. Los pensadores que visan al futuro se revuelven contra él. Así, los genios literarios durante la época central del siglo XIX hicieron objeto del menosprecio más exaltado o de la indiferencia más fría a los triunfadores de su tiempo. Es verdad que estos escritores eran generalmente meros críticos infortunados o rebeldes provocativos; no servían para la reconstrucción, y únicamente se aferraban a las creaciones de su fantasía. La vaguedad de Ruskin nos ha dejado una serie de aforismos inspirados como éste: « No existe la riqueza, sino la vida »; la pasión de Carlyle ha adaptado para nosotros en *Past and Present*, una comunidad medioeval-moderna y suscitado verdaderas erupciones volcánicas de criticones; las censuras de Dyckens llevaron a remover algunas de las manchas en la faz de la sociedad como él la halló, pero se limitó a describir y mezclar su descripción con protestas de caridad, y no pudo hacer más; los caballeros de Thackeray murieron, o acaso no nacieron nunca; Wagner fué un Childe Harold; Víctor Hugo sacudió su cabeza con un gesto dubitativo. Pero todos ellos supieron suscitar el entusiasmo y despertar muchas conciencias adormidas.

El mundo no puede existir sin paz, descanso y belleza, y el estrépito de las ruedas, la celeridad de la producción, el decrecimiento de la vitalidad, la creación de ciudades defectuosas e infectas, la importancia adquirida por el crédito oscureció y cegó las luces de la imaginación, del mismo modo que las chimeneas humeantes oscurecieron y empañaron el paisaje. Las artes quedaron reducidas al nivel más ínfimo posible. Particularmente las artes domésticas decayeron hasta lo inconcebible : la misma casa y todo cuanto ella contenía, se convirtió en un albergue puramente utilitario sin atisbo de belleza o de idealidad. Las cosas que eran usadas para definir la personalidad y procurar deleite fueron desplazadas por las máquinas, y los bellos oficios decayeron. Cualquier excepción que haya de hacerse en este orden de cosas débese al hecho de que siempre existen núcleos rebeldes que si bien viven en un período no pertenecen a él.

Aunque la literatura es aducida como un índice de las concepciones del pueblo, buscaríamos en vano, excepto en rarísimas ocasiones, demandas políticas o criticismo sistemático en las páginas de novelistas y poetas. Pero en cambio, orea en estas páginas el espíritu que se oculta detrás de los programas. El gran genio literario raramente es un hombre del pasado, un mero clasicista, un ser libresco. El recoge en sí mismo el espíritu de su tiempo. Nada sabe de los acontecimientos y de las agrupaciones que acaecen en torno suyo, pero en cambio conoce mejor que muchos hombres las ocultas fuerzas impulsivas, las olas de fundamentales sentimientos que arrebatan su tiempo hacia el porvenir. Por consiguiente, aunque la lista de los socialistas de acción entre los genios artísticos y literarios que han vivido durante la época comercial sea pequeña (pero nunca insignificante), esto no permite inferir consecuencia alguna. La protesta artística contra el comercialismo

puede ser trazada en una corriente bien definida de idealismo crítico, más amplio en sus proporciones, a través de la última centuria. Pero lo que es vago y crítico en la protesta ha llegado a ser definido y constructivo, a su debido tiempo, bajo los dedos modeladores del Socialismo. Por ejemplo, la influencia de Carlyle y Ruskin se tradujo en una poderosa corriente hacia el socialismo, aunque ninguno de los dos podría decir que dedicó gran atención a las fundaciones más esenciales de la fábrica y del sistema socialista, por ejemplo, a la democracia. La evolución de William Morris siguió la misma trayectoria que la de muchas personas humildes. El era continuador de la obra de Ruskin y Carlyle : pero no se limitó a usar su amor hacia el romanticismo y hacia la belleza como un látigo para sacudir las espaldas de su tiempo, o como una inspiración para plasmar frases literaria y éticamente hermosas. Su sentimiento lo condujo al Socialismo. Observó que la tarea del servidor de una máquina y del obrero de un taller aplastaban la alegría de la vida, que es la madre del arte. El mismo decía : « La esclavitud se yergue entre nosotros y el arte. » Pero Morris fué una excepción. El espíritu socialista transforma en un valor sistemático la obra del artista ; éste no aparece como propagandista, como lector o como demagogo, sino que tal labor es llevada a cabo por otros tipos intelectuales.

Recordando esto, volvamos a ocuparnos de los escritores de la última centuria y encontraremos que su obra está matizada de Socialismo. Aquel magnífico soneto de Wordsworth, erguido como el mensaje lastimero de un profeta israelita : « El mundo es demasiado grande para nosotros », es la visión que el socialista percibe y trata de evitar. Siguiendo una dirección completamente opuesta propónese Dickens realizar la misma misión. Este escritor tenía más de demagogo que de poeta. Consciente del valor de las clases sociales, nunca trazó el

retrato de un aristócrata sin atribuirle una falta. Carecía de sistema, pero poseía en cambio inagotables reservas de sentimiento, y este sentimiento era por su calidad el mismo que inspiró a Burns al escribir sus poemas. En una palabra, fué el prejuicio político que con el tiempo, y después de haberse modelado y templado en el yunque de la razón, se convirtió en socialismo. Mediante la obra del poeta y del novelista se abrió una amplia y profunda tendencia hacia la democracia, hacia la igualdad social y hacia la justicia económica : en una palabra, hacia la tesis socialista.

Resumiendo diremos que los escritores y poetas del siglo pasado despreciaban en la mayoría de los casos la época en que vivieron. No se dedicaron a ennoblecerla porque no tenían nada de común con ella, y se reían de lo que su edad admiraba. En relación a su tiempo eran utopistas y reformadores. Meredith y Hardy, Tolstoy e Ibsen, Turgenev y Anatole France, Burne Jones y Watts, los pre-rafaelistas y los fundadores de las escuelas de artes y oficios — todos trataron de encontrar un camino que se apartara de la estulticia, de la lucha brutal y del materialismo empedernido del mercantilismo, o bien se rebelaron contra un Estado del que Matthew Arnold decía que « materializa la clase alta, denigra la clase media y embrutece la clase baja » —. Romanticismo, cultura, humanismo, todas las tendencias sanas, en fin, evitan la proximidad del mercantilismo, y aunque en ocasiones se abstengan de titularse a sí mismas socialistas, guardan íntimas relaciones con el Socialismo, beben en las mismas fuentes de energía que él, y miran el horizonte en busca de la misma aurora. Además, aquellos que alimentan estas inspiraciones aplican a lo cotidiano sus pensamientos y profecías, su criticismo y sus ensueños, y el Socialismo es el resultado de ello. Algunas de las mejores obras literarias y artísticas del siglo pasado han sido como acompasados redobles que sirvieron para marcar el ritmo del Socialismo.

3. Ciencia

En su aspecto científico, este movimiento ha sido igualmente bien definido, aunque, por desgracia, en este sector los hombres científicos no se hayan distinguido desde Faraday por la humildad democrática, que es la más bella corona de la intelectualidad. En la Gran Bretaña, la ciencia ha corrido en pos de los honores sociales e incluso su liberalismo ha decaído pronto. Esta es la razón de que en dicho país no exista ese círculo de democracia intelectual que ha enriquecido el pensamiento liberal del Continente. Curie y Lombroso fueron socialistas, y socialista es igualmente uno de los más eminentes científicos ingleses todavía vivos, Alfredo Russel Wallace. Un núcleo brillante, aunque reducido, de hombres de ciencia se agrupa en torno del Socialismo. Mas un simple catálogo de nombres carece de interés para nuestro objeto.

Como pondré de relieve en un capítulo posterior, el método socialista es el científico mismo. Es el método de la evolución aplicado a la sociedad, y pretende que la sociedad está realizando su pasado y haciendo evolucionar las formas eficientes del futuro ; partiendo de tendencias y realidades bien observadas construye de un modo activo sus hipótesis, y usa éstas como guías para experimentos que abren el camino a hipótesis ulteriores y más amplias. Así, el conjunto de la sociedad, su organización, sus instituciones, sus actividades, quedan sometidas al régimen de la ley natural, no sólo en su aspecto descriptivo e histórico, sino en su sector experimental, y de este modo la administración y la legislación se convierten en artes desarrolladas por el mismo procedimiento que los trabajos del químico en su laboratorio. En la actualidad, solamente el Socialismo es digno del título de política científica.

Pero la sociedad, como tema de estudio y de disquisición, apenas si científicamente ha hecho algo más que cruzar el umbral del laboratorio. Sir Francis Galton con su imperfecta aplicación de las teorías de la herencia al gobierno, realizó, no obstante, la mejor contribución científica sobre la materia. La salud pública, las necesidades familiares, la higiene escolar, todo el campo de la eugenesia, en su acepción más amplia y peculiar, ha sido tan fragmentariamente atendido por los investigadores científicos como el Australia central por los agricultores. Pero ha comenzado un desplazamiento del interés, y la evidencia es tan clara, que uno está tentado de profetizar que la ciencia que rodea con laureles al siglo xx — del mismo modo que la Biología los conquistó para el siglo xix — es la ciencia de la Sociología incluyendo la herencia, la salud y la organización social ; es en esta ciencia donde la teoría y el programa socialista deben encontrar un lugar central. Porque el Socialismo ha revelado la importancia de la Sociología.

Las raíces del Socialismo han penetrado, así, profundamente, en literatura, arte, ciencia y religión — en todas las actividades creadoras del intelecto. A veces, dichas actuaciones se expresan por vía de protesta, otras se orientan hacia lo fantástico, algunas se proponen constituir aquellas hermandades religiosas de antaño, sin preocuparse de las condiciones de su existencia; otras veces, por fin, se limitan a cantar su ideal. Pero cuando las pasiones y los deseos despiertan, cuando se proclaman principios y motivos de acción, cuando se solicitan normas y métodos, y todo ello se reúne y sistematiza como una guía para la política práctica y como un impulso para la actividad inmediata, de esas actividades surge el Socialismo como su natural ambiente económico — el Socialismo, es decir, la protesta contra el comercialismo individualista, la teoría de donde ha de salir la futura organización de la socie-

dad, la ciudad ideal hacia la cual han de encaminarse siempre los pasos de los hombres que se proponen una vida racional y una colectividad moral.

4. Bienestar

Ni siquiera puede decirse que estas aspiraciones intelectuales se limiten a las llamadas clases intelectuales.

Marx, aplicando de un modo excesivamente estricto el principio del determinismo económico de la Historia, terminó por declarar la ley de la miseria progresiva como ley del Socialismo. El rico será cada vez más rico, el pobre cada vez más pobre, pues la riqueza tiende a reunirse en manos de unos pocos, y la miseria se generaliza. Pero la transformación había de venir : las afirmaciones de Marx no se confirmaron en la experiencia de las dos o tres últimas generaciones. Los escritores del siglo XVIII y de principios del XIX que ya habían creído en ello tenían más razón que Marx para sustentar tales creencias. Entonces, los obreros se hallaban en una situación verdaderamente lamentable. Pero en la época de Marx era inminente una vasta expansión del comercio : nunca avanzó éste con pasos tan poderosos como a mediados del siglo XIX, y las clases obreras participaron en el incremento general de la riqueza. Engels describe el nubarrón que se cernía sobre las clases obreras, precisamente cuando algunos rayos de luz comenzaban a traspasarlo. Marx decía que el Socialismo tendría que venir a causa del aumento de la miseria ; pero, en realidad, el Socialismo surgió cuando la miseria comenzó a decrecer. De aquí que una réplica al dogma marxista no sea una réplica al Socialismo.

Existen dos caminos distintos por los cuales puede avanzar el Socialismo. Cuando venga de las negruras de la miseria, su ruta se iluminará con las flameantes an-

Fernando Lassalle (1825-1864)
(Fot. Bruckmann)

torchas de la rebelión ; si viene de las alturas avanzadas de la prosperidad, su ruta se extenderá rectamente a la luz del día. Para la generación pasada el Socialismo ha seguido este último camino. Vestimos mejor que nuestros abuelos, nuestras casas son más cómodas que las de ellos, nuestra facultad de elección es más amplia en cuanto a los artículos de consumo. ¿Podemos contemplar este hecho con satisfacción o seguir acusando la existencia del hambre y de las necesidades? Indudablemente nos hallamos en este último caso. Interesa hacer constar que la fuerza del Socialismo no se encuentra en los barrios bajos y más miserables de las ciudades, sino en aquellos otros sobre los cuales irradia el sol de la prosperidad. Los reclutas del ejército del Socialismo figuran entre los hábiles artesanos, los *tradeunionistas*, los miembros de las sociedades mutuas, los jóvenes obreros que leen y piensan. La explicación de esto no es difícil. Cuando nos referimos a caballos, nos referimos solamente a estómagos ; si tratamos con hombres, hemos de tener en cuenta, a la vez, estómagos y cabezas. Las necesidades de un caballo plantean un problema puramente cuantitativo en el suministro de pienso : las necesidades de un hombre plantean un problema cualitativo, el de la realización de la felicidad intelectual. El hombre no se satisface con un poco ; constantemente su horizonte se ensancha, y descubre con una insospechada rapidez metas hasta entonces ocultas.

Por consiguiente, el Socialismo no es una huída ante el cataclismo futuro, sino un avance hacia un estado en que los beneficios disfrutados actualmente sean patrimonio de todos los hombres. La fuerza impulsiva del Socialismo es tan intelectual como económica. La extensión de la educación, el refinamiento en el sentido de respeto a sí mismo, el despertar de la imaginación, el aumento de bienestar entre los obreros elevan el carácter atractivo de los principios socialistas y preparan

el suelo para la siembra de estas ideas. Poseamos mayor religiosidad efectiva, mayor cultura literaria y artística, más cantidad de ciencia, y las oportunidades del Socialismo aumentarán, como resultado de ello.

Capítulo V

Sumario

Estamos ya en condiciones de resumir la labor crítica a que el Socialismo somete el orden de cosas existente.

El comercialismo es una fase en la evolución de la estructura industrial, y no su forma final. Alcánzase aquella etapa cuando las naciones están suficientemente preparadas para hacer posible la conquista de los mercados nacionales e internacionales, y cuando se crean clases e intereses que separan dichas naciones del resto de las demás, procediendo cada grupo a atrincherarse detrás de monopolios económicos, privilegios sociales y poder político. El nuevo régimen industrial suplantó al Feudalismo cuando la misión histórica de éste estaba realizada, y dejó de ser un régimen útil; entonces se procedió a estructurar un método de producción y distribución de la riqueza sin otra norma que el deseo de lograr el éxito individual y el beneficio privado. Los nuevos poderes se desentendieron de la responsabilidad social y de la cohesión colectiva. Los intereses del capitalista como individuo, los de la clase capitalista, los de los propietarios se destacaron en primer término, quedando subordinados, en cambio, los de la colectividad como un todo. Presumíase, aunque sin razón fundada, que persiguiendo el capitalista su propio interés individual se fomentaba el bienestar de la nación. Pronto se reveló lo errónea que era esta creen-

cia ; cuando mujeres y niños fueron arrastrados a las fábricas a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la población se amontonó en las ciudades industriales, y solamente la resistencia humana puso límite a la duración de la jornada de trabajo. Los intereses de la nación han llegado a diferenciarse en tal forma de los intereses de las clases propietarias, que estas últimas encuentran provecho en la degradación y menoscabo de la población. Al propietario de algodón de Lancashire, de hace cien años, no le importaba la suerte de los niños que trabajaban en sus fábricas, ni la de las mujeres que, tiempos después, vinieron a ocupar el sitio de aquéllos. Cuando una « mano » desaparecía, otra « mano » estaba dispuesta para ocupar el sitio de la primera, y ya fuera breve o prolongada, triste o feliz la vida de estos seres, las máquinas iban tejiendo enormes beneficios, y el propietario no se avenía a creer que los días de su prosperidad pudieran estar contados.

Indudablemente, el sistema resolvió el problema de la producción. Bajo su férula y en busca de los beneficios, fué avanzando la invención mecánica, se organizó el trabajo, y su eficiencia se hizo diez, veinte, cien veces mayor. Las estadísticas que comprueban este hecho subrayan la maravilla que en él se esconde. Que veinte hombres en Lancashire puedan elaborar actualmente tanto algodón como todo el Lancashire productor de algodón en otros tiempos ; que mil obreros zapateros en Leicester logren proveer con cuatro pares de botas anuales a un cuarto de millón de habitantes ; que ciento veinte hombres sean capaces de moler harina suficiente para satisfacer plenamente las necesidades de doscientas mil personas, parece venir más bien de las páginas de una novela que de las de la soberana historia de la industria. El comercialismo ha escrito estas páginas que son su permanente contribución al bienestar humano.

Sin embargo, cuando el tiempo transcurrió, comprobóse que este maravilloso sistema de producción era perfectamente incapaz de crear un organismo de distribución susceptible de procurar recompensa a los merecimientos humanos. La distribución era encomendada a la fuerza e incertidumbre de la competencia, y a ello se debió que la lucha económica se generalizara. La ley de la supervivencia de los mejor adaptados pasó a adquirir un vigor absoluto en circunstancias que deprimían su valor moral. El resultado fué que la riqueza nacional se elevó en un extremo sobre un número comparativamente reducido de individuos, y disminuyó muchísimo en otros extremos respecto a los grupos más numerosos de la población. De una parte ciertos núcleos poseían en exceso y no podían gastar provechosamente, y de otra parte otros poseían demasiado poco, y nunca lograban ese dominio de las cosas que es la premisa de una vida bien ordenada. Por añadidura, algunos de aquellos poseedores tenían su propiedad en circunstancias tan precarias que su posesión les daba escasas seguridades y poca tranquilidad mental. La prosperidad era intermitente para el capital y para el trabajo.

Entonces el esfuerzo consciente encaminado a acabar con el caos comenzó a manifestarse por sí mismo. La voluntad nacional protegió a los intereses nacionales mediante la legislación fabril y obrera, y, al mismo tiempo, el caos que reinaba en el sistema fué modificándose por la vitalidad del sistema mismo. La competencia fué desapareciendo en algunos sectores, y la cooperación en forma de *trusts* pasó a ocupar su sitio, del mismo modo que la Naturaleza tiende a borrar las huellas de la guerra en una comarca que la ha sufrido. Esta nueva organización es más económica y puede proveer hasta un cierto punto la demanda de trabajo. Pero presupone que el poder económico reside en mano de unos pocos y este hecho es demasiado peligroso a

los ojos del socialista. Por naturaleza el monopolista es un explotador (1): empuña el cetro del Estado, lo mismo que el cetro de la industria, y se asienta en el Parlamento como en el despacho de comercio ; llega a ser a la vez un poderoso ciudadano y un consumado jefe de industria ; finalmente plantea en una forma más aguda el problema de cómo la colectividad puede protegerse a sí misma contra los intereses que se crean en torno a su explotación y esclavitud. La competencia solventa sus propios problemas, pero plantea en su lugar los del monopolio.

Contemplando este mismo campo con vista a los frutos morales que ha producido, el socialista descubre otra vez, en gran abundancia, malas hierbas. Los métodos habituales de adulteración y todas las formas de proceder deshonesto con los obreros y con los clientes, pasan delante de sus ojos en inquietantes masas. La honradez no es la mejor policía en este sector, pues los motivos materialistas predominan. El nacimiento y el honor se prosternan ante la riqueza. Esta lo puede todo en la « buena » sociedad de hoy, e incluso regula la adquisición de esposas, como en un mercado de esclavos. Una persona puede ser vulgar, inculta, desabrida y hasta repulsiva de ideas y modales, pero si tiene dinero las puertas del honor están de par en par abiertas para ella, y las colocaciones más honrosas están reservadas para que las ocupe. La lucha por la vida, desarrollada bajo las condiciones del comercialismo, significa el triunfo de la agudeza y de la ambición. La energía impulsiva que da lugar a éxitos pequeños se destaca como la más « adecuada » bajo el comercialismo. El capitalismo ha creado un tosco y malsano mecanismo indus-

(1) En este y en otros lugares de la obra, empleamos la palabra « explotación » para indicar la apropiación de algo sobre lo cual no se posee justo título, y no debe ser entendida en la otra significación de valoración económica de recursos latentes.

trial y un mezquino nivel de valoración únicamente basado en consideraciones industriales, y ha hecho cuanto estaba a su alcance para que los valores públicos y privados fueran medidos según dicha escala, y para que la producción se efectuara según tal mecanismo.

Pero las influencias normativas que han venido a pesar sobre él — las de carácter político, que vienen de fuera, y las de carácter industrial, que proceden de dentro — constituyen los símbolos de un nuevo sistema de organización. El comercialismo deposita también el huevo de cuclillo en su propio nido. Cada época produce el pensamiento y el ideal que ella misma realiza. Como la imagen fugitiva de una pantalla, el comercialismo va debilitándose y la imagen del Socialismo va adquiriendo contornos más precisos.

Capítulo VI

El método socialista

Hasta aquí hemos expuesto la crítica a que el Socialismo somete el orden existente, y ahora debemos dedicar nuestra atención al aspecto constructivo del movimiento. Por vía de introducción, es necesario darse cuenta del carácter del método socialista.

1. Utopismo

El movimiento socialista, tal como era concebido por los socialistas anteriores a Marx, no fué en la evolución social un incidente en el cual el conjunto de la sociedad había de desempeñar un papel; la razón y el afecto moral produjeron el cambio como un acto de voluntad individual. Fourier, Roberto Owen y otros no se propusieron efectuar una gran transformación socialista mediante cambios orgánicos, o en primer término por la acción política, sino que gastaron sus energías en el intento de crear colectividades ideales en las cuales reinara la justicia, y de donde había de emanar una era de bienestar para todo el mundo. Por el éxito de estas colectividades, reyes y legisladores, así como el pueblo llano y miserable, convertiríanse a la Nueva Armonía, y las naciones abandonarían las rutas antiguas encaminándose ahora por mejores senderos. Eran estos los días que precedieron al momento

en que el espíritu histórico despertó a una nueva vida mediante la idea de la evolución. El hombre era considerado como una entidad de deseos y modos de acción, y no como un sujeto de alteraciones históricas. El método utópico no significaba, por consiguiente, progreso orgánico, sino renovación mecánica. Los primeros socialistas señalaron el hecho de que la sociedad y sus variadas formas de organización poseen raíces históricas ; que los hábitos y las relaciones sociales no pueden ser abandonados como lo es un vestido viejo cuando las modas cambian, sino que constituyen un todo sistemático, equilibrado en sus relaciones, intrincado en sus mutuas dependencias, y unido con el pasado mediante nexos vitales.

Denominamos a esta fase del movimiento socialista, fase utópica, significando con ello la etapa pre-científica en que el Socialismo agregó a un criticismo perfectamente sano de la época presente a la sazón, y a una clara visión del futuro, métodos de reconstrucción que eran inadecuados e inasequibles a la sociedad.

Existe entre las dos fases del movimiento socialista otra diferencia, que es un aspecto de lo que ya he explicado. Los antiguos, si se exceptúa a Saint-Simon y los suyos, esperaban que la regeneración social vendría del municipio, mientras que los modernos la esperan por conducto del Estado. En este orden de cosas no todo el error corresponde a los viejos. Nosotros no poseeremos actualmente falansterios al modo de los de Fourier, pero no puede existir en la actualidad movimiento socialista sin un programa de municipalización. El Estado no es solamente su Gobierno : es la ciudad, la villa, el pueblo, la familia. Esta parte del Socialismo utópico ha sido adaptada e incorporada al movimiento moderno.

La debilidad del método utópico se hizo evidente para aquella generación sumida en conflictos políticos.

Francia y Alemania padecían la existencia de gobiernos impopulares, e Inglaterra hubo de atravesar la prolongada agitación reformista, de modo que la democracia vino a ocupar el sitio de la *Family rule*. Sólo América, con sus vastas llanuras sin cultivar, con su laxa organización social y su libertad intangible estaba en condiciones de ofrecer un éxito temporal a la utopía. El movimiento político de Europa chocó con el movimiento socialista, alteró su carácter, endureció su voluntad, y, temporalmente, estrechó su visión. Lo que tenía que haber sido un movimiento soportado por todas las clases de la sociedad y ostentado con pacíficos razonamientos y austera justicia, se convirtió en una agitación de la clase proletaria, que, consciente de sus errores y proclamando sus derechos se dedicó a ejercitar su poder. El método utópico de ejemplaridad y de orden flamante en un falansterio de casa de muñecas o en una *Nueva Armonía* fué soslayado, inaugurándose en su lugar el método de captar el poder político del Estado. Algunos socialistas han deplorado que el idealismo del período utópico fuera hollado por los nuevos jefes del movimiento. Hacen bien en lamentarlo, pero ello era inevitable. « El socialismo — como decía Louis Blanc — solamente puede fructificar cuando recibe el aliento de la política » —; « de la política proletaria » — agregó Marx. Esto es conocido como la fase científica del movimiento socialista.

Como todas las revulsiones contra los idearios antiguos, dicha fase parte de un punto demasiado distante del error antiguo para ser por sí misma una expresión de la verdad real ; en tales circunstancias la sabiduría consiste en la combinación de dos posiciones extremas que cuando se toman separadamente constituyen dos errores. Pero el método político, en cuanto reconoce que la sociedad no puede cambiar su vida de relación sino por un método orgánico y normal, es verdadero

en cuanto a los hechos ; en cuanto es un reconocimiento de que la voluntad social que dirige el cambio en la sociedad ha de operar por conducto del Estado político, tal método es igualmente verdadero en orden a los hechos ; y, finalmente, en cuanto reconoce que una alteración social no puede ser permanente hasta que no se inicie por un cambio en las apreciaciones públicas respecto a los derechos políticos y sociales, es nuevamente verdadero con respecto a los hechos. Además, cuando el Socialismo científico comenzó a unir las clases trabajadoras en un movimiento político y a agrupar este movimiento en torno a ciertas abstracciones de la teoría política y económica, se limitó a seguir el método que cualquier otro movimiento ha puesto o puede poner en práctica. Así, el Socialismo a mediados del siglo XIX se convirtió en un movimiento político. Su desarrollo desde entonces ha sido el de un movimiento político, y sus perspectivas actuales para el futuro derivan igualmente de esa circunstancia.

2. Revolución

Así se demuestra que hablar de la revolución como de un método socialista es incurrir en error. La revolución nunca puede conducir al Socialismo, porque la transformación que los socialistas se proponen afecta a todas las fibras de la sociedad, y ha de ser, por consiguiente, un proceso orgánico. El cambio en las circunstancias externas del gobierno, por ejemplo la cuestión relativa a monarquía o república, o la de si el pueblo ha de disfrutar de libertad política o quedar sujeto a esclavitud, puede resolverse apelando a las armas ; pero una transformación que tiende a reorganizar el proceso de producción de la riqueza y del comercio nacional e internacional, que aspira a establecer un sistema de justicia fijando las relaciones entre servicios y recom-

pensas, y que viene a terminar con la organización económica que concentra demasiadas riquezas por un lado y demasiadas miserias por otro, no es una transformación de aquéllas a que las revoluciones pueden prestar su ayuda. Es lamentable que, persistiendo en una respetable pero anticuada fraseología, algunos socialistas usen aún la palabra « revolución » para expresar las ideas que profesan. Debemos observar, sin embargo, que ellos utilizan la palabra con una significación especial. Simplemente se proponen indicar con ella que cuando el Socialismo se produzca, la transformación será tan grande que afectará a los fundamentos, y que el estado de la sociedad subsiguiente será tan distinto del que engendró aquella evolución, que ya no se tratará de una sociedad del mismo género. Pensando así, estos socialistas creen expresarse rectamente al hablar de «Socialismo revolucionario». Pero con ello contribuyen a aumentar la confusión de quienes tratan de entenderlos. « Revolución » no significa un cambio grande, sino un cambio repentino y violento. Incluso la frase « revolución industrial » comporta la idea de que el cambio se efectuó rápidamente, y que desorganizó durante un cierto tiempo el orden existente. Precisa entender, pues, que cuando los socialistas emplean la frase «revolución industrial» en conexión con el Socialismo, pretenden indicar solamente la transcendencia del cambio efectuado, pero no los métodos de llevarlo a cabo. La revolución es un fin, no los medios para realizar este fin.

3. El método experimental

Cada Estado tiene capacidad para fijar en la sociedad, mediante la legislación y la administración, ciertas relaciones y hábitos sociales experimentalmente comprobados como útiles a la colectividad, y sancionados

por una gran parte de la misma. Este hecho determina el moderno método socialista. Cuando el Estado se gobierna democráticamente, y las leyes se promulgan y aplican siguiendo la norma de la experiencia común, el papel desempeñado por la legislación y la administración se hace cada vez más importante. Cuando detenta el poder una clase que en virtud de sus recursos económicos se protege a sí misma, la legislatura no puede desarrollar una gran actividad. El Parlamento podrá ser un lugar donde se discuta acaloradamente, pero su labor legislativa será pequeña. En efecto, el estado del pensamiento político dominante en tal época es de una naturaleza peculiar, pues se acepta generalmente la teoría de que el Estado es un organismo pasivo sin importantes esferas de acción fuera de la militar y la policíaca, y que su relación con los ciudadanos está mejor expresada en la antítesis : el hombre contra el Estado.

Pero cuando la emancipación se extiende al estrato en que se encuentran los hombres más humildes, la legislatura alcanza un nuevo terreno de influencia. El elector, creador de las mayorías parlamentarias, es actualmente un hombre que no se halla en posición económica adecuada para protegerse a sí mismo. Es la víctima de su debilidad económica, y tiene que utilizar su fuerza política para decidir la balanza en su favor. El Estado llega a ser su aliado, pero no su rival. Una oposición entre el hombre y el Estado no está presente en los pensamientos de la mayoría. La libertad para las clases poseedoras consiste en el derecho a usar de la propiedad ; para las clases trabajadoras es un derecho a ser protegido contra los abusos de la propiedad ; como un ideal absoluto para las clases poseedoras, es el establecimiento de los obstáculos que limiten toda acción, excepto la acción de los propietarios ; como un ideal absoluto para las clases trabajadoras, es la limitación

en el ejercicio de ciertos poderes de acción, con objeto de asegurar la mayor protección y libertad para el mayor número.

Este es el cambio fundamental en el ideario político que resulta de la emancipación del pueblo llano, y que convierte la democracia en algo más que « una forma de gobierno ». La relación entre el Estado y el individuo ha sido revolucionada. Porque cuando el hombre imagina al Estado como una autoridad que dice : « Hagamos esto juntos », en lugar de decir : « Vosotros no debéis hacer esto », el punto de vista integral desde el cual se contempla el futuro cambia por completo. El progreso se convierte en materia de ayuda mutua, en lugar de ser el resultado de la lucha por la existencia. Educación, cultura, moralidad, idealismo — y no el poder económico — llegan a ser en la sociedad las fuerzas creadoras, y el pensamiento tiende a producir un ambiente social adecuado para que dichas fuerzas puedan actuar.

En otras palabras, el espíritu del Socialismo constructivo procede de la democracia política. Cuando el Sol se aproxima a la Tierra en la primavera, la risa se hace cálida y las lindes del camino se inundan de color. La vida es la compañera de las horas primaverales : así es el socialismo compañero de la democracia. El pueblo va acostumbrándose a los axiomas socialistas. Incluso cuando imagina que los combate, está siguiendo sus normas. Dícese de cierto Estado indio que posee un falso Parlamento. Los hombres se reúnen y discuten y arbitran soluciones, y el rajá procede inmediatamente a desgarrar los acuerdos lanzando sus fragmentos al viento. Cuando en cierta ocasión preguntaron a uno de los miembros cómo podía seguir perteneciendo a tal Parlamento, sonrió y dijo que sus resoluciones eran inicialmente rechazadas, pero que pasado un corto tiempo influían sobre el rajá, porque éste no era sino

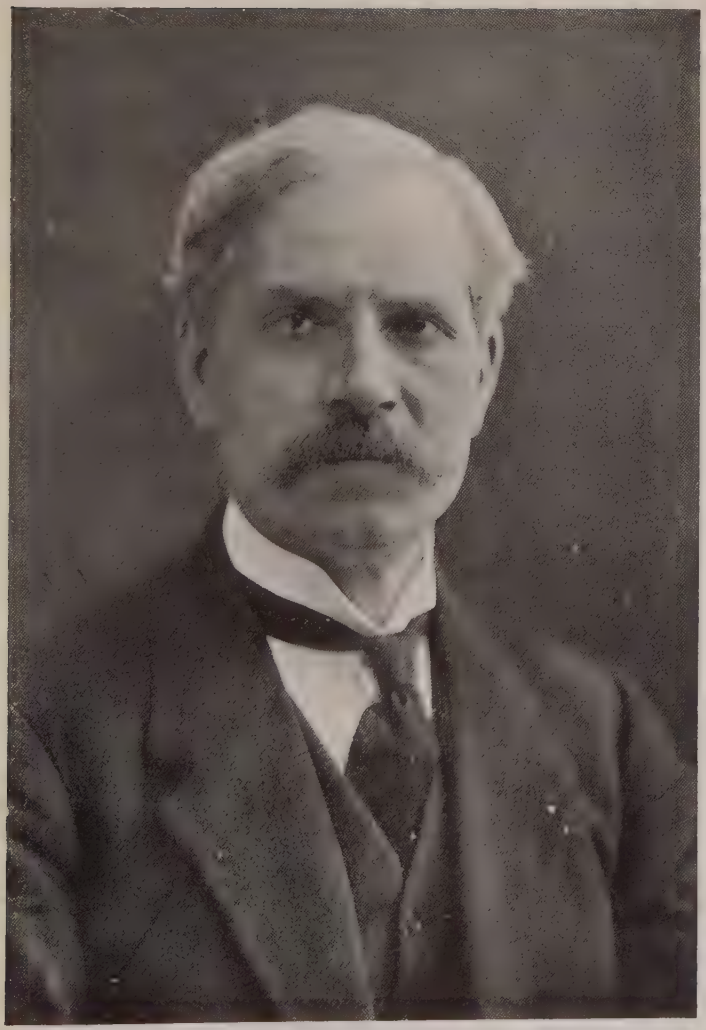
un leño que flotaba sobre las corrientes de la opinión pública. Igualmente, el espíritu y punto de vista de los socialistas podrá ser objeto de una violenta hostilidad, pero todos los sectores del Estado tienen que aceptar su orientación, e informar la legislación de acuerdo con ella. Tanto en el caso en que, andando el tiempo, cambie el empuje de la corriente su dirección o no lo cambie, solamente las personas desocupadas podrán invertir su tiempo en discutir esta materia ociosa. Actualmente dicha teoría es suficientemente clara y sólida, no porque los hombres crean en el Socialismo, sino porque éste es una consecuencia de la democracia.

4. El método parlamentario

La política del Socialismo ofrece difíciles problemas que no son idénticos en cada dos países, y que son más complicados en Gran Bretaña que en otra comarca del Globo.

Una comparación entre las condiciones políticas de Alemania y las inglesas nos permitirá aclarar dicha afirmación. El Reichstag alemán no es un Parlamento. Cuando Bismarck esbozó la Constitución, que fué aceptada con ligeras enmiendas por el Imperio alemán, tenía en su pensamiento dos propósitos guiadores. Determinó crear una legislatura basada en la máxima inmunidad democrática, pero desprovista de toda partícula de poder real, y, al mismo tiempo, hizo que la autoridad legislativa y ejecutiva reposara en efecto en un *Bundesrat* (Consejo federal) constituído de tal forma que fuera una fortaleza extrema del conservatismo. Por esta razón el Reichstag es poco más que una entidad deliberante, en la que, sin embargo, son discutidos serios negocios de Estado y expresada la pública opinión, de tal manera que las autoridades responsables no pueden dejar de tenerla en cuenta. Dicha institución ha sido

señalada como la Cámara Baja más activa del mundo, mientras que el *Bundesrat* ha sido reconocido como la Cámara Alta más poderosa. Si hubiera que hacer una nueva distribución de puestos, y los pueblos estuvieran adecuadamente representados, la avalancha de representación radical y socialista que se produciría haría zozobrar la Constitución de Bismarck. Pero no estamos hablando del futuro, sino de la realidad actual. Las partes que constituyen una asamblea deliberante —que no es lo mismo que una asamblea con autoridad— deben estar sujetas a influencias muy diversas de las que ejercen su acción en los partidos políticos ingleses. Una Cámara responsable por sus actos ante la pública opinión, y constitucionalmente libre para hacer efectiva su voluntad, debe estar en contacto con todos los sectores de la opinión pública, y hacerse a sí misma responsable de cada paso efectuado en la evolución nacional. En semejante Cámara, los partidos tienen que dedicar más atención al método y a los programas inmediatos que a los principios abstractos, aunque deben hallar necesariamente principios que les sirvan de molde para estructurar sus programas, y de antorchas para guiar sus pasos. Estos partidos serán mucho menos capaces de adoptar actitudes puramente negativas, y tendrán muchas menos oportunidades de votar respecto a medidas aisladas sin referencia a la obra completa del período parlamentario y a los gobiernos que están en el poder. Las consecuencias de su acción sobre la situación política general, la relación que cada problema tiene con programas más amplios y con la ventaja o desventaja de otros partidos, deben estar siempre presentes en sus pensamientos. En otras palabras, mientras que las miradas de los partidos en una Cámara irresponsable como el Reichstag están fijas en el horizonte, las de los partidos en una legislatura responsable como la Cámara de los Comunes están fijas a sus pies. Hoy



J. Ramsay MacDonald (1866)
(Fot. Elliot)

y mañana son términos de pequeña importancia relativa en el primer caso, pero poseen la máxima trascendencia en las últimas condiciones. En el primer caso, pueden trazarse líneas precisas de separación entre los partidos. En el segundo, existen grupos de transición en los que se esfuman las grandes divisiones. De aquí que cuando el Socialismo se desarrolla como movimiento en un Estado que está gobernado autocráticamente, como Alemania, no logra influir sobre la legislación cotidiana. La posibilidad de esta influencia asusta a los legisladores, y por dicha causa se realizan determinados avances, como es, por ejemplo, el caso de Bismarck, compelido a promulgar una legislación socialista en su intento de cortar en su origen el descontento que servía de base al movimiento socialista. Pero esto es cosa diferente del influjo sobre la opinión creadora de una nación y del intento de hacer esta opinión más y más simpática y amable en todas sus actuaciones. Bajo una democracia, todo progreso socialista tiñe de rojo las opiniones de los demás partidos ; compite con ellos para lograr votos, y consecuentemente si logra cambiar las opiniones, cambian también los partidos. Un partido dogmático, liberal o conservador que encuentra acomodo en los antiguos credos del individualismo o del privilegio aristocrático es tan imposible en las circunstancias británicas como un partido socialista similar que habitara en un país ideal de justicia económica. Los resultados prácticos de la agitación socialista en Germania y en Gran Bretaña pueden ser los mismos, pero los métodos son muy diferentes (1).

Estas diferencias no dependen de diversidades ba-

(1) Aunque la diferencia a que me refiero es real, no debe ser exagerada. Por ejemplo, los social-demócratas alemanes, lo mismo que los ingleses, hacen distinciones entre los partidos, y a la segunda votación, cuando no tienen moción propia que defender, no se abstienen de emitir su voto, por regla general, sino que apoyan al partido que más cerca está de ellos.

sadas en características nacionales, sino de otras que se fundan en sistemas políticos, y, en consecuencia, el otorgamiento de una libertad democrática efectiva al Parlamento alemán situaría a los socialistas germánicos frente a problemas iguales, en materia política, a los afrontados por los socialistas británicos. El método socialista en un período de democracia nunca puede adoptar forma de cataclismo, porque el cambio de las opiniones y perspectivas tendrá una eficaz y continuada influencia sobre la legislación y la administración. Lo que no puede hacerse mediante una urna de votos en una democracia no puede realizarse tampoco mediante una barricada. Como pólvora que arde al aire libre, las condiciones antiguas se transformarán sin trastorno alguno ; no llegarán a ser explosivas, como la pólvora que arde en un lugar confinado. La organización social habrá de cambiar según los lugares, del mismo modo que los operarios de una fábrica de modelos elaborados completan y modifican el dibujo de éstos agregando algunos toques de color, según la idea artística integral que están desarrollando. O acaso sea una analogía más perfecta la que ofrece un organismo que se traslada de un conjunto de condiciones vitales a otro. Sus músculos, sus órganos digestivos, su temperamento alteran en razón al cambio sutil de ambiente que se produce a su alrededor.

Toda objeción al Socialismo está basada en la presunción de que nadie puede prevenir todos los detalles del cambio que lleva consigo, y que, en consecuencia, el caos se producirá tan pronto como el sol del Socialismo se levante por vez primera ; preténdese que nadie ha producido una organización capaz de subvenir a las necesidades de navieros, editores de periódicos y poetas, y que por consiguiente el socialismo fracasará por falta de variedad en el funcionalismo social ; todas estas objeciones son obvias porque no afectan a la realidad. El

método socialista evita estos desastres. El Socialismo se aproxima por el método parlamentario. Paso a paso iremos experimentando todas las eventualidades en el camino, y decidiendo etapa por etapa donde nos conducirá la jornada siguiente, y dejando que las inducciones y las esperanzas señalen nuestra ruta. Los problemas serán resueltos conforme se planteen.

Las características del método pueden comprenderse mejor examinando uno de los enigmas que nos han sido planteados respecto a la elaboración de algunos de los detalles del perfecto Estado socialista. El criticismo procede según este método: Vuestro Socialismo pretende esto y aquello (con frecuencia sucede que no pretende ninguna de las dos cosas), pero los hombres nunca toleran esto y aquello, y por consiguiente vuestro Socialismo es imposible. Tomemos un ejemplo: la cuestión relativa a que al advenimiento del Socialismo todos los trabajos serán pagados igualmente. Existen algunos críticos socialistas que se empeñan en atribuir al Socialismo una simetría moral que, indudablemente, si pudiera ser mantenida en el trabajo, tendría resultados sociales evaluables de naturaleza idealista. ¿Cómo enfoca el socialista esta cuestión? Puede admitir que, hablando en términos generales, el esfuerzo que desarrolla un gran cirujano no es superior al de un buen jornalero, pero la habilidad del primero es más rara que la del segundo, y es, por consiguiente, recompensada con más largueza (1). Puede admitir, además, como muy razonable que las atracciones ejercidas por la primera profesión son tan grandes para ciertos individuos que éstos se satisfarán considerando las oportunidades de ejercitar su destreza como una recompensa preciosa, del mismo

(1) Las retribuciones debidas a la habilidad son, parcialmente, de la misma naturaleza que las rentas, porque son la participación reclamada por uno de los detentadores de un cierto monopolio.

modo que un atleta no reclama honorarios que le induzcan a realizar un largo paseo. Pero si es prudente, se contentará a sí mismo, en lo que se refiere a la afición de dogmatizar sobre el Socialismo, pensando que esta cuestión no puede ser planteada ahora, y, por consiguiente, no es susceptible de ser discutida con provecho sino por vía de ejercicio especulativo. Nosotros no podemos medir los motivos que se pondrán en juego en la era socialista. Sabemos que actualmente el deseo de acumular riquezas es predominante en muchas profesiones ; de otra parte sabemos también que en cada profesión existen hombres que realizan sus servicios sin pensar en la cantidad de dinero que devengarán por esta causa. Igualmente sabemos que bajo el comercialismo la recompensa material se considera como la única posible, que su amplitud es el símbolo manifiesto del éxito, y que los hombres tienden primariamente a conseguirla. Además, sabemos que cuando el nivel de habilidad es alcanzado por muchos, la renta de esa habilidad decrece, del mismo modo que disminuye la renta de la tierra cuando se quebranta el monopolio de ésta. Tenemos, por consiguiente, razón para afirmar que cuando termine la lucha por las necesidades de la existencia, los motivos de energía se harán más morales y espirituales. He aquí casi todo lo que sabemos. Por consiguiente, cuando estemos más cerca del Socialismo que lo estamos ahora, diferentes combinaciones de motivos de las que hemos examinado animarán a los hombres, y, así, los propósitos de recompensa que actualmente se consideran utópicos llegarán a ser estrictamente prácticos, con el transcurso del tiempo.

He aquí la contestación a objeciones como la de que el Socialismo es imposible hasta que la naturaleza humana se transforme. La naturaleza humana está cambiando siempre, no en el sentido de sustituirse por otra nueva como cuando uno se quita unos vestidos y se

pone otros, sino en el sentido de que los instintos complejos, hábitos, opiniones y motivos de que se compone aquélla cambian su importancia relativa y producen, en consecuencia, resultados diferentes.

5. El método científico

El método científico emplea simultáneamente los procesos inductivo y deductivo. Agrupa sus hechos, concentra sus informes, reúne sus hipótesis; después, resumiendo hipótesis y sistemas, explana los hechos y sus peculiaridades. Los experimentos de Galileo con la caída de los cuerpos, por medio de los cuales llegó a establecer las leyes que rigen la velocidad con que cae un cuerpo en el espacio, consistieron en una agrupación de realidades evidentes; mediante agrupación de una serie de hechos más complicados enunció el principio de que un proyectil describe una trayectoria parabólica; de otra parte, la obra de Darwin no consistió tanto en probar la teoría de la evolución respecto de una serie de acontecimientos agrupados (aunque hizo esto mejor que ninguno de sus predecesores) como en la aplicación de esta teoría a explicar los hechos, y, así actualmente, oímos disputas respecto a si el método darwinista era inductivo o deductivo, cuando en realidad era una acertada mezcla de ambos.

El método socialista es el darwiniano. Comienza con los fenómenos sociales, con el deseo racional de agruparlos en sistemas, y con la aspiración igualmente racional de descubrir sus causas y vislumbrar su completa realización. Su interés consiste en determinar el cómo y el por qué de la sociedad.

¿Cuáles son los hechos que nos interesa considerar inicialmente? Estos pueden ser agrupados bajo la denominación común de «pobreza». Ya he puesto de relieve que la fuente de esta pobreza no solamente es la

insuficiencia personal. Si así fuera, el interés que constituye el origen del movimiento socialista solamente hubiera suscitado un problema moral y educativo. El origen de la miseria es ampliamente social, es un derrumbamiento recurrente del mecanismo productivo y distributivo de la sociedad, y ha creado un problema sociológico con aspectos económico, político y moral. En una palabra, el socialista contempla una máquina que no trabaja, una herramienta constantemente en reparación, y estudia el mecanismo para descubrir sus faltas. El socialista advierte que los elementos de dicha máquina no actúan de acuerdo, que su fuerza motriz no está adecuadamente distribuída, que engendra un rozamiento considerable, lo cual sucede porque la máquina ha sido construída por inteligencias que no tenían idea del plan completo del mecanismo, que se limitaron a hacer un cilindro, una rueda y un pistón separadamente, y después trataron de reunir todo esto en algo que asemejara acción conjunta. Semejante máquina no puede trabajar, y tal es la moderna sociedad industrial.

He venido usando símiles mecánicos, pero éstos son imperfectos cuando se aplican a la sociedad, porque no reflejan la característica social de firme y consistente adaptación que es más bien orgánica que mecánica. En la sociedad, el socialista descubre esta tendencia a la adaptación, con vistas a economizar gastos de energía. La ley de la colaboración invade todos los ámbitos de la vida. El sordo desarrolla su sentido visual o táctil, mientras que el ciego aguza el oído. La plantación en nuevos terrenos, efectuada por adaptación o por selección natural, modifica las hojas, las flores, los frutos y las raíces de la planta, para proteger la vida de ésta. Los animales experimentan la misma necesidad. Esta adaptación puede ser el resultado de lo que llamamos consciencia, o puede ser simplemente un ajuste mecá-

nico entre la cosa y el ambiente ; pero el resultado es el mismo : variaciones que significan economías en la vida. Así, los órganos superfluos se atrofian y desaparecen. Ningún organismo puede florecer cuando soporta órganos inútiles o rudimentarios.

Ahora bien ; cuando el socialista investiga la sociedad para demostrar la evidencia de esta ley de adaptación, descubre a su alrededor las manifestaciones de dicha norma en forma de agrupaciones que tienden a un estado más perfecto de cooperación y organización. Encuentra una ley que controla la capacidad económica e impone responsabilidades sociales al propietario individual. Observa que la voluntad colectiva y el bienestar general imponen su freno a la voluntad individual y al interés del individuo. De este modo contempla la sociedad que comienza a proclamarse a sí misma como una personalidad de todas las personas, que absorbe y transforma las ventajas individuales en beneficios colectivos. El ser débil no queda ya por más tiempo indefenso frente al fuerte. Edúcanse los niños, y se labora por vindicar su derecho a alimentos, vestidos, asistencia médica, juegos. Los avances realizados son vacilantes y no han sido aún bien estimados ; pero indican la existencia de una voluntad social que se esfuerza por lograr una ventaja común. Otro tanto puede decirse respecto a la mujer, cuya fisiología y psicología la hacen económicamente más débil que el hombre ; puede decirse también del anciano ; podrá decirse igualmente de los sin trabajo. De esta investigación extrae el socialista una idea clara de la voluntad social y de la conciencia social, que se hacen activas estableciendo un sistema de protección de los seres desigualmente dotados, sistema que procurará a cada individuo una medida adecuada de desarrollo y de libertad. El socialista cree que este proceso ha de perfeccionarse. Lo que ahora es meramente simpático, llegará a ser racional ;

lo que está disperso se convertirá en sistemático. Los derechos de los niños, por ejemplo, serán pronto referidos no solamente a la conveniencia del Estado sino a la responsabilidad paterna, y esta responsabilidad, a su vez, evolucionará hacia un sistema de organización familiar mucho más estricto que el que puede imaginarse bajo el capitalismo. El socialista elabora todo esto con elementos que va contemplando a su alrededor. Él completa « el arco roto » ; desarrolla la tendencia que ahora ve comenzando a actuar ; de las paredes del templo, una vez construídas, puede anticipar la idea del arquitecto, continuar las líneas y formarse una idea de la fábrica completa.

La misma verdad puede afirmarse respecto del control capitalista sobre la industria. La ley de economía actúa también en este caso. El capitalista individual engendra la compañía anónima, y ésta, a su vez, da origen al *trust*. El mercado rural quedó absorbido por el nacional, y éste por el mercado mundial. Negocios aislados en procesos afines de la producción y de la distribución fueron unidos, y, posteriormente, muchos negocios similares se agruparon y sometieron al control de un centro. La concentración y la coordinación avanzan de prisa. Sin embargo, existen graves defectos en el orden existente. La tierra, el trabajo y el capital distan mucho de cooperar armoniosamente en la producción. Y el socialista, viendo lo que se ha hecho, y descubriendo el principio racional de donde todo ello procede, puede proyectar en el futuro las ulteriores concreciones de este principio, y, de lo que está elaborándose, reunir los elementos necesarios para llevar a término esta obra.

Análogamente, contemplando lo que en efecto es el núcleo de todo el problema : ¿Qué intereses han de controlarse en la nueva organización, los de la colectividad o los de una clase? — el socialista emplea el mismo mé-

todo de investigación —. Observa que el control de la tierra comienza a pasar a manos de la colectividad. Este hecho se comprueba particularmente en colonizaciones recientes como la de Australia, en donde la premeditación viene a determinar las leyes, y aun no ha sido combatida ni obstruída por intereses profundamente arraigados. Pero la presión de las circunstancias compele también a antiguos Estados, como Alemania e Inglaterra, a proceder en el mismo sentido. Así se advierte que diversos servicios como el abastecimiento de gas y agua, y los servicios de tranvías y trenes han sido arrancados a la administración particular por la municipalidad o por los organismos centrales del Gobierno. Estos servicios son monopolios para cuyo establecimiento se requiere el consentimiento público, y van municipalizándose por razones de conveniencia y de utilidad colectivas. Otro grupo de servicios pasa bajo el control público por razones de salubridad y de bienestar. La construcción de casas baratas y el suministro de leche por los municipios son manifestaciones típicas de este género de servicios, y la inspección médica de las escuelas pertenece a la misma categoría. En este movimiento hacia la municipalización hallamos una prueba de que la colectividad, como un conjunto organizado, necesita controlar en su propio interés aquellas formas de capitales cuyo uso es vital para su propio bienestar, y se hace a sí misma responsable de ciertos servicios cuyas cualidades deben ser elevadas, y en los que la competencia y el interés privado tienden a ser cada vez más bajos. La primera etapa es el control por medio de inspectores, pero, en definitiva, la responsabilidad por el servicio directo ha sido aceptada por los municipios más selectos y progresivos del mundo entero.

«Esto no es Socialismo», replican ciertos críticos. Pero es la aspiración más seria del Socialismo; porque el socialista observa que varias formas de capital y di-

versos servicios públicos van adquiriendo, con el transcurso del tiempo, las características de aquellas formas que con el consenso de todos van sometiéndose al régimen de la colectividad. En Gran Bretaña, las mismas razones que justifican la municipalización de los tranvías existen para justificar la nacionalización de canales y ferrocarriles ; estamos al borde de una gran revolución en la tutela de la salubridad pública, que nos aproximará a una especie de nacionalización de los servicios médicos ; en países como América, donde los *trusts* han arraigado sólidamente y donde han podido apreciarse con toda claridad sus beneficiosos y desfavorables resultados sociales, se ha expresado vigorosamente este deseo : « Que la nación se incaute de los *trusts* ».

Tal es el campo de acción del Socialismo, que no afecta solamente a cosas que han sido o que son actualmente, sino al poder impulsivo que anima a las cosas. El oceanógrafo deposita su pequeño flotador y las corrientes lo arrastran en uno u otro sentido ; el investigador sabe hacia dónde se dirigen las corrientes, y traza la senda de éstas hasta que llega a dominar el sistema circulatorio del mar. El naturalista toma un hueso o un colmillo, y, basándose en él, puede construir, miembro tras miembro, músculo tras músculo, órgano tras órgano, el animal desconocido al cual pertenecen estos restos. El estudioso de la naturaleza humana, partiendo de una observación casual, de una ojeada a la biblioteca de un hombre, de su manera de andar, puede inferir la clase de persona que tiene ante su vista, y su vida se abre como un libro ante los ojos del observador. Así el sociólogo, estudiando los cambios sociales que acaecen a su alrededor, puede describir la trayectoria del progreso ; pero teniendo en cuenta los motivos que empujan el hombre a actuar puede trazar el curso de la Historia a través de una cierta parte del porvenir incierto ; descubriendo las ciudades de ensueño que el hombre

ha construído en su corazón, como mansiones para su alma, puede indicar qué estructuras sociales pueden ser elevadas por la legislación y la administración públicas como moradas de su razón.

Capítulo VII

Lo que no es el Socialismo

Un examen de algunas de las objeciones opuestas y de los temores que suscitó el Socialismo me permitirá explicar sus principios y dilucidar sus métodos y puntos de vista con mayor claridad todavía.

1. Anarquismo y comunismo

En primer término nos ocuparemos de la relación que el Socialismo tiene, como sistema político y económico, con otros sistemas con los cuales suele ser confundido, en particular con el comunismo y el anarquismo.

El comunismo presupone un depósito común de riqueza que ha de ser utilizada por el consumidor individual, no en razón de los servicios prestados, sino como ejercicio de un « derecho humano al sustento ». De acuerdo con los principios comunistas, puede afirmarse que este derecho a consumir depende del deber de colaborar en la producción, extrañando de la comunidad económica a quienes se nieguen a cumplimentar dicho deber. Algunos comunistas insisten en que uno de los resultados evidentes de su sistema será la creación de una moral tan robusta que en la práctica aquella cuestión nunca llegará a plantearse. Pero sea como quiera, la filosofía distributiva del comunismo es la que he indicado, y ello contiene la diferencia entre este sistema

y el Socialismo. «De todos según su capacidad; a cada uno según sus necesidades» es una fórmula comunista, no socialista. El socialista substituiría la palabra «necesidades» por «servicios». Ambos convienen respecto a la constitución de bienes colectivos; en cambio, discrepan respecto al derecho efectivo del individuo a participar en estos bienes. Los socialistas piensan en la distribución conducida por los canales de la renta personal; los comunistas piensan en la distribución a través de los canales del derecho del hombre a la existencia. De aquí que el Socialismo requiera algún medio de cambio, ya sean libras esterlinas o bonos de trabajo; el comunismo no los necesita. La diferencia puede comprenderse mejor si recordamos la que existe entre un consumidor que va a casa del tendero a comprar azúcar, y un muchacho de la familia de aquél, que pide un poco de este azúcar a la mañana siguiente, en el momento del desayuno. O bien la situación puede concretarse en estos términos: el Socialismo acepta la idea de la renta sujeta a dos garantías: debe ser adecuada para subvenir a un cierto nivel de existencia, y a la vez representar servicios efectuados, y no meramente un medio de explotar el trabajo de los demás. El comunismo sólo tiene en cuenta la suma total requerida por un individuo para satisfacer sus necesidades, y únicamente limita el consumo en relación al uso que de aquella suma se haga.

Las teorías económicas comunistas suelen ser frecuentemente agrupadas con las anarquistas, y como consecuencia de esta conjunción acostumbran también a ser confundidas con el socialismo. El anarquismo, como teoría política (como procedimiento de acción política la palabra tiene una significación totalmente diferente) es la negación del Estado coercitivo, y existe mucho más de común entre esta teoría y el individualismo antisocialista de Herbert Spencer que entre aquél-

lla y el socialismo, del cual es ciertamente la antítesis directa. La teoría anarquista presupone la no existencia del Estado, o bien la unión de los lazos políticos con motivos morales y sociales que hacen de esos nexos una relación puramente voluntaria. Así podemos expresar la diferencia entre socialismo y anarquismo como una divergencia de carácter político, pues el primer sistema cree en la continuidad del Estado legislativo, y por consiguiente coercitivo, mientras que el segundo sólo admite un Estado administrativo y voluntario (1). El anarquismo es en realidad una forma del individualismo, y no puede ser desglosado de las teorías individualistas.

Existe todavía otra diferencia. La filosofía del anarquismo es la creencia en la bondad de la naturaleza humana, que, con excepción de las doctrinas de Fourier, aparece también con gran amplitud en el credo político de los primeros socialistas. El socialista actual no basa su teoría sobre la bondad, sino sobre la sociabilidad de la humana naturaleza.

Además, la experiencia nos demuestra que en todo el mundo, desde Francia hasta América y desde Italia al Japón, el movimiento anarquista está en conflicto con el movimiento socialista, y la historia inicial del socialismo moderno está trastornada por los curiosos conflictos entre el anarquismo y el socialismo. Y, todavía en la actualidad, muchas personas asocian estos dos sistemas opuestos del pensamiento político, como si fueran una misma cosa; la razón de este hecho estriba probablemente en que todas las formas de oposición al orden existente se agrupan e identifican en la mente de aquellas personas que no están acostumbradas a razonar de un modo inteligente.

(1) Cierto es que algunos de los precursores del moderno socialismo hablaron de la desaparición final del Estado; pero, como ya he manifestado anteriormente en otra obra — *Socialism and Government* — esto no es sino una declaración verbalista, puesto que la idea de Estado es consubstancial al Socialismo.

2. La abolición de la propiedad privada

Un examen de las nociones corrientes respecto a la opinión que al socialista le merece la propiedad, es verdaderamente muy aleccionador. La idea común es que el Socialismo se propone abolir la propiedad privada; pero esta opinión es tan errónea como la de que el socialismo y el anarquismo son una y la misma cosa. La propiedad privada, en uno de sus aspectos, es una limitación de la libertad salvaje, bajo la cual aquel que tiene poder toma lo que necesita ; es también una limitación de la lucha por la existencia — aunque puede ser usada para reanimar esta antigua forma de libertad y este método censurable de selección. La propiedad pone un límite al afán de lucro, aunque puede ser usada para la explotación ; se opone a la lucha física de la supervivencia de los individuos más adecuados y fomenta la supervivencia de la colectividad más apta. Todo esto lo aprueba el socialismo, y, en consecuencia, tiende a eliminar los desfavorables resultados de la propiedad privada y a realizar sus loables deseos. Sus propósitos y miras relativos a la propiedad privada forman parte de sus aspiraciones generales de evitar el crecimiento de intereses privados que hacen presa en el bienestar social o son antagónicos a él.

Dícese que el sistema existente está basado en el derecho a la posesión privada. Esto es, sin embargo, un profundo error. La afirmación, tantas veces citada, de John Stuart Mill puede se aducida de nuevo, porque no ha perdido nada de su fuerza ni de su verdad. Dice así (1) : « La recompensa, en lugar de ser proporcionada a la labor y a la abstinencia del individuo, está, por regla general, en razón inversa de ellas : aquellos que perciben menos son los que trabajan y se abstienen más. »

(1) *Fortnightly Review*, 1879, pág. 226.

Tal es, efectivamente, la situación. Es inconcebible que después de leer los informes de alguna investigación hecha en las condiciones sociales de hoy, o después de estudiar las estadísticas de la distribución de la riqueza en tal o cual comarca industrial, pueda continuar abrigándose la idea de que la sociedad avanza porque el individuo posee propiedad privada. Los hechos no se ajustan exactamente a la teoría. Uno de los rasgos más dramáticos de la sociedad actual es el gran número de personas incluídas en la clase de los desposeídos. Nueve décimas partes de los asalariados trabajan sin propósito de acumular propiedad, sino con el deseo de ir poniendo fin a un día tras otro, a una semana tras otra ; el resto no tienen otra aspiración que la de ahorrar dinero bastante para ingresar en alguna sociedad de seguros o para prevenir un período inevitable de depresión mercantil y de falta de trabajo. Si fuera verdad que el hombre trabaja solamente para lograr propiedad, no podría hallarse motivo para realizar un duro trabajo manual durante una sola semana en la sociedad moderna. La significación de los ahorros en la clase obrera se ha exagerado con frecuencia. Solamente en casos verdaderamente raros procuran un solaz suplementario o un nivel más elevado de existencia ; casi siempre permanecen simplemente en reserva de que sobrevenga una desgracia, y no son suficientes para remover o modificar el motivo económico que hace trabajar a los componentes de la clase obrera, a saber : el temor de una grave e inmediata violencia si dejan de trabajar. Son sumamente útiles en un día determinado, pero no lo suficientemente amplios para poseer valor apreciable el día en que el trabajo es continuo. Si el hombre estuviera asegurado contra la falta de trabajo y la enfermedad, los ahorros obreros dejarían de ejercer influencia sobre su vida.

Pablo Iglesias

Solamente unos pocos, una clase muy reducida, disfrutan actualmente del placer y de la libertad que derivan de la propiedad privada, y una gran parte de esta clase ha cesado de prestar servicios activos a la sociedad. Estas personas dilapidan el dinero más bien que lo usan, y abstraen rentas en lugar de hacerlas útiles. Aunque hace algún tiempo pudo ser verdad el principio de que la corriente conducía constantemente del estado de operario al de patrono, animando al obrero y mostrándole perspectivas de que un día pudiera bogar por aquellas aguas, esta corriente es ahora muy estrecha y superficial, y en comparación con las multitudes que nunca penetran en ella o que se hunden en sus ondas, los que navegan con éxito son insignificantes en número. Ni siquiera son tan apetecibles las recompensas que se ofrecen. El oficial, con su independencia, sus privilegios y libertades, con su dignidad, ha llegado a ser un gerente, un director, sin dignidad y con muy poco honor. Se ha convertido simplemente en un hombre rico, y el encanto que el cargo cívico, la influencia local y el respeto de todos solían despertar entre los ricos ha cesado, y le ha dejado frío, brillante y vulgar. Los recientes cambios operados en la organización de los negocios han alterado la naturaleza del llamamiento que se hace al plebeyo ambicioso. Hace una generación o dos, el hombre tendía a conquistar honores, y esto tenía un efecto selectivo sobre el género de hombres que se revelaban ; actualmente, el hombre aspira al dinero, al salario, al dominio del comercio y de la fábrica, y nada más, y esto tiene también un efecto selectivo sobre el género de hombres que se manifiestan. El segundo método de selección da resultados más mezquinos que el primero.

El hecho de la distribución de la riqueza no sólo contradice el aserto de que la posesión de la propiedad privada constituye la base de nuestra sociedad, sino que la especie de goce anejo al éxito comercial que resulta

de los cambios operados en los negocios, no es tan grande como el que, mantenido el respeto social y la libertad del individuo, era disfrutado por el hombre de negocios que administraba su propio capital, sintiéndose él mismo y su riqueza entera como partes de la ciudad, y como medios de lograr el bienestar de la misma.

Lo cierto es que la sociedad actual está basada en el hecho de que la mayoría de la población nunca puede adquirir propiedad privada suficiente para procurarse amplia libertad de acción y para seleccionar su consumo, y esta es una de los objeciones más graves que contra ella hace el Socialismo. La recompensa por la cual trabaja actualmente el hombre no es la propiedad privada, sino el salario semanal.

Ahora bien ; ¿cuál es la opinión del socialista?

El socialista supone que el individuo requiere propiedad privada a través de la cual pueda expresarse a sí mismo. Es preciso controlar y poseer algo, pues de lo contrario ni se controla ni se posee a sí mismo. Y como el Socialismo no es un conjunto bien artificiado de dogmas que pueden reunirse formando un sistema, como uno de esos rompecabezas que se hacen recortando un dibujo cuyos diversos fragmentos están confundidos, sino una idea que ha de realizarse mediante una serie de cambios experimentales, podemos estar seguros de que ninguno de los incidentes que pueden surgir en el camino del Socialismo producirá la abolición de la propiedad privada. La propiedad de las cosas será siempre un medio de expresar la personalidad, y este hecho no será olvidado en la evolución del Socialismo. En efecto, algunos socialistas — por ejemplo, Kautsky, el más inflexible de los marxistas — han afirmado que el pueblo podrá poseer sus propias casas y huertos bajo el socialismo, y que un sistema adecuado de tasación para interceptar la renta inmerecida no es una concesión contraria a la teoría socialista.

También se deduce de esto que la oposición a la herencia no es una parte esencial del sistema socialista. El socialista no necesita oponerse a la transferencia hereditaria de la propiedad privada como tal; solamente se opone a ella en circunstancias tales que el desheredamiento de la colectividad acarree miseria de ésta.

Discutiendo estas cuestiones y otras análogas, deben tenerse en cuenta dos hechos guiadores. Es el primero, que el Socialismo, en su aspecto moral, representa un medio para el logro de la verdadera libertad individual; el segundo, que el Socialismo, en su aspecto económico, es un sistema bajo el cual se pondrá fin a la explotación. Este último propósito del Socialismo tiende a crear limitaciones a la apropiación de la propiedad privada.

A través de toda la Historia, la limitación de los sujetos y de los derechos de propiedad ha avanzado paralelamente a la expansión de la libertad. La propiedad sobre los cuerpos humanos ha podido ser denegada, pero fué defendida con pertinacia y se erigió en un derecho indiscutible por parte de los filósofos y humanistas, lo mismo que por las clases que disfrutaban de él. Actualmente, la mera liberación del cuerpo humano como objeto de propiedad privada no es suficiente, porque se ha demostrado que la voluntad humana — la personalidad humana — puede ser reducida a esclavitud mediante ciertas formas de posesión económica, así que, a menos que los hombres abandonen su peregrinación en busca de libertad, deben complementar sus campañas liberadoras con otras encaminadas a poner término a la propiedad privada sobre aquellas energías económicas que pueden ser usadas para esclavizar la voluntad. Ahora bien; ¿cómo se usa la propiedad en los tiempos presentes?

En primer término, su principal función actual, según mi punto de vista presente, es la explotación. En forma de capital, es requerida por el trabajo, y con el

aumento de capital exigido para desarrollar la gran industria moderna el trabajo encuentra cada vez más dificultad para ser otra cosa que el agente del capital, y para evitar ser esclavo de éste. Los balances mercantiles y no las consideraciones morales o humanas asignan un lugar al trabajo en el sistema industrial. Y cuando el trabajo pierde su poder de contrarrestar efectivamente al capital, se encuentra más ligado e incapaz para poder afirmarse en el mercado de la competencia, en el cual es objeto de las mismas leyes que cualesquiera otros artículos. Así se ha comprobado que la propiedad, justificada como lo está por los fundamentos característicos y por las exigencias más primitivas de la naturaleza humana, se convierte en un instrumento de despojo para grandes masas de población. La propiedad privada de los medios de producción implica la propiedad, privada por la misma razón, de los productos de aquéllos, y esto a su vez acarrea la explotación del obrero y su condenación a un estado de pobreza. Así, el sistema presente sostiene la propiedad privada de tal manera que reduce su ejercicio a una clase relativamente pequeña en la colectividad.

El sistema presente no realiza sus verdaderas aspiraciones porque su carencia de ideología significa su propia ruina por diferencias de organización. Es como un hombre tan desorganizado en sus centros nerviosos que a cada momento levantara su mano para castigar a aquel a quien él mismo injuria.

Esto es particularmente cierto de la propiedad privada en los monopolios naturales, como la tierra. La experiencia de todos los pueblos del mundo, sean tribus bárbaras o naciones civilizadas, es que cuando el país llega a estar sujeto al régimen de propiedad privada, la pobreza sobreviene de un modo inevitable.

Como consecuencia de esto, el socialista ha llegado a la conclusión de que donde el capital industrial no está

sujeto al control y al uso de la colectividad, y donde los monopolios naturales son ejercidos por individuos, es económicamente imposible para las masas de población adquirir porción alguna de la propiedad privada. La socialización de ciertas formas de propiedad es una condición necesaria para la difusión general de la propiedad privada. La nacionalización del capital industrial y de la tierra no es, por consiguiente, la primera etapa de la abolición de toda la propiedad privada, sino precisamente lo opuesto.

3. La negación de libertad

Otro tanto puede decirse en lo que a la libertad se refiere. Del Socialismo se dice que la libertad por él establecida se quebrantará bajo el peso de sus leyes, regulaciones y uniformidades. Quienes sustentan esta opinión consideran el Socialismo como una organización enorme bajo la cual el Estado se apropiará de todas las cosas y prescribirá cómo ha de actuar el pueblo, qué rutas ha de seguir, y en qué forma habrá de aprovechar el hombre sus momentos de descanso.

La primera contestación a quienes así objetan es que si realmente saben lo que el Socialismo significa, y si su descripción de éste no es caricaturesca, el Socialismo es tan absurdamente irracional y tan contrario a la naturaleza de las aspiraciones humanas que nadie puede abogar por él, sino aquellos que abrigan torcidos pensamientos, pero ninguna colectividad humana querrá adoptarlo. En tal caso, el Socialismo sería una aberración de la inteligencia humana, y lejos de ser un movimiento serio significaría solamente una curiosidad. Sin embargo, esta conclusión coincide tan poco con lo que sabemos de la fortaleza intelectual de los núcleos socialistas, que no es sino la consecuencia de unas erróneas premisas. Y así es, en efecto : la descripción crítica

del Socialismo que acabo de exponer es simplemente una desmañada caricatura.

Hemos explicado la posición del Socialismo respecto a la propiedad, y de ello habrá resultado claramente demostrado que una de las intenciones específicamente declaradas del Socialismo es la de crear las condiciones de la libertad. Hasta ahora, nuestras ideas de libertad se han estrechado y confundido en pos de la libertad política. Estamos precisamente en las postrimerías de la época liberal, y la época liberal es la de la clase media y comercial, la de las clases que disfrutaban del poder económico, y que, por consiguiente, desarrollaban su agitación o su filosofía en torno a la libertad política. Desde su punto de vista particular, la libertad política era preciosa como un timbre glorioso del estado social, y como un medio de acabar con ciertas desigualdades e impedimentos que el comercial siglo XIX heredó de la Edad Media militarista. Así, la libertad de la época liberal representaba una situación en la que un número relativamente pequeño de personas detentaban el poder económico en un Estado cuyas actividades políticas positivas estaban reducidas a un mínimo. La lucha por la vida había de desarrollarse claramente, y los individuos mejor dotados dispusiéronse a dominar en ella. Semejante concepción de la libertad no puede ser más que una cosa transitoria, incapaz de producir frutos aceptables. Pero esta es la herencia intelectual que pesa sobre esta generación. Debemos, pues, iniciar de nuevo la busca del deseado talismán.

En primer término, ya hemos podido apreciar sobradamente que la libertad está condicionada, y además debemos entender que es una prerrogativa de carácter cualitativo, y no cuantitativo.

Está condicionada porque si un hombre depende de la generosidad de otro para lo substancial de su existencia, puede vivir bajo un estado del más hermoso

anarquismo moral, y ser, sin embargo, un esclavo. Ya he manifestado que debido al enorme crecimiento del poder económico en la sociedad moderna, el control efectivo de los actos del individuo se ha ido haciendo de orden cada vez más económico. Para expresar esto, el socialista usa la frase «esclavitud de los salarios». Esta frase suscita diversas objeciones, pues en su elaboración han concurrido los rasgos característicos de la esclavitud feudal, pero ambas esclavitudes difieren esencialmente, y el socialista no confunde una con otra. El rasgo característico de la esclavitud del salario es que los hombres dependen adsolutamente en su existencia de otros hombres, en un sistema económico que aquéllos no pueden controlar, «pues la máquina, el mercado, la jerarquía del magnate comercial sujetan al hombre» —. En resumen : Si la libertad es condicionada, aquel que controla las condiciones controla la libertad.

Pero, se dice, si el socialista somete las condiciones económicas de libertad al control colectivo, este control se convertirá bajo el socialismo en una tiranía de otra especie. Modelará leyes y regulaciones que vendrán a entorpecer la libertad, poniendo obstáculos a la iniciativa y a la acción del individuo.

Esta consideración es únicamente importante para aquellos que nunca han atisbado el carácter del Estado socialista. Porque este Estado no será una burocracia ampliamente centralizada, con sus cuarteles generales en las oficinas imperiales de Whitehall. Precisamente, gracias a las influencias socialistas, ha comenzado a mostrarse la descentralización en nuestro sistema administrativo, y preparamos proyectos que tendrán una importancia trascendental en la práctica respecto a las relaciones entre la legislación y la administración central y local. La tendencia a descentralizar avanzará, sin duda, paralelamente a la tendencia del Estado a

cooperar de modo más definitivo con el individuo en el ejercicio de su libertad.

Como todos los grupos, todas las tribus, todas las compañías, la colectividad socialista será atraída por dos energías opuestas : la coerción de la disciplina (la vida colectiva) y la libertad de la voluntad (la vida individual) ; cada una quiere tener un imperio absoluto en ciertos sectores, y aceptar, en otros, compromisos, limitaciones y modificaciones. Pero los problemas que suscitará este conflicto pertenecerán al mismo Estado socialista, que no será ciertamente un Estado estancado, y, por esta causa, no necesitan ser ahora discutidos en detalle. Todo cuanto en el momento actual puede hacerse es destacar el hecho de que los impulsos que han orientado al hombre por tanto tiempo en la ruta que conduce a la libertad, cruzarán los límites del socialismo y continuarán actuando libremente después de él.

También hemos de insistir en que las leyes y regulaciones no sólo no son opuestas a la libertad, sino que representan las verdaderas condiciones de ella. Son las expresiones de la vida social, las señales indicadoras, las fitas que la experiencia del pasado ha fijado para orientación del porvenir, la sabiduría que el hombre ha cosechado en el camino. Son, por decirlo así, la resistente estructura ósea de la conducta, que soporta — y que es la única que puede soportar — los móviles de actividad, mediante los cuales entra en juego la voluntad libre. Además, son lo que puede denominarse las economías de la libertad. Porque la libertad es como la riqueza, que ha de ser esmeradamente usada para que cumpla su misión. Las leyes y las regulaciones prohiben su desuso y hacen cómodo su uso inmediato. Cuando dos personas usan cierta carretera tienen que establecer una regla para la misma ; cuando dos personas negocian tienen que convenir las condiciones del contrato ; cuando dos personas forman una sociedad,

Jaime Vera

han de procurar por la libertad común lo mismo que por la libertad individual. La libertad es una transacción de seres opuestos. Cuando la libertad es soberana, el control es su principal consejero.

En efecto, la libertad en una sociedad se convierte en un sector del deber, no del derecho, porque la actividad individual puede llegar a ser fácilmente antisocial y destructiva. En consecuencia, la libertad es menos una materia de amplitud que de elevaciones, depresiones e infinitudes. La libertad de una lancha en un río no consiste en ir de una orilla a otra obedeciendo a los caprichos del timonel, sino en seguir su camino conforme a las reglas.

Desde este punto de vista, es innegable el hecho de que la libertad depende, en definitiva, de la calidad humana. Sólo el hombre bueno es libre, consistiendo la bondad del hombre en la conciencia de sus obligaciones sociales. Toda restricción impuesta sobre la actividad humana, toda forma de legislación restrictiva, deja de ser sabia y no es Socialismo. Porque la restricción y la ley no son sino medios para alcanzar otros fines, y deben someterse a la prueba a que se sujeta también toda la teoría socialista : ¿Es racional? ¿Es necesaria? ¿Es una contribución para una libertad mayor? Ciertamente sucede todo esto cuando la libertad es disfrutada al fin en un Estado organizado, con leyes justas y con un sistema bien meditado de ayuda y protección mutuas.

4. Igualdad

He aquí otra aspiración que se persigue con ahinco y a la cual hemos de hacer también referencia. Respondiendo al aforismo de Kant de que cada hombre es un fin en sí mismo, se estima que hay algo tan especial en la posesión de las cualidades humanas que cada hombre está autorizado para situarse en un plano de « igualdad »

con respecto a los demás. Dicha demanda ha sido asociada con el Socialismo, y sus críticos se han lanzado por esta razón a una caza desesperada en pos de su propia sombra. Incluso creen que han logrado derribar el sistema. Porque preguntan : ¿Cómo puede el hombre ser igual? ¿Igual en qué?

Y siguen razonando en este sentido.

¿Qué entiende el socialista por igualdad? Entiende que las desigualdades en las inclinaciones, facultades y aptitudes del hombre pueden tener algún motivo para encontrar una aplicación racional, de tal modo que cada uno logre contribuir con servicios apropiados a los fines colectivos. La cooperación de entidades diferentes en la producción de un conjunto armónico es la aspiración socialista de la colectividad perfecta ; a la vez, es su punto de vista respecto de la única igualdad que siempre se ha propuesto la naturaleza humana. Este no es un propósito que pueda lograrse en un determinado momento de la existencia. Significa que, etapa tras etapa, en el desarrollo de una personalidad deben existir oportunidades para impulsarla en ciertas direcciones, de modo que, en definitiva, el hombre de imaginación artística no tenga que encontrarse ligado detrás del mostrador de un droguero, o la juventud de un genio matemático sujeta a la obligación de trabajar como jornalero en un molino de algodón.

En consecuencia, la finalidad no es otra sino la de procurar « igualdad de oportunidades ». Muchos jóvenes salen por una puerta abierta frente a ellos y cuando avanzan no conviene que encuentren cerrada otra por la que podrían entrar con provecho. Es bastante difícil negar la justicia y la necesidad de este sistema, y, por regla general, el socialista no se encuentra con esta oposición, sino con argumentos encaminados a demostrar que el Socialismo resolverá menos que el capitalismo el problema de sacar a los poetas de detrás del mostrador

y a los jóvenes matemáticos de su condición de mozos de mulas. De esto me ocuparé en el próximo capítulo. Mr. Mallock, sin embargo, tiene atrevimiento suficiente para proclamar los méritos de dicha oposición. Nadie interpreta tan falsamente el Socialismo como Mr. Mallock, y, no obstante, a su argumento me referiré para aclarar la idea socialista. Él dice (1) que la idea es puramente abstracta y que para probar su eficiencia ha de ponerse en contacto con la actualidad. Preténdese, dice, que en los comienzos de la vida industrial todo debe partir del mismo punto y avanzar por el mismo camino. Esto es absurdo. Si dos muchachos comienzan a aprender juntos el alemán, dice Mr. Mallock, uno aprenderá más de prisa que otro, y, por consiguiente, no existe igualdad de oportunidad en ellos. Esto es a su vez absurdo, porque la igualdad inicial es la única igualdad apetecida. Su tercera afirmación es que bajo el Socialismo, un empleado de una fábrica del Estado no tendrá más igualdad de oportunidades que el empleado de un consorcio privado. Que esto sea o no verdad, es un extremo controvertible, pero yo trataré de demostrar en el capítulo siguiente que la organización industrial socialista permitirá a los hombres más aptos realizar las tentativas más amplias y útiles, que únicamente pueden ser garantizadas mediante oportunidades iguales en el momento de iniciar la vida industrial. Después, el crítico sigue discutiendo invenciones e inventores, y vuelve a su tema de que deben ser evitados los fracasos — resultado cierto de la igualdad de oportunidad. — Admite que « una igualdad de oportunidad relativa » (ignoramos cuál sea la significación de esto) puede ser el verdadero ideal, pero que « la igualdad absoluta imaginada por los socialistas (que ignoramos de dónde ha tomado esta noción) es una aspiración que no puede realizarse

(1) *A Critical Examination of Socialism.* Cap. XV.

en modo alguno », etc. Afirma que discute la igualdad de oportunidad para usar las facultades ; concluye manifestando lo absurdo de suponer que cada hombre pueda hacer la misma cosa, avanzar a través de la vida por la misma ruta y demandar el mismo género de facilidades, pero no logra comprobar ni uno solo de estos puntos que por añadidura no van envueltos en la proposición que él pretende y supone destruir. El capítulo XV del libro de Mr. Mallock es un admirable indicio de la calidad intelectual de la gran masa del criticismo antisocialista, y únicamente me he referido a él porque me ha permitido destacar con toda claridad cuál es la opinión socialista acerca de la igualdad, indicando cuál es en este aspecto la opinión contraria a la del Socialismo.

5. Determinismo económico

Existe otra clase de objeciones que será conveniente examinar en este lugar. Proceden de los errores en que han incurrido los socialistas mismos, y son una herencia de la primera generación de « socialistas científicos ». Fué necesario que Marx y sus contemporáneos imaginaran algunos *idola* capaces de distinguir de un modo indudable el socialismo con respecto a otras teorías de reforma social y a vagas expresiones de bondad filantrópica, pero muchas de estas fantasías han fracasado porque alrededor del núcleo esencial del credo socialista han venido a reflejar lo que no eran sino opiniones personales de los respectivos escritores sobre cuestiones accidentales, o porque han sido matizadas y moldeadas en el pensamiento de la época en que surgieron. De ambas cosas hemos de ocuparnos.

El Socialismo actual sufre porque arrastra la herencia de materialismo científico de mediados del siglo XIX. En esta centuria, el intelecto de Occidente estaba ocu-

pado y extasiado ante los descubrimientos de la ciencia biológica, ante el rudo impulso que la evolución biológica imprimió a las expresiones y fenómenos espirituales, ante la sistemática regularidad que la interpretación económica daba a los acontecimientos de la Historia, y ante el entusiasmo por las soluciones materialistas que era connatural a la época. Esto suscitó el fantasma de la concepción materialista de la Historia, que un sector del pensamiento socialista trata aún de imponer al Socialismo. La concepción materialista de la Historia supone que el motivo para las transformaciones históricas ha sido substancialmente económico. Claro está que usando la palabra «motivo» sustraigo ya carácter necesario a la teoría materialista. Porque, hablando estrictamente, el motivo es ajeno a ella, que trabaja mecánicamente. La expresión «determinismo económico» refleja la idea con mayor exactitud. Esta teoría que fué sustentada por los padres del Socialismo moderno, es una producción característica del pensamiento a mediados del siglo XIX. La influencia de los factores físicos sobre la actividad humana era un juguete de los intelectuales, que fué manejado con el más cordial afecto por Buckle en su *Historia de la civilización*; pero Buckle era un individualista de los más rígidos, y la teoría misma no es necesariamente socialista. Significó una protesta, una exageración en el método nuevo y atractivo de exponer la evolución histórica. Dicha teoría sacó la Historia de los oscuros dominios del espíritu y del destino, que realmente pertenecen a la Religión, la apartó también de las digresiones vagas e hizo de ella una deducción del clima, de la tierra, de la geografía, de la geologia y, sobre todo, de los intereses personales y de clase. La teoría era tan secilla, tan diáfana y comprensiva, explicaba tantas cosas y era tan nueva, que el socialista se sintió animado a adoptarla, porque el orden existente, productor del lamentable estado

social del cual era el socialista enemigo jurado, estaba defendido por razones teológicas y metafísicas, o era presentado como el fruto de la obra de grandes hombres, con la consecuencia de que parecía estar sustraído al reino de la razón y a las leyes que presiden la evolución. De repente, una nueva idea científica venía a desbaratar todo esto. La Historia se convirtió en la trayectoria de la evolución social; la sociedad tenía un proceso ordenado de transformación lo mismo que el hombre o el grano de arena. Reyes y nobles eran funcionarios; los reinos eran simples comas en la Historia — a veces ni siquiera tanto — y no el comienzo o el fin de párrafos y capítulos. Una época produce la inmediata, a medida que se verifican las adaptaciones económicas y debido a que estas adaptaciones reorganizan constantemente los ejércitos de la reacción y del progreso, que eternamente están en conflicto unos con otros, alterando la balanza del poder en las naciones y también los métodos mediante los cuales es usado y expresado este poder. Y precisamente los frutos más inmediatos y abundantes de la secularización de la teoría histórica fueron cosechados en la propaganda del socialismo.

Pero la concepción materialista de la Historia es, en definitiva, unilateral e inadecuada. El beneficio que produjo fué el establecimiento de la Ciencia histórica mediante la utilización del método deductivo, juntamente con el inductivo. Una vez que hubo prestado este servicio, el juguete comenzó a producir hastío; ya no satisfacía ninguna necesidad ni salía al encuentro de los acontecimientos. Sus hipótesis nunca pueden ser separadas de los motivos en la Historia, pero no pueden explicar acontecimientos considerados absoluta e individualmente. El progreso del hombre no está meramente inspirado en su bolsillo, ni en el suelo sobre el cual vive, aunque estas cosas deban ser siempre facto-

res del progreso. El grupo montañés tendrá características diferentes del de la llanura. El pueblo explotado se hallará en frecuentes conflictos con sus explotadores. Una poderosa clase de personas sin libertad llamará a las puertas de la ciudadanía, pidiendo ser admitida en ella. Pero en estos conflictos todas las cualidades humanas deben despertar y actuar como aliadas. Por añadidura, mirando al futuro, a medida que se implanta la verdadera educación y que el bienestar se hace más efectivo, los motivos más materialistas tienden a disminuir en importancia con respecto a los intelectuales y morales. Es el pensamiento del hombre, con sus ideales, su sentido de justicia e injusticia, y sus aspiraciones lo que hace de la pobreza y la injusticia económica un serio agravio, prestándole ese carácter explosivo que convierte en una causa de revolución. Ahora vemos todo esto, y agrupando los motivos que determinan las transformaciones y el género de cambios que hasta ahora han acaecido daremos su justo valor a los que son motivos intelectuales, lo mismo que a los que son materialistas y económicos.

La concepción materialista de la Historia no es, por consiguiente, esencial a la teoría socialista. Indudablemente imprimió un considerable avance a esta teoría a mediados del siglo XIX, pero su servicio respecto al Socialismo fué precisamente de la misma naturaleza que el rendido a la Ciencia de la Historia. La teoría socialista depende de una concepción de la Historia que expone la evolución gradual de acontecimientos, épocas y organizaciones; no depende de una explicación del porqué la Historia efectúa este progreso.

En efecto, así se demuestra de un modo persuasivo en los escritos de Marx y Engels. Cuando los detractores del Socialismo tratan de destacar ciertas afirmaciones favorables a ellos mediante citas de estos escritores en las que se adhieren al determinismo histórico, adu-

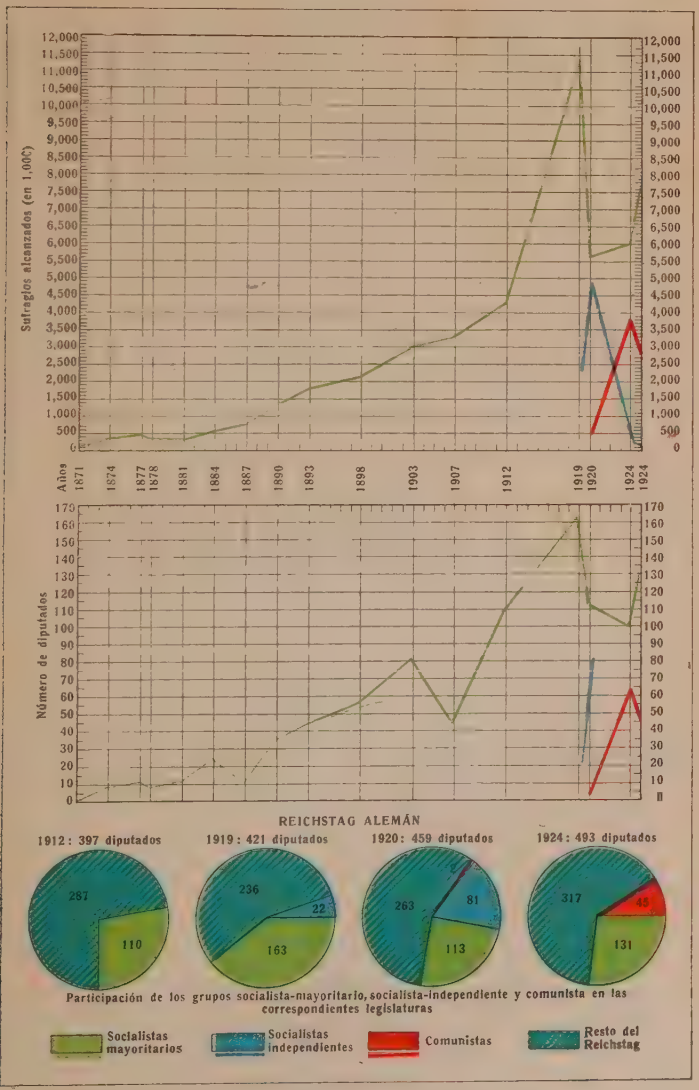
cen los extractos de las primeras etapas de la teoría, concretadas cuando, como Engels dijo más tarde, «no era todavía tiempo, lugar ni oportunidad para hacer justicia a otras consideraciones que le concernían y afectaban» (el factor económico) (1). Los dos, Marx y Engels (Marx concedía al factor económico mayor importancia que Engels) argüían que el factor económico era la primera causa estimulante. Las demás causas no pueden operar sin ella; dicho factor es el que suscita la actividad de los restantes. Séame permitido usar las palabras mismas de Engels, escritas en la revista que he citado anteriormente: «La evolución política, legal, filosófica, religiosa, literaria y artística, descansa sobre la evolución económica. Pero todas ellas reaccionan recíprocamente, y sobre la base económica.» Así, el problema se resuelve a sí mismo dentro del valor relativo de las diversas fuerzas creadoras en el mejor caso, y en el peor en una vana disputa, semejante a aquella otra relativa a qué sea primero en la creación, el huevo o la gallina. Cuando la teoría era nueva tuvo que luchar violentamente contra los que defendían el campo, y hubo de ser reducida a dogmas de una incisiva dureza. Esta es la historia de la mayor parte de las teorías. Inicialmente pretenden lograr un imperio absoluto, y finalmente se satisfacen cuando se reconoce el hecho de que son de importancia relativa.

6. Lucha de clases

Otra secuela de los puntos de vista imperfectos que guiaban a los primeros socialistas es la teoría de la lucha de clases. La manifestación superficial de esta lucha es uno de los hechos que podemos apreciar cada día. Los asalariados se reúnen en *Trade unions*, los emplea-

(1) Carta en el *Sozialistischen Akademiker*, octubre, 1895.

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



ALEMANIA

dos se agrupan en federaciones ; decláranse huelgas y lock-outs ; prodúcense disturbios motivados por cuestiones de salario, duración de jornada, explotación, etc. En la política, los ricos tienden a avanzar juntos, y los pobres activos e inteligentes procuran hacer otro tanto. Un *bill* de moderación encuentra a « la industria » organizada como un solo hombre. Un impuesto sobre la tierra encuentra a los propietarios y colonos dispuestos, en general, a defender sus rentas y a anunciar que si son atacados vacilará el conjunto de la estructura social. Y esto es la lucha de clases.

El socialista tiene que considerar cuál es la utilidad de estos hechos para su propaganda y para la realización de su Estado ideal. ¿Qué significan y cuánto significan? Una cosa es suficientemente evidente : que la existencia de una lucha de clases carece de importancia para el Socialismo a menos que no suscite el antagonismo intelectual y moral, porque es este antagonismo el que encauza las transformaciones del progreso. Esta es la causa de que el socialista condene esta lucha que se ha hecho repulsiva porque crea condiciones de injusticia, porque se traduce en caos y porque impide la realización del Estado ideal de paz y bienestar que los espíritus directores de la Humanidad se han propuesto siempre como meta. El motivo importante del Socialismo no es, por consiguiente, la lucha, sino la condenación de la lucha por la inteligencia imaginativa y creadora, y por el sentido moral. El conflicto es un incidente en una evolución hacia la completa armonía social, y el motivo para la evolución no es económico, sino intelectual y moral. El socialista, por consiguiente, no puede dirigirse a un sentimiento o a un prejuicio de clases. Necesita, en efecto, mirar lejos de sí, porque ciertas victorias, ganadas como resultado de la adhesión de uno de los núcleos en lucha, sólo sirven para perpetuar lo que se deseaba eliminar. La apelación al interés de clase

9. MACDONALD : Socialismo, 67. — 2.ª ed.

es un llamamiento al orden existente, sea la de los ricos o la de los pobres la clase incovada. Es el antisocialista quien hace llamamientos de clases ; el socialista efectúa llamamientos sociales. La conciencia de clase es el haber de quienes defienden el orden de explotación existente.

La lucha de clases encontró con gran facilidad su ruta en el terreno general del dogma socialista. Marx decía que ningún movimiento proletario puede ser creado en Europa sin algo de pasión. Los asalariados tuvieron que sentir el enemigo, y hubieron de agruparse como clase. La teoría del determinismo económico en la historia era una teoría de lucha de clases. El progreso ha avanzado merced al conflicto entre las clases económicas. El determinismo económico, por consiguiente, no solamente ha prestado una base científica al Socialismo sino que le ha suministrado un método. Pero al modificarse el argumento determinista, la lucha de clases tuvo que sufrir una modificación correlativa. Cuando la doctrina del determinismo económico era predicada de un modo absoluto, la lucha de clases, con sus descarnados antagonismos, fué un lógico corolario ; cuando factores distintos de los económicos informaron el impulso evolucionista de la sociedad, otros motivos que los intereses de clase informaron los partidos políticos que conscientemente ayudaban a la evolución socialista. Cuando Engels escribió la confesión apologética que hace poco he citado, él también repudió la lucha de clases como había sido comprendida hasta entonces, situándola fuera del núcleo de los argumentos socialistas. La idea de la lucha de clases no representa ya la fuerza motriz que organiza el Socialismo e informa el movimiento socialista. Los que todavía la usan son como aquellas colectividades religiosas más retrógradas que expresan su Teología en los términos que se usaban antes de que existiera la ciencia de la Geología.

Capítulo VIII

Las demandas inmediatas del socialismo

1. Democracia

Teniendo presente que el lema del Socialismo es evolución, no revolución, y que su campo de batalla es el Parlamento, su programa inmediato adquiere una extraordinaria importancia. En este programa, como en la teoría socialista misma, se encontrarán algunas interesantes reminiscencias históricas. El republicanismo revolucionario de 1848 puede caracterizarse por sus propósitos de abolir la Monarquía y de repudiar la Deuda pública, propósitos que se encuentran en ciertos programas que se estiman tan intangibles como algunos recintos en antiguos lugares donde se dice que durmió tal o cual alegre monarca o donde un joven pretendiente perdió la cabeza. En las comarcas democráticamente gobernadas, donde el Socialismo tuvo que intervenir en los conflictos políticos de actualidad, estas antiguallas no tuvieron valor alguno, pero influyeron en cierto modo en el pensamiento socialista. Las virtudes del republicanismo y las conveniencias de una Monarquía son temas de interés abstracto que pueden rizar por una hora la superficie de la opinión social, pero en Inglaterra y en las circunstancias actuales no serían capaces de levantar una ola en la controversia parlamentaria ni de ocupar una línea en los programas

políticos. Es posible concebir un tiempo en que un monarca sin tino y unos cortesanos necios pudieran prestar a la cuestión un interés práctico interviniendo en política, como recientemente sucedió cuando la Cámara alta rechazó un presupuesto. Si tal fuera el caso, el movimiento socialista impondría un control democrático y proclamaría la necesidad de efectuar cambios radicales. Pero desde el punto de vista puramente práctico, el Socialismo, como lo prueban los escritos de algunos de sus más distinguidos expositores entre los cuales haré mención de Lassalle, no considera el republicanismo de importancia esencial. Teóricamente diríase que una república es un sistema de gobiermo más susceptible de ser intelectualmente defendido que ningún otro, pero conceder importancia práctica a este factor es incurrir en una insensatez de la que no somos capaces.

El Socialismo declárase partidario de la soberanía detentada por el pueblo ; opónese a que la propiedad sea el elemento cualificativo del derecho a votar ; rechaza toda clase de franquicias fantásticas y todas las restricciones, ninguna de las cuales ha desarrollado una actividad, según lo demuestra la experiencia ; basa el derecho electoral sobre la experiencia de que los hombres han de vivir bajo el estado que ellos controlen ; en una palabra, el Socialismo se pronuncia por el sufragio más amplio posible. Tampoco cree que solamente los hombres deban votar. Tan pronto como el Estado comienza a actuar ocupándose de salarios, condiciones del trabajo, moralidad pública, niños, etc., la experiencia de la mujer debe servirle de guía tanto por lo menos como la del hombre. Un Estado masculino nunca realizará las funciones de un Estado socialista.

En una época en que la masa del pueblo era electoralmente considerada como sospechosa, y, aunque tolerada, se acogía con disgusto, hiláronse sutiles teorías que pudieran servir de garantía. Era preciso que exis-

tiera en la constitución alguna autoridad sabia e imparcial, conservadora, pero no opuesta al cambio, a fin de proteger la nación contra la revolución y el espolio, contra los demagogos y las mayorías opresoras. Esta autoridad había de consistir en representantes de una sección de la colectividad y ser reclutada o atendiendo al nacimiento, o por mandatarios de los votantes acaudalados, o por interminables asambleas constitucionales a las que solamente pudieran asistir, por lo dispendiosas, los poseedores de abundantes medios de fortuna. Posteriormente esta teoría recibió un suplemento. La Cámara baja no siempre era auténticamente representativa. Elegíase por procedimientos complicados, sus distritos electorales eran de extensión desigual, y por las contingencias del tiempo los representantes se excedían de sus mandatos. Era necesario crear alguna autoridad que juzgara cuándo la Cámara popular procedía como organismo representativo y cuándo como un cuerpo autocrático.

Los políticos del Socialismo se han formado según un plan diferente. No ofrecen una lealtad abyecta al principio del gobierno representativo aunque reconocen que en todo Estado de extensión y población considerables la representación debe ser el factor legislativo. El elemento representativo, sin embargo, necesita ser contrarrestado, y el socialista propone que el control sea ejercitado por el pueblo mismo y no por un sector particular de éste. Así el *referendum* y la representación proporcional aparecen ante el socialista con su halagüeño aspecto, e indudablemente, en comarcas que padecen legisladores corrompidos y grandes injusticias a causa de la desigualdad de los distritos electorales, dichos propósitos pueden ser reunidos bajo el término de «reformas». En Inglaterra, sin embargo, no puede dárseles este nombre. El *referendum* no es más que un arma tosca e ineficaz que la reacción puede utilizar

siempre de modo más efectivo que la democracia, porque siendo solamente el poder de decir « No », es mucho más útil para los pocos que para los muchos, y éste será cada vez más el caso a medida que los más numerosos vayan haciéndose más cultos. El sistema de la representación proporcional aumenta considerablemente los gastos electorales, ofrece oportunidades abundantes para las maquinaciones clandestinas, hace a las mayorías y a los gobiernos más bien dependientes de individualidades dispersas del Parlamento, y lleva a éste un gran número de hombres que no representan opiniones ni llevan ningún mandato, porque son elegidos por grupos muy singularizados —ejemplo, sociedades de templanza —, pero que tendrán que votar en todas las cuestiones que ante el Parlamento se susciten. El socialista sabe que la democracia en el gobierno sólo puede garantizarse mediante una máquina que trabaje de modo eficiente, y no mediante un núcleo de imaginarias perfecciones de una bella pero inconsistente delicadeza.

Parlamentos reducidos, dietas a los miembros, sufragio de los adultos es, según el socialista, el mecanismo de la democracia, mientras que para restricciones y garantías ulteriores solamente puede imaginarse un recurso : cultura política más elevada por parte de la mayoría electoral.

2. Paliativos

Desde el punto de vista socialista la democracia es a un mismo tiempo un fin en sí misma y un medio para otros fines, porque, al mismo tiempo que el socialista considera el Estado democrático como prueba y garantía del ciudadano perfecto, estima al poder político como medio de lograr la reconstrucción y el perfeccionamiento social. Esta es la razón de que su programa político esté completado por otro social, y que éste com-

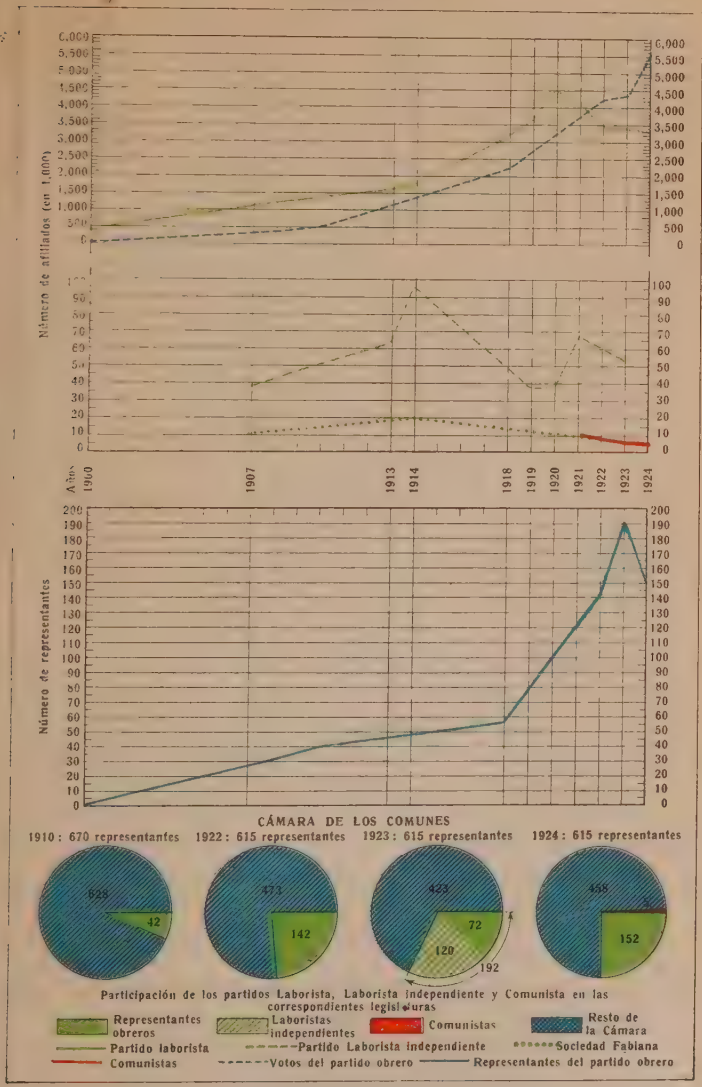
prenda dos secciones capitales. El socialista propone una serie de medidas encaminadas a mitigar las condiciones actuales, y señala otra serie de ellas como los primeros frutos cosechados por la opinión socialista ya sazonada.

En el primer grupo figuran proyectos relativos a la regulación e inspección de fábricas y minas, cantinas escolares, pensiones para la vejez. Algunos de estos proyectos son defendidos por el socialista como principios, y serán continuados en el Estado socialista. Las fábricas serán inspeccionadas para reducir los riesgos de accidentes, bajo el Socialismo como bajo el comercialismo ; aquellos individuos que sufran lesiones recibirán una compensación, y los obreros temporalmente enfermos o sin trabajo, por culpa no imputable a ellos, serán suficientemente asegurados cuando el Socialismo haya alcanzado su plenitud. Los accidentes casuales y otros semejantes que ponen obstáculos en la senda del obrero, constituyen un gravamen ordinario sobre la industria : son gastos tan legitimados en la producción como son los de adquisición y sustitución de las máquinas. No es posible imaginar otra cosa en el Estado socialista. La industria debe ir progresando, previniéndose sus fracasos, y seguramente no existe responsabilidad tan apremiante —atendida en cierto modo en la actualidad — como el cuidado inmediato de hombres y mujeres que caen víctimas de sus incertidumbres y de sus peligros. El conjunto de esta parte del programa socialista se encamina, por consiguiente, a lograr que el factor humano en la industria sea protegido con tanto cariño y celo contra el deterioro como lo son actualmente las máquinas y los locales de la industria. Cuando la colectividad se apropie de las máquinas no las considerará de valor más elevado que el de los individuos que trabajan con ellas, porque estará tan interesada en la eficiencia humana como el capitalista lo está actualmente en la eficiencia mecánica.

Ahora bien; cuando el Socialismo sea realizado, una parte de este programa quedará suspendido: la parte que tiende únicamente a proteger contra las condiciones que el socialista trata de remover. La alimentación de los niños necesitados es uno de estos casos. Al advenimiento del Socialismo, la renta familiar será igual a las exigencias familiares. En la actualidad no sucede así, y, por consiguiente, si los niños han de ser alimentados, si han de ser arrancados del arroyo, si han de disfrutar del placer tan moral como físico de una buena comida servida con limpieza, el Estado debe intervenir y hacer lo que los padres no pueden. En ello radica el riesgo más grave que amenaza a este género de legislación, y solamente la necesidad más extrema puede justificarla. Porque cuando se advierte la pérdida de vidas infantiles, la desastrosa reducción del nivel mental y de la capacidad física, la destrucción criminal del buen gusto y de las buenas maneras que ponen de manifiesto el fracaso de nuestro sistema en su intento de conservar la integridad de la familia, es preciso reconocer que han de tomarse medidas inmediatas para impedir este detrimento, pues su causa sólo llegará a extinguirse mediante una acción sumamente prolongada y que producirá resultados solamente de un modo paulatino.

Algunos de los críticos del Socialismo pretenden que los socialistas se reservan a sí mismos este género de acción. Pero esto no es verdad. Todos los demás partidos hacen lo mismo. El socialista, sin embargo, nunca pierde de vista la obra completa y sus resultados. Por ejemplo, algunas personas nos dicen que hemos de recibir educación religiosa, enseñada en nuestras escuelas juntamente con el latín y la tabla de multiplicar, como si la educación de este modo efectuada pudiera ser trascendental para alguien. Afirman que si tal enseñanza no se realiza entonces, no se realizará nunca

Desarrollo del Partido socialista y surepresentación parlamentaria



INGLATERRA

más. El socialista sabe, sin embargo, que no puede ser enseñada allí, y que el intento de sustituir la madre por el maestro de escuela, y el hogar por el pupitre es igualmente fatal para la religión y para el niño. Lo mismo sucede con el divorcio.

3. Legislación constructiva

Finalmente, existe en el programa un sector constructivo: en él van colocándose las hileras de las piedras bien elegidas y preparadas, en la fábrica permanente del Socialismo. La municipalización y nacionalización en todas sus formas, desde el abastecimiento de leche hasta los servicios de teléfonos, están incluídas en dicha sección. Pero incluso en este aspecto, téngalo presente el lector, el Socialismo no puede efectuar todavía sus intenciones de un modo total. El capitalismo de Estado no es Socialismo, del mismo modo que la propiedad agraria garantizada por el crédito público no equivale a la nacionalización de la tierra. El Estado puede ser en tal caso un patrono tan deficiente como pueda serlo una compañía anónima. Puede explotar una clase de usuarios y consumidores para beneficiar la clase de los contribuyentes, de un modo tan efectivo y censurable como una sociedad con garantía limitada explota a los consumidores para llevar los beneficios al bolsillo de los accionistas. El socialista tiende constantemente a hacer del Estado un patrono modelo, que trabaje en cooperación con sus empleados y asocie estos últimos a la labor de gerencia ; como un corolario de esto, procura que el Estado como consumidor de los patronos privados únicamente proteja aquellas entidades que en la medida de lo posible cumplan con amplitud su deber respecto a los obreros. Esta es la razón de que el Socialismo municipalizador y nacionalizador haya propugnado celosamente la demanda de consig-

nar en las contratos públicos cláusulas que provean por salarios aceptables y por condiciones de trabajo llevaderas. Quien desee comprender el alcance del Socialismo no debe disociar estas dos formas de actividad socialista.

Pero existe otra ruta para el Socialismo, a través de la cual estamos circulando. Las facilidades que el presente sistema de sociedad concede a ciertos individuos para explotar al público deben ser objeto de la legislación. La necesidad de una renta pública cada vez más elevada convierte esta cuestión en un problema inminente para todos, y el sistema de justicia y eficiencia económica del Socialismo lo convierte también en un problema muy importante. Ningún sector del programa socialista remunerará los estudios minuciosos que se hagan, en forma tan amplia como este de la Hacienda. Los adversarios señalan el método socialista como una confiscación, pero los socialistas lo estiman como un medio de detener la confiscación misma ; aquéllos lo consideran como un método de empobrecimiento, éstos como un método de lograr una mayor riqueza ; aquéllos lo imaginan como un ataque contra la propiedad privada y éstos como un procedimiento de defenderla. La diferencia que separa a unos y otros reside en la circunstancia de que ellos pretenden que lo que se posee, se posee justamente ; los socialistas, en cambio, aseguran que pocos títulos de propiedad tienen una base equitativa. Partiendo de esta tendencia a lograr un buen título, el socialista clasifica la riqueza en merecida e inmerecida. La división es tosca, pero no lo es menos la que existe entre vegetales y animales, y, sin embargo, es suficientemente precisa para ser objeto de aplicaciones prácticas. Con esta idea como base, el socialista inicia su programa financiero.

El tipo de renta inmerecida es la renta de la tierra. Por tal razón el socialista propone gravarla, y

cuando se le advierte que, haciendo esto, diferencia un género de propiedad de otro, replica que así es, puesto que la tierra se distingue de cualquier otro género de propiedad por su propia naturaleza (1). El objeto de esta tributación es asegurar la renta económica del Estado, porque es el Estado quien crea el valor que representa la renta de la tierra. Cuando el gravamen sobre esta renta llegue a ser substancial, el monopolio que pesa sobre la tierra quedará destruído, y ésta será susceptible de un uso más general que ahora. Indudablemente se quebrantarán muchos privilegios, pero un mayor número de habitantes podrá vivir de la tierra.

El Estado habrá de afrontar dos problemas en la etapa de transición. Habrá de recordar que la renta económica ha llegado a convertirse en propiedad privada con el consentimiento del Estado, y que, por consiguiente, este hecho impone ciertas obligaciones a los propietarios. Debe prevenirse también contra los inconvenientes de la multiplicación de los propietarios, porque la creación de pequeños poseedores aumentará la renta económica, y, por consiguiente, las dificultades para el Estado de proteger esta renta si la clase interesada en su explotación se hace más amplia.

Pero existen otros beneficios inmerecidos que proceden de fuentes distintas que la renta. En momento oportuno, estas fuentes pueden ser clasificadas, estableciéndose escalas de tasación para examinarlas. Pero esto es innecesario ahora porque podemos tener por seguro que las riquezas más abundantes son cada vez menos merecidas en sus incrementos finales, de manera que puede establecerse un esquema de impuesto gra-

(1) Algunos de nuestros críticos manifiestan que la renta incluye frecuentemente un interés, cuando los propietarios han invertido capital en mejorar sus tierras. El socialista, sin embargo, no olvida esta circunstancia, y, cuando teoriza, se refiere a la renta real, no a la renta más el interés.

dual sobre la renta para apoderarse de aquella parte de la riqueza nacional que va a parar ilegítimamente a los bolsillos de los particulares. El efecto de este sistema financiero es triple. Alumbrará las fuentes de la riqueza nacional haciéndolas aptas para una demanda cada vez más amplia ; acabará con el valor que los monopolios tienen para los propietarios individuales y con el impedimento que existe para las oportunidades de explotación ; aligerará la carga que pesa sobre el capital industrial, capacitando al comercio para extenderse, e impidiendo que los precios suban. Los gastos del Gobierno serán soportados por la riqueza pública y no mediante tasas pagadas por la riqueza privada, de manera que la industria no se apercibirá de ello, y, avanzando en este sentido, se logrará extender ampliamente la municipalización y la nacionalización dándoles valor práctico mediante la destrucción de los monopolios y la expansión de los recursos financieros nacionales.

Unicamente hemos de discutir con detenimiento uno de los detalles de esta transición. El socialista niega que se proponga realizar una política de confiscación. Pero ¿acaso no es esto confiscar, en realidad? El Estado no confiscó cuando se nacionalizaron los telégrafos, ni se propone confiscar el servicio de teléfonos en el espacio de pocos meses. Suiza no confiscó los ferrocarriles al nacionalizarlos. Ni Glasgow ni Londres confiscaron sus tranvías al municipalizarlos. Si ha existido una sombra de confiscación en alguna de estas transferencias, las víctimas han sido los contribuyentes, no los accionistas.

Advertiré ahora que el Socialismo no advendrá por confiscación, pero también deseo advertir que la historia del pasado situaría en una posición muy apurada a los que se lamentan de ello. La expropiación de los monasterios, sobre la cual se fundaron las fortunas de algunas de las más respetables familias inglesas, el aco-

tamiento de numerosas tierras públicas y comunales, la competencia brutal, que en definitiva no es tal competencia sino un crimen industrial mediante el cual se han asegurado las fortunas de algunos de nuestros magnates, constituyen un lamentable recuerdo para aquellos que moralizan sobre la expropiación. Y si se arguye, como generalmente sucede, que estas cosas se hicieron, efectivamente, con el fin de que las tierras puedan ser usadas para el bien nacional y que los recursos económicos no puedan dilapidarse, la contestación del socialista es rápida y decisiva : tal es, en efecto, el objeto que él mismo se propone. Lo que puede hacerse en el árbol verde puede hacerse también en el seco. Pero la Historia, aunque ofrece un lamentable recuerdo de actos de depredación para algunas clases, es en este respecto un mal precedente para los socialistas.

Los intereses de las clases están mezclados, los sentimientos generosos de las masas son tan fuertes, la sanción que la colectividad impone a su propia explotación es tan precisa, que no sería político ni tampoco justo seguir una política de confiscación. Los socialistas nunca se la han propuesto. « No estimamos — escribía Engels en 1894 (1) — la indemnización a los propietarios como un hecho imposible, cualesquiera que sean las circunstancias. Cuántas veces expresó Carlos Marx ante mí la opinión de que si pudiéramos comprar todos los utensilios, este sería probablemente el medio de hacerse con ellos del modo más económico. »

La sustitución de la propiedad privada por la pública no se efectuará en un solo día, ni afectará a la vez a todas las cosas, sino que vendrá paulatinamente y por distintos conductos. Tenemos la experiencia de la compra, la competencia, la expropiación con garantía de riqueza (y si añadimos el caso del canal de Suez, tam-

(1) Citado por VANDERVELDE en *Collectivism and Industrial Evolution*, pág. 86.

bién se conoce la participación de los interesas nacionales en las empresas) como avances hacia la propiedad pública, y a medida que transcurra el tiempo se adoptarán otros métodos apropiados a las circunstancias. En este sector, que puede considerarse el más difícil de la evolución socialista en cuanto a predecir sus orientaciones con certeza, comienzan a revelarse numerosas actividades públicas. Lo indudable es que el Estado adoptará diferentes métodos de adquirir control sobre el capital industrial, pero ninguno de ellos podría ser llamado en justicia « confiscación ».

4. Derecho a trabajar

Las demandas políticas del socialismo no pueden ser comprendidas mejor que mediante un estudio del « derecho a trabajar ». Esta demanda tiene un largo y abundante historial durante el cual la teoría política, los puntos de vista del socialismo y los acontecimientos históricos habrían de ser examinados. Si Antón Menger hubiera vivido, seguramente hubiera podido escribir esta historia. En un pequeño apartado de un libro como éste, apenas si podemos hacer otra cosa que un somero resumen. Interesa hacer constar en primer término que tal doctrina fué un dogma filosófico de los hombres del siglo XVIII, aunque la frase misma parece haber sido usada antes que por nadie por Fourier cuando estaba discutiendo otros derechos que los políticos proclamados durante la Revolución. Dicho derecho se consideró inseparable de la individualidad. Si un hombre tiene derecho a la vida, decía el argumento individualista, el Estado tiene que procurar por la subsistencia física del aquel hombre. Si no puede trabajar, debe existir una organización legal protectora que le tienda la mano ; si puede trabajar, pero no encuentra oportunidad para hacerlo, en un Estado que no sea comunista, este dere-

cho adopta la forma de una reclamación al Estado, el cual debe procurar al trabajador un medio que le permita ganar un jornal. En una u otra forma este derecho fué sostenido por Locke, Montesquieu, Rousseau y el núcleo de su escuela.

Pero las engañosas apariencias con que el comercialismo envolvió este derecho, hizo que los individualistas se esforzaran por defenderlo. Llegó a ser para aquéllos un puro ensueño, y el hecho de que los socialistas lucharan por él es una de tantas pruebas de que el socialismo, lejos de ser una filosofía anti-individualista, contiene todos los elementos esenciales del individualismo. Esta cuestión ejerció considerable influencia sobre el pensamiento socialista del quinto decenio del siglo pasado, y, como todos saben, la revolución de 1848 dió lugar a la fundación de las Manufacturas Nacionales de París. No incurriré en el error, tan frecuente, de atribuir el fracaso de estas manufacturas a Louis Blanc. Es cierto que fueron los socialistas quienes exigieron la apertura de estos talleres, pero el ministro responsable de ello determinó el fracaso, porque era un encarnizado adversario de Louis Blanc. Mr. Kirkup, uno de los investigadores más imparciales y concienzudos, ha escrito sobre el particular : « Es evidente que las Manufacturas Nacionales fueron simplemente una caricatura de los propósitos de Louis Blanc, una invención expresamente tramada para desacreditarlo » (1) ; Louis Blanc repudió estos manejos. Existen en la Historia ciertos acontecimientos acerca de los cuales la opinión pública llega a adoptar una determinada posición, que será tan falsa como se quiera, pero como la opinión circula, se reitera y persiste, la verdad no logra imponerse más que después de una ruda y laboriosa campaña. Un acontecimiento de esta índole es el fracaso de las Manufacturas

(1) *History of Socialism*, págs. 48 y 49.

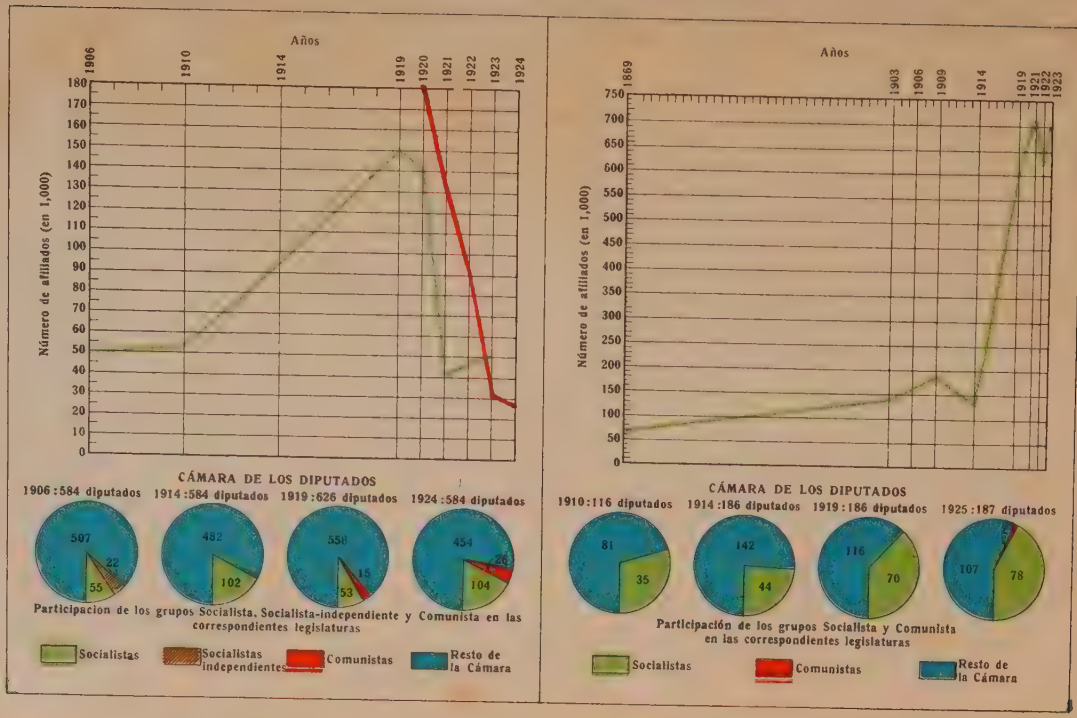
Nacionales de París. El movimiento socialista francés tuvo que soportar la oposición suscitada por la ignorancia popular y guardó durante algún tiempo silencio respecto al derecho de trabajar.

Un acontecimiento similar sucedió en Alemania. Los individualistas liberales adoptaron en dicho país el derecho a trabajar como un artículo cardinal de su credo político. En el Código civil prusiano de 5 de febrero de 1794 se reconoció aquella norma, pero en el orden administrativo no se tradujo sino en una organización constitucional de carácter benéfico. Los liberales prusianos pensaban en la Casa de Misericordia inglesa cuando reconocieron el derecho a trabajar. Además, cuando Bismarck estaba elaborando en el Reichstag su legislación antisocialista, en 1884, declaró que el reconocimiento del derecho a trabajar era necesario como una parte del programa mediante el cual se mataría en su germen la amenaza del Socialismo. Los liberales habían abandonado entonces los principios del individualismo y se mantuvieron en los de la esclavitud del régimen del salariado, atacando a Bismarck por su declaración. El canciller replicó al jefe liberal, categóricamente : « Reconozco incondicionalmente un derecho a trabajar. » Este derecho, usado como lo ha sido en Alemania, es una mera actuación benéfica, y no sólo ha desaparecido en las peticiones de los social-demócratas alemanes, sino que se les ha reprochado en los congresos internacionales.

En Inglaterra, por el contrario, la idea ha renacido con su verdadera significación y por ella se ha laborado con más insistencia que por cualquier otra en el programa socialista.

Las razones son obvias, y un resumen de ellas derramará nueva luz sobre los métodos y propósitos del Socialismo.

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



FRANCIA

BÉLGICA

El socialista resucita la clásica demanda del individualista de que en tanto que un hombre no encuentre medios de vida, todas las teorías relativas a su libertad son meras ficciones, y el deber sobre él impuesto de preservar su vida no puede ser exigido a la persona en cuestión. En la sociedad, el derecho a trabajar no puede ser hecho efectivo sino por el Estado. Un hombre no puede presentarse a un patrono particular y decirle : « Pido colocación » ; pero, en cambio, puede dirigirse al Estado y decir : « Yo soy capaz de hacer tal cosa, pero no puedo encontrar trabajo. Por ello demando que se me dé trabajo o asistencia. » Esta es la base del *bill* del derecho a trabajar, debido al partido laborista inglés.

La tutela de la existencia puede ser garantizada por uno de dos procedimientos : por el sistema comunista de reconocer al hombre sin trabajo una participación en la riqueza nacional, garantizándole la existencia durante el período de falta de trabajo (pero esta solución no concuerda con el Socialismo, y por tanto el socialista no se aviene a adoptar dicha solución) : o también puede asegurarse el sustento mediante una organización de seguros cuyos premios sean aportados por el Estado, la industria y la clase obrera. Este sistema está mucho más próximo de los principios generales del Socialismo, y en tal forma esta parte del derecho a trabajar figura como una de las actuales demandas sostenidas por los socialistas del mundo entero.

La otra parte de la petición es, sin embargo, más importante desde el punto de vista de la reconstrucción socialista. En ella se afirma que el Estado tiene el deber de organizar el trabajo. El primer paso en este sentido es el establecimiento de Bolsas del trabajo, el segundo la supresión del trabajo eventual mediante la prohibición de contratar obreros ocasionales, con ciertas excepciones. El efecto de este procedimiento será el aumento del número de los sin trabajo, cuya responsabilidad asume el Estado.

10. MACDONALD : Socialismo. 67. — 2.ª ed.

El Estado sobre cuyas espaldas pesa esta responsabilidad debe verificar, en primer término, un examen de sus propios recursos para determinar cómo pueden ser mejor usados que actualmente lo son. Porque es obvio que si estos obreros sin trabajo se emplean en industrias excesivamente recargadas de obreros, nada se resolverá, y acaso aumentará la miseria. El problema que a juicio del partido laborista ha de afrontar el Estado es, por consiguiente, el del desarrollo de aquellas fuentes de riqueza que todavía no se usan. Este extremo debe ser estimado en toda su importancia, porque es un elemento esencial entre los objetivos del partido socialista. Ni las obras de beneficencia ni las Manufacturas Nacionales de 1848 (con excepción de las asociaciones educativas, acaso) se consideran conducentes al fin propuesto : en su lugar se propugna una política de desenvolvimiento nacional.

Tan pronto como se considera esta política, suscítase el problema de la tierra, y la necesidad de encontrar medios para lograr que sea usada de un modo más perfecto que ahora. Varias instituciones en Irlanda y en la montaña escocesa, la *Development Commission* establecida en 1910, la legislación agraria de Australia, todo, en fin, señala la ruta al estadista que tenga la perspicacia, el valor y el patriotismo de ocuparse de esta cuestión. Como una parte de dicho programa, el socialista ha clamado desde hace tiempo por la repoblación forestal, el drenaje, las colonias agrícolas y las casas de campo con pequeñas parcelas : la presión de la miseria social y la despoblación han venido en su ayuda. Una vez más la doctrina socialista se ha probado a sí misma que está capacitada para titularse con el adjetivo de « práctica » del que sus adversarios pretenden despojarle.

El Socialismo aspira ansiosamente a asegurar una condición que los estadistas poco perspicaces, que sólo

adoptan un criterio cuando las circunstancias les obligan a ello, no consideran como necesaria. Toda actividad en este sentido, según el Socialismo, debe tender hacia la nacionalización. La colectividad desea retener la propiedad de aquello que ha creado. La repoblación forestal que se pretende impulsar ha de ser repoblación nacional y municipal, las tierras reclamadas han de continuar siendo propiedad de la nación, las pequeñas parcelas no quedarán totalmente liberadas sino cedidas en arriendo con la seguridad de posesión necesaria para aquellos que las trabajan. Estos requisitos no sólo convienen al plan general de la organización socialista, sino que son indispensables para producir los resultados prácticos que se persiguen. Basta para ello referirnos a la experiencia australiana respecto a la tierra. Diversos Estados acabaron con los latifundios y aseguraron la propiedad ilimitada a los pequeños cultivadores. Poco tiempo después comenzó a notarse el fracaso del experimento. Los pequeños propietarios enajenaron sus propiedades, y la ley de la concentración comenzó a actuar en contra de los menguados propósitos del Gobierno. Entonces los Estados adoptaron el método socialista y retuvieron la propiedad en sus manos. El resultado se apreció instantáneamente. El trabajador efectivo se asentó en la tierra porque no sufría el gravamen inicial representado por el capital de adquisición ; la pequeña propiedad no tendió ya a concentrarse en grandes núcleos, y la población no emigró del campo.

De este modo, logrado en sus consecuencias y trasladado a la política social, el derecho a trabajar explica de una forma definida y práctica la intención y significación de las demandas inmediatas del Socialismo.

Capítulo IX

En el Estado socialista

Algunos críticos del Socialismo pretenden que los defensores de esta teoría no sólo deben suministrar todos los detalles de su actuación, sino hasta los pormenores más insignificantes de éstos detalles. Una de las mayores dificultades que ha de vencer la propaganda del Socialismo es la incapacidad del vulgo para imaginarse un estado social diferente de este en que actualmente vive. Las nuevas relaciones sociales, combinaciones de factores humanos, modos de producción de la riqueza, son soslayados como algo ajeno a la visión del vulgo, como una actividad que lleva en sí el sello de lo impráctico. Así, el examen que hacen del Socialismo termina precisamente en el mismo momento en que se inicia.

El socialista utópico tenía el deber de suministrar estos detalles porque la « Nueva Armonía » imaginada por él había de actuar rígidamente, como una invención patentada. Del mismo modo, si el socialista moderno se propusiera adoptar la revolución como medio para lograr su fin, precisaría que su plan fuera expuesto con todo detalle, porque su efectividad comenzaría al día siguiente del levantamiento. Pero el método no es este: el Socialismo no necesita más que probar que su teoría es racional, que está justificada por tendencias modernas perfectamente viables, que su crítica del

orden actual es serena y ponderada, ofreciendo una vía práctica de desarrollo social. Con razón puede argüir el socialista que los detalles habrán de ser procurados por la experiencia — método experimental — y que es inútil construir teóricamente una estructura social completa, cuando todavía han de crearse los diversos elementos que deben intervenir en ella, cuando todavía deben ser comprobados y valorados mientras la estructura se construya.

No obstante, existen ciertas consideraciones generales relativas a estos detalles que pueden ser discutidas con provecho para demostrar que el Estado socialista es algo más que una mera ficción de carácter sentimental.

1. Aptitudes

Examinemos en primer lugar la objeción de que en el Estado socialista el mecanismo de la producción permanecerá estacionario, los inventos serán imposibles, y el trabajo no podrá ser elevado a un uso cada vez más eficiente.

Con esta idea presente, Mr. Mallock — al cual he de referirme frecuentemente en este capítulo por ser el único escritor inglés que ha llevado a cabo un examen sistemático del socialismo, y es digno, por tal causa, de una seria consideración — ha declarado en un rasgo de grandilocuencia : « El socialismo no ha iniciado nunca ningún proceso químico de crecimiento » (1). Igualmente podría haber afirmado que el binomio de Newton no ha servido nunca para tejer un gorro de dormir ni para remendar un par de calcetines. Yo sé de un socialista que ha « descubierto un proceso químico de crecimiento » ; sé de otro que, mediante el descubrimiento

(1) *A Critical Examination of Socialism*, pág. 4.

del radio, abrió el camino a una revisión de nuestras teorías físicas; conozco un tercero que comparte con Darwin el honor de haber establecido la generalización científica más grande del siglo, y de haber revolucionado, como consecuencia, todos los sectores del pensamiento. Pero no es esta la cuestión. El problema es: El Socialismo ¿puede garantizar las condiciones bajo las cuales ha de llevarse a cabo la iniciación de un proceso químico de crecimiento? Si puede hacerlo, podemos seguir pensando sobre el particular; si es incapaz de ello, desterraremos esta idea de nuestro pensamiento y prestaremos atención a las divertidas teorías de Mr. Mallock acerca de las aptitudes y de la aristocracia.

Todo sistema de producción debe soportar el gasto de su propio crecimiento. El reconocimiento de este principio ha sido el secreto del éxito alcanzado por la industria alemana. Los ingleses acudían a sus mercados bajo la sonrisa favorable de las circunstancias políticas; pero han perdido muchos de ellos porque no estaban preparados para subvenir a los gastos de los descubridores e inventores, y esto era necesario para que los consumidores siguieran favoreciendo a los ingleses. América conquistó sus mercados porque la vigorosa voluntad de sus ciudadanos le permitió extraer la ventaja más plena y brutal de las leyes económicas de concentración de capital y administración. Alemania logró conquistar sus mercados porque estableció laboratorios científicos y los conectó con el proceso industrial.

Ahora bien; bajo el Socialismo, nuestras instituciones educativas serán revolucionadas. La ciencia será nuestra orientadora en todas las cosas. Incluso en la actualidad, gracias al Estado o a las corporaciones públicas que ponen en práctica el pensamiento del Estado, se comienza a operar dicho cambio. Abrense laboratorios agrícolas, técnicos, industriales. Las Universida-

des crean granjas experimentales, comprueban semillas, abonos, terrenos, aconsejan a los colonos respecto de cosechas, injertos, plagas, productos agrícolas, y todo lo concerniente a ellos; establecen laboratorios industriales donde los estudiantes adelantados pueden trabajar no solamente en experimentos de ciencia pura, sino en los de ciencia aplicada; Consejos urbanos y regionales apoyan esta labor y la completan mediante esfuerzos independientes. Todas estas actividades han sido estorbadas y diferidas en Inglaterra, en primer término por la ceguera y estrechez de miras reinante entre sus « jefes de industria », que se han limitado a seguir estrictamente los utilitarios ideales del comercialismo; en segundo término, por la desconfianza que suscita la acción del Estado y que lleva a los ingleses a poner en práctica otros recursos para salir del paso, haciendo ineficaz e inadecuada la actividad pública, cuando comienza a dar señales de vida. No debe perderse de vista que en Alemania la embestida del comercialismo ha quedado amortiguada porque la modificaron otros impulsos nacionales; también ha sido allí donde las actividades del Estado han sido más amplias, así como el desarrollo de la investigación científica, que ha producido los mejores resultados.

Podemos imaginar que bajo el Socialismo todo centro de alta y científica cultura tendrá sus departamentos y laboratorios aplicados, cada industria y grupo de industrias su núcleo de peritos científicos y técnicos, mientras que las aptitudes de los obreros en cada taller y su perspicacia mental, serán llevadas a un grado de excelencia que actualmente sólo pueden lograr con trabajo los hombres más expertos.

Esta es la base, este es el ambiente de todos los progresos operados en el desarrollo industrial.

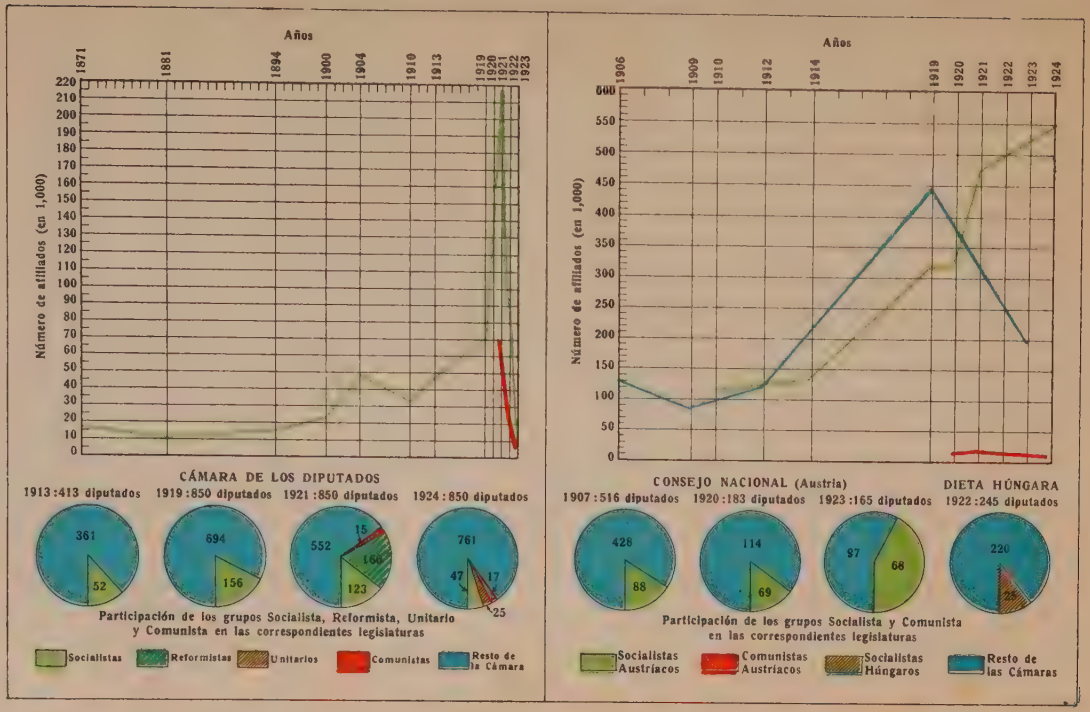
Pero el crítico pronto aparece con una objeción. El socialista no podrá encontrar gerentes con aptitudes.

Mr. Mallock escribe extensamente acerca de esto, y aunque se esfuerza de un modo inaudito por razonar su conclusión, como se olvida de presentar con exactitud los métodos socialistas, su esfuerzo fracasa, y, en definitiva, no hace sino pasar por encima de la cuestión sin rozarla. No obstante me interesa discutir su objeción (1).

Cualesquiera que sean nuestras conclusiones respecto a la recompensa que hemos de dar a las aptitudes, el sistema socialista de educación, la organización socialista de laboratorios y talleres cienfíficos, y la preocupación socialista de procurar igualdad de posibilidades, guiará nuestras inteligencias y producirá las aptitudes que habrán de ser recompensadas, a menos que la Naturaleza misma fracase. Nuestros críticos son particularmente propensos a argumentar que tales y cuales cosas son irrealizables y contrarias a la humana naturaleza : este género de argumentación será empleado ahora por nosotros. Lo que nuestros críticos pretenden es que existirá una gran cantidad de aptitudes, y un conjunto de abundantes oportunidades para que dichas aptitudes se revelen, pero ello no producirá, en su opinión, resultado alguno. La creencia en tal aserto es palpablemente absurda. La atmósfera intelectual y científica del Estado socialista será fecunda en descubrimientos, invenciones y mejoras ; la aptitud estará tan generalizada que no se confinará a una determinada clase o un tipo intelectual, y que, por consiguiente, será susceptible de valoración múltiple, tanto en el aspecto monetario como en el honorífico. Actualmente podemos suponer (aunque esta suposición no sea exacta en toda su extensión) que dicha valoración únicamente puede traducirse en un elevado precio monetario. Al advenimiento del Socialismo, las aptitudes se generalizarán de tal modo que muchas veces se ejercitarán por

(1) *A Critical Examination of Socialism*, cap. VII.

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



ITALIA

AUSTRIA Y HUNGRÍA

el mero placer de ejercitarlas, a veces buscando honores en compensación, otras a cambio de dinero ; pero suceda lo que quiera, nada es tan inconcebible como que el sol aparezca y deje de emitir luz y calor. En los laboratorios, en los talleres, en los servicios públicos administrativos habrá plazas abiertas al hombre apto y en demanda de ser ocupadas. El poseedor de habilidad o destreza podrá actuar como maestro, como experimentador, como encargado, como gerente, como director, porque la industria bajo el Socialismo será objeto de la misma diferenciación funcional que en la actualidad. En consecuencia podemos deducir con seguridad que subsistirán las aptitudes, que se acabará con sus monopolios, y que, por consiguiente, habrá numerosas oportunidades para que las aptitudes puedan ejercitarse. El método preciso de recompensar éstas puede ser confiado a la experiencia, en la firme seguridad de que si se necesita realizar un pago especial de moneda, el Socialismo sabrá adaptarse a esta necesidad.

Debo, sin embargo, apuntar una distinción entre el presente Estado y el Socialismo, que substrae a estas citas históricas todo su valor probatorio de aquel argumento. El efecto inmediato y local de la introducción de la maquinaria es, en la actualidad, el desplazamiento del trabajo. El trabajo que ahorra maquinaria, en las operaciones de nuestro presente sistema, es un sustitutivo del trabajo. Este fué el primer efecto de las invenciones de Arkwright. No debe olvidarse que los años en que fueron introducidas las nuevas máquinas coinciden con el período en que el obrero quedó sumido en los más oscuros abismos de la miseria económica. El trabajo se aferraba a cualquier solución desesperada en lugar de pensar en una política de salvación. Además, tampoco debe olvidarse que Adam Smith admitió el desplazamiento del trabajo y el cambio en el género de labor solicitada después de la implantación de nueva

maquinaria, y este hecho ha influído tanto sobre los economistas, que frecuentemente se ha discutido si los hombres privados de trabajo por esta causa son acreedores a una indemnización (1).

Pero este no es el sistema socialista. Cuando las máquinas sean de propiedad pública existirá inmediatamente ahorro de trabajo, y el interés de la clase trabajadora en mantener una renta y hacerla tan grande como sea posible, hará tan apetecibles bajo el socialismo los progresos mecánicos como odiados son bajo el capitalismo. El hombre que trabaje con maquinaria propia estará satisfecho de conocer métodos para economizar su trabajo ; los hombres que trabajan con maquinaria ajena consideran tales métodos como la causa de que muchos obreros tengan que pasear su holganza por las calles. Las referencias históricas deben ser usadas con cierto tacto.

Séame permitido ahora concretar mi argumento. Bajo el Socialismo existirán más aptitudes, más oportunidades para ejercitarlas, y se dará una acogida más cordial a sus resultados que en el actual sistema.

El mecanismo de la producción no permanecerá estacionario, sino que aumentará sin cesar bajo el Socialismo. La producción se hará más barata. Un volumen más amplio de riqueza nacional se ofrecerá para su disfrute ; el trabajo será dirigido más eficientemente y de modo más productivo ; los no productores quedarán reducidos al mínimun, y el común incentivo a que responderá cada uno será la reducción constante del esfuerzo necesario, de tal modo que el tiempo disponible, durante el cual la voluntad humana pueda desarrollarse libremente, tendrá la mayor amplitud posible. Todo esto significa progreso industrial.

---

(1) Véase Foxwell, *Irregularity of Employement.*

2. Genio artístico

He aquí otro nuevo sector a examinar. Las artes, se dice, morirán cuando el Socialismo venga, porque no existirá libertad intelectual bajo esta « tiranía que llega », ni aliento para la imaginación en este « reino del materialismo ». Esta objeción es tan inconcebible como pueda serlo otra cualquiera. Tal situación es imposible en una colectividad industrialmente organizada como acabo de describir : en ella, la inteligencia humana no puede ser servil y obtusa. Antes bien, como existirán aptitudes, tiempo disponible y un disfrute generalmente difundido de la propiedad privada, se imprimirá un vigoroso impulso a todos los avances intelectuales, a la cultura, a las actividades del pensamiento libre, y la grandeza de las construcciones públicas y la riqueza del erario colectivo que consolidarán la dignidad de la vida común, vendrán a impulsar dicho avance. La opresora miseria de los tugurios como hogar y de la calle como campo de juego, la desanimación de los barrios respetables de nuestras ciudades, donde nuestras clases medias luchan en vano para respirar la atmósfera de la cultura, todos estos caracteres, decimos, desaparecerán, dejando paso a la amplitud, a la variedad, al gusto, a la lozanía. El individuo mismo, la colectividad de que forma parte, el ambiente en que viven estarán fortalecidos con un mayor vigor vigor mental. Lo que se ha llamado « el reino del materialismo », será, precisamente, lo contrario de esto.

Pero el crítico no se da por convencido y dice : « El socialista se mueve perfectamente en el orden de la sociología especulativa ; pero decidme cómo se pondrá en práctica su obra » (1). Como contestación propongo

(1) Este es un recurso favorito de nuestros críticos, que se permiten toda suerte de presunciones, adoptando la *pose* de hombres prácticos. El estudiante puede encontrar muestras de esta actitud en casi todos los capítulos de *A Critical Examination of Socialism*, y en especial, de un modo categórico, en la página 101.

que consideremos dos puntos, uno de ellos para confirmar mi creencia de que la vida intelectual es posible a una gran mayoría de la población, y el otro en justificación de mi proceder cuando rechazo los « prácticos » argumentos de nuestros detractores, por carecer de valor substancial en esta cuestión.

Mi creencia en la posibilidad de una vida intelectual para aquellos que realizan las más duras labores, se ha robustecido considerablemente en estos últimos años por mi contacto con la Escuela de adultos y otros organismos similares. Si observamos que todas las mañanas de los días festivos, grupos de hombres que han estado trabajando laboriosamente durante muchas horas en las fábricas por espacio de semanas enteras, aparecen cuidadosamente aseados a horas en que la mayoría de las gentes que se encuentran en mejores circunstancias comienzan a levantarse o a lo sumo inician el desayuno ; observando el anhelo intelectual con que estos hombres atienden a cuestiones de elevada importancia, forzosamente nos veremos obligados a pensar, en términos un poco utópicos, lo que podría suceder si las circunstancias fueran mejores. Y cuando, por añadidura, descubrimos también que estos obreros fabriles son poseedores de una pequeña parcela, donde cultivan excelentes hortalizas y hermosas flores para el embellecimiento estético del trabajo, aumenta nuestro optimismo por el futuro.

Preocupémonos ahora de los detalles prácticos. Si algún ciudadano del Estado socialista ha despertado las simpatías de todos los críticos socialistas más que ningún otro ciudadano, es el poeta. Su caso parece haber pesado en los pensamientos de la mayoría de nuestros críticos. ¿Cómo habrá de ser descubierto? ¿Cómo se dará publicidad a sus obras? ¿Cómo construirá su vida? La Prensa estará en manos del Estado. Los manuscritos serán leídos por un funcionario oficial que acaso tendrá

menos gusto que uno de nuestros poetas laureados o de nuestros censores teatrales. Esta red de problemas es extendida sobre la cabeza del socialista con la destreza de un retiario en las luchas de gladiadores romanos. ¿Queda efectivamente envuelto el socialista? Veamos.

Un honesto trabajo nunca ha sido perjudicial para el buen poeta. En efecto, cuando nuestras ciudades industriales eran «nidos de pájaros cantores», algunas de ellas vieron transformarse, ante el comercialismo, la artesanía en rudo trabajo, y la experiencia industrial prestó nuevo vigor al canto del poeta (1). Los poetas democráticos han enmudecido porque las sombras del comercialismo se han apoderado de sus almas. La obra que el poeta ha de realizar bajo el socialismo será simpática, porque resultará automáticamente provista mediante la organización que procura igualdad de oportunidades, y, por consiguiente, no encontrará obstáculos a su musa. De este modo, el Socialismo tendrá sus poetas.

¿Cómo se publicarán las obras de éstos? Esta es una de las cuestiones que sólo puede ser satisfactoriamente contestada con el transcurso del tiempo. Que se publicarán, es natural, y revela simplemente una gran perversidad el hecho de argüir seriamente que un problema tan pequeño puede trastornar la sociedad. Pero séame permitido construir un fragmento de sociedad socialista usando el pasado como una indicación para el futuro. Cuando se disponía de más tiempo que en la actualidad, y el ajetreo del comercialismo dejaba de arrastrarnos como un ciclón, la población vivía una vida intelectual más intensa en sociedades como la famosa *Edinburgh Select Society*, o en aquellas memorables asambleas de

(1) La gran eclosión de la lírica en Escocia, a fines del siglo XVIII, fué puramente democrática, y estuvo avalorada por la circunstancia de que sus poetas fueron labriegos, tejedores, zapateros o cosa semejante.

camaradas que jugaron un papel tan importante en la vida de Burns. No hay lugar a duda de que si pudiéramos poseer más facilidades para disponer de mucho tiempo (por ejemplo, subordinando las máquinas a los hombres, en lugar de que suceda lo contrario) estos círculos y agrupaciones renacerían, porque la vida intelectual del hombre es tan social en sus requisitos como su vida industrial. Si revivieran, la cultura general avanzaría poderosamente. Una de las razones de que en la actualidad tenga éxito la literatura que no es digna de nuestro tiempo, estriba en que la destrucción de las tertulias intelectuales ha acabado con el estímulo intelectual requerido por los hombres mejores. El individualismo en la lectura y en el pensamiento produce, primeramente, un periodismo enclenque, y, después, una literatura despreciable. Ahora bien ; en las condiciones que creará el Socialismo, la ciencia, el arte, la literatura extenderán sus asociaciones por doquier. Esta es la ocasión para el poeta : él deleita y encanta a sus amigos, aparece ante los inteligentes como sucedió con Burns en Edinburgh, o ante la sociedad selecta, como Tennyson, o ante el público como Dickens, o Carlyle, o Thackeray. De este modo el poeta labra su reputación. Pero ahora tiene que encontrar una imprenta y un editor, y el Estado socialista posee la primera y es el segundo.

El Estado socialista, sin embargo, no es sino un instrumento de la opinión pública, y yo tengo la firme convicción de que el poeta divino o cualquier otro género de poeta no tendrá más dificultades con la sección correspondiente del Estado socialista que con el censor de una editorial londinense. Pero ni siquiera necesito recurrir a esto, porque deseo probar con creces la elasticidad del Estado socialista : para ello vuelvo a la tertulia literaria que fué la primera en alentar y aplaudir al genio.

Donde los hombres tienen tiempo disponible, cultura y medios, el desarrollo literario es grande y la cosa más natural del mundo para dichas tertulias es publicar. Ellas ocuparán el lugar del antiguo patrono ; tomarán por su cuenta la edición, como lo hace con sus monografías, actualmente, la *Royal Society*, o como publican sus recuerdos históricos la *Early English Text Society* o el *New Spalding Club*. Y no solamente esto, sino que fácilmente puede imaginarse que estas sociedades tendrán el control de la Prensa. Si así fuera, el poeta tendría mayores posibilidades de publicación que en la actualidad, y esta organización no está reñida con la teoría y con los requisitos del Socialismo.

¡Y ahora el mercado! Si una mejor distribución de la riqueza procurara terreno propio para dar ocupación a millones de personas, del mismo modo que el Canadá se ha convertido en un campo para el capital británico, qué terreno más fecundo para el arte sería el hogar inglés. Actualmente, el patronato de las artes está ejercido por una reducida clase; bajo el Socialismo pertenecerá a la totalidad del pueblo. En este amplio campo todo florecerá. Los patronos son, en la actualidad, tan poco numerosos que el genio original tiene que reñir una enconada lucha. No quiere recorrer caminos trillados, y sus pies sangran con las espinas del camino. El genio se irrita, declara la guerra y se hace repugnante, porque lleva el dolor en su corazón. Bajo el Socialismo y con las oportunidades que procura un amplio patronato, permanecerá natural y suave. Nada es más cierto que el avance del Socialismo estará señalado por una vigorización del gusto estético.

Queda todavía por resolver el problema de la remuneración. Nunca pude darme cuenta de las dificultades alegadas a este respecto hasta que leí la prueba que Mr. Mallock daba de su imposibilidad. El valor de un libro, dice, en las condiciones económicas del Socialismo

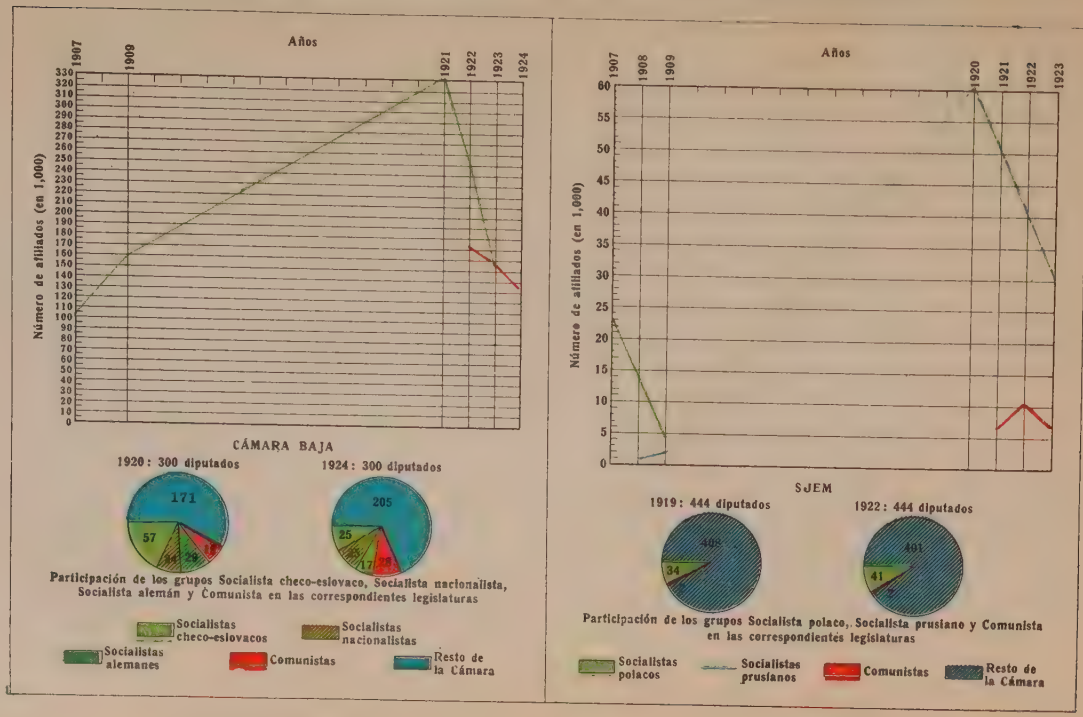
está determinado por el costo de la impresión y encuadernación, y, por consiguiente, si Dickens podía vivir de sus libros lo hacía « robando a los cajistas » (1). Si la actuación de un Estado socialista es examinada por una inteligencia tan ciega para la realidad, y tan confusa para el razonamiento económico, fácilmente nos podremos formar idea de cómo crecen estas misteriosas dificultades. El argumento desarrollado a este respecto es el siguiente: El valor de un cuchillo equivale al del trabajo del cuchillero y de sus auxiliares; luego si el minero y el fundidor obtienen de ello algún beneficio, es « robando al cuchillero ». Un libro consta de dos cosas. Es, de una parte, un objeto físico que resulta encuadernando pliegos impresos; es también el conjunto intelectual de ideas de arte, de información, o cosa semejante. Su costo debe cubrir el precio de ambas cosas. Mr. Mallock construye su núcleo de dificultades olvidando lo que es un libro, y no aplicando un pensamiento crítico al Estado socialista. Ahora bien; el pago del segundo aspecto de un libro puede ser determinado por diversos conductos. El escritor puede ser incluído en una lista civil, puede recibir subsidios de la entidad que le presta su patronato, pero la cuestión es que nada existe en la teoría socialista que le impide ser recompensado por el más sencillo de todos los procedimientos, mediante la venta de su libro. Si el costo de los que componen y desarrollan cualquier otra labor que contribuya a la producción del libro es x y se vende a $x + y$, para procurar una remuneración a los dos, yo no sé todavía que mediante semejante transacción se viole ningún canon de la economía socialista.

Así, bajo el Socialismo, podrán existir poetas, que tendrán su público, su editor y su remuneración.

He tomado el poeta para representar al obrero inte-

(1) *A Critical Examination of Socialism*, pág. 53.

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



CHECOESLOVAQUIA

POLONIA

lectual de cualquier especie que sería tratado, *mutatis mutandis*, de un modo análogo.

No existe, pues, temor alguno de que sobrevenga un estancamiento intelectual en el Estado socialista.

3. Derechos de las minorías

La dificultad del poeta es, generalmente, un preliminar de la dificultad, todavía mayor, que resulta de la oposición entre los poderes existentes y los periódicos de la oposición, y que debe conducir a la supresión de éstos. Si el Socialismo fuera una sociedad de ordenación divina, los periódicos críticos — especialmente los diarios — serían totalmente suprimidos en interés moral e intelectual del público, porque no existe actualmente un espectáculo más lastimoso que la Prensa de partido, con sus falsedades, sus supresiones y su desvergüenza — a menos que no se considere como el espectáculo favorito de aquellos que la leen y creen en ella.

La suposición de nuestros críticos es que los « poderes existentes » serán omnipotentes bajo el Socialismo, y que aun permaneciendo sanos serán opresivos y tiránicos, impidiendo que se manifiesten las opiniones hostiles a ellos. No permitirán las murmuraciones de la crítica ; gobernarán con un ejército a su espalda, con jueces venales en el tribunal, y con policía política en sus Ayuntamientos. En otras palabras, habrán olvidado toda la experiencia del mundo para hacer estables los gobiernos, habrán cesado de apreciar la garantía de la libre expresión y de la libre crítica, habrán renunciado al axioma de que la paz civil está mantenida por la libertad de discutir y de lamentarse. Antes puede concederse que exista esta extraordinaria revolución en el arte y en la ciencia del gobierno, esta pérdida inconcebible de la capacidad por parte del gobernante, que imaginar la objeción a que nos estamos refi-

11. MACDONALD : Socialismo. 67. — 2.ª ed.

riendo. Y nótese que si esto se concediera, quedarían destruídas las condiciones políticas de libertad bajo las cuales puede únicamente existir el Socialismo o realizar actualmente su existencia. Mi respuesta a la objeción, sin embargo, es que su verdadero concepto es inconsistente con los principios del Socialismo, y a la luz de la Historia, es un palpable absurdo.

No estoy dispuesto, sin embargo, a renunciar a examinarla, porque deseo aprovechar los problemas reales de la administración socialista en tanto que la razón y la experiencia han derramado su luz sobre ella, pues esta objeción da lugar a ciertas consideraciones importantes. En el Estado socialista existirán partidos, Gobiernos y oposiciones, mayorías y minorías. La verdad y el progreso, entonces, como siempre, serán impulsados por las ideas rivales y por los cerebros que piensan de modo distinto.

Discutiendo la administración socialista, los detractores del Socialismo han despreciado siempre la amplia parte que las organizaciones voluntarias tendrán junto al Estado. Por ejemplo, la familia gozará probablemente de una influencia que no puede disfrutar bajo el comercialismo, pues en la época de éste no ha hecho más que decaer. La relación entre padres e hijos será más íntima, y alcanzará a períodos más largos que lo actualmente posible, y por consiguiente el hogar recuperará su perdida significación religiosa. Será fuego de altar el que arda en sus corazones y alimento sacramental el que se deposite en sus mesas. El hombre libre que disponga de tiempo revelará su naturaleza sociable, pero no viviendo en tropel, sino formando para su propio deleite grupos de hombres unidos por las mismas ideas. Una de estas organizaciones voluntarias será indudablemente el partido político, porque es inconcebible una época en que los diferentes propósitos prácticos en el arte político no existan o no sean transformados en

rivalidades políticas y en principios de gobierno. El Estado tendrá que dar a estos partidos libre y amplio juego, porque el Estado se hallará gobernado democráticamente. Cada partido tendrá que atender a su propio interés, y, en consecuencia, cada uno de ellos tendrá, esencialmente, sus propios órganos. Actualmente, en el palacio de Westminster, los diversos partidos poseen habitaciones particulares; están reconocidos por el presidente y los demás funcionarios de la Cámara de los Comunes; todos los discursos son registrados imparcialmente. Por lo tanto, fácil es imaginar que bajo el Socialismo los diarios de partido existirán bajo el control de los partidos mismos, teniendo los partidos y grupos ciertos derechos de publicación, del mismo modo que un miembro de la Cámara americana de parlamentarios tiene derecho a intervenir en el manuscrito de un discurso y hacerlo imprimir como si él lo hubiera entregado. Las prensas pueden estar con ciertas garantías en manos de los partidos, o bien los derechos de éstos pueden consistir en una capacidad de reclamar el uso de aquéllas. El punto es trivial, y si los críticos se dedican con empeño a agotar todos los géneros de anomalías y dificultades posibles, lo único que puedo decir es que si actualmente el país se decidiera a nacionalizar sus máquinas de imprimir y a hacer a los partidos oficialmente responsables de los periódicos publicados en provecho propio, dos o tres hombres de negocios relacionados con periódicos de partido podrían establecer en una semana toda una organización capaz de producir una Prensa más libre y responsable que la que actualmente poseemos.

Si apartamos nuestros pensamientos de la idea totalmente errónea de que el interés del gobierno radica en suprimir todas las opiniones excepto la suya, desaparecen, bajo el Socialismo, todos los obstáculos en el camino de la libre opinión política hablada y escrita, y el

problema se convierte en una cuestión de organización industrial. Actualmente, los grupos de periódicos sindicados la están resolviendo. La gerencia central de algunas oficinas londinenses de media docena de diarios impresos en el país, la práctica (que conocen todos cuantos se dedican al periodismo) que adoptan ciertas oficinas políticas, consistente en enviar artículos especiales, comentarios, e incluso cartas firmadas por individuos por cuenta de diferentes periódicos que los imprimen como si fueran de origen local, están preparando la ruta para realizar un control responsable de las publicaciones francamente partidistas. Y todavía hacen más. Advierten al público que con la centralización de capital y la unión de los intereses antisociales contra el interés común, se aproxima rápidamente el día en que cada partido tengo probabilidad de manifestar sus opiniones por medio de la Prensa. El monopolio de los órganos de opinión pública que se suponía inevitable bajo el Socialismo es en realidad inevitable bajo el capitalismo, y el absoluto privilegio de la libre discusión únicamente será restaurado cuando el poder político esté mejor distribuído o cuando, lograda su concentración, esté democráticamente controlado. Porque, observemos que la supresión de toda oposición crítica, imposible en tanto que un Gobierno o una autoridad pública es afectada, resulta muy posible cuando una combinación de intereses capitalistas encamina todos sus propósitos a efectuarla.

4. Organización fabril

Para poder apreciar la posición adoptada en el último capítulo, debe entenderse con claridad que el Estado socialista no se reduce a una mera forma política. Dicho Estado no encarnará exclusivamente en unos poco ministerios, políticamente controlados, y situados a la

sombra del Parlamento. Constará también de una organización industrial que tendrá una influencia muy decisiva sobre la opinión pública y que, por consiguiente, actuará como un freno sobre la organización política. A la cabeza de ese sector del Estado figurarán los hombres más capaces: economistas, estadistas, científicos, etc., todos los cuales hayan pasado paulatinamente por los diversos departamentos a que pertenecen. Solamente algunos factores de producción estarán directamente sometidos a ellos, como los ferrocarriles y canales. Serán responsables del comercio exterior, de la legislación general del trabajo, y, posiblemente, de la educación; regularán el volumen de la producción nacional, determinando la relación del cambio; tendrán a su cargo la organización financiera de la colectividad; decidirán — bajo la sanción del Estado político — cómo han de trazarse las diversas líneas que separen la producción colectiva de la individual, porque dichas líneas no podrán ser trazadas de una vez para siempre. Y si semejante control científico de la producción parece extraño a inteligencias que no están familiarizadas con el verdadero alcance de ello, me contentaré recordando a tales lectores que antes de que pasen muchos años, los *trusts* de diversas formas iniciarán prácticamente esta labor en varias industrias. En este aspecto como en otros avanzamos hacia el Estado socialista. Como el Socialismo es el sucesor del capitalismo, éste mostrará a aquél cómo ha de iniciar sus negocios.

En el Estado industrial, sin embargo, existirá una gran actividad desarrollada por organizaciones de carácter voluntario. La principal división que se conoce bajo el capitalismo es la existente entre capital y trabajo, patrono y obrero. Actualmente vivimos en «lucha de clases». Pero existirán también luchas en la época socialista, siendo entonces la oposición principal entre productores y consumidores. Será el interés de la

colectividad, sin los productores de cada uno de los diversos artículos, el de fijar y reducir a un mínimum el costo de la producción ; mas aunque las mejores condiciones de vida y el ambiente natural de justicia evitaran que se desarrollen fracciones de hostilidad semejante a la actual, no es posible dejar de suponer que esto suceda. Por ello es preciso que sometamos a prueba nuestra doctrina.

Debemos procurar por la supervivencia del trade-unionismo en el Estado socialista. Los individuos afiliados a los diversos grupos de producción tendrán sus organizaciones voluntarias, que, muy probablemente, poseerán amplitud internacional. Con toda probabilidad serán utilizadas estas organizaciones como cuerpos consultivos por las autoridades centrales, especialmente cuando se proyecte introducir cambios en materia de comercio exterior o de procedimientos industriales. Serán también un medio muy útil para el seguro social que es necesario para compensar eventuales faltas de trabajo y otros accidentes inevitables aun en el sistema de producción mejor organizado.

Todavía no puede emitirse una opinión definitiva respecto a si dichas organizaciones decidirán o tendrán cierta participación en la designación de gerentes de fábricas y directores de empresa. Volvamos a pensar en el sistema. En la base de nuestra estructura existe una masa de obreros, sobre ella una vasta organización de capataces o encargados, regidos por directores de secciones y todos ellos por un director general de la fábrica. Después, llegamos a la organización de grupos de industrias y de distritos. Un cuerpo graduado de gerentes será responsable de esta última organización, que acaso culminará en un director de distrito. El área más amplia de todas — la colectividad nacional — será coordinada sobre los cuerpos u organismos a que me he referido. Si estas ideas suscitan alguna extrañeza, yo

invito a las personas que así piensen a estudiar la organización de la Caja de Compensación de los ferrocarriles, un *trust* como la *American Steel Corporation*, o un cártel alemán formado para distribuir mercados y beneficios. La organización de las mejores entidades obreras especialmente las de Alemania, arroja suficiente luz sobre el particular.

La cuestión que nosotros mismos nos hemos planteado puede ser considerada de la siguiente forma: ¿De qué manera se nutrirán todos estos grados? Los obreros serán proporcionados por las escuelas. En la mayoría de los casos la juventud tendrá su orientación propia. El muchacho socialista debe trabajar y, por regla general, escogerá su profesión: si desea seguir una determinada, y existen más aspirantes que plazas disponibles, un examen bien organizado de los estudiantes seleccionados procurará la apetecida «igualdad de oportunidades». Si desea seguir una carrera técnica, las escuelas se hallarán en el más íntimo contacto con los talleres, y se procurará a los pobres orientación adecuada respecto a su profesión (1). Raras veces se observará la coacción a que tanto se alude e igualmente desaparecerá una gran parte del trabajo desagradable que hemos de realizar, en virtud de la invención y de los descubrimientos.

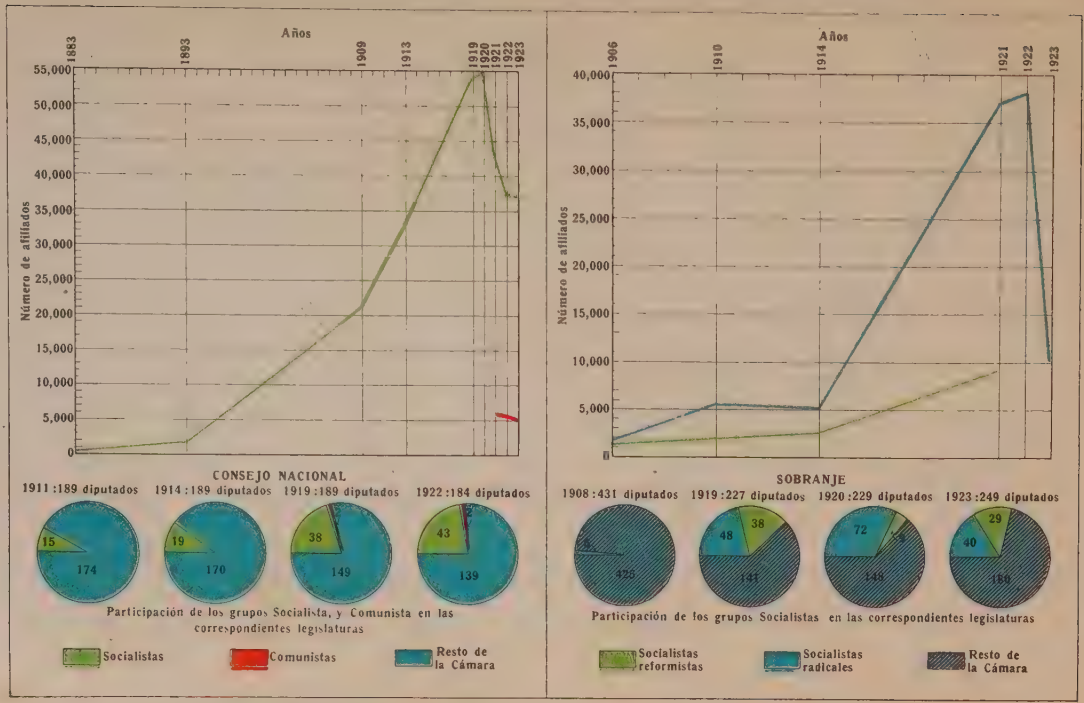
¿Cómo se resolverá el problema de la selección de directores? Dos escuelas de ideario cooperatista disputan entre sí respecto de esta cuestión, y están relizando experimentos acerca de ella, y hasta que dichas pruebas no se hallen un poco más adelantadas no podemos considerarlas como definitivas. Una de estas escuelas es la que cree en la fábrica autónoma. Pretende que los obreros deben elegir sus directores, directa o indirectamente por conducto de un comité representativo. La

(1) Este procedimiento se ha adoptado con éxito en algunas escuelas actuales.

objeción a este punto de vista es que de este modo la producción se regula por el productor mismo, mientras que debería ser regulada por la colectividad. El argumento en favor de ella es que asegura un justo trato al productor, protegiéndolo contra la explotación. La objeción a la segunda tendencia es que, según su hipótesis, el consumidor puede tiranizar al productor, privándole de lo que es una justa recompensa a su trabajo. Las obras productivas de la *Cooperative Wholesale Society* de Inglaterra son frecuentemente tildadas de suponer una ausencia del principio cooperativo. En cambio puede afirmarse, en descargo de dicha entidad, que solamente mediante tal sistema de administración pueden ser llevadas las funciones productivas a un término de igualdad, realizando de este modo una inmediata justicia.

Las dos escuelas de propaganda cooperatista se hallan mutuamente en conflicto, pero en la actualidad han iniciado un contacto más amistoso, resultando de ello una íntima compenetración. Este es el caso frecuente de estas teorías rivales : que se unen, sin que una de las dos se imponga a la otra. La administración comunista será determinada por la primera experiencia de cooperación. Los directores regionales y el núcleo encargado del control central representarán acertadamente al público consumidor ; los gerentes, en contacto directo con la organización fabril, tendrán que gozar de la confianza de los obreros y satisfacer al mismo tiempo las necesidades de los consumidores. El argumento de que esta doble misión producirá conflictos, y que dará lugar a administradores incapaces de cumplir su deber y extraordinariamente indulgentes para con los obreros, es un mero fantasma. Precisamente problemas de este carácter se resuelven actualmente mediante el movimiento cooperativo, y si han causado algún trastorno a este movimiento, como indudablemente ha sucedido, no debemos olvidar que la experiencia cooperativa será empleada no solamente como una guía, sino como un hábito industrial.

Desarrollo del partido socialista y su representación parlamentaria



SUIZA

BULGARIA

Capítulo X

El movimiento socialista

El Socialismo es una tendencia, no un dogma revelado, y por consiguiente se modifica en sus formas concretas de generacion en generación. El fin sigue siendo el mismo, pero la senda serpentea como cualquier otra senda humana. También cambian las perspectivas marginales, y las personas que circulan por el sendero no son tampoco las mismas. En una época, la industria que se desarrolla empuja a los hombres en una dirección, del mismo modo que el hallazgo de oro en los países nuevos arrancó a los hombres de los antiguos campos de actividad y ejerció un poder fascinador ante sus ojos. En otra época, el pensamiento se inspira en impulsos suscitados por los descubrimientos científicos, y todas las ideas que dominan a los hombres están modeladas por dichos impulsos. En otros tiempos, ciertas causas eminentes se constituyen en centro de la fuerza vital del intelecto, y todos los demás movimientos tienden a expresarse a sí mismos en relación a esta causa. Así, hemos visto cambiar durante el siglo pasado los polos en torno a los cuales giraban las inteligencias humanas, sirviendo de punto de partida al cambio de intereses. Emancipación política, descubrimientos científicos, acumulación de riquezas, religión han gobernado las ideas, han creado filosofía, opiniones, sistemas de criticismo, motivos de acción. Las fluctuaciones en el movimiento socialista y

la mayor importancia concedida a variados aspectos de la doctrina socialista, han marcado estos cambios del mismo modo que las mareas señalan la variación del curso de la luna (1).

1. Saint-Simon y Fourier

Mucho tiempo antes de que existiera lo que puede ser llamado movimiento socialista, hubo personas que avanzaron a tientas hacia este sistema, examinando la sociedad con fanales alumbrados por el rayo del Socialismo, y haciendo peticiones que eran descubrimientos parciales de esa misma doctrina, del mismo modo que algunos precursores pusieron su planta en América antes de que América fuera realmente descubierta.

La palabra « socialismo » parece haber sido usada, en primer término, en Inglaterra en 1835, con referencia a Owen y su obra. Fué adoptada por el francés Reybaud, y aplicada por él a las teorías de Saint-Simon y Fourier. En aquella época se empleaba para indicar teorías de reconstrucción social sin intervención del Estado — movimientos morales e idealistas de los utópicos —; y cuando Marx y Engels iniciaron un nuevo capítulo en la historia del movimiento insistiendo sobre el carácter político de la transformación, escogieron como título la palabra comunista, y en el famoso « Manifiesto comunista » atacaron el Socialismo de sus predecesores. Una de las tretas más extrañas jugadas por el tiempo ha sido ésta que representa la completa inversión en el empleo de dichos términos.

La Revolución francesa no solamente trastornó la confianza que se había depositado en la bondad de la naturaleza humana, sino que movió a los hombres a hablar, educar y agitar. Años después, Owen, figura

(1) Véase el manual de J. Tönnes, *Desarrollo de la cuestión social*. Colección Labor, n.° 116.

tan característica de su época, pudo argüir serenamente que la razón pura convertiría las cosas, y que un digno razonamiento dirigido al ángel de la puerta del Paraíso, le induciría a deponer su espada. Esta entusiasta *naiveté* era también característica del alma de Saint-Simon, que fué el primero en formar un grupo que puede ser denominado socialista. Estos precursores eran una gente extraña : seguían siendo niños en el día de su muerte. Saint-Simon, a quien su criado despertaba cada mañana solemnemente con la advertencia : « Recordad, señor conde, que tenéis grandes cosas que hacer », está separado de nosotros por un mundo de sensibilidad. Su falta de humorismo y su transparente sinceridad, que le hicieron aceptar con agrado la terrible pobreza de sus últimos años, lo hacen todavía más querido a nuestros ojos.

En 1817, cuando tenía cuarenta y tres años, comenzó a escribir sobre cuestiones sociales, y por espacio de ocho años, hasta su muerte, siguió buscando la senda de la libertad humana. En él vivía el espíritu de la organización. Consideraba ruinosa la desintegración de la sociedad que había seguido al fin del Feudalismo, marcando el comienzo del comercialismo, y su argumentación se encaminaba a demostrar que los hombres de ciencia deben organizar benévola y sabiamente la industria, en interés del pueblo entero. La clave de su sistema fué su última obra, « El nuevo Cristianismo », en la que puso de relieve la doctrina fundamental de la religión social, en el sentido de que la Humanidad es una agrupación fraternal, que ha de proceder como tal. En el aspecto económico tuvo una visión muy precisa de que la propiedad acumulada favorece la realización de finalidades explotadoras. A ello se debe la extensión de la pobreza, y para poner fin a ésta es necesario que exista una sociedad moral que dirija todas las actividades. El socialismo de Saint-Simon se basaba en esta

mezcla de economía y moral: su fundador tuvo pocos seguidores durante su vida, pero dejó tras de sí una escuela.

Como todas las tendencias, la de Saint-Simon evolucionó e hizo germinar nuevas semillas. El comtismo fué una de sus ramas, y otra de ellas se orientó hacia el socialismo moderno. De esta última vamos a ocuparnos.

Su primer fruto fué una colectividad de entusiastas, capacitados y en posesión de una educación completa, y viviendo de una bolsa común. Pero también se produjeron ideas. La idea de asociación fué amplificada y enriquecida en manos de aquella colectividad, y aqduirió un fundamento histórico. La asociación pasó a ser una tendencia histórica que alternó con otra tendencia u orientación desarrollada en dirección opuesta. El reino de la anarquía, de la guerra, de la explotación, se había dado muerte a sí mismo, al producir el proletariado; el reino de la cooperación, de la unidad orgánica estaba a punto de iniciarse, con la religión como su inspiradora. Al mismo tiempo se elaboró la economía del saint-simonismo, y la necesidad del control colectivo de los instrumentos de producción fué demostrada mediante una serie razonada de argumentos. La sociedad debía ser una organización bien diferenciada, en la que solamente el mérito viniera a determinar el rango de cada persona, del mismo modo que el valor de sus servicios determinaría el carácter de su recompensa. Pero en su aspecto místico esta teoría vino abajo, como tantos otros movimientos religiosos de carácter fantástico. Cuando los hombres tratan a la carne como cosa distinta de la que es, y le obligan a vagar por los senderos fascinadores del simbolismo y del misticismo, corren peligro de convertirse en esclavos de las realidades terrenas que pretenden haber destruído, o bien caen en la locura; en estos dos lamentables extremos incurrió la escuela de Saint-Simon. Pero

sus saludables principios nunca morirán. Fueron discutidos por grupos de hombres, por descontentos, intelectuales o económicos, y agitaron a Europa. La sociedad guardó estas ideas en su corazón, y el saint-simonismo vivificó el movimiento social del siglo.

Fourier, por ejemplo, escribió antes que Saint-Simon, pero fué la influencia de éste lo que hizo del fourierismo una idea viva. Fourier convirtió la pequeña colectividad que él llamó *falansterio* en unidad gobernante de su mundo ideal. No estableció una jerarquía fantástica de hombres sabios : en este aspecto su teoría se asentó en terreno sólido. Era tan democrático, como aristocrático era Saint-Simon ; tan descentralizador, como Saint-Simon era centralizador. La localidad es actualmente el centro de creación de la riqueza, y en ella encontramos las causas de la mala distribución. Por esto Fourier fijó sus miradas en el municipio. El problema que él se planteó se reducía a determinar cómo pueden asegurarse las ventajas mecánicas logradas por numerosas industrias, sin rebajar al hombre a la condición de una mera máquina. Con esta idea presente construyó, sobre el papel, su falansterio. Había de consistir éste en unas trascientas familias que cooperarían en la producción empleando instrumentos de propiedad colectiva. Su consumo, sin embargo, podía ser tan individual como se quisiera. La política y la economía podían inducirle a la alimentación comunista, pero no de un modo necesario. Las máquinas simplificarían el trabajo, pero sin suplantar al obrero ; por tal razón podrían ser introducidas en el falansterio. La agricultura se organizaría de tal modo que pudiera articularse con otras industrias. Compras y ventas se harían con una gran amplitud en forma cooperativa ; la riqueza sería creada y distribuída mediante un sistema económico todavía no experimentado por los hombres. Y entonces se desataba libremente la imagi-

nación de Fourier. Teatros, templos, jardines, galerías, bailes, conciertos harían felices al pueblo, y el conjunto de la organización había de ser armonioso porque, en el proyecto de Fourier, un hombre libre hará cosas armoniosas y racionales. El falansterio había de ser el hogar, no la prisión de la naturaleza humana. Afirmaba Fourier que el falansterio había de trabajar porque era armonioso. Por esta razón fracasó. Fourier pretendía que él mismo era un término medio, y, sin embargo, había abandonado los negocios porque los había encontrado deshonestos, y olvidaba que su padre le había castigado por decir la verdad. En las postrimerías de su vida seguía aguardando pacientemente —durante diez años — y esperaba que algún hombre honrado y rico llamaría a su puerta y le proveería del dinero necesario para convertir su sistema en una realidad lisonjera. A través de estos espíritus transparentes fué concentrándose la doctrina social de la Revolución francesa, y el resultado fué la teoría socialista.

Pero Fourier fué discutido y encontró partidarios. Publicóse una hoja como órgano de propaganda suyo, y se hicieron experimentos de su sistema. En 1837 murió a la edad de setenta y cinco años, viviendo una extraña mezcla de inocencia y perspicacia, empirismo y sagacidad, y añadiendo destellos de luz al resurgimiento de Europa.

Dos sistemas de asociación han sido expuestos : la aristocracia centralizada de Saint-Simon, débil engendro del Feudalismo agonizante y del comercio en sus comienzos, y el gobierno comunal autónomo de Fourier. Ambos eran fantásticos ; ambos contenían sugestiones verdaderas y trazaron algunas líneas de orientación para el avance ulterior. Ambos ayudaron a derramar luz sobre el problema de la pobreza que proyectaba amenazadoras sombras sobre Francia, y ambos incitaron al proletariado más bajo a agitarse, pensar,

reunirse y esperar. El optimismo superficial de la Revolución francesa pasó como un espejismo, y la oscura y confusa maraña de la democracia y del comercialismo envolvió a los obreros. Pero la nueva propaganda le prestó valor. En 1831 los trabajadores de Lyon se levantaron al grito de « vivir trabajando o morir luchando ». Del mismo modo que un pastor reúne sus ovejas en un rebaño, así el espíritu de la época asoció a los hombres en este movimiento.

2. Roberto Owen y el Cartismo

Pasemos ahora de Francia a Inglaterra. Algunos de los más intrépidos precursores del nuevo movimiento eran de este último país, porque en él el aspecto sombrío de la revolución industrial se manifestó antes y de un modo más dramático. Fueron libelistas ingleses quienes examinaron y explanaron con el mayor cariño cómo la revolución industrial causaba la depauperación del hombre y la explotación del obrero. « El derecho al producto íntegro del trabajo » es una contribución característicamente inglesa a la economía socialista.

Los comienzos del movimiento nacional pueden retrotraerse al siglo XVIII en que existieron diversas asociaciones políticas que celebraban sus asambleas en tabernas y tugurios. Pero el movimiento político inglés ha sido siempre una tendencia de orientación social más o menos manifiesta y las teorías de la nacionalización de la tierra y de la influencia nefasta de las máquinas, propagadas por hombres como Tomás Spencer y por sus sucesores los filántropos spencerianos (1), fueron

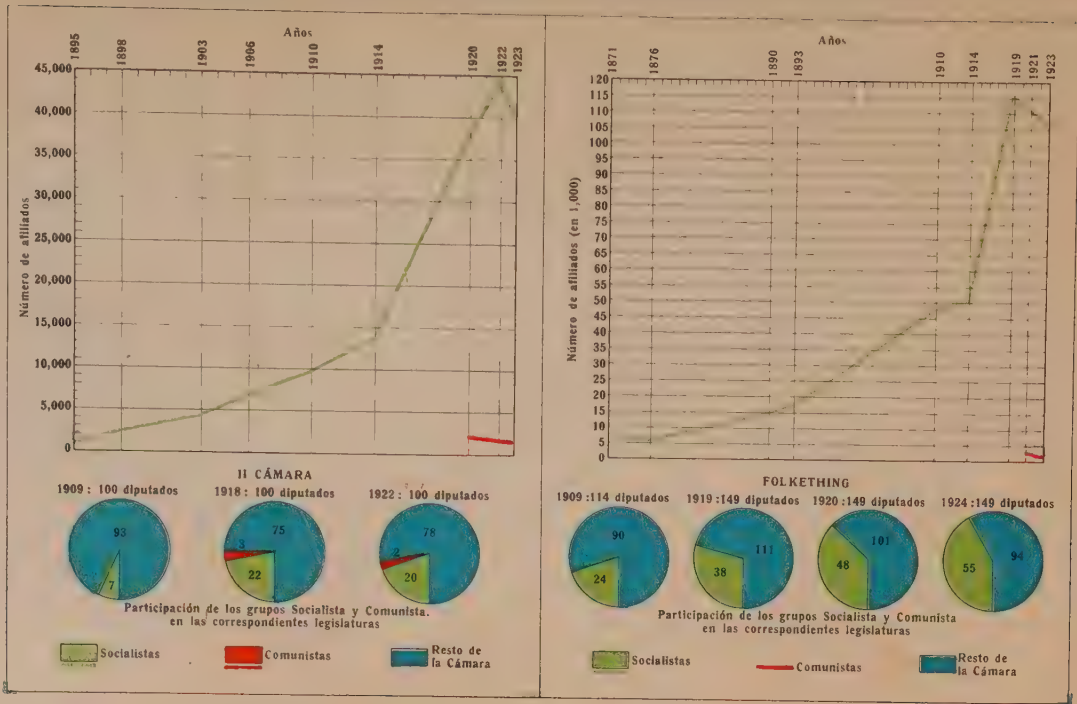
(1) HARRIET MARTINEAU afirma : « El comité de los spencerianos se ocupó abiertamente de diversas cuestiones relacionadas con la de la comunidad de la tierra ; en otros notables proyectos solicitó del Parlamento la supresión de la maquinaria. » — *History of the Peace*, I, pág. 22.

un elemento inicialmente perturbador en la política radical. Roberto Owen prestó amplitud y precisión al movimiento.

Owen tenía las mismas características que Saint-Simon y Fourier : una fe ciega en la perfectibilidad humana, una transparente honradez de propósitos, una absoluta ceguera al valorar la resistencia social, una incapacidad para apreciar un defecto u obstáculo en su propio sistema. Era un tipo de carácter capaz solamente de influir durante un tiempo en que la sociedad no había sido científicamente estudiada, y al mismo tiempo un hombre inapreciable para alentar la esperanza de sus semejantes y para lanzar ideas nuevas al mundo, susceptibles de ir adquiriendo precisión y minuciosidad a medida que avanzaran. Recuérdese que en aquellos días el Socialismo tuvo que ser una inspiración, un descubrimiento del discernimiento humano ; no podía ser un sistema científico de criticismo, método o construcción. Los conocimientos necesarios para lograr esto último no se poseían aún en aquel entonces.

La obra de Owen es demasiado bien conocida para que necesite otra cosa que un rápido resumen. Su nacimiento en 1771, su rápida ascensión hasta la fortuna, su organización de los talleres de New Lanark desde 1800, sus experimentos educativos, sus teorías referentes a la influencia del ambiente sobre el carácter, su agitación en pro de la protección oficial de los seres física y económicamente débiles por medio de la legislación, el nuevo capítulo de su vida que se inicia en 1817, cuando, en su memorándum al comité parlamentario que discutía la « Ley de pobres », afirmó que la miseria estaba causada por la competencia entre el hombre y la máquina, y que únicamente podía ser curada mediante el uso cooperativo de los medios de producción y su subordinación al bienestar de las masas, la iniciación de sus experimentos colectivistas en 1825, sus almace-

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



HOLANDA

DINAMARCA

nes de trabajo con métodos únicos de cambio, y, finalmente, aquellos patéticos años del fin de su vida, ensombrecidos por la idea del fracaso, revelan una vida de ternura, inocencia y cordialidad inusitada, cuya eficacia ha sido reconocida desde hace mucho tiempo, pero no su belleza. Sus actividades fueron el fermento que conmovió todo el cuerpo de la reforma social inglesa. De él procede la opinión positiva del Estado como protector del ser débil y, particularmente, el código inglés de la legislación fabril: el movimiento cooperativo es su fruto directo. La educación pública y el tradeunionismo le deben mucho.

Del fracaso del sistema de Owen nacieron ventajas más grandes que del éxito de los sistemas de otros hombres. Desde que existió, ha sido imposible a los hombres dejar sin valoración conveniente los grandes cambios fundamentales de la sociedad. El Cartismo fué uno de los primeros resultados del owenismo, y substancialmente se adelantó al owenismo en su método. Así lo apreciaron hombres tan perspicaces como Marx y Engels. El Cartismo era político, y se proponía que «no hubiera islas de bienaventuranza en el mar muerto de la holgazanería». No se preocupó del municipio, y puso de manifiesto que los problemas económicos eran nacionales, no municipales; además afirmó que los problemas nacionales solamente pueden ser resueltos con maquinaria nacional. Esta era la llamada filosofía de la Carta. La reforma de 1832 había favorecido únicamente a la clase media. ¿Por qué se abandonaba a las clases obreras? Estas no se resignaban a figurar en la reforma de un modo meramente ceremonial. Debían estar en ella porque el banquete estaba dispuesto para todos. Hallábanse como las vírgenes locas ante una puerta cerrada, sin tener el consuelo que las vírgenes locas tuvieron: la de ser ellas las culpables. «Iremos a la tierra — decían en una de sus canciones — solamente

12. MACDONALD: Socialismo. 67. — 2.ª ed.

cuando vayamos a la Carta ». La Carta era un medio para lograr un fin. En el fondo del pensamiento cartista figuraban la reforma de la tierra, la reducción de la jornada, la educación más perfecta, el control de las máquinas, la asociación industrial.

Así, en el cuarto decenio del siglo pasado apreciamos en Inglaterra una situación semejante a la de Francia. Tendencia a la asociación, optimismo en cuanto a la posibilidad de sanar la miseria social, incertidumbre en cuanto al método, ceguera como causa de resistencia social, agrupación del pueblo en núcleos más o menos revolucionarios ; he aquí lo que nosotros vemos. Para mostrar la inmediata agrupación de estos móviles y confusos elementos, tenemos que ocuparnos de otro país : Alemania.

3. Marx y Engels

La Revolución francesa había borrado del mapa la dilatada sombra proyectada por el Sacro Romano Imperio, y el tratado de Viena estableció un numeroso grupo de Estados germánicos con Austria como jefe político, con Prusia como su cabeza efectiva. De estas ruinas y de estas imposibilidades surgió el espíritu del nacionalismo. Produjose en las escuelas, y fluyó como metal fundido de la literatura de la época. «La Joven Germania» se manifestó en la revolución de marzo de 1848 ; el espíritu del nacionalismo, hostil a Austria, erigió a Prusia en paladín suyo. En Prusia todas las ideas tomaron un cariz político. La organización del Estado, el poder del Estado, la majestad del Estado ; política, asociaciones de la clase obrera, revolución, idea de unidad corporativa, integridad nacional : en estas direcciones se desarrollaron los pensamientos de los prusianos y de los nacionalistas germánicos.

Lassalle fué el primero en comenzar. Nacido en 1825, se agregó a Marx y a sus amigos en sus actuaciones revolucionarias en 1848, pero su temperamento le impidió realizar la obra conspicua de organización, modelado y transacciones a través de la cual pasaba el Socialismo desde las etapas a que le habían conducido el saint-simonismo, el fourierismo y el owenismo. Por esta razón, la obra de Lassalle pertenece al movimiento germánico exclusivamente, correspondiendo a un período algo posterior a lo que llevo expuesto y donde he de detenerme, porque es el período más movido en la historia del Socialismo. Corresponde éste a la biografía de Carlos Marx, no a la de Lassalle.

Marx era judío, y fué discípulo de Hegel. Su intelecto era de esa sólida naturaleza que concibe amplios sistemas, pero que los sigue en sus ramificaciones, y al mismo tiempo es capaz de valorar los incidentes que ocurren en el día. Nació en 1818; en 1841 terminó sus estudios universitarios y al año siguiente se embarcó en las tormentosas aguas de la política democrática prusiana. Este momento marca la línea divisoria entre los caudillos socialistas antiguos y modernos. El pensador alemán nunca se detuvo en experimentos utópicos, y siguió adelante. Además, había recibido de Hegel un concepto de la evolución social. Consideraba a la sociedad como un conjunto; las instituciones eran productos históricos, y no obra benévola o malévola de las manos del hombre. No siempre persistió en este punto, sin embargo, aunque tal opinión se halla incorporada a sus más amplias generalizaciones. La miseria que observaba en torno suyo solamente podía ser curada mediante un cambio social. Prusia llegó a ser demasiado peligrosa para él, y, en busca de seguridad, se trasladó a París, en cuya ciudad púsose en contacto con el movimiento socialista de entonces y Proudhon fué su compañero.

Pero Proudhon era un francés y pertenecía a la antigua generación de utopistas. Como él mismo confesaba, próximo a su fin, la mayor parte de su obra consistía en desordenados intentos para estructurar leyes y concepciones generales, recogiendo él en su totalidad aquel legado de optimismo simplista que la Revolución francesa dejó como herencia a dos generaciones de reformistas y pensadores sociales de Francia. Y todavía había adelantado la frontera de la nueva época, porque uno de los puntos de desacuerdo entre él y las escuelas de Saint-Simon y Fourier fué que estas últimas creían excesivamente en las transformaciones repentinas. Pero él había llegado al extremo de no considerar en los gobiernos sino tiranías, y así se abstuvo de incorporarse a las filas del nuevo movimiento. No es de extrañar, por consiguiente, que él y Marx se querellaran, siendo dos alemanes, Marx y Engels, y no un alemán y un francés, quienes iniciaron el nuevo volumen de la historia del movimiento socialista.

La preparación preliminar fué completa. La teoría económica del Socialismo iba haciéndose más clara, los procedimientos políticos eran admitidos entre los obreros de Inglaterra y Alemania, las colectividades utópicas habían fracasado por completo. Dos cosas eran requeridas: disipar la incertidumbre en cuanto a los propósitos y medios, acabar con la insubstancialidad moral de algunas de las escuelas, definir exactamente la idea del Socialismo. Tal era la primera cosa. La segunda era situar el movimiento político de conjunto sobre una base política, y comprenderlo como un período de la evolución social y no como un simple ensueño de hombres ingeniosos y benévolos.

Esto hicieron Marx y Engels, y su primer acto de importancia encaminado a este fin fué la publicación del «Manifiesto Comunista», poco antes de la Revolución de 1848. En el mismo año, Marx había publicado

una profunda crítica de la labor de Proudhon, y a continuación de esto vino el toque de clarín del « Manifiesto », invitando a todos los trabajadores del mundo a unirse para acabar con su miseria. En medio de la mayor pobreza y desolación en Londres, se esforzó Marx por completar su obra en los aspectos intelectual y político. Teniendo que vivir algún tiempo en contacto con los procedimientos que el prestamista pone en práctica en el mostrador, este valiente e inflexible espíritu escribió lo que ha sido llamado «la Biblia del Socialismo » : *Das Kapital.* Murió en 1883, y sus restos mortales fueron depositados en la colina del Highgate Cementery, mirando a Londres. Engels murió en 1895, y sus cenizas, conforme a su deseo, fueron esparcidas por el mar.

¿Cómo realizaron estos hombres su labor? Como hegelianos, procedían de la izquierda ; discípulos del gran filósofo nunca se emanciparon del método hegeliano, pero se desprendieron del idealismo de su maestro. Si los obreros habían de emanciparse, sería a costa de una enconada lucha contra las clases que los explotaban. Ellos llevaron el proletariado a una elevada montaña y le mostraron el amplio panorama del progreso. En cada etapa, la clase estaba en conflicto con la clase ; y esta lección pronto fué aprendida, y acabó con todas las ilusiones suscitadas por métodos idealistas. Después surgió otra lección. El motivo del antagonismo era económico. La historia no había de ser interpretada según impulsos espirituales y racionales, sino como un resultado de apetitos económicos. De este modo el idealismo recibió otro golpe mortal. Así se fortaleció el Socialismo, interpretado como la gran etapa final de la lucha entre las clases, ofrecido con nueva precisión y nueva energía a las masas. Su vaguedad desapareció. Llegó a ser una causa en la que podía colaborar el intelecto más mediocre, y en la que podía des-

empeñar un importante papel el más humilde obrero. El reino de la burguesía era atacado por todos los puntos. El asalariado sintió el interés común y propugnó la fortaleza del conjunto. En sus varias nacionalidades se reunió en un campo común ; miró a través de las alianzas de sus naciones y encontró la camaradería de otros hombres doblegados por un destino semejante al suyo ; y el antiguo toque de clarín sonó en sus oídos : « ¡Trabajadores de todos los países! ¡Uníos! ». Marx trabajó para lograr efectos prácticos inmediatos, y procuró asegurarlos. Sacrificó algunas de las excelencias intelectuales de la tesis socialista, pero aseguró la vitalidad del movimiento.

4. Marxismo y Revisionismo

Marx no aportó nada al Socialismo como teoría, sino que hizo como el jardinero que selecciona entre un conjunto de plantas aquellas que ha de utilizar, cultivándolas, protegiendo su crecimiento y ofreciéndolas para que el mundo las admire. Esta obra no es despreciable ni de valor secundario. «Marx no aludió al Socialismo como organización futura de la sociedad », dice uno de los críticos más recientes de esta teoría (1). La réplica de Marx hubiera sido probablemente que él dejaba aquellas vanas especulaciones a los utopistas. Marx explanó el mecanismo capitalista ; expuso la evolución histórica ; dedujo de ambas cosas la necesidad del Socialismo ; formó el ejército y le prestó la organización que había de dar existencia a la doctrina. Cometió muchos errores al establecer sus teorías y al prevenir acontecimientos, pero fueron los errores de un hombre de acción que tiene que realizar una determinada porción de trabajo, por lo cual estos errores le fueron

(1) Dr. M. Tugan-Baranowsky, *Modern Socialism.*

muy útiles. Ninguno de ellos vició el valor de sus actividades ni restó un ápice a la utilidad de sus doctrinas. El movimiento socialista retornará al idealismo, porque, aunque el idealismo haya sido durante algún tiempo una fuerza no bien reconocida, en el Socialismo ha existido siempre. Pero en la época de Marx la necesidad más imperiosa era la de organizar el movimiento, inculcando la teoría en la inteligencia de las masas, darle forma política, atraer la democracia bajo sus banderas y emprender la marcha. Logrado esto, Marx puede ser sometido a revisión. Los nuevos problemas que continúan planteándose a este ejército que avanza necesitan frecuentes referencias a los primeros principios, modificaciones de los dogmas viejos, remoción de antiguos prejuicios. La meta sigue siendo la misma porque es el resultado de verdades tan axiomáticas como ésta: «Quien ejerce el control de las condiciones económicas de la libertad, controla la libertad misma», y esta asociación es mejor que la diversificación, y la cooperación preferible a la competencia. Pero el sendero es recorrido por generaciones sucesivas que obedecen a diversas inspiraciones. Una generación lo sigue porque está hostigada por la miseria; otra porque está iluminada por la razón; y estos diversos motivos coexisten en el movimiento, fluctuando constantemente su relativa fortaleza.

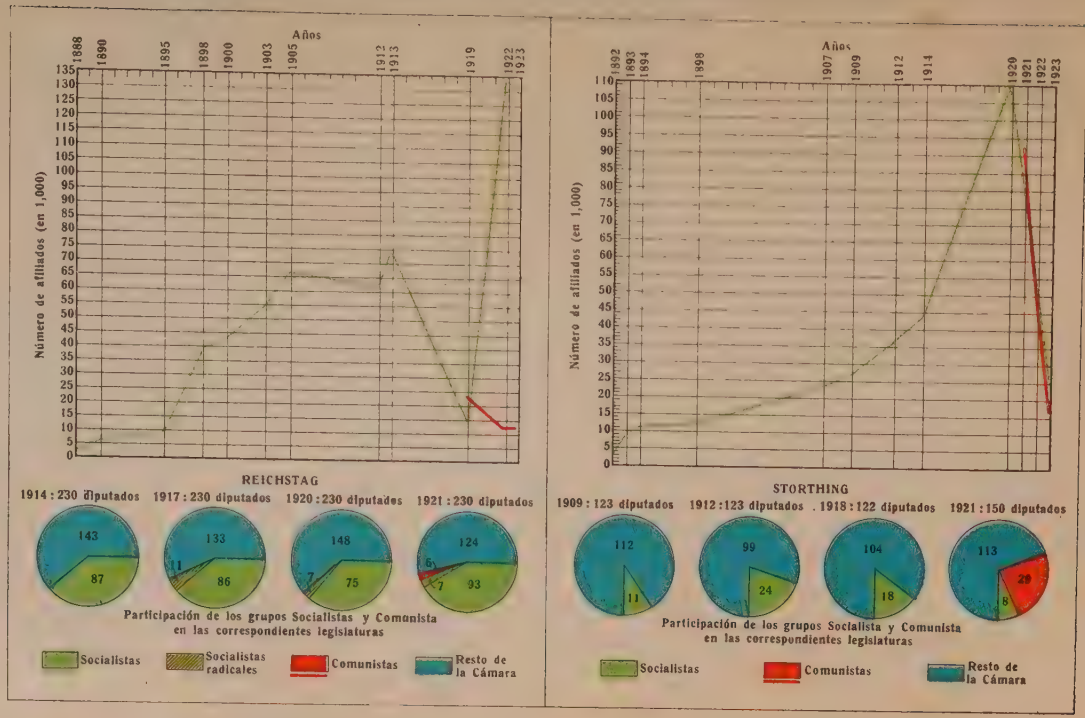
Así, actualmente tenemos lo que suele llamarse movimiento revisionista, que, sin embargo, no es tanto una emancipación de los principios de Marx como de las aplicaciones de los marxistas. Ya he explicado anteriormente por qué no acepto algunas de las razones de Marx, quien después de todo, era un comentarista del Socialismo, y no el instrumento inspirado mediante el cual se reveló la fe socialista. Bernstein en su libro —«Origen del movimiento revisionista en Alemania»— discrepa de la teoría marxista originaria en los extremos

siguientes : Niega que exista una perspectiva inminente de destrucción de la sociedad burguesa ; afirma que en la actuación del capitalismo no se aprecia un decrecimiento en el número de los capitalistas, sino todo lo contrario ; rechaza el dogma de que la concentración se efectúa con igual rapidez en todos los sectores de la industria, combatiendo esta creencia con referencia especial a la agricultura. Pone de relieve el hecho de que el consentimiento del Socialismo permite actualmente la existencia de la masa capitalista, y que, por consiguiente, las organizaciones socialistas deben actuar en la sociedad como factores de transformación, y no como organizaciones revolucionarias. Marx en sus primeros años (hasta 1871, en que la Commune de París modificó un tanto su opinión) consideraba que la conquista del poder político por la democracia había de ser la señal de la revolución ; ahora numerosos sectores del movimiento socialista defienden que esta conquista ha de ser el motivo ocasional de la transformación. Bernstein modifica también la opinión marxista de la concepción materialista de la Historia, y de la necesidad económica de la lucha de clases y del valor. Así lo hace y mientras tanto se proclama a sí mismo socialista, porque admite la verdad de que todo dogma y toda teoría están sujetos a la ley de la evolución, como la sociedad misma.

5. Lassalle y el partido alemán

Trataremos ahora de descubrir la trayectoria del movimiento comenzando por Alemania, que ocupa el primer lugar en esta historia. Hasta 1862, la actividad de Lassalle careció de importancia para el movimiento socialista. La reacción política había comenzado en Prusia cuando las fuerzas nacionalistas se agrupaban para una lucha que solamente terminó con la Guerra

Desarrollo del partido socialista y su representación parlamentaria



SUECIA

NORUEGA

franco-prusiana y la fundación del Imperio germánico. Los liberales que entonces gobernaban en Prusia, y que se veían en peligro de ser reducidos por Bismarck a la impotencia, «elevaron su propio clamor de nacionalismo» que llevaba el militarismo en su seno; el liberalismo, decimos, inició aquella política pusilánime de «permanezcamos donde estamos». Lassalle se separó de este movimiento, declaró que era absurdo mantenerse en cosas que eran irreales y verbalistas, y apeló a Prusia para que adoptara una posición frente a los hechos actuales, invitándola a retroceder a la norma democrática. La exaltación de la naturaleza de Lassalle fué en aumento. En 1862 dió una conferencia que casi fué tan trascendental como el «Manifiesto Comunista», siendo publicada bajo el título de «Programa del obrero». Su objeto era demostrar que los obreros prusianos tenían que unirse para realizar finalidades políticas. La policía vigiló el acto, y el orador, después de una causa, fué sentenciado a pagar una pequeña multa.

Acaecieron entonces algunos sucesos que eran en algunos aspectos tan extraños como los que ocurrieron en Inglaterra hacia 1880, cuando los obreros comenzaron a perder su confianza en el partido liberal.

Los obreros de Leipzig, habiéndose separado del liberalismo, convocaron un Congreso del trabajo. A éste envió Lassalle una Carta abierta en la que instaba a los obreros para que formaran un partido político con finalidades sociales; allí establecía la «ley de bronce» expresando la tendencia de los salarios a caer bajo el nivel de subsistencia, y a no rebasarlo; abogó por el establecimiento de un Estado de asociaciones productivas autónomas en las que cada obrero había de derramar el producto íntegro de su trabajo. El Congreso adoptó estos principios, y organizó unos cuantos grandes mitines. En 23 de mayo de 1863 fué constituída en

Leipzig la Asociación general de trabajadores alemanes, y ésta hizo una demanda : el sufragio universal, pues el programa social de la clase obrera no pasaría de ser un esfuerzo decorativo hasta que las clases trabajadoras tuvieran derecho al sufragio. El movimiento germánico había comenzado. El melodramático fin de su caudillo y héroe en 1864 fué desastroso como una tormenta, y cuando ésta pasó, hallóse que la organización se había arriesgado por malos caminos. No tenía caudillos, recursos, ni cohesión.

Inmediatamente después de fundada la organización de Lassalle, acaeció también otro suceso paralelo al curso de los acontecimientos en Inglaterra. Formáronse asociaciones liberal-laboristas, parcialmente opuestas al Socialismo, pero parcialmente opuestas, también, al creciente dominio de Prusia, siendo, por consiguiente, más fuertes fuera de este país. Como miembro de una de éstas, Augusto Bebel realizó una labor estimulante ; pero las organizaciones fueron separándose rápidamente del liberalismo, donde no encontraban lugar adecuado. La unión de estas asociaciones se declaró en primer término por el sufragio universal ; en 1868 se adhirió a la organización de Marx, la Internacional, y en el año siguiente, en Eisenach, se constituyó asimismo en partido social democrático obrero. Las dos organizaciones alemanas se diferenciaron entonces en partido de Lassalle y partido de Eisenach. El uno era prusiano, el otro sudalemán y sajón. Esta división en el Socialismo alemán se mantiene, cosa rara, en la actualidad. Ambas secciones estuvieron representadas en el Parlamento de la Confederación germánica del Norte (1), pero estuvieron desacordes en la política. Coincidían en defender la paz con Francia sin anexión de territorio, y sus miembros fueron reducidos a prisión. Con la paz se pa-

(1) El primer éxito del Socialismo alemán fué el obtenido en 1867, al ser elegidos ocho miembros del Parlamento.

tentizó el deseo de unir las dos ramas. El partido de Eisenach contaba con Liebknecht y Bebel como jefes, mientras que el partido de Lassalle carecía de caudillos. En 1875 verificóse la unión en Gotha, constituyéndose el partido socialista obrero de Alemania. El movimiento unido comenzó a avanzar, y las autoridades dejaron entrever su deseo de oponerse a él. Dos atentados acaecidos contra la vida del Emperador en 1878 dieron oportunidad para ello, y después de un llamamiento a la nación, promulgáronse leyes represivas del Socialismo. Los periódicos fueron perseguidos, prohibiéronse las reuniones y la organización se paralizó. Entonces el pueblo actuó sin organización, y cada hombre asumió la responsabilidad de fijar su propia línea de conducta. La literatura se introdujo subrepticiamente en todas partes, mientras la ley actuaba sin cesar; elección tras elección fueron aumentando los votos socialistas. Las leyes antisocialistas y la reforma social de Bismarck fracasaron en su propósito de alejar la amenaza de la política roja de los obreros, y en 1890 la política represiva llegó a su fin. Desde entonces han existido cambios en la organización, se han registrado alternativas, ha habido discordias — particularmente en lo concerniente a la política parlamentaria y en la relación del partido socialista con otros partidos en las sucesivas legislaturas —, pero la historia de la democracia social en Alemania ha constituído un continuado avance.

La cifra máxima de votos alcanzada por el partido antes de la unión de Gotha fué de 352,000 en 1874; en 1877 llegó a 473,000; decreció durante los cinco años de represión, pero el aumento se reanudó en 1884, alcanzando 1.427,000 en 1890, 2.107,000 en 1898, 3.010,000 en 1903 y 3.258,968 en 1907. La elección de 1903 llevó 81 miembros al Reichstag; la de 1907, sin embargo, sólo llevó 43. Nuevamente se registra un ascenso, y la elección de 1911 vino a constituir un record para el partido.

En conexión con el movimiento socialista alemán precisa observar una modalidad especial de la política alemana. El individualismo como sistema político nunca arraigó en el pensamiento germánico. La vida pública de Alemania estaba demasiado influída por la filosofía para que aquello pudiera suceder. Por consiguiente, la intervención del Estado ha sido siempre legitimada incluso por los cancilleres y autoridades municipales más significadas por su antisocialismo. Del liberalismo inglés se derivó una sospecha, una falta de confianza en el Estado ; la herencia de la moderna Alemania, en cambio, tiene como base la fe en el Estado. Por esto, el Socialismo alemán ha sido una fuerza intelectual, aunque políticamente haya tenido escasa importancia.

6. El partido francés

El partido francés tiene sus raíces en contacto con la Revolución y creció por conducto de escuelas, como el saint-simonismo, a las que me he referido anteriormente. El idealismo revolucionario de Francia no se avenía a soportar el yugo del partido. Estalló en 1848 y en 1871, y en ambos casos la llama fué extinguida bajo el pie de los militares. El héroe de 1848 fué Louis Blanc ; el héroe de 1871 fué el pueblo. Sobre las cabezas de ambos, el prejuicio que ha escrito tantas de nuestras historias colocó la corona de la necedad y de la bellaquería, pero, en realidad, no han existido cabezas más injustamente decoradas que éstas con dichos símbolos.

Los talleres nacionales de la primera revolución fueron iniciados y administrados contrariamente a la opinión de Louis Blanc, y con un espíritu antagonista al suyo. Sin embargo, a él le ha sido achacado este enorme fracaso. Las escenas de revueltas populares, derramamiento de sangre y desorden que componen el cuadro espeluznante generalmente pintado para des-

cribir la *Commune*, son poco menos que visionarios engendros de imaginaciones exaltadas. Probablemente, nunca un ejército de ocupación gobernó una ciudad con más tranquilidad y mesura que los comunistas rigieron París, con los enemigos a sus puertas. La supresión del radicalismo pacífico en Inglaterra, en los días de Pitt, fué señalado por una crueldad más grande y por un desenfreno mayor en la persecución de los que pueden advertirse en aquellos terribles días en París, aun por los historiadores más apasionados que se ocupen de estos hechos. Después de la *Commune*, el movimiento socialista en Francia vino a ser como un país que acaba de ser devastado, pues sólo unos pocos obreros volvieron a reunirse de nuevo. Las autoridades los persiguieron y dispersaron. Durante algún tiempo el Socialismo quedó frustrado.

Pero Julio Guesde volvió de su destierro en Ginebra, a donde le habían llevado sus actividades comunistas, fundó *L'Egalité* en 1877, persiguió a los anarquistas que a la sazón eran muy activos en Francia, predicó el marxismo, y el Congreso de asociaciones obreras que organizó en Lyon en 1878 resolvió convocar una asamblea internacional de trabajadores en París, durante el año siguiente. La asamblea fué suspendida, y la policía cerró las puertas del local ante los ojos de los delegados. Este hecho prestó aliento al movimiento francés. La recluta avanzó rápidamente, y el movimiento de asociación se hizo cada vez más simpático. Una asamblea de representantes obreros, reunida en Marsella en 1879, adoptó el nombre de « Congreso Socialista del Trabajo ». Este era ferozmente revolucionario, pero el programa que aceptó estaba redactado por Guesde y Lafargue, yerno este último de Carlos Marx. En el año siguiente acaeció la lucha final entre los socialistas y los asociacionistas de la antigua escuela. Los primeros quedaron aparentemente

derrotados, pero los últimos carecían de resolución, de celo y de doctrina, y no pudieron aprovecharse de su victoria. El Socialismo marchó decididamente hacia adelante.

Pero el movimiento no era muy robusto, y así se reveló en las elecciones de 1881. ¿Cuál fué la causa de su fracaso? Un grupo nos da una contestación ; el otro, otra distinta. Los caudillos se acometieron mutuamente y el movimiento se fraccionó en dos campos al año siguiente, en Saint-Etienne. La división quedó marcada entre los posibilistas (que pretendían aproximarse al Socialismo por medio de las reformas socialistas) dirigidos por Paul Brousse, que había sido alcalde de París anteriormente, y los imposibilistas (que presagiaban una revolución y una ruptura más o menos repentina con el pasado), dirigidos por Julio Guesde. El marxismo estricto fué en realidad la roca contra la cual se estrelló el partido. Todavía no contaba el obrero francés con elementos suficientes, y se inició un movimiento franco contra la acción parlamentaria, fundándose la « Confederación General del Trabajo ». La sangre de la revolución bullía en las venas de los franceses, y aparecieron media docena de grupos diferentes en el movimiento socialista. Los dos más importantes, sin embargo, fueron el grupo llamado de los imposibilistas, dirigido por Guesde, y el de los independientes, en cuyas filas figuraron varios hombres brillantes como Jaurés y Millerand. Jaurés fué elegido como radical para la Cámara en 1885, pero fué derrotado en 1889 cuando volvió a ocupar su cátedra. En 1893 apareció como candidato socialista, y figuró en la Cámara desde entonces hasta su muerte.

Las elecciones de 1893 llevaron cuarenta socialistas a la Cámara de los Diputados (1). De pronto, sobre el

(1) Las primeras victorias electorales se obtuvieron en 1887.

horizonte político se dibujó la amenaza del *affaire* Dreyfus. Los imposibilistas decían : este hecho no nos afecta ; Jaurés, mientras tanto, afirmaba lo contrario. La guerra civil estalló dentro del partido. Jaurés sostuvo a Millerand cuando éste se unió al ministerio Waldeck-Rousseau (1899) para que borrara de la historia de Francia la equivocación cometida con Dreyfus. La batalla entre los diversos sectores prosiguió con furia, hasta que el Congreso Internacional Socialista reunido en Amsterdam en 1903 proclamó la paz. Los grupos se unieron, los pocos individuos que permanecían apartados perdieron toda significación, y actualmente la única división que existe en Francia en la clase obrera es la que separa el partido socialista, de una parte, y la Confederación General del Trabajo, con tendencias anarquistas, de otra.

Durante el ministerio Waldeck-Rousseau, cuando Millerand era ministro de Comercio, adoptáronse diversas medidas de significación socialista, y la influencia socialista sobre el Gobierno fué considerable. Pero al dimitir el primer ministro (1902), cuando la obra del ministerio había sido realizada, la unión de los socialistas con las secciones radical y liberal llegó a su fin. Pocos años más tarde (1906), cuando Francia hubo de afrontar el problema de las asociaciones eclesiásticas, el Gobierno de entonces se dirigió a los socialistas en demanda de auxilio. Fué un socialista el encargado de defender el proyecto que acabó con las dichas asociaciones. Posteriormente (1909) este socialista, M. Briand, llegó a ser primer ministro y se mantuvo en este cargo hasta 1911. Pero acaso, debido parcialmente a la oposición que en las filas socialistas se manifestaba a los hombres que se habían identificado demasiado íntimamente con las labores ministeriales, y debido también en parte, posiblemente, a los cambios acaecidos en los ministeriales, los ex ministros habían cesado de ser

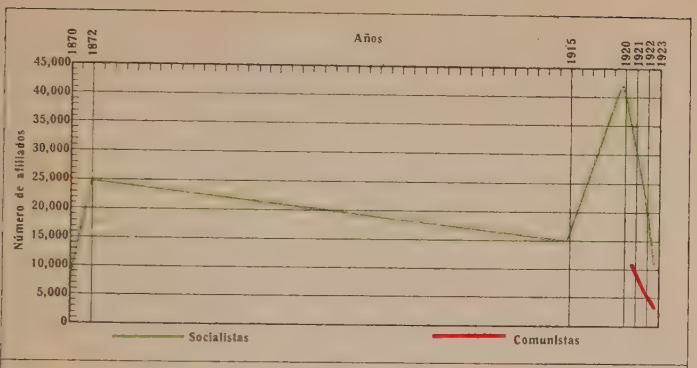
miembros del partido socialista. Este hecho es objeto de aguda controversia en el partido francés, en el que la opinión actual es abiertamente hostil a los bloques —en otras palabras, a cooperar con gobiernos, como fué el caso durante el ministerio Waldeck-Rousseau.

Expresaremos el crecimiento del Socialismo en Francia, como lo hemos hecho al referirnos a Alemania, indicando el número de votos logrados en las elecciones. En 1893, 600,000 ; en 1898, 790,000 ; en 1902, 900,000 ; en 1906, 1.120,000 ; en 1910, 1.400,000.

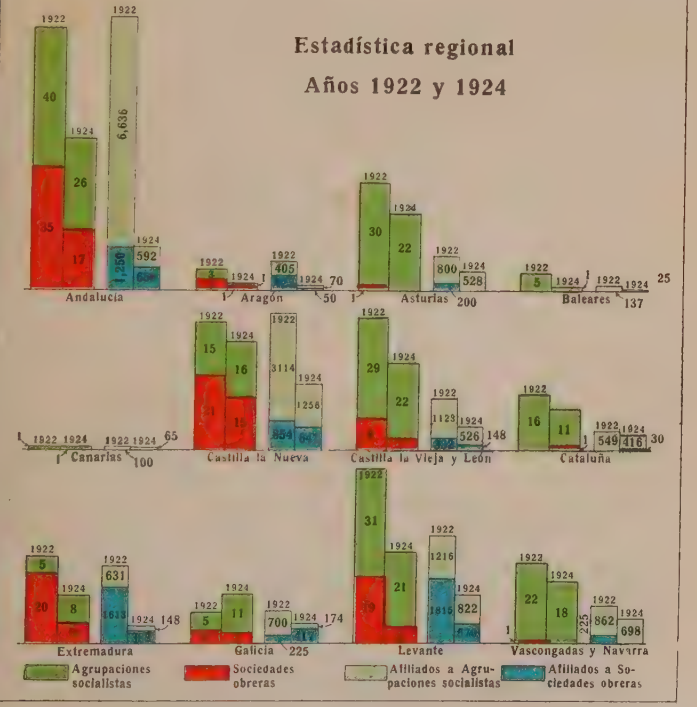
7. El partido italiano

Italia es un país mucho más anarquista y revolucionario que Francia, y aunque a la cabeza del movimiento socialista figuran hombres de la clase media y personas dedicadas a profesiones liberales, el anarquismo ha causado grandes destrozos en la organización obrera italiana. Hasta que Turati, famoso abogado de Milán, no intervino en 1891, poniendo el dedo sobre la llaga, pocas eran las tentativas realizadas para llevar el Socialismo italiano al nivel del Socialismo en otros países europeos. El hecho de que Crispi copiara los métodos represivos de Bismarck favoreció considerablemente al movimiento, y el estado corrompido de la política italiana y la incompetencia del liberalismo en dicho país prestaron también gran fuerza al socialismo. El movimiento italiano estaba diversificado en dos ramas, una práctica y política, otra anarquista. La primera se atrajo alguna de las mejores inteligencias y de los profesionales más distinguidos de Italia : Ferri y Lombroso, Gabriel d'Annunzio y De Amicis, doctores y científicos, profesores y jurisconsultos. Los conflictos entre el gobierno y los socialistas dieron lugar a la declaración de una huelga general que terminó en disturbios sangrientos en 1903-4, y cuando la tormenta des-

Desarrollo del Partido socialista



Estadística regional
Años 1922 y 1924



ESPAÑA

cargaba sobre el Socialismo, los jefes socialistas se dedicaron a censurarse mutuamente por lo sucedido. Desde entonces, el partido ha sido incapaz de regirse a sí mismo. Se han registrado en él diversas secesiones, y en el momento actual numerosas disputas intestinas agitan los diversos sectores. Los tres grupos del Socialismo italiano son los reformistas, que tienden a cooperar con cualquier partido que muestre orientaciones de justicia; los sindicalistas, que dirigen su atención en el sentido de lograr una mayor organización obrera y son más bien anarquistas en cuanto a su depreciación de la actividad parlamentaria, y los integralistas, que ocupan un lugar intermedio y tratan vanamente de realizar la unión de ambos.

8. El partido belga

El movimiento socialista en Bélgica está tan bien articulado como desarticulado está en Italia. Tiene la ayuda financiera de la que acaso es la forma más eficiente de cooperación de todo el mundo; detrás de sí posee un sólido movimiento obrero; está dirigido por un hombre tan capacitado como Vandervelde, y por excepción se ha visto libre del criticismo de los «imposibilistas» que en otros países han ejercido su presión sobre el Socialismo.

La asociación Internacional tuvo mucha fuerza en este país, pero a su disolución, el movimiento obrero belga quedó trastornado. Poco a poco fué implantándose un nuevo progreso, y en 1885 se formó el partido obrero belga semejante al laborista inglés. Se abstuvo de denominarse a sí mismo socialista, aunque tal era su inspiración; venía a ser una unión de obreros y de personas que por razones económicas se agrupan con ellos para dar solución a sus necesidades. Vandervelde ha escrito estas palabras acerca del movimiento obrero:

« Del modelo inglés adoptó la idea del *self-help* y la libre asociación, principalmente en forma cooperativa ; de los germanos, la táctica política y las doctrinas fundamentales que fueron expuestas por vez primera en el Manifiesto Comunista ; y de los franceses tomó sus tendencias idealistas, su concepción integral del Socialismo considerado como la continuación de la filosofía revolucionaria y como una nueva religión que viene a proseguir y realizar el Cristianismo. » El movimiento belga es estrictamente práctico. Asociado con él existe un formidable movimiento cooperativo ; siempre está dispuesto a romper una lanza por el tradeunionismo, y mantiene además una íntima alianza con los liberales, en su oposición al gobierno clerical reaccionario y en su demanda de sufragio universal. La mayoría gubernamental conservadora, a despecho de la trama electoral antidemocrática de Bélgica, ha sufrido una ruda conmoción. Cuando desaparezca se creará una situación parlamentaria difícil para los socialistas, quienes como factor independiente sin representación en el Gabinete o como minoría cooperante con representación en él, tendrán que formar parte de un gobierno de coalición.

9. El partido socialista en América y en otros países

Distraído por impulsos revolucionarios y por la inestabilidad política general, el Socialismo ha logrado asentarse muy débilmente en países como Rusia, España, Portugal y los Estados menores europeos.

El movimiento ruso es de peculiar interés, y en diversos aspectos, *sui géneris*. La psicología colectiva del ruso, heredada de la organización social de esclavitud y comunismo en que vivió hasta hace poco más de una generación, le hizo poco susceptible para realizar fina-

lidades amplias, y poco sensible a las incitaciones materialistas, y cuando la libertad política del resto de Europa comenzó a agitar los pensamientos de los intelectuales rusos, se inició un movimiento en parte liberal y en parte socialista. Primeramente encontró expresión en novelas como «¿Qué hacer?» de Tchernichevsky, y finalmente produjose el nihilismo en la política y la renovación en la literatura. El intachable Bakunin, el cortés Herzen y el caballeroso Lavroff fueron desterrados, pero desde allí influyeron sobre los estudiantes rusos que el renacimiento de la enseñanza iba lanzando hacia las Universidades de Francia y Suiza. Comenzó entonces el movimiento orientado a educar al labrador y a comunicarle ideales, y, habiendo sido reprimido éste por un gobierno pusilánime, se inauguró el terrorismo, en cuyas sombras estuvo próximo a perderse el movimiento socialista ruso. Entre tanto, Rusia se hizo un país cada vez más industrial, y pronto apareció el socialismo en el campo. Durante la década final del siglo pasado, el tradeunionismo de un tipo social-demócrata atrajo gran número de trabajadores a los amplios centros industriales, y por añadidura formáronse en Rusia ramificaciones del partido social-demócrata — originariamente compuesto de desterrados rusos en Ginebra, París y Londres —. Cuando la libertad política comenzó a aparecer en la Duma, uniéronse los diversos grupos socialistas y en cierta ocasión llegó a haber un centenar de diputados socialistas y laboristas en este ficticio Parlamento (1).

En Finlandia, ochenta y siete socialistas fueron elegidos para la Dieta a fines de 1910, ganándose un sitio. En los países del Norte, el socialismo es fuerte y bien organizado; en Austria, ciertos sutiles conflictos de raza han influído sobre él lamentablemente, pero al

(1) Véase el manual de M. L. Schlesinger, *El Estado de los Soviets*. Colección Labor, n.° 159.

reconocerse el sufragio universal en 1906 enviaron ochenta y siete miembros al Parlamento, representando un millón de votos. Suiza ha tenido un partido socialdemócrata desde 1888, pero este país, nominalmente democrático, se ha distinguido por sus medidas represivas y su injusta política. Aunque el partido suizo equivale a una representación de veinticuatro miembros en el Parlamento, en realidad sólo tiene asegurados seis puestos.

Japón ha tenido un partido socialista desde 1901, severamente marxista de inspiración. Frecuentemente ha sido suprimido por las autoridades, y en los últimos tiempos, sus directores han sido condenados a duras penas, y algunos de ellos ejecutados. Aparentemente, Japón tiende a imitar los métodos políticos de su última enemiga, Rusia. Argentina y Chile poseen también organizaciones socialistas y han estado representadas en los Congresos internacionales del partido. Australia posee un partido laborista y otro socialista, el primero firmemente socialista, aunque la base económica de algunas de sus demandas es notoriamente insegura, el segundo marxista imposibilista ; Nueva Zelanda anuló la posibilidad de un partido socialista de altura porque Mr. Seddon llevó el liberalismo al campo socialista. Africa meridional posee un reducido pero vigoroso movimiento laborista y socialista, aunque encuentra dificultades en su avance por parte de los poderes financieros activos que han dominado la Colonia, y de otra parte en los intereses agrícolas conservadores que la han controlado. Canadá occidental posee un grupo marxista agresivo, que está representado en la legislatura ; Canadá central y oriental posee el núcleo de una organización parecida al partido laborista inglés, y Alberta ha enviado un miembro socialista a su nuevo Parlamento.

El movimiento adquiere rápida importancia en América. Inicialmente inspirado por propagandistas extranjeros fué inflexible y dogmático, y no se pudo estimar como una fuerza ; pero, últimamente, en virtud de la importancia adquirida por la escuela revisionista establecida en Milwaukee, ha ganado adherentes en todos los Estados y en las últimas elecciones registró 700,000 votos, conquistando su primer puesto en la Casa de representantes de Washington.

Al principio, las tierras nuevas de América atrajeron a los utopistas deseosos de fundar sus Nuevas Armonías y sus falansterios, pero éstos fueron muriendo uno tras otro, y ni aun aquellos que tuvieron éxito más lisonjero dejaron huella en la vida pública o en las actividades políticas de los países americanos. Posteriormente, varios socialistas desterrados de Europa pretendieron asentarse allí, pero los Estados no contaban aún con suficiente arraigo y no pudieron responder a las agitaciones que distraían a los antiguos gobiernos de Europa. Desde 1870 fundáronse varias secciones de la Internacional en América, y cuando esta histórica asociación decayó en Europa, su cuartel general se llevó al otro lado del Atlántico en 1872, y allí pereció. Cuatro años más tarde hízose una tentativa para formar un movimiento nacional, cuyo título fué cambiado por el de partido laborista socialista, en 1877. Era un movimiento exótico, sin embargo, y el anarquismo lo infectó. Durante varios años luchó con su propio imposibilismo, con disensiones internas y partidos rivales, siendo el acontecimiento más tétrico de estos años de exaltación la ejecución de los anarquistas de Chicago en 1885. Pero en 1897 se inauguró un nuevo capítulo del socialismo americano con la fundación de la « Social Democracia de América ». En 1901 se agregó a la mayoría del partido laborista socialista, logró arraigar, y, actualmente, constituye la vigorosa fuerza del socialismo

americano. Hasta ahora ha sido inspirado principalmente por intelectuales, pero su contacto con las organizaciones obreras, por conducto de la federación americana del trabajo ha sido cada vez más íntimo, y, dentro de pocos años, la alianza será completa.

Dos sectores quedan por examinar dentro del Socialismo mundial: el movimiento británico y el internacional, y de ellos nos ocuparemos en los capítulos siguientes.

Capítulo XI

El movimiento socialista

(Continuación)

1. El partido inglés

Para trazar los comienzos del movimiento socialista en la Gran Bretaña, hemos de remontarnos muy lejos, a la etapa de especulación económica y de criticismo que señaló el desarrollo del comercialismo. Estas especulaciones y este criticismo adoptaron dos formas. La que ha ejercido una influencia histórica más pronunciada es la forma utópica del owenismo en sus varios aspectos; la de mayor importancia intelectual es la labor económica y jurídica de escritores como Godwin Thomson, Hall, Ogilvie y Hodgskin. Estos hombres encontraron el lugar más fácilmente expugnable del nuevo sistema económico que se iniciaba. Era un sistema de explotación, y contra él clamaban que el trabajador tenía derecho al producto íntegro de su trabajo. Estoy convencido de que cuando la fase política y organizadora del movimiento socialista haya sido felizmente terminada, y los socialistas busquen en la economía y en la jurisprudencia justificación a sus programas, pasarán detrás de Marx y establecerán conexión con la escuela de pensadores a que me he referido (1). Pero

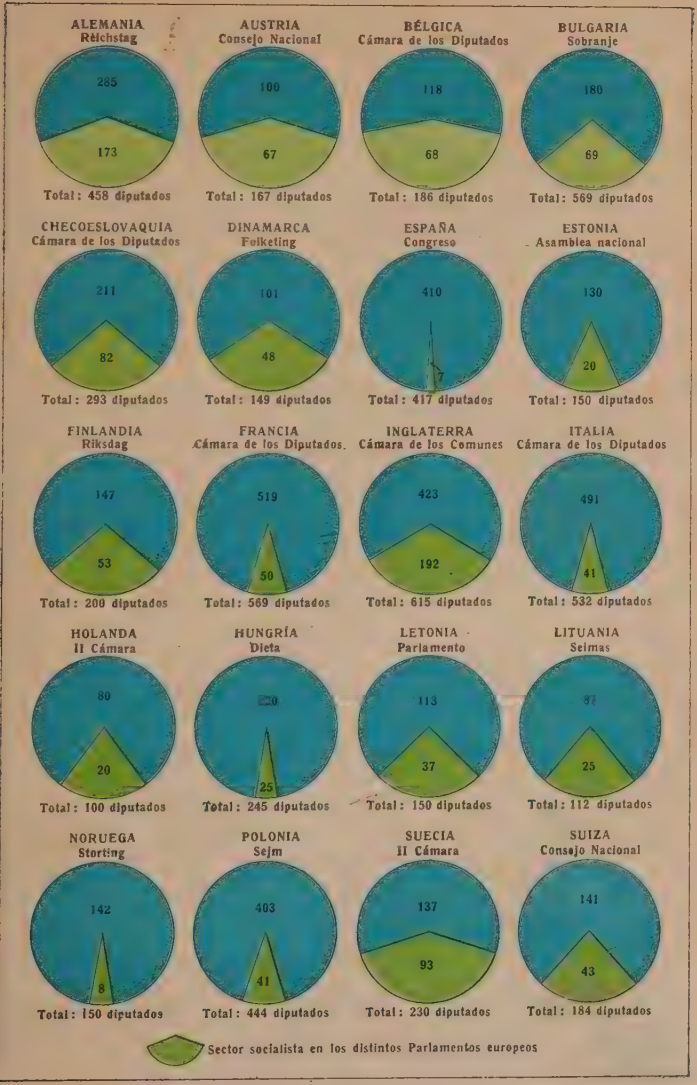
(1) Véase Anton Menger, *El derecho al producto íntegro de trabajo.*

estos hombres dejaron en pos de sí meras tertulias literarias, y no un movimiento. La época no estaba sazonada para esto último. La lucha política distraía la atención, y el magnífico campo que se abrió al comercio británico oscureció sus explotaciones y frustró todos los intentos hechos para organizar la protesta de la clase obrera. El movimiento cartista atravesó el firmamento, pero era un meteoro y no un sol naciente, y los obreros británicos establecieron una alianza de radicalismo y reforma política, tradeunionismo y cooperación.

El momento decisivo acaeció en el noveno decenio del siglo pasado. En 1879 se publicó *Progreso y Miseria*, de Henri George, obra que tuvo un indecible efecto, transformando el ideario humano respecto a las cuestiones sociales. La pobreza se convirtió en un problema de interés público, dejando de ser un misterio necesitado de un tratamiento privado e individual. El partido radical había sido ineficaz en política. Los cañones ingleses disparando frente a Alejandría en 1882, por orden de un Gobierno liberal, hicieron un efecto tan desastroso en las organizaciones radicales como lo habían hecho en Egipto.

Un núcleo oscuro, denominado « Federación Democrática », habíase formado por los individuos agrupados en torno al Eleusis Club de Chelsea (una famosa organización de militantes) y fué el suelo en el cual quedó plantada la semilla de Carlos Marx. Mr. Hyndman, un ardiente discípulo de Marx, llegó a ser jefe del nuevo partido que cambió su nombre en 1884 por el de « Federación Social Democrática » (« Partido » vino a sustituir a « Federación » en 1906). La propaganda del Socialismo había comenzado. Los primeros pasos no fueron alentadores, porque pocos meses después aconteció una disensión, y se constituyó la « Liga socialista », a la cual irá siempre asociado el nombre de William Morris. La Federación era manifiestamente marxista, la

La representación parlamentaria del Socialismo, en los diversos países de Europa



Año 1923

Liga tenía tendencias anarquistas decididas, y en la época de su separación estas dos tendencias fueron complementadas por la *Fabian Society*, surgida de un pequeño grupo idealista denominado *New Fellowship*, constituído por el profesor Tomás Davidson un año o dos antes. De estos campos surgió la doctrina socialista. La « Liga » fué debilitándose y desapareció paulatinamente después de ayudar a Morris a enriquecer el Socialismo y la literatura inglesa con poemas, lecturas y ensayos publicados en su periódico, el *Commonweal*. La Federación era altivamente dogmática e intransigente ; de un modo ocasional rompió abiertamente las hostilidades contra el movimiento tradeunionista ; nunca apeló a la inteligencia media inglesa, aunque poseía una fe y una energía capaces de remover los mayores obstáculos. Envió tres candidatos al Parlamento de 1885, y obtuvo en Kennington y Hampstead 27 y 32 votos respectivamente, mientras que Mr. John Burns, que luchaba en West Nottingham, logró 589 votos. Con el transcurso del tiempo la Federación ocupaba un lugar apartado en la vida pública y estaba aislada de todas las secciones, excepto la estrictamente dogmática, que quedó abierta a la influencia socialista. La *Fabian Society*, por otra parte, se dedicaba a realizar una labor puramente educativa. Sus doctrinas eran predicadas con notable brillantez, pero adoptó el lema « Permite » con preferencia al de « Organiza ».

Precisaba hacer algo para ayudar el avance, y esto era una imperiosa necesidad porque unos tras otros los jefes de las Trade Unions se habían ido convirtiendo al Socialismo, y las batallas anualmente reñidas en los Congresos tradeunionistas entre la vieja y la nueva escuelas patentizaban que esta última tenía más ascendiente (aunque numéricamente se hallara en minoría), y que ninguno de los jóvenes de influencia se alineaba en las filas de la antigua escuela. La huelga de los docks,

había sido ganada en 1889, y proclamado el neo-unionismo. Las batallas de Trafalgar Square habían sido reñidas, llegando a conmover los ánimos de muchas personas. A través del país fueron formándose diversos partidos laboristas locales ; en 1888 se fundó un partido laborista escocés, y en el mismo año, Mr. Keir Hardie se presentó como candidato laborista independiente por Mid-Lanark y obtuvo 619 votos. Durante el Congreso de Trade Unions reunido en Glasgow en 1892, fué convocada una conferencia de jefes obreros para examinar la situación. El resultado de esta y otras negociaciones fué la convocatoria de representantes de las organizaciones laboristas, ramas fabianas y otras entidades socialistas, en Bradford, 1893, siendo organizado el « Partido Laborista Independiente », con Mr. Keir Hardie como jefe. Su objeto era el Socialismo, su método unir todas las fuerzas afiliadas a este partido sirviéndoles de inspiración. Rechazaba las abstracciones y dogmas, y apelaba directamente a la diaria experiencia del trabajo. Propuso iniciar la actuación política, siendo su éxito instantáneo. En efecto, el fruto estaba ya en sazón. El partido combatió a liberales y conservadores, y antes de contar muchos meses de existencia ganó unas elecciones municipales. En las elecciones generales de 1893, Mr. Hardie fué reelegido por South West Ham, y el nuevo partido comenzó a presentarse en todas las elecciones, obteniendo invariablemente un elevado número de votos.

Los detalles de su historia subsiguiente no necesitan ser recordados aquí. La manifestación de sus propósitos característicos e inmediatos se ha traducido en uno de los campos más notables de la política inglesa. El partido previó desde el principio que bajo algún Gobierno libre el movimiento socialista debía unirse, para realizar objetivos políticos, con las organizaciones industriales

de los obreros. Esta es la explicación de las batallas reñidas en los Congresos tradeunionistas.

Esta política es, en efecto, la realización de lo que Marx preconizaba. El Socialismo no puede tener éxito mientras sea solamente un credo ; necesita ser convertido en movimiento. Y esto es imposible hasta que dos cosas sucedan : que exista un poder organizador detrás de un núcleo de fuerzas convergentes, que logre ganar la confianza de la masa de las clases obreras. La « Federación democrática social » desprecia estas dos tareas, mientras que el Partido Laborista Independiente se dedica de lleno a ello ; la Federación Social Democrática queda detenido en un remanso, el Partido Laborista Independiente sigue el curso de la corriente viva. Un estudio de los destinos de cada una de estas dos entidades es una de las sugestiones más provechosas para el estudiante de política.

Cuando el estrépito de estas luchas quedó extinguido, el Congreso tradeunionista celebrado en Plymouth, en 1889, resolvió convocar una Conferencia, a la que serían invitadas todas las entidades socialistas y tradeunionistas, a fin de discutir la posibilidad de una unión para realizar objetivos políticos. En el *Memorial Hall*, a fines del febrero siguiente, reuniéronse 129 delegados, algunos para dejar morir este intento en una tolerancia bonachona, unos pocos para asegurar que este fenecimiento sería definitivo, pero la mayoría decidida a ofrecerle una posibilidad. Una de las mayores debilidades del movimiento obrero en Gran Bretaña, la falta de una Prensa adecuada, fué en este momento una circunstancia favorable. Una referencia o dos en contados diarios fué todo lo que quedó de esta asamblea, y durante seis años el partido hubo de permanecer en la oscuridad, hasta que en 1906 fueron elegidos bajo sus auspicios treinta miembros del Parlamento. El resultado fué tan sorprendente como un rayo caído

del cielo azul. La única Trade Unión de alguna importancia que permaneció apartada — la Federación minera — ingresó en el partido en 1909, y una sólida falange de candidatos laboristas resultó elegida en enero de 1910. Cuarenta fueron estos representantes, aumentándose todavía en dos más en las elecciones de diciembre del mismo año. El partido laborista no es socialista. Es una unión de entidades socialistas y tradeunionistas para la realización de una labor política inmediata : el Partido democrático social se le unió en un principio, pero después de cooperar durante un año volvió a su aislamiento en 1901. Esta es, sin embargo, la única forma política en que el Socialismo evolucionista puede arraigar en un país con las tradiciones políticas y métodos de la Gran Bretaña. En las circunstancias inglesas, un partido socialista es la última forma, no la primera, del movimiento socialista en política.

2. La Internacional

Ahora nos ocuparemos de una de las características más importantes del movimiento socialista : su organización internacional. El internacionalismo es un modo de acción socialista lo mismo que lo es de la organización católica. Ya he demostrado cómo el Socialismo ha echado raíces en todos los países donde el capitalismo existe, y todos estos movimientos nacionales reconocen una cierta relación de similitud. « Socialista » es una consigna que asegura una buena acogida en todas las organizaciones obreras, desde China hasta Perú. El « Manifiesto Comunista », reflejando una idea que había prevalecido desde hacía muchos años en las organizaciones obreras, terminaba con una invitación a los trabajadores de todo el mundo para que se unieran, y sus autores y continuadores nunca han imaginado el movimiento de otra forma que como una unión entre todas

las naciones. Su manifestación primitiva fué la Asociación internacional.

El espíritu del liberalismo y de los partidos obreros a mediados del siglo XIX fué internacional. Las guerras napoleónicas habían agotado a Europa, y la cultura de la época era cosmopolita. Hegel terminaba su «Fenomenología del Espíritu» escuchando los estampidos del cañón en Jena, pero el escritor no mostró interés alguno por la batalla. Goethe era igualmente indiferente a las tribulaciones nacionales de Alemania, cuando no estaba apenado con el proceder de sus compatriotas. Los espíritus activos de la clase obrera arrastraban el destierro entre París y Londres, llevando su propaganda a estas capitales. Este núcleo fué una de las primeras organizaciones que prestaron buena acogida a Marx como caudillo, y en 1847 constituyóse en Londres una Liga comunista. A ella dirigieron Marx y Engels su célebre Manifiesto. Pero las revoluciones de 1848 redujeron la Liga y el Manifiesto a segundo término durante algún tiempo. El fracaso de las revoluciones se tradujo en una violenta represión. Pero el Socialismo sobrevivió e imprimió un ímpetu al renacimiento de los movimientos políticos; en cada Estado, como hace poco he dicho, los grupos socialistas lucharon para ganar y mantener una posición firme. Esta situación duró hasta que la Exposición internacional de Londres, en 1862, procuró al movimiento internacional una nueva posibilidad de organizarse a sí mismo.

Una diputación de obreros franceses acudió a la Exposición bajo los auspicios oficiales, siendo muy bien acogida por los obreros ingleses. Al siguiente año acudió otra nueva diputación y fué recibida con las mismas muestras de contento. Los resultados excedieron a las presuposiciones hechas por los legisladores. En efecto, el día 28 de septiembre de 1864 se reunió en Londres una Asamblea internacional en la cual fué elegido un

comité encargado de formar y desarrollar una « Asociación Internacional de Trabajadores ». El deber de planear una constitución fué inicialmente encomendado a Mazzini, pero sus modos idearios y de acción no expresaban el espíritu del comité, por cuya razón la tarea fué en definitiva encomendada a Marx. La nota redactada fué socialista. A pesar del creciente enriquecimiento de las naciones, no se acusaba una efectiva mejora en la suerte de las clases obreras ; la economía individualista de los capitalistas había anulado este último desarrollo en teoría y en práctica. Y una vez más sonó el clarín : « ¡Trabajadores de todos los países, uníos! ». El propósito declarado de la Internacional era unir todos los movimientos nacionales obreros que aspiraban a realizar aquellos cambios políticos y económicos requeridos para emancipar al pueblo de su miseria.

Por desgracia, dos sectores del pensamiento defendían sus propios fueros. El comunista, con su antagonismo a la autoridad centralizada, y su creencia en el municipio libre y en la libre asociación de los trabajadores, adoptaba un punto de vista muy divergente del que caracterizaba al Socialismo, y no era susceptible de coincidir con él en el mismo movimiento. Pero las aspiraciones finales de ambos eran próximamente iguales, por divergentes que fueran sus métodos, y en consecuencia ambos se dispusieron a imponer la propia idea. Los Congresos de la Internacional fueron sus campos de batalla.

El Gobierno belga prohibió el Congreso inmediato que había de celebrarse en Bruselas, y éste se reunió en Londres. En Ginebra, en 1866, se aprobó un programa que incluía la jornada de ocho horas y considerables reformas de carácter educativo, pero surgió también una nota de discordia. Los delegados franceses desconfiaban de los « intelectuales ». Estos habían agudizado la lucha con sus teorías y dogmatismos ; pero, por otra

parte, si hubieran sido excluídos, la Internacional hubiera perdido las únicas ramas sustentantes, y las únicas inteligencias capaces de dirigirla. Sus servicios fueron mantenidos. En Lausana, en Bruselas, en Basilea, durante los años siguientes, y en La Haya, en 1872, el Socialismo de la Asociación se hizo más pronunciado. Adoptáronse resoluciones en pro de la nacionalización de la tierra, del control público de los transportes, de la propiedad cooperativa de los medios de producción, de una huelga general en caso de guerra, y este avance en la opinión fracasó por las huelgas y agitaciones políticas acaecidas en las respectivas naciones. El Congreso de 1870 había de celebrarse en París, pero entretanto se declaró la guerra franco-prusiana. Después vino la *Commune*, y la Internacional tuvo que hacer frente a esta tormenta. Diversas organizaciones obreras de las más conservadoras manifestaron su vacilación, sintiendo que las cosas se habían llevado demasiado lejos y rápidamente ; otros, tomando literalmente la doctrina de la lucha de clases, vieron con malos ojos la admisión de intelectuales en el seno de su partido ; por añadidura existía la antigua contienda entre el socialista y el comunista que se acercaba a Proudhon más que a Marx.

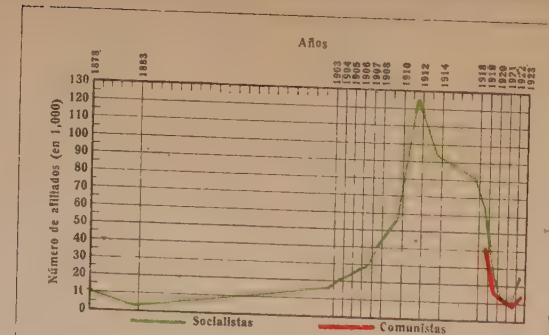
Este último conflicto ha ido acentuándose más y más de Congreso en Congreso. El socialista vacia su acción en moldes políticos y estatales, el anarquista labora por la realización de colectividades y talleres cooperativos autónomos. Los seguidores de Proudhon y Blanqui turbaron la armonía de Ginebra y Lausana. Bakunin entró en escena en Bruselas y Basilea, y atacó a Marx, personalmente y como jefe. La tempestad de la *Commune*, en la que, en realidad, la Internacional sólo tenía una responsabilidad indirecta, aunque estaba asociada con ella según la opinión pública, estalló sobre la organización en una época en que la lucha interna

había disminuído su fortaleza. Los acontecimientos de Francia dieron lugar a una gran batalla entre los sectores político e industrial del movimiento, y en 1872 el sector anarquista hubo de ser expulsado. La Internacional, aunque vencedora, quedó mortalmente herida. Como un maltrecho rey Arturo, fué llevada al otro lado del mar. En Nueva York se mantuvo durante pocos meses, y en Ginebra se convocó en 1873 un nuevo Congreso, que señaló su fin.

El proletariado internacional no estaba dispuesto para unirse ; los jefes no habían preparado la fundación con suficiente cariño ; siempre habían estado discutiendo sus planes y la casa que construían amenazaba derrumbarse. Pero no era la idea, sino el plan lo que fracasaba. Cada nación se recogió en sí misma y reunió a sus obreros en movimientos apropiados a su peculiar capacidad y oportunidades. Diferentes tradeuniones, sociedades cooperativas, asociaciones pacifistas, etc., celebraron Asambleas internacionales, y con el transcurso del tiempo volvió a nacer la Internacional.

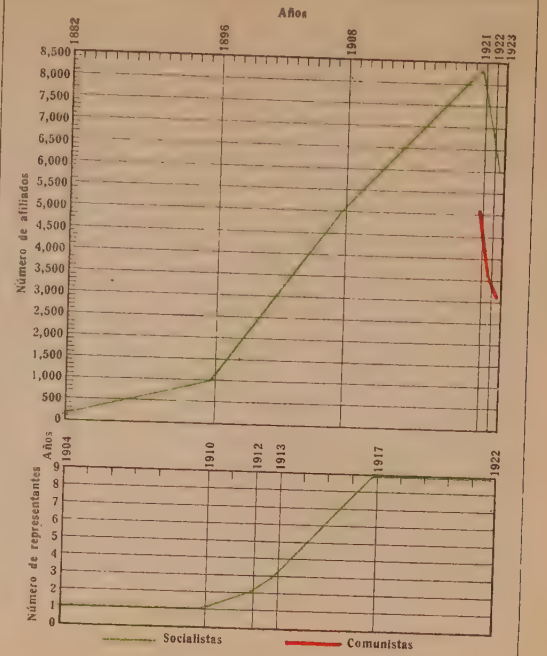
En 1889 acudieron a París unos 400 delegados de las diversas organizaciones socialistas y obreras, constituyendo lo que oficialmente se denomina Primer Congreso de la Nueva Internacional. En 1891 el Congreso se reunió en Bruselas y en 1893 en Zurich. Una vez más el trastorno anarquista hubo de ser afrontado, y de ello se ocupó el Congreso de Londres de 1896. Día tras día continuó la batalla en la antesala y en la tribuna. Figuras salvajes, oratorias furiosas, pasiones huracanadas hicieron este Congreso inolvidable para los que asistieron a él. Pero, al fin, los anarquistas fueron derrotados, y hubieron de retirarse. Una vez más y para siempre el movimiento socialista e internacional se declaró por la acción política, por la conquista del Estado con métodos parlamentarios, por la revolución mediante la evolución. Actualmente, una vez cada tres

Desarrollo del Partido socialista y su representación parlamentaria



En la Cámara, 1920 y 1922, 1 representante socialista de 431 y 396 diputados, respectivamente

ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA



REPÚBLICA ARGENTINA

años se reúne este parlamento de los obreros para discutir los temas de común interés a todo el movimiento. Todas las naciones importantes del Planeta están representadas en ellos y aparecen igualmente todos los jefes parlamentarios del movimiento. En el intervalo de los Congresos, los asuntos comunes son administrados por una Oficina Internacional sita en Bruselas, en la que están representadas todas las naciones, y un comité que consta de un representante por cada grupo parlamentario socialista y laborista en los Parlamentos del mundo pone en mutuo contacto unos partidos parlamentarios con otros.

El campo abarcado por estos Congresos puede apreciarse mucho mejor resumiendo las resoluciones adoptadas durante los últimos diez años en Amsterdam, Stuttgart y Copenhague. El militarismo ha sido condenado, proponiéndose la fundación de un ejército cívico en lugar de los actuales ejércitos; la lucha internacional se considera como resultado de las rivalidades capitalistas; igualmente se ha manifestado la oposición contra el imperialismo y la adquisición de colonias como una forma de explotación de las razas más débiles, y como fruto de la lucha en que el capitalismo está empeñado para extender sus mercados sin riesgo. Una política razonada de cooperación entre entidades socialistas y tradeunionistas ha sido establecida, declarándose que el fin de toda la actividad tradeunionista debe ser el Socialismo; también se han aprobado una serie de proposiciones fijando las condiciones que han de presidir la emigración e inmigración de los obreros. Se aprobó un proyecto de código internacional del trabajo, discutiéndose y aceptándose igualmente las medidas necesarias para acabar con el paro obrero. Hízose también una declaración contra el voto concedido a algunas clases de mujeres (declaración conocida en Inglaterra bajo la denominación de *The limited*

Bill) y en favor del sufragio de los adultos «sin distinción de sexos». La unidad socialista en los diversos países ha sido recomendada, y además de estas cuestiones de carácter predominantemente general fueron adoptadas resoluciones referentes a importantes cuestiones de política internacional que ocupaban la atención pública cuando se celebraron los diversos Congresos.

Este es, seguramente, el núcleo de «el Parlamento de los hombres». El Congreso está dispuesto a luchar por todo cuanto se oponga a la discordia internacional y a la desintegración dentro de las naciones; está preparado para apoyar cualquier movimiento favorable a la paz y a la buena voluntad, y que contribuya al progreso del bienestar humano. Pero inicialmente se dedica a discutir y plantear los problemas que surgen en el Socialismo. A medida que avanza en las diversas naciones desarrollando una labor propagandista y política, y a medida que los partidos parlamentarios aumentan en el número de puestos ocupados, la organización va asumiendo más y más su carácter, y su gestión refleja más perfectamente su punto de vista peculiar.

Conclusión

« Si la Humanidad continúa progresando »

« La forma de asociación que, si la Humanidad continúa progresando, está destinada a predominar en definitiva, no es la que puede existir entre un capitalista como jefe y un grupo obrero sin voz ni voto en la administración, sino la asociación de los obreros mismos, en términos de igualdad, poseyendo colectivamente el capital necesario para realizar sus operaciones, y trabajando bajo la dirección de personas elegibles y amovibles por los mismos obreros. » Así escribía Mill en la edición final de su *Economía política*. Y así, en definitiva, Mill se despojó de principios que eran demasiado estrechos para él y se incorporó a las filas de los que creían que el futuro pertenecía al Socialismo. Su declaración de fe adoptaba la forma de una profecía, pero de una profecía que era la clave de una vida dedicada a investigar, a pensar, a perseguir la verdad. El ponía a su postulado la siguiente condición : « Si la Humanidad continúa progresando... »

He aquí el factor desconocido. Alrededor de nosotros advertimos signos de degeneración. No podemos vanagloriarnos de poseer las reservas de robustez física que en otros tiempos se apreciaban en las poblaciones rurales ; no contamos con esta fortaleza mental que viene del aire libre, de la alimentación sana y frugal, ni del contacto con la vida vigorizante de la Natura-

leza, de la siembra fecunda y la alegre cosecha, de la armoniosa primavera y del solemne invierno. La unidad familiar está debilitada. La mujer hacendosa y maternal pertenece al reino del pasado. El cabeza de familia ha llegado a ser algo nominal que antiguamente tenía una importancia, y en en la actualidad no es más que un recuerdo ; la fortaleza masculina del puritanismo ha desaparecido perdiendo su austeridad, y la educación, impuesta a inteligencias depauperadas ha producido flores enfermizas de credulidad simplista y falta de imaginación. El bienestar que anhelan los potentados tienen un matiz bizantino ; los placeres del proletariado le incapacitan para el esfuerzo viril. El humanitarismo ha prohibido a la naturaleza la inmolación del débil ; una falta de precaución y de previsión científica ha impedido a la comunidad aumentar la masa, de tal modo que los débiles supervivientes no supongan una merma de su virilidad. Estamos en las angosturas de un valle, y nuestra salvación está en las sendas que conducen a la cumbre. « ¡Si la Humanidad continúa progresando...! ». No podemos retroceder ; sólo nos es dado avanzar o, si permanecemos estacionarios, hundirnos en el abismo.

El progreso es posible por uno de dos caminos. Podemos volver a la selección mecánica de la Naturaleza, y decir al corazón : « Está tranquilo », y a los sentimientos : « Dormid ». Las circunstancias de la vida favorecerán entonces, solamente, la existencia de ciertas cualidades adaptables. En el escenario de la Naturaleza desfilará ante el hombre una interminable cabalgata de víctimas y vencedores. El fuerte se impondrá al débil ; lo latente languidecerá en la sombra. El último polluelo, insuficientemente robustecido por la madre, sucumbe cuando ella tiene que procurar por sí misma en el otoño ; el primer polluelo, cuidadosamente nutrido y bien provisto para utilizar los alimentos del

campo, sobrevive para enseñar a su descendencia cómo ha de preservar su vida. El objeto resplandeciente, que brilla en el montón es aprehendido, y la Naturaleza no sabe más de él; la cosa callada que aparenta como una hoja, o una rama, o una sombra menuda, elude la mirada de sus anhelantes perseguidores, y vive. Las formas cambian, como la Naturaleza. El cultivo alejó el lobo gris y el toro salvaje de la Gran Bretaña, el uso de las armas de fuego ha iniciado el exterminio de la jirafa, la introducción del cerdo en la isla Mauricio puso fin al dido, un cambio en la corriente del Atlántico casi determinó la destrucción de algunas especies marinas de la costa norteamericana, las alteraciones de clima han desplazado familias enteras de animales — como el tapir — de los antiguos caseríos, el desarrollo de ciertos hábitos de ave entre los reptiles voladores destruyó aquellos que tenían mandíbulas con dientes, la unión geológica de Norte y Sudamérica en tiempos relativamente recientes determinó la destrucción de algunos tipos sudamericanos, como los armadillos, y así sucesivamente.

Con el hombre sucede algo diferente. Si el clima cambia, modifica sus vestidos y su habitación, y encuentra diversos inventos para desafiar a la Naturaleza en primer término, y, después, para explotarla. Análogamente a lo que hacen otros animales, protégese a sí mismo formando grupos, que riñen la lucha de la Naturaleza. Pero ellos se nutren, comprendiéndose en esta nutrición la requerida por la inteligencia individual y personal y por las leyes de existencia, ética, costumbres, justicia y religión del grupo. Y así se descubre una nueva senda de progreso, la senda que consiste en una inteligente concepción de fines y propósitos y en una adopción de los medios racionales para lograr estos fines. El hombre suple a la Naturaleza. Le arrebata, por decirlo así, sus secretos, y usa de ellos

para la consecución de sus propósitos racionales. La Naturaleza produce y mata lo que puede ; el hombre produce lo que necesita y destruye lo que no le hace falta. La selección de la Naturaleza es mecánica ; la del hombre, racional ; la selección de la Naturaleza es accidental, la del hombre, consciente. La perdiz va recubierta de plumaje castaño porque la Naturaleza termina con los ejemplares que van revestidos de otro modo, pero el hombre se viste del color que le place, sin temor alguno. El progreso humano no es el resultado de la ley natural de la supervivencia de los más aptos, sino del arte humano de crear individuos con aptitudes. La Naturaleza rodea a sus hijos con la muerte, el hombre los envuelve con la vida. El hombre, mediante su inteligencia, coopera con la Naturaleza y con sus semejantes, para poder vivir.

El largo valle del progreso humano está ensombrecido por errores y catástrofes, por las tediosas jornadas del salvajismo, por tierras de Canaan, abundantes de lejos en leche y miel, pero que, conquistadas, son infecundas ; y capítulo tras capítulo va desgranándose este triste canto. Mas entre la confusión, los conflictos, las derrotas, muéstrase cierto orden en las filas que avanzan, revelando que van guiadas por una idea sustentadora. El reino de la justicia se extiende, la igualdad esencial del hombre crea y modifica las instituciones, el ser humano llega a ser, cada vez más, un sujeto de voluntad. Un examen detenido revela orden y regulación en los detalles. Puede desencadenarse una lucha entre la libertad individual y la disciplina social, entre la libertad y la autoridad, entre los intereses que a la sazón pueden usar la organización social para su propio beneficio y los que son víctimas de este uso. Este conflicto no se desarrolla de un modo rígido, en continuadas series de avances, sino más bien en una rítmica pulsación, poniendo unas veces un interés, y otras, otro distinto en el avance.

El Estado actual es anarquizante. Hemos avanzado a través de nuestra época de explotación ejercida por individuos y clases, y la diástole y sístole de la Historia continúan. O, usando un símil más familiar, el péndulo oscila hacia atrás, pero no más allá de su oscilación inicial de avance. La organización tiene que ser conducida actualmente a una ulterior etapa. Y ¿cuál ha de ser el objeto de su organización? Sólo puede ser uno : el poder económico. La época individualista creó este poder, lo organizó y quedó aplastada bajo su masa. La colectividad, el Estado, el conjunto del pueblo — cualquiera que sea el nombre que le dé el arbitrio de los hombres — debe asumir este poder, ensancharlo y robustecerlo para realizar labor social. Esta es la génesis del movimiento socialista : este es el Socialismo.

Pero, del mismo modo que estos cambios en la organización, estas fluctuaciones entre individualismo y sociabilidad se aplican al logro de la libertad y del progreso humano, así la fuerza propulsora que late en el Socialismo no es meramente perfección mecánica y economía social, sino vitalidad. En torno a ella se agrupan los impulsos vivificantes de la religión, de la ética, del arte, de la literatura, aquellos impulsos creadores que llenan el corazón humano con un tesoro inagotable de esperanza y aspiración, y que le hacen hallar no solamente su mayor felicidad, sino también la verdadera razón de la vida misma, persiguiendo la ruta de peregrinación que, encaminándose sobre las cumbres hacia el otro lado del horizonte, aspira a la consecución de un ideal.

Cuadro cronológico

de las principales fitas históricas del Socialismo

Siglos VIII a VI a. de J. C. Los Profetas de Israel, desde Amós (760) al segundo Isaías (hacia 550).
Siglo V a. de J. C. Mîh-tse en China.
Hacia 400. Faleas de Calcedonia.
427-347. Platón (« Estado », « Leyes », « Critias o la Atlántida »).
392. Representación de « Eclesiazusas », de Aristófanes.
350-30. Evémero, « Crónica Sacra », Jambulo, « Estado del Sol ».
Hacia 300. « El Estado Universal », de Zenón.
Hacia 35 d. de J. C. La comunidad cristiana en Jerusalén.
Siglos II-V. Los Padres de la Iglesia.
260. « Platonópolis », de Plotino.
347-407. San Juan Crisóstomo, Patriarca de Constantinopla (397).
Hacia 500. El mazdaquismo, en Persia.
Siglos XII y XIII. Herejías comunistas (valdenses o cátaros, paterenos o apostólicos, etc.)
Hacia 1200. Joaquín de Floris (Italia) y Amalrico de Bene (Francia).
Hacia 1350. Wycliff y John Ball, en Inglaterra.
1419-1434. Los taboritas, en Bohemia.
1516. Moro, « Utopía ».
1524-25. Tomás Münzer. Guerra de los campesinos en Alemania.
1524-1540. Lutero, « Contra la usura ».
1531. Sebastián Franck, « Diario ».
1534-35. Los anabaptistas de Münster.
1560-1626. Bacon de Verulam, « Atlantis ».
1568-1639. Tomás Campanella. 1620, « Estado del Sol ».
1610-1778. Estado de los Jesuítas, en el Paraguay.
1652. Winstanley, « Ley de la libertad ».
1656. Harrington, « Oceana ».
1659-1662. Primeros proyectos de cooperativa económica, por Plockboy.
1677-78. Vairasse, *Histoire des Sévarambes.*
1696. Beller, *Colledge of Industrie.*
1664-1729 (1733). Juan Mestier, *Mon testament.* Amsterdam, 1864.
1755. Rousseau, « Discurso acerca de la desigualdad de los hombres ».
1755. Morelly, *Code de la Nature.*

1776. Mably, « De la ley ».
1786. Brissot, *La propriété et le vol.*
1796. Babeuf, « Conjuración de los iguales ».
1800. Fichte (1762-1814), « Estado mercantil cerrado ».
1808. Fourier (1772-1837), « Teoría de los cuatro movimientos ».
1813. Owen (1771-1858), « Nueva concepción de la sociedad ».
1823-25. Saint-Simon, « Catecismo de los industriales », « El nuevo Cristianismo ».
1829-1832. Bazard y Enfantin. 1832, Decadencia del saint-simonismo.
1832. Joncières emplea por primera vez la palabra « socialismo » en la revista saint-simonista *Le Globe.*
1834. Owen, « Del nuevo mundo moral ».
1835-1844. Considerant (1808-1892), *La destinée sociale.*
1838-1843. Escritos de W. Weitling (1808-1871).
1839. L. Blanc, « Organización del trabajo ».
1840. Proudhon (1809-1865), « ¿Qué es la propiedad? ».
1840. Cabet, « Viaje a Icaria ».
1842. Lorenzo Stein, « Socialismo y comunismo en la Francia actual ».
1844. Escritos de Marx (1818-1883) y de Engels (1820-1895) en los « Anuarios franco-alemanes ».
1844. Los *Pionneers*, de Rochdale.
1846. Proudhon, « Filosofía de la miseria ».
1847. Réplica de Marx, « Miseria de la Filosofía ».
1848. Incorporación del principio del « derecho al trabajo », a la Constitución francesa.
1848. (principio de febrero), Publicación del « Manifiesto comunista ».
1849. Leroux, *De l'humanité.*
1851. Rodbertus (1805-1875), « Cartas sociales a v. Kirchmann ».
1857. Leroux, *Essai sur l'égalité.*
1859. Marlo (Winkelblech), « Sistema de la Economía política ».
1862. F. Lassalle (1825-1864), « Programa obrero ».
1863. Se constituye en Leipzig la Asociación general de obreros alemanes.
1864. Asamblea obrera en Londres : creación de la Primera Internacional.
1866. F. A. Lange, « La cuestión obrera ».
1866. Congreso internacional de Ginebra.
1867. Marx, « El capital », vol. I (2.ª ed. 1873).
1867. Congreso internacional de Lausana.
1868. Congreso internacional de Bruselas.
1868. Escisión de Eisenach.
1868. Bakunin funda la « Alianza internacional de la democracia social ».
1875. Fundación del Partido socialista obrero alemán.
1876. Disolución de la Primera Internacional.
1878. Engels, *Herrn Eugen Dührings, Umwälzung der Wissenschaft.*
1879. Schäffle, « La Quinta esencia del socialismo » (Socialismo de cátedra).

1879. Fundación del Partido socialista obrero español.
1880. Fundación del Partido obrero francés. Divídese poco después.
1881. Fundación de la Federación Democrática de Londres, por Hyndmann.
1883. Fundación de la revista *Die Neue Zeit*, en Stuttgart.
1884. Fundación de la Sociedad Fabiana, por Bernard Shaw y Sidney Webb.
1885. Ejecución de los anarquistas de Chicago.
1885. Fundación del Partido obrero socialista belga.
1888. Fundación de la « Unión general de trabajadores españoles », y celebración del Primer Congreso socialista español en Barcelona.
1889. Fundación de la Segunda Internacional.
1889. Proyéctase la fundación del Partido laborista independiente, por Hardie.
1889. Congreso internacional de París.
1889. Fundación del Partido obrero austríaco.
1891. Congreso internacional de Bruselas.
1891. Programa de Erfurt (K. Kautsky).
1892. Fundación del Partido socialista italiano.
1893. Congreso internacional de Zurich.
1896. Congreso internacional de Londres.
1898. Fundación del Partido marxista ruso, por Plejanow.
1899. Ed. Bernstein, « Premisas del socialismo y objetivos de la Socialdemocracia ».
1900. Congreso internacional de París.
1900. Fundación del « Bureau socialiste international ».
1903. Aparición del bolchevismo, con Lenin, en el Congreso de Londres.
1904. Congreso internacional de Amsterdam.
1904. Creación de la Comisión democrático-social interparlamentaria.
1905. Unión del partido socialista francés.
1906. Penty, « Restauración del sistema de Gildas ».
1907. Congreso internacional de Stuttgart.
1907. Fr. Staudinger, « Fundamentos económicos de la Moral ».
1908. G. Landauer, « Invocación al Socialismo ».
1910. Congreso internacional de Copenhague.
1910. Comienza a publicarse el *Bulletin socialiste international*.
1912. Conferencia internacional de Basilea.
1913. Cole, « El mundo del trabajo ».
1914-18. Socialismo de guerra. *Die Glocke*, ed. por Parvus.
1917. Intentos fracasados de celebrar en Estocolmo un nuevo Congreso internacional.
1917. Revolución bolchevista.
1919. Congresos internacionales de Berna y Lucerna.
1919. Primer Congreso internacional comunista: Tercera Internacional.
1919. Congreso de Bolonia: el Socialismo italiano se incorpora a la Tercera Internacional.

1920. Segundo Congreso internacional comunista (se reúne todos los años siguientes).
1920. El Partido socialista español se incorpora a la Tercera Internacional.
1920. Congreso internacional de Ginebra.
1920. Se constituye en Viena la Internacional 2 $^{1}/_{2}$.
1921. Socialistas italianos y españoles se separan de la Tercera Internacional.
1921. Programa de Görlitz, de la Socialdemocracia alemana.
1924. Congreso socialista francés de Marsella: formación del Cártel.
1924. (22 enero-8 octubre). Ministerio MacDonald.
1925. Programa de Heidelberg.
1925. Ministerio Vandervelde, en Bélgica.

BIBLIOGRAFÍA

I. Repertorios bibliográficos

Artículos *Sozialismus* y *Sozialdemokratie*, en el « *Handwörterbuch der Staatswisenschaften* », Jena, 4.ª ed. 1923 y ss. El fascículo correspondiente a los dos citados artículos está publicado en 1925, y contiene una copiosísima bibliografía, distribuída por países, que alcanza hasta la fecha. — *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*. Jena, 1898 y ss. (Cada cuaderno lleva un apéndice bibliográfico de carácter internacional, con un apartado sobre literatura socialista.) — Bliss, *Handbook of socialism*. Londres, 1895. — Diehl, K., *Ueber Sozialismus, Kommunismus und Anarchismus*, 5.ª ed. Jena, 1923 (con apéndice bibliográfico). — Drahn, E., *Bibliographie des wissenschaftlichen Sozialismus* (para Alemania), 1914-1922. — Herkner, *Die Arbeiterfrage*, 8.ª ed., 2 vols. Berlín y Leipzig, 1923 (el volumen II contiene datos relativos a los partidos). — Maas, G., *Bibliographie der Sozialwissenschaften*. Dresde y después Berlín, 1905-1919, y 1922 y ss. — Marx-Engels-Lassalle, *Eine Bibliographie des Sozialismus*, 3 partes. Berlín, 1924. — Raléa, M., *Révolution et Socialisme. Essai de Bibliographie*. París, 1923 (estudia con acierto el socialismo en Francia, Alemania e Inglaterra). — Sombart, W., *Führer durch die sozialistische Literatur* (apéndice al volumen I de *Der proletarische Sozialismus (Marxismus)*, 2 vols. Jena, 1924). — Stammhammer, J., *Bibliographie des Sozialismus und Kommunismus*, 3 vols. Jena, 1893, 1900, 1908. — *Archiv für die Geschichte des Sozialismus und der Arbeiterbewegung*, vol. I-XI. Leipzig, 1911-1923. — *Jahrbuch für Politik, Wirtschaft und Arbeiterbewegung*, 1922-1923 ; 1923-1924. Hamburgo, 1923 y 1924 (inspirado en el criterio de la III Internacional). — *Labour Yearbook*. Londres. — *Bulletin d'informations émanant du Ministère des affaires étrangères de France*. París. — *Bulletin of the public affairs information service*. Nueva York. — *Bureau international du Travail*. Ginebra. — *Labour International Yearbook*, ed. por R. P. Dutt. 1921.

II. Historia del socialismo hasta mediados del siglo XVIII

Adler, M., *Wegweiser. Studien zur Geistesgeschichte des Sozialismus.* Stuttgart, 1914. — Beer, M., *Allgemeine Geschichte des Sozialismus und der sozialen Kämpfe,* 5 vols. Berlín, 1921-23. — Bernstein, E., *Zur Theorie und Geschichte des Sozialismus.* Berlín, 1904. — Kirkup, A., *History of Socialism.* Londres, 1914. — Vorländer, R., *Geschichte der sozialistischen Ideen.* Breslau, 1924. — Pareto, W., *Les systèmes socialistes,* 2 vols. París, 1902. — Bourgin, H., *Les systèmes socialistes.* París, 1923. — Frey, F., *Micius, ein chinesischer Vorläufer des christlichen Kommunismus.* « *Neue Zeit* », XVII, 2, 467-471 ; v. también Uchida (Kioto) en el *Archiv* de Grünberg III, 1-16. — Adler, G., *Geschichte des Sozialismus und Kommunismus von Plato bis zur Gegenwart.* Vol I : *Bis zur französischen Revolution.* Leipzig, 1899. — Beer, M., *Ein Beitrag zur Geschichte des Klassenkampfes im hebraischen Altertum.* « *Neue Zeit* » XI, 444-448. — Maurenbrecher, M., *Die Propheten.* Berlín, 1910. — Schilling, O., *Reichtum und Eigentum in der altkirchlichen Literatur.* Friburgo de Br., 1898. — Pohlmann, R., *Geschichte des antiken Kommunismus und Sozialismus,* 2 vols. Munich, 1893 y 1901. 2.ª ed. bajo el título de : *Geschichte der socialen Frage und des Sozialismus in der antiken Welt.* 1912. — Noel, C., *Socialism in Church History.* 1910. — Morus, Th., *Utopia.* Edición príncipe. Lovaina, 1516. La edición de Michels y Ziegler, Berlín, 1895, contiene una reseña de las diferentes ediciones. — Kautsky, K., *Thomas Morus und seine Utopie.* Stuttgart, 1890. 2.ª ed. 1906. — Gothein, E., *Der Christlichsoziale Staat der Jesuiten in Paraguay.* Leipzig, 1883. — Bacon, Fr., *Essays moral, economical and political.* Londres, 1597 ; *Nova Atlantis.* Londres, 1660. La edición más completa de sus obras es la de Ellis, Spedding y Heath. 14 vols. Londres, 1857-74. — Campanella, Th., *Civitas solis vel de reipublicae idea dialogus poeticus.* Francfort, 1620 ; *La città del sole.* Lugano, 1836. Edición completa de sus obras por Alessandro d'Ancona, *Opere di Tommaso Campanella,* 2 vols. Turín, 1854. — Lafargue, P., *Thomas Campanella* (publ. en 2.ª ed. bajo el título « *Vorläufer der neuren Sozialismus* », vol. III). Berlín, 1921.

III. Desde mediados del siglo XVIII hasta Marx

Janet, P., *Le socialisme révolutionnaire et le communisme au XVIII^e siècle.* « *Revue des deux Mondes* ». París, 1880, 1.° agosto. — Bounarotti, *Histoire de la conjuration de Babeuf,* 2 vols. París, 1828. — Doumaget, M., *Babeuf et la conjuration des Égaux.* París, 1922. — Bourgin, *Fourier.* París, 1905. — Simon, Heléne, *Robert Owen.* Jena, 1905. — Podmore, F., *Robert Owen.* 1906. — Booth, A. J., *Saint-Simon.* 1871. — Mückle, *Henri de*

Saint-Simon. Jena, 1908. — SAINT-SIMON, *Catéchisme des industriels.* París, 1823. — SAINT-SIMON, *Le nouveau Christianisme.* París, 1825. — DIEHL, K., *P. J. Proudhon.* Jena, 1888-96. — *Oeuvres complètes* de P. J. PROUDHON. París, A. Lacroix et Cie. 26 vols. public. en vida y 11 vols. de escritos póstumos. — *Oeuvres complètes de P. J. Proudhon, publiées avec des notes et des Documents inédits sous la direction de C. Bouglé et H. Moysset.* París, 1923. — CABET, E., *Voyage en Icarie,* 5.ª ed. París, 1848. — SHAW, B., *Icaria.* Nueva York y Londres. Londres, 1884. — JANET, P., *Les origines du socialisme contemporain.* París, 1883. — LABRIOLA, A., *Il socialismo contemporaneo : lineamenti storici.* Roma, 1914. — MÜCKLE, F., *Die Geschichte der Sozialistischen Ideen im 19. Jahrhundert.* Leipzig, 1909. — VORLÄNDER, K., *Der moderne Sozialismus in seiner geschichtlichen Entwicklung.* 1908. — VORLÄNDER, K., *Kant, Fichte, Hegel und der Sozialismus.* Berlín, 1920. — VORLÄNDER, K., *Die neu-kantische Bewegung in Sozialismus.* — SCHLÜTER, H., *Die Chartisten-Bewegung.* Nueva York, 1916. — RUSKIN, J., *Fors clavigera.* Londres, 1871. — MACKAIL, J. W., *William Morris,* 2 vols. 1899. — MORRIS, W., *News from nowhere.* Londres, 1891.

IV. Desde Marx hasta el presente

BOUGLE, C., *Chez les Prophètes Socialistes.* París, 1918. — GRÜNBERG, C., Artículo MARX en el « *Wörterbuch d. Volkswirtsch* », 3.ª ed., II vol., págs. 352-353. Jena, 1911. — Correspondencia entre Engels y Marx. 4 vols. Stuttgart, 1913. — LABRIOLA, A., *Karl Marx : l'economiste : le socialiste.* Trad. par E. BERTH. Pref. G. SOREL. París. — WILBRANDT, R., *Karl Marx.* Leipzig, 1920. — MEHRING, FR., *Karl Marx. Geschichte seines Lebens.* Leipzig, 1918. [Trad. al holandés (1920), al ruso (1920), al sueco (1921)]. — SPARGO, J., *Karl Marx.* Nueva York, 1910 ; Leipzig, 1912. — TUGAN-BARANOWSKY, M., *Marx, Engels und Lassalle als Philosophen.* Stuttgart, 2.ª ed. 1921. — ADLER, M., *Marx als Denker.* 1908. — VORLÄNDER, K., *Kant und Marx.* Tübingen, 1911. — TUGAN-BARANOWSKY, M., *Theoretische Grundlagen des Marxismus.* 1900. — *Los fundamentos teóricos del Marxismo.* Trad. y pról. de R. CARANDE. Madrid, 1915. — SOMBART, W., *Der proletarische Sozialismus (Marxismus),* 2 vols., 10.ª ed. Jena, 1924. (El volumen II contiene la exposición del movimiento socialista.) — PÉREZ SOLER, F., *Contribución al estudio del socialismo marxista.* Madrid, 1920. — CROCE, B., *Essai d'interpretation et de critique de quelques conceptes du marxisme.* París, 1898. — CROCE, B., *Historical materialism and the economics of Karl Marx.* Londres, 1914. — LAFARGUE, *Le determinisme économique de Karl Marx.* París, 1909. — CUNOW, H., *Die Marxsche Geschichts-, Gesellschafts- und Staatstheorie,* 2 vols. Berlín, 1921 y ss. — BUCHARIN, N., *Theorie des histor. Materialismus.* Hamburgo, 1922. — STAMMLER, R., *Wirtschaft und Recht nach der materialistischen Geschichtsauffassung.* 1896. 3.ª ed. 1921. — VANDERVELDE, *Le*

livre III du Capital de Marx. « *Annales de l'Institut des Sciences Sociales de Bruxelles* ». Abril, 1897. — SOREL, G., *Le idee giuridiche nel marxismo.* « *Rivista di storia e di filosofia del diritto* ». Agosto 1899. — LABRIOLA, A., *La teoria del valore di C. Marx : studio sul III libro del Capitale.* Milán, 1899. — LONGUET, J., *Politique international du marxisme.* París, 1918. — LENIN, *Staat u. Revolution, Die Lehre der Marxismus von Staat u. die Aufgaben des Proletariats in der Revolution.* Berna, 1918. — DESLINIÉRES, L., *Délivrons-nous du marxisme.* París, 1923. — MARX-ENGELS, *Le manifeste communiste.* Introduct. historique et comment. par ADLER, CH. París, 1901. — MARX, K., *Das Kapital,* 3 tomos. Tomo I, Hamburgo, 1867. II, publicado por Engels, 1885. III, publicado por Bernstein, 1894. — KARL MARX y FRIEDRICH ENGELS, *Sobranie sotschinenii v. 32 Tomack pod redakziei* D. RJASANOV y J. STEPANOV (6 partes publicadas). Moscou, 1920-23. (Promete ser la primera edición realmente completa de las obras de estos socialistas.) — MAYER, G., *Friedrich Engels.* 1820-51. Berlín, 1920. — ENGELS, F., *Socialism, Utopian and Scientific.* 1892. — ONCKEN, H., *Lassalle. Eine politische Biographie,* 3.ª ed. 1920. — BERNSTEIN, E., *F. Lassalle.* 1919. — LASSALLE, F., *Sämtliche Reden u. Schriften,* edit. por GEORG HOTSCHIK. Nueva York, 1882. 3 vols. — DIEHL-MOMBERT, *Ausgewählte Lesestücke zum Studium des politischen Oekonomie.* Vol. XI. *Sozialismus, Kommunismus, Anarchismus :* 1.ª parte : Escritos de los principales partidarios de estas ideas. Vol. XII. 2.ª parte : Programas y manifestaciones programáticas. — LASKI, H. J., *Communism.* Londres, 1927. — LOUIS, P., *Blanqui u. d. Blanquismus,* « *Neue Zeit* ». Stuttgart, XIX, 2, S. 260, 325. — GUESDE, J., *Essai de catechisme socialiste.* Bruselas, 1878. — BAKUNINE, M., *Oeuvres.* París, 1895-1913. 6 vols. — SHAW, B., *The Fabian Society.* Londres, 1895. — *Fabian Essays on Socialism.* 1907. — KAUTSKY, C., *La doctrina socialista.* 1910. — CATHREIN, V., *Der Sozialismus.* 1898. — CATHREIN, V., *El socialismo.* Trad. española del P. SABINO AZNARES. Barcelona, 1907. — PESCH, H., *Des wissenschaftlichen Soz. Irrgang u. Ende.* Friburgo de Br., 1924. — SINKHOVITCH, V., *Marxism versus socialism.* N. Y., 1913. — BERNSTEIN, E., *Socialisme theorique et socialdemocratie pratique.* Traduct. de *Die Voraussetzungen des Sozialismus.* París, 1900. — BELORGEY, J., *Le socialisme, ses doctrines et ses méthodes de réalisation.* Dijon, 1926. — ENSOR, R. C., *Modern Socialism.* 1907. — ROSE, FR., *The Coming Force.* 1909. — MALLOCK, W. H., *A Critical Examination of Socialism,* 1908. — KIRKUP, A., *An Irquiry into Socialism.* Londres, 1908. — SOREL, G., *Materiaux d'une théorie du proletariat.* París, 1919. — MILHAUD, E., *La marche au socialisme,* 7.ª ed. París, 1920. — SEILLIÉRE, F., *Vers le socialisme rationnel.* París, 1923. — DESLINIÉRES, L., *Comment se réalisera le socialisme.* París, 1919. — LABOR, N., *L'ordre nouveau. Programme du vrai socialisme.* Préface d'H. BARBUSSE. París, 1920. — AFTALION, A., *Les fondements du socialisme.* París, 1923. — ARGYRIADÉS, *Essai sur le socialisme scientifique.* París, s. f. — EUCKEN, R., *Der Sozialismus und seine Lebengestaltung.* Leipzig, 1926.

V. Los problemas culturales vistos por el socialismo

FERNANDO DE LOS RÍOS, *El sentido humanista del socialismo*. Madrid, 1926. — ALBORNOZ, A. DE, *Individualismo y socialismo*. Barcelona, 1908. — BRUNET, F., *Le socialisme experimental. Etude sociale*. París, 1924. — GODWIN, W., *An inquiry concerning political justice*. Londres, 1893. — KROPOTKIN, P., *Mutual Aid*. 1902. — MENGER, A., *L'Etat socialiste*, trad. MILHAUD. *El Estado socialista*, trad. M. DOMENGE MIR. Barcelona, 1908. 2 vols. — EVAIN, M., *El socialismo municipal*. Trad. R. ROSICH. Barcelona, 1912. — MATER, A., *Le socialisme conservateur ou municipal*. París, 1909. — DARWIN, L., *Municipal Trade*. 1903. — Lord AVEBURY, *On municipal and national Trading*. 1907. — JOWETT, F. W., *The Socialist and the City*. 1907. — VANDERVELDE, A., *Alcohol, Religion, Art*. 1906. — RITCHIE, D. G., *Darwinism and Politics*, 1895. — HEADLEY, F. W., *Darwinismo e sozialismo moderno*. — VORLÄNDER, K., *Katholizismus u. Sozialismus. Archiv. für Sozialw. u. Sozialpol*, vol. 51. — RUCABADO, R., *Socialisme espiritual*. Barcelona. — NITTI, F., *El socialismo católico*. Trad. de P. DORADO. Salamanca, 1893. — POGGI, A., *Socialismo e cultura*. Turín, 1925. — BURGOS MAZO, M., *El problema social y la democracia cristiana*, 2 tomos. Barcelona, 1914-17. — GUESDE, J., *Christianisme et socialisme*. París, 1905. — JAURÉS, J., *Action socialiste*. París, 1899. — *Acción socialista*. Trad. M. CIGES APARICIO. Barcelona, 1906. — THOMAS, A., *La politique socialiste*. París, 1913. — TASIN, N., *La dictadura del proletariado*. Madrid, 1920. — SANTAVILLE, F., *Socialisme et propriété*. París, 1920. — VANDERVELDE, E., *Le socialisme agraire ou le colectivisme et l'évolution agricole*. París, 1908. — COMPÉRE, M., *Le socialisme agraire*. París, 1920. — POTTER, B. (Mrs. Sidney Webb), *The Co-operative Movement*. 1899. — FEIG, J., *Unternehmertum und Sozialismus (Abhandlungen des staatswiss. Seminar)*. Jena, 1922. — LLOYD, H. D., *Labour Co-partnership in Great Britain*. 1898. — MACROSTY, H. W., *The Trust Movement in British Industry*. 1907. — HYNDMAN, H. M., *Comercial Crises of the Nineteenth Century*. 1892. — HUTCHINS, B. L. y HARRISON, A., *A History of Factory Legislation*, 1910. — HOBSON, J. A., *The Evolution of Modern Capitalism*, 1894. — BOWLEY, A. L. y WOOD, G. H., *History of Wages in the United Kingdom in the Nineteenth Century*. 1898. — BEVERIGDE, V. H., *Unemployment*, 1909. — HOHOFF, *Warenwert und Kapitalprofit. Eine Einführung in das Studium der politischen Oekonomie*. Paderborn, 1902. — OPPENHEIMER, F., *Die Soziale Frage u. der Sozialismus*. Jena, 1925. — MAN, H. C., *Die Intellektuellen u. der Sozialismus*. Jena, 1926. — Id., *Der Sozialismus als Kulturbewegune*.

VI. Historia del socialismo contemporáneo por países

MAGALHAES LIMA, S., *O socialismo na Europa*. Lisboa, 1872. — LASKINE, E., *Le socialisme suivant les peuples*. París, 1920.— **Alemania :** MILHAUD, E., *La démocratie socialiste allemande*. París, 1903. — MÜLLER, O., *Der Sozialismus in Deutschland*. M. Gladbach, 1920 y ss. — BEBEL, A., *Aus meinem Leben*. — HAENISCH, K., *Die deutsche Sozialdemokratie in u. nach den Weltkriege*. Berlín, 1916. — KANTOROWICZ, L., *Die sozialdemokratische Presse Deutschlands*. Tübingen, 1922. — KAMPFFMEYER, P., *Der Geist des neuen Sozialdemokratischen Programms*. Jena, 1922. — **Australia :** REEVES, W. P., *State Experiments in Australia and New Sealand*, 2 vols. — MÉTIN, A., *Le socialisme sans doctrine : Australie et Nouvelle-Zélande*. París, 1901. — LEDGER, A. J., *Australian socialism*. Londres, 1909. — **Austria :** BRÜGEL, L., *Geschichte der österreichische Socialdemokratie*, 5 vols. Viena, 1922-24. — ADLER, v. *Aufsätze, Reden u. Briefe*. Viena, 1924.— **Bélgica :** BERTRAND, L., *Histoire de la démocratie et du socialisme en Belgique depuis 1830*. Bruselas, 1906. — DESTRÉE y VANDERVELDE, *Le socialisme en Belgique*. París, 1898. 2.ª ed. París, 1908.— **España :** SÁNCHEZ RUANO, *Del socialismo en España según la ciencia y la política*. Madrid, 1865. — VINCENT, P., *Socialismo y anarquismo*. Valencia, 1892. — IGLESIAS, P., *El partido socialista en España*. 1897. — FABRA RIBAS, A., *Le socialisme en Espagne*. 1903. — FIDEL, *Pablo Iglesias en el partido socialista*. Madrid, 1905. — MORA, F., *Historia del socialismo español desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días*. Madrid, 1908.— GÓMEZ LATORRE, M., *El socialismo en España*. Madrid, 1913. — SALAS ANTÓN, J., *Notas al libro de Magalhaes Lima : « O socialismo na Europa »*. — MARVAUD, M., *La question sociale en Espagne*. París, 1910. — MARVAUD, A., *L'Espagne au vingtième siècle*. París, 1913. — MORATO, J. J., *El partido socialista obrero. Génesis Doctrina, Hombres, Organización*. Madrid, 1918. — CAMPALANS, R., *El socialisme i el problema de Catalunya*, Pròleg d'En G. ALOMAR. Barcelona, 1923. — LUGAN, A., *Le mouvement social catholique en Espagne*, en *Le Correspondant* (25 de noviembre, 1908).— AZNAR, SEVERINO, *El catolicismo social en España*. — GALÁN AGUIZÁBAL y NÚÑEZ TOMÁS, *Anuario obrero*. Madrid, 1915 y ss. — **Estados Unidos :** HILLGUIT, M., *History of socialism in the United States*, 8.ª ed. Nueva York, 1910. — **Francia :** GIDE, CH. y RIST, CH., *Histoire des doctrines économiques depuis les physiocrates jusqu'à nos fours*, 3.ª ed. París, 1920. — GUESDE, J. y LAFARGUE, P., *Le programme du parti ouvrier*. Lille, 1897. — JAURÉS, J., *Histoire socialiste 1789-1900*, 12 vols. París, 1900.— MILLERAND, A., *Le Socialisme reformiste français*. París, 1903.— COMPÉRE, M., *La question agraire et le socialisme en France*. París, 1912. — JAURÉS, J., *L'armée nouvelle*, 2.ª ed. París, 1915.— SOREL, G., *Introduction à l'économie moderne*. París, 1903. — VA-

LOIS, G., *Appel aux ouvriers français et à tous les travailleurs salariés.* (« Action française » del 30 octubre, 6 y 13 novbre, 1922). — LOUIS, P., *Histoire du socialisme en France de la Révolution à nos jours.* París, 1925. — **Hungria :** JARAY, G. L., *La question sociale et le socialisme en Hongrie.* París, 1909. — **Inglaterra :** HYNDMAN, G. M., *The historical basis of socialism in England.* Londres, 1888. — GUYOT, E., *Le socialisme et l'évolution de l'Angleterre contemporaine,* París, 1914. — WEBB, SIDNEY y BEATRICE, *Histoire du Trade-Unionisme.* París, 1897. — WEBB, S., *Socialism in England.* — A. FOSTER, H. O., *English Socialism of To-day,* 1908. — BEER, M., *History of british socialism.* Londres, 1919-20, 2 vols. — LEUBUSCHER, CARLOTA, *Sozialismus und Sozialisierung in England.* Jena, 1921. — MACDONALD, R., *Einiges über die englische Arbeiterpartei.* « *Neue Zeit* ». Stuttgart, XXIX, 1, S. 404. — BERNSTEIN, E., *Wesen und Entwicklung der Parteien in England,* « *Neue Zeit* ». Stuttgart XXXI, 2, páginas 741, 789, 860. — BERNSTEIN, E., *Der britische Sozialismus der Gegenwart,* 1910-1920. Stuttgart, 1920. — NOEL, C., *The Labour Party.* 1906. — CLAYTON, J., *The rise and decline of Socialism in Great-Britain,* 1884-1924. Londres, 1926. — **India :** *The Labour Movement of India.* Berlín, 1923. — MISRA, REVA PRASAD. *Das Soziate Programm Mahatma Gandhi. Archiv. f. Politik u. Geschichte* Sept. 1924. — **Italia :** ANGIOLINI, A., *50 anni di storia del socialismo in Italia.* Florencia, 1908. — CANTONO, A., *Istoria del socialismo italiano.* Turín, 1912. — MICHELS, R., *Storia critica del movimiento socialista italiano, dagli inici fino al 1911.* Florencia, 1926. — **Japón :** IWASAKI, U., *The working forces in Japonese Politics.* 1867-1920. Nueva York, 1921. — **Portugal :** PELUSO, E., *Die bürgerliche Republik u. die sozialistische Partei in Portugal.* « *Neue Zeit* », Stuttgart, XXIX, 1, pág. 142 ; 2, pág. 581. — **Rusia :** NÖTZEL, K., *Die soziale Bewegung in Russland.* Stuttgart, 1923. — **Historia de la Internacional :** JAECKH, *Die Internationale.* Leipzig, 1904. — *Protocolos de las sesiones de la Internacional.* — RADEK, K., *Theorie u. Praxis der 2 1/2 Internationale.* Hamburgo. — PEREYRA, C., *La III Internacional. Doctrinas y controversias.* Madrid. — *Berichte über die Moskauer Kongresse in der Bibliothek der Kommunistischen Internationale.* Hamburgo.

VII. El socialismo, frente a las grandes cuestiones políticas actuales

Sindicalismo : WEBB, S. y B., *Examen de la doctrine syndicaliste.* París, 1912. — GUESDE, J., *Les Syndicats et le parti socialiste.* París, 1911. — SOREL, G., *L'avenir socialiste des Syndicats.* París, 1905. — LABRIOLA, A., *Economía, Socialismo, Sindicalismo.* Nápoles, 1913. — **La gran Guerra :** LASKINE, E., *L'Internationale et le pangermanisme.* París, 1916. — DESTRÉE, J., *Les socialistes et la Guerre européenne.* Bruselas y París, 1916. — MALATESTA, *I socialisti italiani durante la guerra.* Roma, 1926. — SINOWJEW, G., *Der Krieg und die Krise des Sozialismus.* Viena, 1924. — REN-

NER, *Marxismus, Krieg und Internationale*. Stuttgart, 1818. — VANDERVELDE, E., *La Belgique envahie et le Socialisme international*. París, 1917. — RUCZKA, G., *Die französische Sozialisten u. der Krieg*. 1915. — DAVID, E., *Sozialdemokratie in Weltkrieg*. Berlín, 1915. — BRAILSFORD, H. N., *Socialism for to day*. Londres, 1925. — CARSTENS, O. H., *Der Untergang der Sozialismus*. Berlín, 1926. — MASSA, E. H., *La décadence socialiste*. París, 1926. — **Bolchevismo:** LOUIS, P., *La crise du socialisme mondial de la II ó la III Internationale*. París, 1921. — BERTH, E., *Les derniers aspects du socialisme*. (Nueva edición de «*Nouveaux aspects*»). París, 1923. — **Fascismo:** BONOMI, J., *Dal Socialismo al Fascismo*. Roma, 1924. — MICHELS, R., *Sozialismus und Faszismus in Italien*. Munich, 1925.

VIII. Publicaciones (1)

PERIÓDICOS. Alemania: *Vorwärts*, Berlín. — *Münchener Post*, Munich. — *Freie Presse*, Aquisgrán. — *Sozialdemokrat*, Berlín. — **Argentina:** *La Vanguardia*, Buenos Aires. — **Austria:** *Arbeiterzeitung*, Viena. — **Bélgica:** *Le Peuple*, Bruselas. — **Checoeslovaquia:** *Pravo Lidu*, Praga. — **Dinamarca:** *Socialdemokraten*, Copenhague. — **España:** *El Socialista*, Madrid. — *Justicia Social*, Barcelona. — **Estados Unidos:** *Call*, Nueva York. — *Liberator*, Nueva York. — *Milwaukee Leader*, Nueva York. — **Estonia:** *Sotsialdemokras*, Reval. — **Finlandia:** *Työmies*, Helsingfor. — **Francia:** *Le Populaire*, París. — *Le Proletaire*, París. — **Holanda:** *Het Volk*. Amsterdam. — **Hungría:** *Nepszava*, Budapest. — **Inglaterra:** *Daily Herald*, Londres. — *Labour Leader*, Londres. — *Justice*, Londres. — *Forward*, Glasgow. — **Italia:** *Giustizia*, Roma. — *Avanti*, Milán, Turín. — **Lituania:** *Socialdemokrats*, Riga. — **Méjico:** *El Frente Unico*, Veracruz. — **Noruega:** *Socialdemokraten*, Oslo. — **Polonia:** *Rabotnik*, Varsovia. — **Suecia:** *Socialdemokraten*, Estocolmo. — **Suiza:** *Tagwacht*, Berna. — **REVISTAS: Alemania:** *Die neue Zeit*, Stuttgart, 1883 y ss. — *Die Gesellschaft*, Berlín. — *Sozialistische Monatshefte*, Berlín, 1897 y ss. — **Francia:** *Le Mouvement Socialiste*, París, 1899 a 1912. — *Revue socialiste*, 1903 y ss. — *L'Avenir*. París, 1915 y ss. — **Italia:** *Critica soziale*. Milán, 1891 y ss. — **OTRAS PUBLICACIONES:** *Documents publiés par le Secretariat du Bureau Socialiste International*. Bruselas, 1902-12. — *Bulletin Périodique du Bureau Socialiste International*. Bruselas, 1909 y ss. — *L'Internationale communiste*. Petrogrado, Moscou, Hamburgo, Viena, 1918 y ss.

Advertencia: Los datos estadísticos que han servido de base para los gráficos que ilustran este manual, proceden de las publicaciones siguientes: *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 4.ª edición, tomo VII, págs. 538 y ss., Jena 1925; NOBEL, *Handbuch des Staatsmann*, Munich, 1923; Revista *Wirtschaft u. Statistik*, años III y IV; *Annuaire Général de la France et de l'étranger*. París, 1925; *Anuario Estadístico de España*, años IX y X, y *El Año Político*, Madrid, 1924, pág. 25.

(1) Algunas de ellas han cesado.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Accidentes del trabajo (véase Ley de).
Acción colectiva, principio de la, 23.
Accionista financiero, 42.
Accionistas, 48.
Acotamiento, 140, 141.
Acta de reforma de 1832, 22.
Africa meridional, 196.
Agrupación socialista cristiana, 11.
Ahorro, 29.
— obrero, 112.
Alcoholismo, 31.
Alemania, 95, 97, 178 y ss., 184 y ss.
Alimentación de los niños necesitados, 136.
Almacenes centrales, 46.
American Steel Corporation, 167.
— — Trust, 45.
— Wire Nail Association, 57.
Amicis, De, 192.
Anarquismo, 109, 110, 207, 208.
Annunzio, Gabriel d', 192.
Aptitudes, 149.
Argentina, 196.
Aristocracia, 31, 32, 36.
Aristóteles, 16.
Asociación de clérigos socialistas de la Iglesia nueva, 71.
— general de trabajadores alemanes, 186.
— Internacional de Trabajadores, 206.
Asociaciones capitalistas, 65.
Australia, 196.
Austria, 195.
Ayuda mutua, 11, 13 y ss.

Bakunin, 195, 207.
Balance entre la oferta y la demanda, 63.
Ball, John, 15.
Bebel, Augusto, 186, 187.
Bélgica (véase Partido obrero belga).
Beneficios industriales, 44.
Bernstein, 183, 184.
Bienes colectivos, 109.
Bienestar social, 80 y ss.
Bismarck, 95, 97, 144.
— reforma social de, 187.
— leyes antisocialistas de, 187.
Blanc, Louis, 90, 143, 188.
Blanqui, 207.
Board of Trade, 28.
Bolsa, 55.
— comercial, 55.
Bolsas del trabajo, 145.
Booth, Charles, 26, 30, 62.
Briand, 191.
Brousse, Paul, 190.
Buckle, 125.
Bundesrat, 95, 96.
Burne Jones, 77.
Burns, John, 77, 158, 201.
Butterworth, 40.

Ca'canny, procedimiento del, 59.
Cade, Jack, 15.
Cadman, 27, 30.

Caja de Compensación de los ferrocarriles, 167.
Calstadt, 20.
Cámara de los Comunes, 163.
Campesinos, sublevación de los, 15.
Canadá, 196.
Canal de Suez, 141.
Cantinas escolares, 135.
Capital, pérdida de, 56 y ss.
Capitalismo, 12.
— desarrollo del, 36 y ss.
— fracaso económico del, 49 y ss.
— realización del, 41 y ss.
— de Estado, 137.
Capitalista, clase, 83, 84.
— pequeño, 45 y ss.
Capitalistas y obreros, separación de, 38.
Carlyle, 73, 74, 76, 158.
Cartismo, 177, 178.
Centralización de capital, 164.
Centros de cultura, 151.
Ciencia, 78 y ss.
Clientela, 27.
Código civil prusiano de 1794, 144.
— internacional del trabajo, proyecto de, 209.
Coleridge, 73.
Colquhoun, 62.
Comercialismo, 12, 83 y ss., 86, 87, 100, 143, 171, 175.
— protesta artística contra el, 75 y ss.
Comercio, expansión del, 80.
Commune de París, 189, 207.
Competencia comercial, 56, 85.
Comtismo, 172.
Comunidad rural de la India, 17.
Comunismo, 108, 109, 206.
Concepción materialista de la Historia, 125, 126, 127, 184.
Confederación general del Trabajo de Francia, 190, 191.
Congreso de asociaciones obreras en Lyon, 189.
— Internacional Socialista de Amsterdam, 191.
— de Londres de 1896, 208.
Congreso Socialista del Trabajo de Marsella, 189.
— del Trabajo de Leipzig, 185.
— de Trade Unions de Glasgow, 202.
— tradeunionista de Plymouth, 203.
Constitución americana, 22.
— de Bismarck, 96.
Control de la tierra, 105.
— del agente, 42.
— del propietario, 42.
— del capital industrial, 47.
Cooperative Wholesale Society, 168.
Crisis del caucho, 56.
Crispi, 192.
Cristianismo, 71, 72.
Cuota del asalariado, 62.
Curie, 78

Chile, 196.

Darwin, 101.
Davidson, Tomás, 201.
Democracia, 16, 20, 22, 76, 90, 93, 94, 97, 98, 131 y ss., 175.
— intelectual, 78.
Derecho humano al sustento, 108.
— al producto íntegro del trabajo, 199.
— a trabajar, 142 y ss.
— — bill del, 66, 145.
— a votar, 132.
Derechos individuales, concepción de los, 14.
— de las minorías, 161 y ss.
Designación de gerentes y directores, 166.
Determinismo económico, 124 y ss.
Development Commission, 146.
Directores de industria, 167.
Disconformismo, 70.
Dreyfus, *affaire*, 191.
Dyckens, 74, 76, 158, 160.

Early English Text Society, 159.
Economicidad, prueba de la, 61.

Edinburg Select Society, 157.
Edleston, 62.
Eduardo III, 32.
Educación, 136.
— sistema socialista de, 151, 152.
Elecciones alemanas, 187.
- francesas, 190 y ss.
— inglesas, 204.
Eleusis Club de Chelsea, 200.
Elevación de precios, 55.
Engels, 80, 127, 128, 141, 170, 177, 180, 181.
Enrique VIII, 33.
Esclavitud de los salarios, 199.
Escuela de adultos, 156.
— revisionista americana, 197.
Estado democrático, 134.
— socialista, 119, 120, 132, 135, 148 y ss., 152, 156, 158, 160, 167, 162, 164, 165, 166.
— de los Soviets, 159.
Estados Unidos, 197.
Evolución social, 11.
Explotación del obrero, 116.
Exposición internacional de Londres, 205.
Expropiación de los monasterios, 140.

Fabian Society, 201.
Fábrica autónoma, 167.
Falansterios, 89, 173, 174.
Familia, 162.
Family rule, 90.
Faraday, 78.
Federación democrática inglesa, 200.
— social democrática, 200, 208
Ferri, 192.
Feudalismo, 14, 19, 23, 24, 83, 171.
Financiero, 42.
Filántropos spencerianos, 175.
Finlandia, 195.
Forma de gobierno, 16.
Fourier, 76, 88, 170, 173, 174.
Fourierismo, 173.
France, Anatole, 77.
Francia, 19, 170 y ss., 180, 188 y ss.

Galileo, 101.
Galton, sir Francis, 79.
Genio artístico, 155.
George, Henri, 200
Germania, La Joven, 178.
Giffen, 62.
Goethe, 205.
Gran Bretaña, 199 y ss.
Guerra franco-prusiana, 184, 185, 207.
Guesde, Julio, 189, 190.
Guilda, historia de la, 38, 39.

Hall, 199.
Hardie, Keir, 202.
Hardy, 77.
Hegel, 179, 181, 205.
Herramientas y salarios, valor relativo de, 40, 41.
Herzen, 195.
Hodgskin, 199.
Hoteles de venta, 47.
Husitas, 15.
Hyndman, 200.

Ibsen, 77.
Idealismo revolucionario, 188.
Igualdad, 121 y ss.
— de oportunidades, 122.
— de posibilidades, 152.
Imperio germánico, fundación del, 185.
Imposibilistas, 193.
India, 17.
Individualismo, 23.
— antisocialista, 109.
— siglo del, 22 y ss.
Individuo en la colectividad, 15
Inglaterra, 20, 105, 131, 133, 175.
Integralistas, 193.
Interés, 53 y ss.
— colectivo, 105, 165 y 166.
Internacional, La, 204 y ss.
Israel, pueblo de, 17 y ss.
Italia (véase Partido socialista italiano).

Japón, 196.
Jaurés, 190, 191.
Jefe de industria, 42, 151.
Jornada de ocho horas, 206.

Kant, 11, 121.
Kapital, Das, 181.
Kautsky, 114.
Kirkup, 143.

Lafargue, 189.
Laissez-faire, 23.
Lassalle, 132, 179, 184, 185, 186.
Lavroff, 195.
Legislación agraria de Australia, 146.
— constructiva, 137 y ss.
— fabril y obrera, 85.
— industrial, efecto de, 65.
Ley de accidentes de trabajo, 65.
— de adaptación, 103.
— de bronce de los salarios, 185.
— de la colaboración, 102.
— de la concentración y coordinación, 47.
— de economía, 104.
— de la evolución capitalista, 48.
— de la miseria progresiva, 80.
— de pobres, 176.
— de supervivencia de los mejor adaptados, 85.
— — de los mejor dotados, 47.
Liberal, época, 21.
Liberalismo, 22, 185, 186, 205.
Libertad, 15.
— de condiciones económicas, 119.
— de contrato, 66.
— individual, 22 y ss.
— negación de, 117.
— política, 118.
Liebknecht, 187.
Liga comunista, 205.
— socialista, 200
— — católica, 71.
— — eclesiástica, 11.
Limited Bill, 209 y 210.
Literatura, 72 y ss.
Locke, 143.
Lombroso, 78, 192.
Lucha de clases, 15, 128 y ss.; 165, 184.
Lucha por la existencia, 67.
Ludlow, 71.
Lutero, 19.

Mc. Culloch, 41.
Macaulay, 37.
Mallock, 25, 26, 45, 54, 62, 123, 124, 149, 150, 152, 159, 160.
Manifiesto Comunista, 170, 180, 181, 204.
Manufacturas nacionales de París, 143.
Marshall, 40, 41.
Martineau, Harriet, 175.
Marx, Carlos, 53, 54, 80, 88, 90, 124, 127, 128, 130, 141, 170, 177, 179, 180, 181, 182, 184, 200, 205, 206, 207.
Marxismo, 182, y ss., 189.
Materialismo, reino del, 155.
— científico, 125.
Matthew, Arnold, 77.
Mazzini, 206.
Meat Trust, 55.
Medievalismo, 73.
Memorial Hall, 203.
Menger, Antón, 142, 199.
Mercantile Marine Company, 55.
Meredith, 77.
Método científico, 101 y ss.
— darwiniano, 101.
— experimental, 92 y ss.
— parlamentario, 95 y ss.
— socialista, 88 y ss.
Métodos de trabajo fabril, 38.
Mill, 211.
Millerand, 190, 191.
Monopolio, 86.
Montesquieu, 143.
Moro, Tomás, 34, 35, 69.
Morris, William, 73, 76, 200, 201.
Movimiento ruso, 194 y 195.
— socialista, 169 y ss.
— *tractariano*, 70.
Municipalización de servicios, 105, 137.

Nacionalización del capital industrial y de la tierra, 117.

Nacionalización de servicios, 106, 137.
Newmann, 70.
New Spalding Club, 159.
Nueva Armonía, 88, 90, 148.
— Internacional, Congreso de la, 208.
— Zelanda, 196.

Obreros sin trabajo, 145, 146.
Oficina internacional, 209.
Ogilvie, 199.
Organización fabril, 164 y ss.
— socialista de laboratorios y talleres, 152.
Organizaciones de carácter voluntario, 165.
Orientación profesional, 168.
Owen, Roberto, 88, 170, 176, 177.

Países del Norte, 195.
Parlamento, 93.
Paro obrero (véase Obreros sin trabajo).
Partido de Eisenach, 186, 187.
— laborista, 11.
— — escocés, 202.
— — independiente, 202, 203.
— de Lassalle, 186, 187.
— obrero belga, 193, 194.
— socialista francés, 188.
— — italiano, 192, 193.
— — obrero de Alemania, 187.
Partidos políticos, 96, 97.
Patronato de las Artes, 158 y 159.
Patrono, 41.
Pensiones para la vejez, 135.
Pequeña industria, 46.
Periodismo, 163.
Peste negra, 32.
Platón, 17.
Plutocracia, 31.
Pobreza, 29, 62 y ss., 101.
— causas de la, 30.
— protestas contra la, 31 y ss.
Poetas, 160.
Política científica, 78.
— de confiscación, 140.
— de protección, 55.
Préstamo monetario, 54.
Principio del gobierno representativo, 133.
Producción, problema de la, 84.
Programa del obrero, 185.
— socialista, 135.
Progreso y miseria, 200.
— socialista, 154.
Propaganda comercial, 59 y ss.
— cooperatista, escuelas de, 168.
Propiedad privada, 111, 112, 113, 114.
— — abolición de la, 111.
— — difusión de la 117.
— — sustitución de la, 141.
— pública, 142.
— uso de la, 115.
Propietario de la tierra, 51.
Protestantismo, 19.
Proudhon, 71, 179, 180, 181, 207.
Prusia, 184.
Publicación de obras, 157.
Puritanismo, 20.
Pusey, 70.

Quiebras, 67.

Referendum, 133.
Reforma de 1832, 177.
Reformistas, 193.
Reichstag, 95, 96.
Relación entre el Estado y el individuo, 94.
Religión, 69 y ss.
Renacimiento, 19.
Renta, 49 y ss.
— familiar, 25, 26.
— de habilidad, 100.
— inmerecida, 138.
— nacional, 62.
— del Reino Unido, 62.
— de la tierra, 49 y ss, 138, 139.
Republicanismo, 131, 132.
Revisionismo, 183, y ss.
Revolución, 91 y ss.
— de 1848, 143, 180.
— francesa, 19 y ss., 170, 174, 175, 178, 180.
— industrial, 33, 36, 92, 175.
— — época de la, 40.

Revolución de los labriegos, 33.
Ricardo, 53.
Riqueza, 36, 37.
— acumulación de, 43.
— distribución de la, 112, 113.
— nacional, 62.
— origen de la, 53.
— del Reino Unido, 62.
Rousseau, 22, 143.
Rowntree, 26, 27, 30, 62.
Royal Society, 159.
Rusia, 195.
Ruskin, 73, 74, 76.
Russel, Alfredo, 78.

Saint-Simon, 89, 170, 171, 172, 174, 176.
Saint-simonismo, 172, 173, 188.
Salario, esclavitud al, 64.
Salarios, 27, 28, 32, 34, 37, 43, 114.
— ínfimos, 66.
Seddon, 196.
Shelley, 73.
Sindicalistas, 193.
Smith, Adam, 50, 153.
Soberanía nacional, 132.
— del pueblo, 22, 132.
Social Democracia de América, 197.
Sociedad anónima, 41, 42.
Sociología, 79.
Spencer, Herbert, 109.
Spencer, Tomás, 175.
Standard Oil Company, 60.
Statut of Labourers, 33.
Steel Corporation, 64.
— Trust, 46.
Stuart Mill, Jonh, 111.
Stuttgart, Congreso de, 31.
Sufragio, 132.
— universal, 186.
Suiza, 196.
Supercapitalización, 44.
Swinburne, 73.

Taine, 73.
Tchernichevsky, 195.
Tennyson, 158.
Tierra, problema de la, 146.
Thackeray, 74, 158.
Thomson, 199.
Tolstoy, 77.
Trabajo, falta de, 62, 63, 64.
— pérdida de, 58, y ss.
Trade Unión, 40, 47, 59, 65, 128, 201.
Tradeunionistas, 81.
Trust, 45, 46, 55, 57, 60, 85, 165, 167.
Tugan-Baranowsky, 182.
Turati, 192.
Turgenev, 77.
Tutela de la existencia, 145.
Tyler, Wat, 15.

Unión de Gotha, 187.
— Social de Dundee, 62.
Utopía, 34.
Utopismo, 88.

Vandervelde, 141, 193.
Víctor Hugo, 74.

Wagner, 74.
Waldeck-Rousseau, 191, 192.
Wallace, 78.
Watts, 77.
Webb, 39.
Wood, 28.
Wordsworth, 73, 76.

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA
MADRID - BUENOS AIRES

G911/1924)

ÍNDICE DE MANUALES PUBLICADOS

51-52.	Historia de la Medicina, II: Edad Moderna y Contemporánea	P. Diepgen
53.	Orientación profesional	J. Ruttmann
54-55.	Geología, I: Volcanes. Estructura de las montañas. Temblores de tierra	F. Frech
56.	Historia de la Geografía	Kretschmer
57-58.	Historia del Derecho romano, I	R. von Mayr
59.	Grafología	Schneidemühl
60.	Derecho internacional público	Th. Niemeyer
61-62.	Historia de las Artes industriales, I: Antigüedad y Edad Media	G. Lehnert
63.	El teatro	Chr. Gaehde
64-65.	Historia de la Economía, I: Antigüedad y Edad Media	O. Neurath y H. Sieveking
66.	Introducción a la Ciencia	J. A. Thomson
67.	Socialismo (2.ª edic.)	R. MacDonald
68.	Compendio de instrumentación	H. Riemann
69.	Historia de la España musulmana	A. G. Palencia
70.	Historia de Inglaterra	L. Gerber
71.	El Parlamento	Sir C. P. Ilbert
72.	Orientación de la clase media	L. Müffelmann
73-74.	La pintura española	A. L. Mayer
75.	La época de los descubrimientos	S. Günther
76.	Cooperativas de consumo	F. Staudinger
77.	India	S. Konow
78-79.	La escultura de Occidente	H. Stegmann
80.	Prehistoria, II: Edad del bronce	M. Hoernes
81.	Introducción a la Psicología	E. v. Aster
82.	Cultura del Imperio bizantino	K. Roth
83-84.	España bajo los Borbones	Zabala Lera
85.	Prácticas escolares	R. Seyffert
86.	Cubiertas y artesonados españoles	J. Ráfols
87-88.	Geología, II: Ríos y mares	F. Frech
89-90.	Historia de Francia	R. Sternfeld
91.	Derecho canónico	E. Sehling
92-93.	Geografía económica (2.ª edic.)	W. Schmidt
94.	Historia del arte romano	H. Koch
95-96.	Psicología del trabajo profesional	Erismann-Moers
97.	Geografía de Bélgica	P. Oswald
98-99.	Historia de la Literatura latina	A. Gudemann
100.	Arte árabe	Ahlenstiel-Engel
101-102.	Historia del Derecho romano, II	R. von Mayr
103.	Geografía de Francia	E. Scheu
104.	Política económica	Van der Borght
105.	Romántica caballeresca: Ideales de la Edad Media, II	W. Vedel

ÍNDICE DE MANUALES PUBLICADOS

106-107.	Historia de la Pedagogía	A. Messer
108.	Artes decorativas en la Antigüedad	F. Poulsen
109.	Psicología del niño	R. Gaupp
110-111.	Historia de Italia	P. Orsi
112.	La Música en la Antigüedad	K. Sachs
113.	Química orgánica (2.ª edic.)	B. Bavink
114.	Zoología, II (Insectos)	J. Gross
115.	Prehistoria, III: Edad del hierro	M. Hoernes
116.	Desarrollo de la cuestión social	F. Tonnies
117-118.	Física experimental	R. Lang
119.	Historia de la Literatura alemana, I	M. Koch
120.	Historia de la Literatura alemana, II	M. Koch
121.	Teoría del conocimiento	M. Wentscher
122.	Fundamentos filosóficos de la Pedagogía	A. Messer
123-124.	Historia de la Literatura portuguesa	F. de Figueiredo
125.	Arte indio	O. Höver
126.	Música popular española	E. López Chavarri
127-128.	España bajo los Austrias	E. Ibarra
129.	Geometría del plano	G. Mahler
130.	Geometría del espacio	R. Glaser
131-132.	Historia del Derecho español	S. Minguijón
133.	Liberalismo	F. J. Hobhouse
134.	Historia del Comercio mundial	M. G. Schmidt
135.	Mineralogía	R. Brauns
136-137.	Física teórica, II	G. Jäger
138-139.	Historia de la Matemática	H. Wieleitner
140-141.	Física general	J. Mañas y Bonví
142.	Petrografía	W. Bruhns
143.	Bajo cifrado (Armonía práctica al piano)	H. Riemann
144.	Geografía de España, I	L. M. Echeverría
145.	Geografía de España, II	L. M. Echeverría
146.	Geografía de España, III	L. M. Echeverría
147.	Pedagogía experimental	W. A. Lay
148.	Geografía de Italia	G. Greim
149.	Historia de la Filología clásica	W. Koll
150.	Reducción al piano de la partitura de orquesta	H. Riemann
151.	Historia de la literatura latina antigua cristiana	A. Gudemann
152-153.	Derecho político general y constitucional comparado	G. Fischbach
154.	Historia del Antiguo Oriente	Fritz Hommel
155-156.	La orquesta moderna	Fr. Volbach
157.	Bergson	Eduardo Le Roy
158.	Europa medieval	H. W. C. Davis
159-160.	Marfiles y azabaches españoles	J. Ferrandis
161.	El Estado de los Soviets	M. L. Schlesinger